

El Primo Pons

Por

Honore de Balzac

Freeditorial 

I

Una gloriosa ruina del Imperio

Hacia las tres de la tarde de un día del mes de octubre de 1844, un hombre de unos sesenta años, pero a quien todo el mundo hubiese creído mayor, andaba por el bulevar de los Italianos, con la cabeza gacha, los labios sumidos, como un negociante que acaba de hacer un excelente negocio, o como un joven contento de sí mismo saliendo del gabinete de una dama. Ésta es en París la máxima expresión conocida de la satisfacción personal en un hombre. Al divisar de lejos al anciano, las personas que van allí todos los días a sentarse en las sillas, entregadas al placer de analizar a los paseantes, dejaban todas que en su rostro se pintara esta sonrisa tan propia de la gente de París, y que dice tantas cosas irónicas, burlonas o compasivas, pero que para animar la faz de un parisiense, hastiado de todos los espectáculos posibles, exige grandes curiosidades vivientes.

Una frase bastará para comprender el valor arqueológico de aquel infeliz, y la razón de la sonrisa que se repetía como un eco en todos los ojos. Una vez preguntaron a Hyacinthe, un actor célebre por sus ocurrencias, de dónde sacaba aquellos sombreros que hacían desternillar de risa al público. «No los saco de ninguna parte, los guardo», respondió. Pues bien, entre el millón de actores que componen la gran compañía de París, hay Hyacinthes que ignoran que lo son, y que conservan en su atuendo todas las antiguallas del pasado, y que se os aparecen como la personificación de toda una época para provocar vuestra hilaridad cuando os paseáis rumiando algún amargo sinsabor causado por la traición de un ex amigo.

Aunque manteniendo en ciertos detalles de su vestimenta una fidelidad a las modas del año 1806, este paseante recordaba la época del Imperio sin constituir una caricatura exagerada. Para los observadores, estos matices convierten esta suerte de evocaciones en algo extraordinariamente atractivo. Pero este conjunto de pequeñeces exigía la atención analítica de que están dotados los expertos en ociosidad; y, para provocar la risa a distancia, el paseante debía ofrecer alguna rareza especial, de las que, como suele decirse, saltan a la vista, y que los actores se esfuerzan por conseguir, con objeto de asegurar el éxito de sus entradas en escena. Este anciano, flaco y enjuto, llevaba un spencer de color avellana sobre un frac verdoso con botones de metal blanco... Un hombre con spencer en 1844 viene a ser algo así como si Napoleón se hubiese dignado resucitar por un par de horas.

El spencer fue inventado, como su nombre indica, por un lord sin duda orgulloso de la esbeltez de su cintura. Antes de la paz de Amiens, este inglés

había resuelto el problema de cubrir el busto sin necesidad de recargar el cuerpo con el peso del horrible carrick, que aún hoy se ve en los viejos cocheros de los simones; pero como las cinturas esbeltas están en minoría, en Francia la moda de lo spencer para hombres sólo tuvo un éxito pasajero, a pesar de haber sido una invención inglesa. Viendo un spencer, la gente de cuarenta a cincuenta años, con el pensamiento vestían a aquel hombre con botas de campana y unos calzones de casimir verde alfóncigo con una lazada de cintas, y se veían en el atuendo de su juventud. Las ancianas rememoraban sus conquistas. En cuanto a los jóvenes, se preguntaban por qué aquel viejo Alcibíades había cortado la cola a su paletó. Todo concordaba tan bien con este spencer que no se hubiese dudado en llamar a este paseante un hombre-Imperio, del mismo modo que se habla de un mueble-Imperio; pero sólo simbolizaba el Imperio para aquellos que habían conocido, al menos de visu, esta magnífica y grandiosa época; ya que se requería una cierta fidelidad de recuerdos en cuanto a modas. El Imperio está ya tan lejos de nosotros que no todo el mundo puede imaginárselo en su realidad galogriega.

El sombrero, inclinado hacia atrás, dejaba al descubierto casi toda la frente, con esta especie de aire fanfarrón que por aquel entonces adoptaban los funcionarios y los paisanos para responder al de los militares. Además, era un horroroso sombrero de seda de catorce francos, en la parte inferior de cuyas alas unas orejas demasiado largas y grandes habían dejado unas señales blanquecinas que el cepillo había intentado en vano hacer desaparecer. La seda, mal pegada, como siempre, sobre el molde de cartón, se arrugaba en varios sitios, y parecía estar aquejada de lepra, a pesar de la mano que cada mañana la alisaba.

Bajo este sombrero, que parecía estar a punto de caerse, se extendía una de estas caras grotescas y cómicas que sólo los chinos saben inventar para sus figurillas de porcelana. Este rostro, agujereado como una criba, en el que los hoyos producían sombras, de líneas tan acusadas como las de una máscara romana, desafiaba todas las leyes de la anatomía. La mirada no distinguía la osamenta. Donde se esperaba encontrar huesos, la carne ofrecía contornos gelatinosos, y donde las caras suelen tener huecos, en aquélla se deformaba en bultos fofos. Este rostro grotesco, aplastado en forma de calabaza, entristecido por unos ojos grises coronados por dos líneas rojas en vez de cejas, estaba presidido por una nariz a lo Don Quijote, como una llanura está dominada por un bloque errático. Esta nariz expresa, como ya Cervantes debió advertirlo, una propensión innata a esa dedicación a las grandes empresas que degenera en candidez. Pero esta fealdad tan extremadamente cómica no provocaba risas. La inmensa melancolía que afloraba a los ojos claros de aquel pobre hombre, impresionaba al burlón y le helaba la chanza en los labios. Al momento se pensaba que la naturaleza había vedado a aquel infeliz que expresara ternura, bajo pena de hacer reír a una mujer o de entristecerla. El francés permanece

mudo ante esta desgracia, que le parece la más cruel de todas: ¡no poder gustar!

II

Una indumentaria como se ven pocas

Este hombre, tan poco dotado por la naturaleza, vestía como suelen vestir los pobres distinguidos a quienes los ricos tratan bastante a menudo de imitar. Llevaba unos zapatos ocultos por unos botines para cuya confección se había tomado por modelo los de la guardia imperial, y que sin duda le permitían usar los mismos calcetines durante bastante tiempo. Su pantalón de paño negro tenía reflejos rojizos, y en los pliegues, rayas blancas o lustrosas, que, no menos que la hechura, delataban una fecha de adquisición e hacía unos tres años. La holgura de esta ropa apenas disimulaba una delgadez debida más a la constitución física que a un régimen pitagórico; ya que aquel pobre hombre, que poseía una boca sensual de labios carnosos, mostraba al sonreír una blanca dentadura digna de un tiburón. El chaleco, también de paño negro, dejaba ver otro chaleco blanco, y bajo éste asomaba en tercera línea el borde de una almilla de punto de color rojo, trayendo a la memoria los cinco chalecos de Garat. Una enorme corbata de muselina blanca, cuyo pretencioso nudo había sido elegido por un galán para conquistar a las beldades de 1809, sobresalía tanto de la barbilla, que la cara parecía sumergirse en él como en un abismo. Un cordón de seda trenzada, imitando cabello, cruzaba la camisa, y protegía el reloj de un improbable robo. El frac verdoso, de una notable pulcritud, contaba unos tres años más que el pantalón; pero el cuello de terciopelo negro y los botones de metal blanco, recientemente renovados, demostraban un esmero doméstico llevado hasta los más ínfimos detalles.

Esa manera de sostener el sombrero en el occipucio, el triple chaleco, la inmensa corbata en la que se sumergía la barbilla, los botines, los botones de metal sobre el traje verdoso, todos estos vestigios de las modas imperiales, armonizaban con los anticuados perfumes de la coquetería de los increíbles con un no sé qué de envarado en los pliegues, de correcto y de seco en el conjunto, que olía a la escuela de David, que recordaba los frágiles muebles de Jacob. Además, a primera vista se reconocía en él a un hombre de familia distinguida, víctima de algún vicio secreto, o a alguno de estos pequeños rentistas que tienen todos los gastos tan estrictamente limitados por la escasez de sus ingresos, que un vidrio roto, un desgarrón en la ropa o la peste filantrópica de una colecta suprimen sus pequeños placeres durante un mes. Si el lector se hubiera encontrado allí, se hubiese preguntado por qué la sonrisa

animaba aquel rostro grotesco cuya expresión habitual debía ser triste y fría, como la de todos los que luchan oscuramente para atender a las necesidades más primarias de la existencia. Pero al advertir la precaución maternal con la que aquel singular anciano llevaba en su mano derecha un objeto evidentemente muy valioso, bajo los dos faldones izquierdos de su doble frac, para protegerlo de choques imprevistos, y sobre todo al verle con ese aire atareado que adoptan los ociosos a quienes se hace un encargo, cualquiera hubiera sospechado de él que había encontrado algo equivalente a un perrillo faldero de una marquesa, y que iba a llevarlo triunfalmente, con la solícita galantería de un hombre-Imperio, a la encantadora dama de sesenta años que aún no sabía renunciar a la cotidiana visita de su asiduo. París es la única ciudad del mundo en donde pueden verse espectáculos semejantes, que hacen de sus bulevares un continuo teatro en el que los franceses representan gratuitamente por amor al arte.

III

El fin de un «Gran premio de Roma»

Por la figura de este hombre huesudo, y a pesar de su audaz spencer, difícilmente se le hubiera clasificado entre los artistas parisienses, especie muy peculiar, cuyo privilegio, bastante parecido al del pilluello de París, es el de evocar en la imaginación de los burgueses las jovialidades más mirobolantes, ya que se ha vuelto a poner de moda este antiguo y jocosos término. Y sin embargo este paseante era un «Gran Premio», el autor de la primera cantata que coronó el Instituto cuando se restableció la Academia de Roma, en una palabra, el señor Sylvain Pons... el autor de célebres romanzas que cantaban lánguidamente nuestras madres, de dos o tres óperas representadas en 1815 y 1816, y, además, de varias partituras inéditas. Este digno caballero había terminado siendo director de orquesta de un teatro de los bulevares. Gracias a su porte, era también profesor en varios pensionados de señoritas, y no tenía más ingresos que su sueldo del teatro y sus lecciones. ¡Dar lecciones a domicilio a esta edad! ¡Cuán tos misterios en esta situación tan poco novelesca!

Este último porta-spencer llevaba, pues, encima algo más que los símbolos del Imperio; llevaba una gran lección escrita sobre sus tres chalecos. Exhibía gratuitamente a una de las numerosas víctimas de este fatal y funesto sistema que se llama concurso, que reina aún en Francia después de cien años de no dar ningún resultado práctico. Esa prensa de las inteligencias fue inventada por Poisson de Marigny, el hermano de Madame de Pompadour, nombrado, hacia

1746, director de Bellas Artes. Ahora bien, ¡a ver cuántos artistas de genio han salido, en todo este siglo, de entre los premiados! En primer lugar, jamás ningún esfuerzo administrativo ni escolar reemplazará los milagros del azar a que se deben los grandes hombres. De todos los misterios de la generación, éste es el más inaccesible a nuestro ambicioso análisis moderno. Y luego, ¿qué pensaríamos de los egipcios, que, según dicen, inventaron unos hornos para incubar huevos de gallina, si no hubiesen dado de comer inmediatamente a los pollitos? Y sin embargo esto es lo que hace Francia tratando de producir artistas con el invernadero del concurso; y una vez obtenidos por este procedimiento mecánico el escultor, el pintor, el grabador, el músico, no se inquieta por ellos más de lo que el dandy se preocupa, al llegar la noche, por las flores que se ha puesto en el ojal. Y resulta que el hombre de talento es Greuze o Watteau, Félicien David o Pagnesi, Géricault o Decamps, Auber o David d'Angers, Eugène Delacroix o Meissonier, artistas que apenas se interesan por los grandes premios, y que han crecido al aire libre, bajo los rayos de este sol invisible que se llama la vocación.

Enviado por el gobierno a Roma para convertirse en un gran músico, Sylvain Pons había regresado a su patria con una gran afición por las antigüedades y los objetos de arte. Entendía muchísimo de todas estas obras maestras de la mano y del pensamiento que desde hace poco se denominan con el nombre popular de «cachivaches». Este hijo de Euterpe volvió, pues, a París, hacia 1810, impenitente coleccionista, cargado de cuadros, de estatuillas, de marcos, de esculturas en marfil y en madera, de esmaltes, de porcelanas, etcétera, que, durante su estancia académica en Roma, habían absorbido la mayor parte de la herencia paterna, tanto por los gastos de transporte como por el precio de adquisición. Y había empleado del mismo modo la herencia de su madre, durante el viaje que hizo a Italia, después de esos tres años oficiales pasados en Roma. Quiso visitar con tiempo Venecia, Milán. Florencia, Bolonia, Nápoles, viviendo en cada ciudad como un soñador, como un filósofo, con la despreocupación del artista que, para vivir, cuenta con su talento como las mozas de fortuna cuentan con su belleza. Pons, durante este espléndido viaje, fue todo lo feliz que podía serlo un hombre que era todo espíritu, lleno de delicadeza, a quien su fealdad vedaba el tener éxito con las mujeres, según la frase consagrada en 1809, y a quien las cosas de la vida siempre le parecían inferiores al prototipo ideal que de ellas se había formado; pero él ya había tomado partido en esta discordancia entre el sonido de su alma y las realidades. Este sentido de la belleza, conservado puro y vivo en su corazón, fue sin duda el principio de las melodías ingeniosas, delicadas, llenas de gracia, que le valieron una reputación de 1810 a 1814. En Francia toda reputación que se funda en lo que está en boga, en la moda, en las efímeras locuras de París, produce hombres como Pons. Ningún otro país es tan severo con las cosas grandes, y tan desdeñosamente indulgente con las

pequeñas. Muy pronto desbordado por la marea creciente de las armonías alemanas y de la producción rossiniana, si en 1824 Pons era todavía un músico agradable de oír y conocido por alguna de sus últimas romanzas, ¡imagínese lo que podía ser en 1831! De modo que, en 1844, año en que empezó el único drama de esta vida oscura, Sylvain Pons podía considerarse como una corchea antediluviana; los compradores de música ignoraban completamente su existencia, a pesar de que había compuesto, a muy bajo precio, la música de algunas obras que se habían representado en su teatro y en los teatros vecinos.

Por otra parte, aquel infeliz rendía tributo a los grandes maestros de nuestra época; una buena ejecución de algunos fragmentos escogidos le hacía llorar; pero su religión no llegaba al punto aquel en que frisa en manía, como ocurre con el Kreisler de Hoffmann; no hacía ninguna demostración externa, sino que gozaba interiormente, al modo de los hatchischins o de los teriaskis. El genio de la admiración, de la comprensión, la única facultad por la cual un hombre ordinario se hace hermano de un gran poeta, es tan raro en París, donde todas las ideas parecen viajeros que pasan por una posada, que debe concederse a Pons una respetuosa estima. Su fracaso puede parecer injusto, pero él mismo confesaba ingenuamente que no estaba muy fuerte en armonía; había descuidado el estudio del contrapunto; y la orquestación moderna, desmedidamente agrandada, le pareció inabordable en el momento en que, con nuevos estudios, hubiera podido figurar entre los compositores modernos, y convertirse, si no en un Rossini, al menos en un Hérold. Finalmente, encontró en los placeres de coleccionista tan vivas compensaciones al abandono de la gloria, que, si hubiese tenido que elegir entre la posesión de sus antigüedades y la fama de un Rossini, aunque cueste crearlo, Pons hubiese optado por su querida colección. El anciano músico practicaba el axioma de Chenavard el docto coleccionista de grabados de gran valor, quien pretende que sólo se puede sentir placer al contemplar un Ruysdael, un Hobbema, un Holbein, un Rafael, un Murillo, un Greuze, un Sebastián del Piombo, un Giorgione, un Alberto Durerro cuando el cuadro sólo ha costado cincuenta francos. Pues no admitía una adquisición superior a cien francos; y, para que él pagase cincuenta francos por un objeto, debía tratarse de algo que valía tres mil. La cosa más bella del mundo que costase trescientos francos, para él no existía. Las ocasiones se presentaban raramente, pero poseía los tres factores del éxito: las piernas de un ciervo, el tiempo de los ociosos y la paciencia del israelita.

Este sistema, practicado durante cuarenta años, tanto en Roma como en París, había dado sus frutos. Después de haber gastado, desde su regreso de Roma, alrededor de dos mil francos por año, Pons ocultaba a todas las miradas una colección de obras maestras de todo orden, cuyo catálogo alcanzaba el fabuloso número 1.907. De 1811 a 1816, durante sus recorridos por París, había encontrado por diez francos lo que hoy se paga de mil a mil doscientos francos. Había cuadros elegidos entre los cuarenta y cinco mil que cada año se

exponen en la Casa de Ventas; porcelanas de Sèvres de pasta tierna, compradas a los auverneses, esos secuaces de la Banda Negra, que traían en carretas las maravillas de la Francia de la Pompadour. En resumen, había recogido las ruinas de los siglos XVII y XVIII, haciendo justicia a los hombres de talento y de genio de la escuela francesa, estos grandes desconocidos, los Lepautre, los Lavallée-Poussin, etcétera, que crearon el estilo Luis XV, el estilo Luis XVI, y cuyas obras inspiran hoy las supuestas invenciones de nuestros artistas, que acuden incesantemente a los tesoros del Cabinet des Estampes para hacer algo nuevo haciendo hábiles imitaciones. Pons debía muchas de sus piezas a estos canjes, inefable felicidad de los coleccionistas. El placer de comprar objetos de arte no puede compararse al de cambalachear. Pons había sido el primero en coleccionar tabaqueras y miniaturas. Pero carecía de renombre entre los aficionados habituales, ya que no frecuentaba la Casa de las Ventas, ni se dejaba ver por las tiendas de los anticuarios afamados. Pons ignoraba el valor material de su tesoro.

El difunto Dusommerard, ya había intentado trabar amistad con el músico; pero el príncipe de las antigüedades murió sin haber podido penetrar en el museo Pons, el único que podía compararse a la célebre colección Sauvageot. Entre Pons y el señor Sauvageot había ciertas semejanzas. El señor Sauvageot, músico como Pons, y como él sin grandes medios de fortuna, ha obrado de la misma manera, con los mismos procedimientos, con el mismo amor por el arte, con el mismo odio contra esos ilustres ricos que forman colecciones para hacer una hábil competencia a los marchantes. Igual que su rival, su émulo, su antagonista por la posesión de todas esas obras manuales, esos prodigios de la artesanía, Pons sentía en su corazón una insaciable avaricia, el amor de un enamorado por una bella amante, y la reventa en las salas de la rue des Jeûneurs, a los golpes de martillo de los peritos tasadores, le parecía un crimen de lesa antigüedad. Él poseía su museo para disfrutarlo a todas horas, pues las almas creadas para admirar las grandes obras tienen el sublime don de los verdaderos enamorados; experimentan tanto placer hoy como ayer, y no se cansan jamás, y las obras maestras, afortunadamente, siempre son jóvenes. Y este objeto guardado tan paternalmente, debía ser uno de estos hallazgos que se llevan a casa con tanto amor, vosotros, aficionados, bien lo sabéis...

Ante las primeras líneas de este esbozo biográfico, todo el mundo va a exclamar: «¡Vaya, a pesar de su fealdad, el hombre más feliz de la tierra!». En efecto, ninguna preocupación, ningún esplín resiste al cauterio que se aplica al alma al entregarse a una manía. Todos los que no pueden beber en la que, en todas las épocas, se ha llamado la copa del placer, pueden dedicarse a coleccionar lo que sea (¡hasta pasquines se han coleccionado!), y no dejarán de encontrar en calderilla el lingote de la felicidad. Una manía es el placer que pasa al estado de idea... Sin embargo, que nadie envidie al pobre Pons, porque ese sentimiento, como todos los impulsos de este género, se basaría en un

error.

Este hombre lleno de delicadeza, cuya alma vivía por una infatigable admiración por la magnificencia de las obras de la mano del hombre, esa bella lucha con las obras de la naturaleza, era esclavo de uno de los siete pecados capitales, el que Dios debe castigar menos severamente: Pons era goloso. Su escasa fortuna y su pasión por las antigüedades le obligaban a un régimen dietético tan contrario a su paladar, que el solterón, desde el principio, había resuelto el problema comiendo todos los días fuera de casa. Hay que tener en cuenta que, durante el Imperio, existía, mucho más que en nuestros días, un culto por las personas célebres, quizá a causa de su reducido número y de sus pocas pretensiones políticas. ¡Costaba tan poco convertirse en poeta, en escritor, en músico! Pons, considerado como el probable rival de los Nicolo, de los Paër y de los Berton, recibió tantas invitaciones que se vio obligado a anotarlas en una agenda, como los abogados anotan sus pleitos. Además, como correspondía a un artista, ofrecía ejemplares de sus romanzas a todos sus anfitriones, tocaba el piano en sus casas, les regalaba palcos para el Feydeau, teatro para el que trabajaba; organizaba conciertos; e incluso a veces tocaba el violín en casa de sus parientes improvisando un pequeño baile.

IV

Donde se ve que a veces una buena acción no tiene recompensa

En aquel tiempo, los hombres más apuestos de Francia andaban a sablazos con los hombres más apuestos de la coalición; la fealdad de Pons se llamó, pues, originalidad, de acuerdo con la gran ley promulgada por Molière en los famosos versos de Eliante. Cuando había prestado algún servicio a alguna bella, a veces se oía llamar un hombre encantador, pero su felicidad nunca fue más lejos de esta expresión.

En este período, que duró aproximadamente seis años, de 1810 a 1816, Pons contrajo la funesta costumbre de comer bien, de ver cómo las personas que le invitaban no reparaban en gastos, se procuraban las primicias del tiempo, descorchaban sus mejores vinos, elegían con cuidado el postre, el café, los licores, y le daban el mejor trato posible, el trato habitual durante el Imperio, cuando en muchas casas se imitaba el esplendor de los reyes, de las reinas, de los príncipes de los que rebosaba París. Entonces se jugaba mucho a la realeza, como hoy se juega a la Cámara creando una multitud de sociedades con presidentes, vicepresidentes y secretarios; sociedad linera, vinícola, sericícola, agrícola, de la industria, etc. ¡Hasta se ha llegado a buscar las lacras sociales para constituir en sociedad a sus remediadores! Un estómago que

recibe una educación como ésa influye necesariamente sobre la moral y la corrompe, debido a la alta sapiencia culinaria que adquiere. La Voluptuosidad, agazapada en todos los recovecos del corazón, impone su ley, abre brecha en la voluntad y en el honor, exige a toda costa su satisfacción. Nunca se han descrito las exigencias del paladar, ya que escapan a la crítica literaria por la necesidad de vivir; pero nadie se imagina la cantidad de personas a quienes la mesa ha arruinado. La mesa, en París, es, desde este punto de vista, un émulo de la cortesana; además, proporciona lo que ésta se encarga de disipar. Cuando, de invitado perpetuo, Pons, debido a su decadencia como artista, degeneró en parásito, le fue imposible pasar de estas mesas tan bien surtidas al caldo espartano de un restaurante de dos francos. ¡Ay! Se estremecía al pensar que su independencia representaba sacrificios tan grandes, y se sentía capaz de las mayores bajezas para continuar viviendo bien, saboreando todas las primicias del tiempo, en resumen, para banquetearse (palabra popular, pero expresiva) con platos selectos. Pájaro merodeador, que levantaba el vuelo una vez lleno el buche, limitándose a expresar su gratitud con unos gorjeos, Pons, además, experimentaba un cierto placer por el hecho de vivir bien a costa de una sociedad que, a cambio, sólo le pedía buenas palabras. Acostumbrado — como todos los solteros que sienten horror por quedarse en casa, y que viven en las de los otros— a esas fórmulas, a esas zalamerías sociales que, entre gente de buena educación, reemplazan a los sentimientos, utilizaba los cumplidos a modo de calderilla; y con las personas se contentaba con las etiquetas, sin aspirar a introducir una mano curiosa dentro del saco, para ver lo que contenía.

Esta fase, bastante soportable, duró diez años más; ¡pero qué años! Aquél fue el lluvioso otoño de su vida. Durante todo este tiempo Pons comió a costa ajena haciéndose necesario en todas las casas que frecuentaba. Iniciaba un camino fatal aceptando multitud de recados, reemplazando a los porteros y a los criados en tantas y tantas ocasiones. Se le encargaban no pocas compras, y se convirtió en el espía honrado e inocente que una familia tenía en el seno de la otra; pero no se le tenía ningún agradecimiento por tantas molestias como se tomaba, y por tantas bajezas.

—Pons es soltero —decían—, tiene mucho tiempo libre, es feliz haciéndonos recados... Si no, ¿qué iba a hacer?

Pronto se manifestó ese frío que los viejos esparcen a su alrededor. Ese cierzo se propaga, influye en la temperatura moral, sobre todo cuando el viejo es feo y pobre. ¿No es esto ser tres veces viejo? Era el invierno de la vida, el invierno de la nariz enrojecida, el rostro macilento, los dedos entumecidos de frío.

De 1836 a 1843 Pons fue invitado muy pocas veces. Ya no se reclamaba la presencia del parásito, sino que cada familia la aceptaba como se acepta un

impuesto; ya no se le tenía nada en cuenta, ni siquiera los servicios reales que prestaba. Las familias en cuyo seno el pobre hombre seguía luciendo sus habilidades, carecían de todo respeto por el arte, sólo adoraban los resultados, no daban valor más que a lo que habían conquistado a partir de 1830: fortunas o posiciones sociales eminentes. Ahora bien, como Pons, ni en su vida no dejaba de haber circunstancias atenuantes. En efecto, el hombre sólo existe por una satisfacción, sea la que sea. Un hombre sin pasiones, el justo perfecto, es un monstruo, un semiángel que aún no tiene las alas. Los ángeles sólo tienen rostro en la mitología católica. En esta tierra, el justo es el aburrido Grandisson, para quien incluso las venus callejeras debían carecer de sexo. Ahora bien, exceptuando las escasas y vulgares aventuras de su viaje por Italia, donde sin duda el clima fue el motivo de sus éxitos, Pons no había visto jamás que las mujeres le sonriesen. Son muchos los hombres que tienen este destino fatal. Pons era un monstruo nato; sus padres le habían engendrado en la vejez, y él llevaba los estigmas de este nacimiento extemporáneo en su tez cadavérica, que se parecía a los tarros de alcohol en los que la ciencia conserva ciertos fetos extraordinarios. Este artista, dotado de un alma tierna, soñadora, delicada, obligado a aceptar el carácter que le imponía su aspecto físico, desesperó de que alguien llegara a amarle. El celibato, pues, fue para él más que un gusto, una necesidad. La gula, el pecado de los monjes virtuosos, le tendió los brazos; y en ellos se precipitó, como se había lanzado a la adoración de las obras de arte y a su culto por la música. La buena comida y las antigüedades fueron para él los sucedáneos de una mujer; porque la música era su carrera, su estado natural, ¡y a ver cuál es el hombre que ama el estado en el que vive! A la larga, una profesión es como un matrimonio; sólo se notan los inconvenientes.

Brillat-Savarin ha justificado por las convenciones consagradas los gustos de los gastrónomos. Pero quizá no ha insistido lo suficiente en el placer real que el hombre experimenta en la mesa. La digestión, al emplear las energías humanas, constituye un combate interior que, en los gastrólatras, equivale a los más intensos goces del amor. Se siente un despliegue tan vasto de la capacidad vital que el cerebro se anula en beneficio del segundo cerebro, situado en el diafragma, y la embriaguez se produce por la misma inercia de todas las facultades. Las boas que acaban de tragarse un toro, están tan ebrias que se dejan matar. Rebasados los cuarenta años, ¿que hombre se atreve a trabajar después de comer? Por eso, todos los grandes hombres han sido sobrios. Los convalecientes de una enfermedad grave, a quienes sólo se dan porciones tan mezquinas de alimentos escogidos, a menudo han podido advertir esa especie de embriaguez gástrica que causa una simple ala de pollo. El buen Pons, la totalidad de cuyos placeres estaba concentrada en las operaciones del estómago, se encontraba siempre en la situación de estos convalecientes: esperaba de la buena mesa todas las sensaciones que puede

proporcionar, y hasta entonces las había obtenido todos los días. Nadie se atreve a decir adiós a una costumbre. Muchos suicidas se han detenido en el umbral de la muerte ante el recuerdo del café al que van todas las noches para jugar su partida de dominó.

V

Los dos cascanueces

En 1835 el azar vengó a Pons de la indiferencia del bello sexo, y le concedió lo que vulgarmente se llama «un báculo para la vejez». Este viejo de nacimiento encontró en la amistad un apoyo para su vida, contrajo el único matrimonio que la sociedad le permitía hacer, y se casó con un hombre, un anciano músico como él. De no existir la divina fábula de La Fontaine, este esbozo hubiese tenido por título Los dos amigos. Pero ¿acaso eso no hubiera sido un crimen literario, una profanación ante la cual todo verdadero escritor retrocederá? La obra maestra de nuestro fabulista, que contiene toda la confianza de su alma y todos sus sueños, debe poseer el eterno privilegio de este título. Esta página, en cuyo frontón el poeta ha grabado estas tres palabras, LOS DOS AMIGOS, es una de esas propiedades sagradas, un templo en el que cada generación entrará respetuosamente, y que el universo visitará mientras exista la tipografía.

El amigo de Pons era un profesor de piano cuya vida y costumbres armonizaban tan bien con las suyas, que él decía que había sido una lástima que se hubiesen conocido tan tarde; pues su amistad, iniciada en un reparto de premios en un pensionado, sólo databa de 1834. Tal vez nunca se habían encontrado dos almas tan parecidas en medio del océano humano que tuvo su origen en el paraíso terrenal, contra la voluntad de Dios. Los dos músicos, al cabo de poco tiempo, se habían hecho indispensables el uno para el otro. La confianza fue recíproca, y a los ocho días eran ya como dos hermanos. En resumen, Schmucke ya no creía que existiese un Pons, del mismo modo que Pons no pensaba que existiera un Schmucke. Esto bastaría para describir a estas dos excelentes personas, pero no todas las inteligencias gustan de la brevedad de la síntesis. Una pequeña demostración es necesaria para los incrédulos.

Este pianista, como todos los pianistas, era alemán, alemán como el gran Liszt y el gran Mendelssohn, alemán como Steibelt, alemán como Mozart y Dusseck, alemán como Meyer, alemán como Doelher, alemán como Thalberg, como Dreschok, como Hiller, como Léopold Mayer, como Crammer, como Zimmerman y Kalkbrenner, como Herz, Woëtz, Karr, Wolff, Pixis, Clara

Wieck, y, en resumen, como todos los demás alemanes. Aunque gran compositor, Schmucke no podía hacer otra cosa que enseñar, ya que su carácter carecía de la audacia necesaria al hombre de genio para manifestarse en música. La ingenuidad de muchos alemanes no dura siempre, sino que hay un momento en que termina; la que les queda a cierta edad, procede, como el agua que se saca de un canal, del manantial de su juventud, y la utilizan para fertilizar sus éxitos en todos los terrenos, en el de la ciencia, en el del arte o en el del dinero, negándose a la desconfianza. En Francia, algunas personas avisadas substituyen esta ingenuidad de alemán por la necedad del tendero parisiense. Pero Schmucke había conservado toda su ingenuidad de niño, como Pons había conservado en su atuendo las reliquias del Imperio, sin llegar a sospecharlo. Este auténtico y noble alemán era al mismo tiempo el espectáculo y los espectadores, y se hacía música para él mismo. Vivía en París como un ruiseñor vive en su bosque, y allí cantaba, único ejemplar de su especie, desde hacía veinte años, hasta el momento en el que encontró en Pons un alma gemela. (Véase: Una hija de Eva).

Pons y Schmucke tenían en abundancia, tanto el uno como el otro, en el corazón y en el carácter, esos rasgos de sentimentalismo añorado que distinguen a los alemanes: como la pasión por las flores, como la adoración de los efectos naturales que les lleva a plantar en sus jardines botellas enormes para ver en pequeño el paisaje que tienen en grande ante los ojos; como esa predisposición a investigar que lleva a los sabios alemanes a recorrer cien leguas para encontrar una verdad que les contempla sonriendo, sentada en el brocal del pozo, bajo el jazmín del patio de su casa; en fin, como esa necesidad de dotar de un sentido psíquico a las cosas más insignificantes de la creación, y que produce las obras inexplicables de Jean Paul Richter, los delirios impresos de Hoffmann, y las barandillas en folio que Alemania pone alrededor de las cuestiones más sencillas, ahondadas a modo de un abismo, en el fondo del cual siempre hay un alemán. Católicos los dos, iban juntos a misa, cumplían sus deberes religiosos como niños que nunca tienen nada que decir a sus confesores. Creían firmemente que la música, el lenguaje celestial, era a las ideas y sentimientos, lo que las ideas y sentimientos son a las palabras, y tenían interminables conversaciones sobre este sistema, respondiéndose el uno al otro con orgías de música para demostrarse a sí mismos sus propias convicciones, como hacen los enamorados. Schmucke era tan distraído como Pons era atento. Si Pons era coleccionista, Schmucke era soñador; éste estudiaba las bellezas morales, como el otro atesoraba las bellezas materiales. Pons veía y compraba una taza de porcelana en el tiempo que Schmucke invertía en sonarse, pensando en algún motivo de Rossini, de Bellini, de Beethoven, de Mozart, buscando en el mundo de los sentimientos dónde podía encontrarse el origen o la réplica de aquella frase musical. Schmucke, cuyas economías eran administradas por la distracción, Pons, pródigo por pasión,

llegaban al mismo resultado: ni una moneda en la bolsa, en la noche de San Silvestre de cada año.

Sin esta amistad Pons quizá hubiese sucumbido a sus pesares; pero, desde que tuvo un corazón en el que descargar el suyo, la vida se le hizo soportable. La primera vez que confió sus penas a Schmucke, el buen alemán le aconsejó que viviese como él, de pan y queso, en su casa, en vez de ir a mendigar comidas que le hacían pagar tan caras. Pero ¡ay!, Pons no se atrevió a confesar a Schmucke que en él el corazón y el estómago eran enemigos irreconciliables, que su estómago sólo aceptaba lo que hacía sufrir al corazón, y que necesitaba a toda costa una buena comida que paladear, como un conquistador necesita una amante con la que... retozar. Con el tiempo, Schmucke terminó por comprender a Pons, ya que era demasiado alemán para tener la rapidez de observación de la que gozan los franceses, y ello sólo le hizo querer aún más al pobre Pons. Nada robustece tanto la amistad como que, de dos amigos, el uno se crea superior al otro. Un ángel no hubiese tenido nada que decir viendo a Schmucke frotándose las manos en el momento en que descubrió en su amigo la intensidad con que le dominaba la gula. En efecto, a la mañana siguiente el buen alemán completó el desayuno con golosinas que él mismo fue a comprar, y cuidó de que ningún día faltaran a su amigo; porque, desde que habían unido sus vidas, todos los días se desayunaban juntos en casa.

Ignoraría cómo es París quien imaginase que los dos amigos escaparon a las burlas de los parisienses, que jamás han respetado nada. Schmucke y Pons, uniendo sus riquezas y sus miserias, tuvieron la ahorrativa idea de vivir juntos, y pagaban a partes iguales el alquiler de un piso muy desigualmente compartido, situado en una tranquila casa de la tranquila calle de Normandía, en el Marais. Como solían salir juntos y a menudo paseaban por los mismos bulevares el uno al lado del otro, los ociosos del barrio les habían apodado los dos cascanueces. Este apodo dispensa ya de trazar aquí el retrato de Schmucke, que era lo que la nodriza de Niobe, la famosa estatua del Vaticano, a la Venus de la Tribuna.

La señora Cibot, la portera de esa casa, era el pivote sobre el que giraba la vida doméstica de los dos cascanueces; pero desempeña un papel tan importante en el drama que deshizo esta doble existencia, que es mejor reservar su retrato para el momento que entre en escena.

Lo que resta por decir acerca de los rasgos morales de estos dos seres es precisamente lo más difícil de hacer comprender al noventa y nueve por ciento de los lectores en este cuadragésimo séptimo año del siglo XIX, probablemente a causa del prodigioso desarrollo financiero producido por el establecimiento de los ferrocarriles. No es gran cosa, y sin embargo es mucho. En efecto, se trata de dar una idea de la extraordinaria delicadeza de estos dos

corazones. Tomemos una imagen de los ferrocarriles, aunque sólo sea para resarcirnos de lo que nos hacen pagar. Hoy en día, los trenes, al correr sobre los raíles, trituran imperceptibles granos de arena. Introducid este grano de arena, invisible para los viajeros, en sus riñones, y sentirán los dolores de la más terrible de las enfermedades, el mal de piedra; muchos mueren de esto. Pues bien, lo que para nuestra sociedad, lanzada por su vía metálica con una velocidad de locomotora, es el grano de arena invisible por el que no se preocupa lo más mínimo, ese grano, incesantemente arrojado entre las fibras de estos dos seres y a cada instante, les causaba una especie de mal de piedra en el corazón. Excesivamente sensibles a los dolores ajenos, ambos lloraban ante su impotencia; y, por lo que se refiere a sus propias sensaciones, eran de una delicadeza de sensibilidad que lindaba con lo enfermizo. La vejez, los continuos espectáculos del drama parisiense, nada había endurecido aquellas dos almas tiernas, infantiles y puras. Cuanto más vivían, más intensos eran sus sufrimientos íntimos. ¡Ay! Esto es lo que les ocurre a las naturalezas castas, a los pensadores serenos y a los verdaderos poetas que no han caído en ningún exceso.

Desde que los dos ancianos vivían juntos, sus ocupaciones, bastante parecidas, habían tomado el ritmo fraternal que caracteriza en París a los caballos de los simones. Se levantaban alrededor de las siete de la mañana, tanto en verano como en invierno, y después de desayunar iban a dar sus clases en los pensionados, en los que substituían el uno al otro cuando era necesario. Hacia los doce, Pons iba a su teatro, cuando un ensayo reclamaba su presencia, y dedicaba todos sus momentos libres a pasear. Luego, al caer la tarde, los dos amigos volvían a encontrarse en el teatro, en el que Pons había logrado colocar a Schmucke; he aquí cómo:

VI

Un hombre explotado como se ven tantos

Cuando Pons conoció a Schmucke, acababa de obtener, sin haberlo solicitado, el bastón de mariscal de los compositores desconocidos: una batuta de director de orquesta. Gracias al conde Popinot, entonces ministro, se concedió esta plaza al pobre músico, en el momento en que este héroe burgués de la revolución de julio hizo dar una concesión de teatro a uno de esos amigos de los que se avergüenza un advenedizo, cuando, al pasar en su coche, reconoce en París a un antiguo camarada de juventud, desaliñado, el pantalón sin trabillas, vestido con una levita de color indefinible, y olfateando negocios demasiado elevados para los esquivos capitales. Este amigo, antiguo viajante

de comercio, se llamaba Gaudissart, y en otro tiempo había contribuido muy eficazmente a la prosperidad de la gran casa Popinot. Popinot, convertido en conde, en par de Francia, después de haber sido dos veces ministro, no renegó de EL ILUSTRE GAUDISSERT. Hizo más, quiso poner al viajante en condiciones de renovar su guardarropa y de llenar su bolsa; porque la política, las vanidades de la corte ciudadanas, no habían endurecido el corazón de aquel antiguo droguero. Gaudissart, siempre loco por las mujeres, pidió la concesión de un teatro que se había declarado en quiebra, y el ministro, al otorgársela, cuidó de enviarle algunos viejos admiradores del bello sexo, lo suficientemente ricos como para crear una sólida comandita amorosa de lo que ocultan las mallas. Pons, parásito del palacio Popinot, tuvo las migajas de la concesión. La compañía Gaudissart, que, dicho sea de paso, hizo fortuna, en 1834 decidió poner en práctica en el bulevar esta gran idea: una ópera para el pueblo. La música de los ballets y de las obras de gran espectáculo exigía un director de orquesta competente y un poco compositor. La administración a la que sucedía la compañía Gaudissart hacía demasiado tiempo que estaba en quiebra para que poseyera un copista. Pons colocó pues a Schmucke en el teatro en calidad de revisor de partituras, oficio oscuro que requiere profundos conocimientos musicales. Schmucke, por consejo de Pons, se puso de acuerdo con el jefe de este servicio en la Ópera Cómica, y así se libró de la parte material de la tarea. La colaboración de Schmucke y de Pons produjo resultados maravillosos. Schmucke, que, como todos los alemanes, dominaba muy bien la armonía, se cuidaba de instrumentar las partituras cuyo canto había estado a cargo de Pons. Cuando los entendidos admiraron una serie de composiciones llenas de frescor que servían de acompañamiento a dos o tres obras de éxito, las explicaron por la palabra progreso, sin pretender averiguar quiénes eran los autores. Pons y Schmucke se eclipsaron en la gloria, como ciertas personas se ahogan en su bañera. En París, sobre todo a partir de 1830, nadie triunfa sin empujar, quibuscumque viis, y muy fuerte, a una enorme masa de competidores; para ello se necesita vigor y decisión, y los dos amigos tenían en el corazón este mal de piedra que dificulta todos los impulsos ambiciosos.

De ordinario Pons se ponía al frente de la orquesta de su teatro hacia las ocho, hora en la que se representan las obras favoritas, cuyas oberturas y acompañamientos exigen la tiranía de la batuta. Esta tolerancia existe en la mayoría de los teatros pequeños; y Pons, en este aspecto, se sentía muy libre, ya que en sus relaciones con la administración daba muestras de un gran desinterés. Por otra parte, Schmucke suplía a Pons cuando era necesario. Con el tiempo la posición de Schmucke en la orquesta se había consolidado. El ilustre Gaudissart había reconocido, sin decir nada, el valor y la utilidad del colaborador de Pons. Se habían visto obligados a introducir en la orquesta un piano, como en los teatros grandes. El piano, que Schmucke tocaba gratis, se

colocó junto a la tarima del director de orquesta, y allí se instalaba el supernumerario voluntario. Todos los demás músicos, cuando conocieron a este buen alemán, sin ambición ni pretensiones, le hicieron una buena acogida. La administración, a cambio de una módica suma, confió a Schmucke los instrumentos que no están representados en las orquestas de los teatros de bulevar, y que a menudo son necesarios, como el piano, la viola de amor, el corno inglés, el violonchelo, el arpa, las castañuelas de la cachucha, las campanillas y los inventos de Sax, etcétera. Los alemanes, aunque no sepan tocar los grandes instrumentos de la libertad, saben tocar por naturaleza todos los instrumentos musicales.

Los dos ancianos artistas, a quienes todo el mundo quería en el teatro, vivían allí como dos filósofos. Se habían puesto una venda en los ojos para no ver jamás los males inherentes a una compañía de teatro en la que conviven, mezclados, un cuerpo de baile con actores y actrices, una de las combinaciones más horrorosas que las necesidades de la recaudación hayan creado para tormento de directores, actores y músicos. Un gran respeto por los demás y por sí mismo habían valido la estima general al modesto y bueno de Pons. Por otra parte, en todos los ambientes, una vida límpida, una honradez sin tacha, imponen una especie de admiración en los corazones más malvados. En París, una hermosa virtud tiene el éxito de un gran diamante, de una rara curiosidad. Ni un solo actor, ni un solo autor, ni una sola bailarina, se hubiesen permitido la menor burla, la menor broma de mal gusto contra Pons o contra su amigo. Pons aparecía de vez en cuando por el foyer; pero Schmucke no conocía más que el paso subterráneo que llevaba desde el exterior del teatro hasta el foso de la orquesta. En los entreactos, cuando asistía a una representación, el buen alemán se atrevía a contemplar la sala, y a veces hacía preguntas al primer flautista, un joven nacido en Estrasburgo, de una familia alemana de Kehl, sobre los excéntricos personajes que casi siempre ocupan los palcos proscenios. Poco a poco, la imaginación infantil de Schmucke, cuya educación social fue iniciada por este flautista, admitió la existencia fabulosa de la loreta, la posibilidad de casarse en el distrito trece, las prodigalidades de los grandes figurones y el equívoco negocio de las acomodadoras. Las inocencias del vicio parecieron al buen Pons la última palabra de las depravaciones babilónicas, y ante todo aquello sonreía confuso, como si estuviera delante de arabescos chinos. Las personas avisadas ya habrán comprendido que a Pons y a Schmucke les explotaban, para usar una palabra que está de moda; pero, lo que perdían en dinero, lo ganaban en consideración, en buen trato.

Después del éxito de un ballet que fue el comienzo de la rápida fortuna de la compañía Gaudissart, los directores enviaron a Pons un grupo escultórico en plata atribuido a Benvenuto Cellini, cuyo elevadísimo precio había sido objeto de una conversación en el foyer. ¡Se trataba de mil doscientos francos! El

pobre hombre, siempre tan honrado, quiso devolver el regalo. A Gaudissart le costó mucho trabajo conseguir que lo aceptara.

—¡Ah! —dijo a su socio—. ¡Si pudiéramos encontrar actores de esta madera!

Esta doble vida, tan apacible en apariencia, sólo se veía turbada por el vicio que dominaba a Pons, aquella imperiosa necesidad de comer fuera de casa. Y cada vez que Schmucke se hallaba presente cuando Pons se vestía para salir, el buen alemán deploraba esta funesta costumbre.

—¡Si al menos encortara! —exclamaba a menudo.

Y Schmucke soñaba con los medios de curar a su amigo de este vicio degradante, porque los verdaderos amigos gozan, en el orden moral, de la perfección de que está dotado el olfato de los perros; huelen los pesares de sus amigos, adivinan las causas, se preocupan por ellos.

Pons, que llevaba siempre en el dedo meñique de la mano derecha una sortija con un diamante, tolerable en la época del Imperio, pero que hoy era ridículo, Pons demasiado «trovador» y demasiado francés, carecía en los rasgos de su rostro de la serenidad divina que atenuaba la espantosa fealdad de Schmucke. El alemán había reconocido en la expresión melancólica del rostro de su amigo las crecientes dificultades que convertían aquel oficio de parásito en algo cada vez más penoso. En efecto, en octubre de 1844, el número de casas en las que Pons comía era, naturalmente, muy restringido. El pobre director de orquesta, forzado a limitarse al círculo de la familia, daba, como ahora mismo veremos, a la palabra «familia», un sentido muy amplio.

El antiguo «Gran Premio» era primo hermano de la primera esposa del señor Camusot, el rico sedero de la calle de Bourdonnais, una Pons, única heredera de uno de los famosos Pons hermanos, los bordadores de la corte, casa de la que el padre y la madre del músico eran comanditarios después de haberla fundado antes de la revolución de 1789, y que fue comprada por el señor Rivet, en 1815, al padre de la primera señora Camusot. Este Camusot, retirado de los negocios desde hacía diez años, en 1844 era miembro del consejo general de las manufacturas, diputado, etc. Acogido amistosamente por el clan de los Camusot, el buen Pons se consideraba primo de los hijos que el sedero había tenido en segundas nupcias, a pesar de que ya no le eran nada, ni siquiera por alianza.

Como la segunda señora Camusot era una Cardot, Pons se introdujo a título de pariente de los Camusot: en la numerosa familia de los Cardot, segundo clan burgués, que, por sus alianzas, formaba una sociedad no menos poderosa que la de los Camusot. El notario Cardot, hermano de la segunda señora Camusot, se había casado con una Chiffreville. La célebre familia de

los Chiffreville, la reina de los productos químicos, tenía relaciones con los drogueros mayoristas, el más influyente de los cuales fue, durante mucho tiempo, el señor Anselme Popinot, a quien la revolución de Julio había lanzado, como ya es sabido, a la actitud política más dinástica. Y así, Pons, detrás de los Camusot y de los Cardot, entró en casa de los Chiffreville; y de allí pasó a la de los Popinot, siempre en calidad de primo de los primos.

Este simple resumen de las últimas relaciones del anciano músico permite comprender cómo podía aún ser recibido familiarmente en 1844: primero, en casa del conde Popinot, par de Francia, antiguo ministro de agricultura y de comercio; segundo, en casa del señor Cardot, antiguo notario, alcalde de barrio y diputado por un distrito de París; tercero, en casa del anciano señor Camusot, diputado, miembro del consejo municipal de París y del consejo general de las manufacturas, y en camino de ser par; cuarto, en casa del señor Camusot de Marville, hijo del primer matrimonio, y por lo tanto el verdadero, el único primo verdadero de Pons, aunque primo segundo.

Este Camusot, que para distinguirse de su padre y de su medio hermano, había añadido a su apellido el nombre de la propiedad de Marville, era, en 1844, presidente de cámara en el tribunal real de París.

Como el ex notario Cardot había casado a su hija con su sucesor, llamado Berthier, Pons, que se consideraba anejo al cargo, supo conservar esta comida, «ante notario», como él decía.

Ésta era pues la constelación burguesa a la que Pons llamaba su familia, y en la que tan penosamente había conservado el derecho a pan y manteles.

De estas diez casas, aquella en la que el artista debía ser mejor acogido, la casa del presidente Camusot, era el objeto de sus mayores atenciones. Pero ¡ay!, la presidenta, hija del difunto sieur Thirion, ujier de cámara de los reyes Luis XVIII y Carlos X, nunca había tratado bien al primo segundo de su marido. Pons había perdido mucho tiempo tratando de suavizar a su terrible parienta, ya que había dado lecciones gratuitas a la señorita Camusot, siéndole imposible sacar partido musical de aquella muchacha un poco pelirroja. Ahora bien, Pons, con la mano sobre aquelpreciado objeto, en aquellos momentos se dirigía a casa de su primo, el presidente, en la que, al entrar, creía verse en las Tullerías; hasta tal punto influían en su ánimo las solemnes colgaduras verdes, la tapicería color carmelita, las alfombras de moqueta, y los severos muebles de estos aposentos en los que se respiraba toda la gravedad de la magistratura. ¡Cosa rara! Él se sentía más a gusto en el palacio Popinot, de la calle Basse-du-Rempart, sin duda a causa de los objetos de arte que allí había; pues el ex ministro, desde que se dedicó a la política, contrajo la manía de coleccionar cosas bellas, sin duda para contrarrestar sus actividades en la política, que colecciona secretamente las acciones más feas.

VII

Uno de los mil placeres de los coleccionistas

El presidente de Marville vivía en la calle de Hannover, en una casa comprada diez años antes por la presidenta, tras la muerte de su padre y de su madre, sieur y dame Thirion, que le dejaron alrededor de ciento cincuenta mil francos de economías. Esta casa, de aspecto bastante sombrío, vista desde la calle, en la que la fachada da al norte, disfruta de las ventajas de estar orientada cara al sur por la parte del patio, a continuación del cual se extiende un hermoso jardín. El magistrado ocupa todo el primer piso, que, bajo Luis XV, había albergado a uno de los financieros más poderosos de la época. Y como el segundo está alquilado a una anciana dama muy rica, el edificio, en conjunto, ofrece un aspecto tranquilo y honorable que sienta bien a la magistratura. Los restos de la magnífica propiedad de Marville, en cuya adquisición el magistrado había empleado sus economías de veinte años, así como la herencia de su madre, se componían del castillo, espléndido monumento como aún existen en Normandía, y de una buena granja de doce mil francos. Un parque de cien hectáreas rodea el castillo. Este lujo, hoy principesco, cuesta un millar de escudos al presidente, de modo que la propiedad no reporta más que nueve mil francos limpios, como se dice vulgarmente. Estos nueve mil francos y su sueldo proporcionaban al presidente una fortuna de unos veinte mil francos de renta, en apariencia suficiente, sobre todo teniendo en cuenta que debía recibir la mitad de la herencia de su padre, ya que era el único heredero de su primer matrimonio; pero la vida de París y las exigencias de su posición habían obligado al señor y a la señora de Marville a gastar la casi totalidad de sus rentas. Hasta 1834 su posición no había sido muy desahogada.

Este inventario explica por qué la señorita de Marville, a sus veintitrés años, aún no se había casado, a pesar de los cien mil francos de dote, y a pesar del incentivo de sus esperanzas, aireadas hábil y frecuentemente, pero en vano. Hacía cinco años que el primo Pons oía las lamentaciones de la presidenta, que veía casados a todos los «substitutos», y a los nuevos jueces en el tribunal, ya padres, después de haber hecho brillar inútilmente las esperanzas de la señorita de Marville ante los ojos poco ilusionados del joven vizconde Popinot, primogénito del gran señor de la droguería, en provecho de quien, según los envidiosos del barrio de los Lombardos, se había hecho la revolución de Julio, al menos tanto como en el de la rama segundona.

Una vez en la calle de Choiseul, y cuando estaba a punto de enfilear la calle

de Hannover, Pons experimentó esta inexplicable turbación que atormenta las conciencias puras, que les inflige los suplicios que sufren los peores malvados a la vista de un gendarme, y causada únicamente por la cuestión de saber cómo le recibiría la presidenta. Aquel grano de arena que le desgarraba las fibras del corazón, nunca se había redondeado; los ángulos eran cada vez más agudos, y los habitantes de aquella casa reavivaban incesantemente las aristas. En efecto, el poco caso que los Camusot hacían de su primo Pons, su desmonetización en el seno de la familia, influía en los criados, que, sin faltarle al respeto, le consideraban como una variedad de pobre.

El enemigo capital de Pons era una tal Madeleine Vivet, una solterona alta y flaca que era doncella de la señora C. de Marville y de su hija. A la tal Madeleine a pesar de los barrillos de su piel, y quizá a causa de estos mismos barrillos y de su delgadez viperina, se le había metido en la cabeza convertirse en la señora Pons; Madeleine agitó en vano el señuelo de veinte mil francos de ahorros ante los ojos del viejo solterón. Pons rechazó aquella dicha por demasiado barrosa. Y así, aquella Dido de antesala, que quería llegar a ser prima de sus amos, hacía las peores jugadas al pobre músico. Madeleine exclamaba en voz alta: «¡Mira, ya está aquí el gorrón!», cuando oía al infeliz subiendo la escalera, procurando que le oyese. Si era ella quien servía la mesa, en ausencia del mayordomo, cenaba poco vino y mucha agua en el vaso de su víctima, dejándole la difícil tarea de llevarse a los labios, sin verter nada, un vaso lleno hasta los bordes. Olvidaba servir al pobre hombre, y se lo hacía decir por la presidenta (¡y con qué tono...! ¡Su primo se ruborizaba!), o le vertía salsa sobre el traje. Era, en resumen, la guerra del inferior que se sabe impune, contra un superior en desgracia.

VIII

Donde el infortunado primo se ve muy mal recibido

A la vez ama de llaves y doncella, Madeleine había estado al servicio del señor y de la señora Camusot desde su boda. Había visto a sus amos en la penuria de sus comienzos, en provincias, cuando el señor era juez en el tribunal de Alençon; ella les había ayudado a vivir cuando, presidente del tribunal de Mantes, el señor Camusot, en 1828, vino a París, donde fue nombrado juez de instrucción. Por lo tanto, estaba demasiado ligada a la familia para no tener motivos de venganza. Su deseo de hacer a la orgullosa y ambiciosa presidenta la mala pasada de convertirse en la prima del señor, debía ocultar uno de esos odios sordos engendrados por una de las arenillas que forman los aludes.

—¡Señora! ¡Ahí viene el señor Pons, y todavía con spencer! —fue a decir Madeleine a la presidenta—. ¡Me gustaría que me dijera cómo se las arregla para conservarlo desde hace veinticinco años!

Al oír pasos de hombre en el saloncillo que separaba el salón grande de su alcoba, la señora Camusot miró a su hija y se encogió de hombros.

—Tú siempre me avisas tan inoportunamente, que nunca tengo tiempo de tomar una decisión, Madeleine —dijo la presidenta.

—Señora, Jean ha salido, yo estaba sola, el señor Pons ha llamado, le he abierto la puerta, y como casi es de la casa yo no podía impedir que me siguiera; está ahí al lado, quitándose el spencer.

—¡Mi pobre michina —dijo la presidenta a su hija—, ya no podemos salir! Ahora tendremos que quedarnos a comer aquí... Bueno —añadió, al ver la cara de pena que ponía su querida michina—, ¿qué quieres que haga? ¿Que nos lo quitemos de encima definitivamente?

—¡Oh, pobre hombre! —respondió la señorita Camusot—. ¡Privarle de una comida!

En el saloncillo resonaba una falsa tos de hombre, que quería decir: «Os estoy oyendo».

—Bueno, pues que entre —dijo la señora Camusot a Madeleine, volviendo a encogerse de hombros.

—Ha venido usted tan temprano —dijo Cécile Camusot con zalamería— que nos ha sorprendido en el momento en que mi madre iba a vestirse.

El primo Pons, a quien no había escapado el movimiento de hombros de la presidenta, se sintió tan cruelmente humillado, que no supo qué cumplido decir, y se limitó a esta profunda frase:

—Mi querida prima siempre está encantadora.

Luego, volviéndose hacia la madre y saludándola, añadió:

—Querida prima, no creo que me guarde rencor por haber venido un poco antes que de costumbre; le traigo lo que me había hecho usted el honor de pedirme...

Y el pobre Pons, que sacaba de quicio al presidente, a la presidenta y a Cécile cada vez que les llamaba primo o prima, sacó del bolsillo lateral de su traje una preciosa cajita oblonga de madera de Santa Lucía, divinamente esculpida.

—¡Ah! Lo había olvidado —dijo secamente la presidenta.

Esta exclamación ¿no era algo atroz? ¿No negaba todo mérito a la solicitud

de su pariente, cuya única culpa era la de ser un pariente pobre?

—Pero, en fin —añadió—, ha sido usted muy amable. ¿Le debo mucho dinero por esta cosilla?

Esta pregunta hizo que su primo se estremeciera interiormente, ya que tenía la pretensión de saldar todas sus comidas mediante el regalo de aquella joya.

—Me ha parecido que me permitiría usted hacerle este obsequio —dijo con voz emocionada.

—¡Oh, no, no, no puedo consentirlo! —replicó la presidenta—; entre nosotros no tenemos por qué hacer cumplidos, ya nos conocemos lo suficiente para hablar con toda franqueza. Sé que no es usted lo bastante rico como para permitirse estos lujos. ¿Le parece poco tomarse la molestia de perder su tiempo visitando anticuarios?

—Querida prima, usted no aceptaría este abanico si tuviera que pagar su verdadero valor —replicó el pobre hombre, ofendido—; es una obra maestra de Watteau, pintado por los dos lados; pero, tranquilícese, no he pagado ni la centésima parte de su precio artístico.

Decir a un rico «¡Eres pobre!» equivale a decir al arzobispo de Granada que sus homilías no tienen ningún interés. La señora presidenta estaba demasiado orgullosa de la posición de su marido, de la posesión de Marville y de las invitaciones a los bailes de la corte, para no sentirse herida en lo más vivo por una observación semejante, sobre todo procediendo de un miserable músico de quien ella se consideraba la bienhechora.

—Entonces, es que la gente a quien compra usted estas cosas son bien necios —dijo vivamente la presidenta.

—En París no hay anticuarios necios —replicó Pons casi secamente.

—Debe ser usted que es más listo —dijo Cécile, para calmar la discusión.

—Querida prima, soy lo suficientemente listo para reconocer un Lancret, un Pater, un Watteau, un Greuze; pero sobre todo tenía el deseo de complacer a su querida mamá.

Ignorante y vanidosa, la señora de Marville se negaba a aceptar la idea de que recibía algo valioso de su gorrón, y su ignorancia le sirvió admirablemente, ya que no conocía el nombre de Watteau. Si hay un rasgo que pueda describir hasta dónde llega el amor propio de los coleccionistas, que, desde luego, es uno de los más fuertes, puesto que rivaliza con el amor propio de los escritores, es la audacia con que Pons acababa de enfrentarse con su prima, por primera vez desde hacía veinte años. Estupefacto por su atrevimiento, Pons volvió a adoptar una actitud pacífica, al explicar a Cécile las bellezas del

fino trabajo de las varillas de aquel maravilloso abanico. Pero, para estar en el secreto de la trepidación cordial que sufría el pobre hombre, es necesario hacer un leve esbozo de la personalidad de la presidenta.

A los cuarenta y seis años, la señora de Marville, que en otro tiempo era de corta estatura, rubia, entrada en carnes y lozana de aspecto, seguía siendo de corta estatura, pero se había vuelto delgada. Su ceño fruncido, su boca hundida, que antaño la juventud adornaba de delicados colores, habían cambiado su aspecto, naturalmente desdeñoso, en un aire malhumorado. La costumbre de ser dueña y señora absoluta de la casa había vuelto su fisonomía dura y desagradable. Con el tiempo el rubio de sus cabellos se había convertido en castaño chillón. Los ojos, todavía vivaces y cáusticos, expresaban una altivez judicial cargada de una perpetua envidia. En efecto, la presidenta se encontraba casi pobre en medio de la sociedad de burgueses advenedizos en la que comía Pons. No perdonaba al rico droguero, antiguo presidente del tribunal de comercio, haber llegado a ser sucesivamente diputado, ministro, conde y par. No perdonaba a su suegro el que se hubiera hecho nombrar, en detrimento de su hijo mayor, diputado por su distrito, cuando Popinot fue elevado a la dignidad de par. Después de dieciocho años de servicios en París, aún seguía esperando para Camusot el puesto de consejero en el Tribunal Supremo, que por otra parte le estaba vedado debido a su ineptitud, perfectamente conocida en el Palacio de Justicia. El ministro de Justicia de 1844, lamentaba el nombramiento de Camusot para la presidencia, obtenido en 1834; pero le habían destinado a la cámara de acusaciones en la que, gracias a su rutina de antiguo juez de instrucción, cumplía con su cometido dictando sentencias.

IX

Un buen hallazgo

Estos desengaños habían influido en el carácter de la presidenta de Marville, quien, por otra parte, no se engañaba acerca de los méritos de su marido, convirtiéndolo en algo terrible. Si antes su temperamento era brusco, ahora se había agriado mucho más. A medida que iba envejeciendo, se hacía cada vez más áspera y dura como un cepillo, para obtener, por el miedo, todo lo que la sociedad se sentía dispuesta a negarle. Excesivamente mordaz, tenía pocas amigas. Imponía mucho, pues se había rodeado de una serie de viejas beatas de su misma ralea, que la apoyaban para tomarse un desquite. O sea que las relaciones del pobre Pons con este diablo con faldas, eran las de un colegial con un maestro que sólo habla con la palmeta. La presidenta no se

explicaba, pues, la súbita audacia de su primo, ignorando el valor del regalo.

—¿Y dónde ha encontrado esto? —preguntó Cécile, examinando la joya.

—En la calle de Lappe, en la tienda de un chamarilero que acaba de traerlo de un castillo que han puesto en venta cerca de Dreux, en Aulnay, un castillo en el que había pasado algunas temporadas Madame de Pompadour, antes de construir Ménars; de allí han sacado los maderajes más espléndidos que se han visto jamás; cosas tan bellas que Liénard, nuestro célebre escultor en madera, se ha quedado como nec-plus-ultra del arte, dos marcos ovalados para modelos... Había verdaderos tesoros. Mi chamarilero ha encontrado este abanico en un escritorio en marquetería que yo hubiese comprado si hiciera colección de esta clase de muebles; pero... algo intocable... Un mueble de Reisener vale de tres a cuatro mil francos. Hoy en París empieza a reconocerse que los famosos taraceadores alemanes y franceses de los siglos XVI, XVII y XVIII hacían verdaderos cuadros en madera. El mérito del coleccionista es el de adelantarse a la moda. Por ejemplo, dentro de cinco años en París, las porcelanas de Frankenthal que yo colecciono desde hace veinte años, se pagarán el doble que la pasta tierna de Sèvres.

—¿Qué es el frankenthal? —preguntó Cécile.

—Es el nombre de la fábrica de porcelanas del elector palatino; es más antigua que nuestra manufactura de Sèvres, como los famosos jardines de Heidelberg, destruidos por Turenne, han tenido la desgracia de existir antes que los de Versalles. Sèvres ha copiado mucho de Frankenthal... Los alemanes, también hay que ser justos en esto, han hecho antes que nosotros, cosas admirables en Sajonia y en el Palatinado.

Madre e hija se miraron como si Pons les estuviera hablando en chino, porque no puede imaginarse hasta qué punto los parisienses son ignorantes y exclusivos; no saben más que lo que se les enseña, y aun cuando quieren enterarse.

—¿Y en qué reconoce usted el frankenthal?

—¡Por la firma, naturalmente! —dijo Pons con pasión—. Todas estas maravillosas obras de arte están firmadas. El frankenthal lleva una C y una T (Carlos-Teodoro) entrelazadas y llevando encima una corona de príncipe. La Sajonia antigua tiene sus dos espadas y el número de orden en oro. Vincennes firmaba con un cuerno. Vienne con una V cerrada y cruzada. Berlín con dos barras. Mayence con una rueda. Sèvres con dos LL, y la porcelana de la reina con una A que quiere decir Antonieta, y encima una corona real. En el siglo XVIII todos los soberanos de Europa han rivalizado en la fabricación de porcelana. Se quitaban los artesanos los unos a los otros. Watteau dibujaba modelos para la manufactura de Dresde, y sus obras han alcanzado precios

increíbles (pero hay que entender mucho, porque, hoy en día, Dresde los repite y los vuelve a copiar). En aquellos tiempos se fabricaban cosas admirables que ya no volverán a hacerse...

—¡Ah, bah!

—Sí, sí, prima; hay taraceas y hay porcelanas que no volverán a hacerse, como no se pintarán más cuadros de Rafael, ni de Ticiano, ni de Rembrandt, ni de Van Eyck, ni de Cranach... Por ejemplo, los chinos son muy hábiles, muy diestros, ¿no?; pues bien, hoy se dedican a copiar las maravillas de su porcelana que llaman gran mandarín... Dos jarrones de gran mandarín antiguo, del tamaño mayor, valen seis, ocho, diez mil francos, y la copia moderna puede comprarse por doscientos francos.

—¡No hablará usted en serio!

—Querida prima, estos precios le sorprenden, pero no son nada. No sólo un servicio completo para una mesa de doce personas en pasta tierna de Sèvres, que no es porcelana, vale cien mil francos, sino que además éste no es más que el precio de fábrica. En 1750, en Sèvres, un servicio como éste se pagaba a cincuenta mil libras. Yo he visto las facturas originales.

—Volvamos al abanico —dijo Cécile, a quien aquella joya parecía demasiado antigua.

—Como usted comprenderá, desde el momento en que su querida mamá me hizo el honor de pedirme un abanico —siguió Pons— me puse inmediatamente a buscarlo. Visité todos los anticuarios de París sin encontrar nada que me gustara; porque, para la querida presidenta, yo quería una obra maestra, y pensaba darle el abanico de María Antonieta, el más bello de todos los abanicos célebres. Pero ayer me quedé deslumbrado al ver esta divina maravilla, que sin duda alguna fue hecha por encargo de Luis XV. ¿Que por qué he ido a buscar un abanico en la calle de Lappe, en la tienda de un auvernés que vende planchas de cobre, cosas de hierro, muebles dorados? No sé, pero yo creo en la inteligencia de los objetos de arte, que conocen a los entendidos, que les llaman, que les hacen: «¡Chit! ¡Chit!»...

La presidenta se encogió de hombros y miró a su hija sin que Pons pudiera ver esta rápida mímica.

—¡Si les conoceré a todos estos judíos! «¿Qué hay, Monistrol? ¿Tiene usted adornos de puertas?», le he preguntado a este chamarilero, que me deja curiosear todas sus adquisiciones, antes que a los grandes anticuarios. Entonces Monistrol me cuenta cómo Liénard, que está esculpiendo unas cosas preciosas en la capilla de Dreux, por encargo del gobierno, había salvado en la venta de Aulnay, los maderajes esculpidos de manos de los anticuarios de París, que estaban distraídos con porcelanas y muebles taraceados. «Yo no he

sacado gran cosa —me dice—, pero con esto ya ganaré para los gastos del viaje.» Y me enseña el escritorio, una maravilla. Unos dibujos de Boucher, ejecutados en marquetería, ¡con un arte...! ¡Una cosa como para arrodillarse delante! «Mire —me dice—, en un cajoncillo cerrado que no tenía llave y que he tenido que forzar, acabo de encontrar este abanico. ¿Podría usted decirme a quién puedo vendérselo...?» Y me saca esta cajita de madera de Santa Lucía esculpida. «Ya ve, es de este estilo Pompadour, que se parece al gótico florido»... «¡Oh! —le he dicho yo—, a lo mejor me interesa... Porque, lo que es el abanico, mi buen Monistrol, yo no tengo una señora Pons a quien regalar una cosa así...; además, ahora hacen unos nuevos preciosos. Hoy en día estas vitelas se pintan de una manera prodigiosa, y bastante baratas. ¿Sabe usted que hay dos mil pintores en París?» Y mientras, yo abría el abanico aparentando indiferencia y conteniendo mi admiración, contemplando fríamente estos dos cuadritos de una soltura y de una ejecución incomparables. ¡Tenía en mis manos el abanico de Madame de Pompadour! ¡Watteau agotó todo su arte pintándolo! «¿Cuánto pide por el mueble?» «¡Oh, mil francos me los da cualquiera!» Yo le ofrezco por el abanico lo que supongo que representan más o menos los gastos de su viaje. Entonces los dos nos quedamos mirándonos de hito en hito, y yo ya veo que la cosa está hecha. En seguida vuelvo a meter el abanico en la caja, para que el auvernés no se ponga a mirarlo mejor, y me extasío con el trabajo de esta caja, que, desde luego, es una verdadera joya. «Si lo compro —le digo a Monistrol— es por esto; ya ve usted que lo único que me tienta es la caja. En cuanto al escritorio, puede usted sacar más de mil francos; fíjese cómo están cincelados estos cobres... Esto son modelos originales... se puede sacar partido... esto no lo han reproducido... todo lo que se hacía para Madame de Pompadour era único...» Y el buen hombre, encandilado con su escritorio, se olvida del abanico, y me lo deja por nada, a cambio de la revelación que le he hecho de la belleza de este mueble de Riesener. ¡Y ya está! Pero se necesita mucha práctica para conseguir gangas como ésta... Es un combate de pillo a pillo, ¡y menudos pillos los judíos y los auverneses!

La admirable pantomima, la graciosa elocuencia del anciano artista, que hacían de él, narrando el triunfo de su astucia sobre la ignorancia del chamarilero, un modelo digno del pincel holandés, todo se perdió para la presidenta y su hija, que se dijeron, cambiando unas miradas frías y desdeñosas:

—¡Qué curioso!

—¿Y eso a usted le divierte? —preguntó la presidenta.

Pons se quedó helado ante esta pregunta, y sintió deseos de agredir a la presidenta.

—Pero, mi querida prima —siguió—, ¡esto es ir a la caza de obras de arte! ¡Y hay que enfrentarse con adversarios que defienden la pieza! ¡Astucia contra astucia! Una obra de arte custodiada por un normando, un judío o un auvernés, es como las princesas de los cuentos de hadas, guardadas por encantadores...

—¿Y cómo sabe usted que es de Wat...? ¿Cómo dice que se llama?

—¡Watteau, mi querida prima!, uno de los pintores franceses más grandes del siglo XVIII. Mire, ¿no ve usted la firma? —dijo señalando una escena pastoril, que representaba un corro en el que bailaban falsas campesinas y pastores cortesanos—. ¡Qué viveza! ¡Qué animación! ¡Qué colorido! ¡Y está hecho de un tirón! ¡Como una rúbrica de un maestro calígrafo! No se ve el trabajo... Y del otro lado, mire: ¡un baile en un salón! ¡Es el invierno y el verano! ¡Qué adornos! ¡Y cómo se ha conservado! Fíjese, la virola es de oro, y está rematada por cada lado con un rubí diminuto que yo he limpiado...

—Siendo así, no puedo aceptar un objeto de tanto precio. Es mejor que saque usted un beneficio de él —dijo la presidenta, que, sin embargo, sólo deseaba quedarse con aquel magnífico abanico.

—Ha llegado la hora de que lo que ha servido al vicio, esté en manos de la virtud —dijo el pobre hombre recuperando el aplomo—. Se habrán necesitado cien años para que se produzca este milagro. Puede estar segura de que en la corte ninguna princesa tendrá nada comparable a esta maravilla; porque, por desgracia, está en la naturaleza humana el hacer más por una Pompadour que por una virtuosa reina.

—Pues bien, lo acepto —dijo riendo la presidenta—. Cécile, ángel mío, ve a ver a Madeleine, y cuida de que la comida sea digna de nuestro primo.

La presidenta quería saldar la cuenta. Esta recomendación, hecha en voz alta, contrariamente a las reglas del buen gusto, se parecía tanto a una orden de pago, que Pons se ruborizó como una joven cogida en falta. Aquella vez la arenilla era demasiado gruesa, y le rodó durante un buen rato por el corazón. Cécile, joven muy pelirroja, cuyo porte, acusadamente pedante, afectaba la gravedad judicial del presidente, y recordaba la sequedad de su madre, desapareció dejando al pobre Pons enfrentado a la terrible presidenta.

X

Una hija casadera

—¡Qué linda es mi pequeña Lili! —dijo la presidenta, empleando este diminutivo infantil que antes se usaba para el nombre de Cécile.

—¡Encantadora! —respondió el anciano músico, haciendo girar los pulgares.

—No comprendo nada del tiempo en que vivimos —siguió la presidenta—. ¿De qué sirve pues tener por padre a, un presidente del tribunal real de París y comendador de la Legión de Honor, por abuelo a un diputado millonario, futuro par de Francia, el más rico de los sederos mayoristas?

La fidelidad del presidente a la nueva dinastía le había valido recientemente el cordón de comendador, distinción atribuida por algunos envidiosos a la amistad que le unía con Popinot. Este ministro, como hemos visto, a pesar de su modestia, se había dejado hacer conde. «Es por mi hijo», decía a sus numerosos amigos.

—Hoy en día sólo se busca el dinero —respondió el primo Pons—, no se presta atención más que a los ricos, y...

—¿Qué ocurriría, pues —exclamó la presidenta—, si el Cielo no me hubiese arrebatado a mi pobre Cariños?

—¡Oh! Con dos hijos sería usted pobre —dijo el primo—. Es la consecuencia de repartir los bienes por igual. Pero tranquilícese, mi bella prima, Cécile terminará por hacer una buena boda. Yo no he visto en ninguna parte una joven con tantas cualidades.

Hasta este punto se había rebajado Pons en casa de sus anfitriones; repetía sus ideas y se las comentaba llanamente, a la manera del coro del teatro antiguo. No osaba entregarse a la originalidad que distingue a los artistas, y que en su juventud, en él, abundaba en rasgos de talento, pero que la costumbre de eclipsarse había llegado casi a hacer desaparecer, y que rechazaba cuando volvía a presentarse, como hacía un momento.

—Pero yo me casé con sólo veinte mil francos de dote...

—¿En 1819? —dijo Pons interrumpiéndola—. Pero entonces era usted una de las mujeres de más posición, una joven protegida por el rey Luis XVIII.

—Pero mi hija es un verdadero ángel, tiene muchísimo talento; es toda corazón, aporta cien mil francos al matrimonio, sin contar con las esperanzas de mucho más... y no hay modo de casarla...

La señora de Marville habló de su hija y de ella misma durante veinte minutos, entregándose a estas lamentaciones características de las madres que tienen a su cargo hijas casaderas. Hacía veinte años que el anciano músico comía en casa de su único primo Camusot, y al pobre hombre jamás se le había hecho la menor pregunta sobre su posición, sobre su vida, sobre su salud. Además Pons era en todas partes una especie de sumidero de confidencias domésticas, ya que ofrecía las mayores garantías por su

discreción conocida y necesaria, puesto que una sola palabra indiscreta hubiera significado que se le cerrara la puerta de diez casas; su papel de oyente requería, pues, una constante aprobación; sonreía a tocio, no acusaba ni defendía a nadie; para él todo el mundo tenía razón. Y de este modo dejó de contar como hombre, no era más que un estómago. En esta larga tirada, la presidenta, no sin ciertas precauciones, confesó a su primo que estaba dispuesta a aceptar casi ciegamente los partidos que se presentasen a su hija. Llegó incluso a considerar como una buena oferta, la que podría hacer un hombre de cuarenta y ocho años, con tal de que tuviera veinte mil francos de renta.

—Cécile ya tiene veintitrés años, y si por desgracia llegara a los veinticinco o los veintiséis, sería extraordinariamente difícil casarla. En estos casos la gente se pregunta por qué una joven se ha quedado soltera durante tanto tiempo. Entre nuestras amistades ya se habla demasiado de este asunto. Ya hemos agotado las excusas más corrientes: «Es demasiado joven», «Quiere demasiado a sus padres para dejarles», «Es feliz en su casa», «Es difícil de contentar, quiere un apellido ilustre»... Nos estamos poniendo en ridículo, me doy perfectamente cuenta. Además, Cécile está cansada de esperar, esta situación hace sufrir a mi pobre hija...

—Pero ¿por qué? —preguntó absurdamente Pons.

—Pues porque se siente humillada al ver que todas sus amigas se casan antes que ella —replicó la madre en un tono destemplado de vieja aya.

—Mi querida prima, ¿qué es lo que ha cambiado desde la última vez que tuve el placer de comer aquí, para que piensen en personas de cuarenta y ocho años? —preguntó humildemente el pobre músico.

—Ha ocurrido —replicó la presidenta— que debíamos tener una entrevista con un consejero del tribunal, cuyo hijo tiene treinta años, cuya fortuna es considerable, y para quien el señor de Marville hubiese obtenido, mediante dinero, un puesto de refrendario en el Tribunal de Cuentas. El joven ya era supernumerario. Y acaban de decirnos que este joven ha cometido la locura de marcharse a Italia detrás de una duquesa del baile Mabile... Es un modo discreto de darnos una negativa. No quieren darnos un joven cuya madre ha muerto, y que disfruta ya de treinta mil francos de renta, y que espera la fortuna de su padre. De modo que debe usted perdonar nuestro mal humor, querido primo: ha llegado usted en plena crisis.

En el momento en que Pons buscaba una de estas respuestas de cumplimiento que siempre se le ocurrían demasiado tarde cuando se hallaba en casa de anfitriones a los que tenía miedo, entró Madeleine y entregó a la presidenta una pequeña nota, esperando la contestación.

La nota decía lo siguiente:

Querida mamá, si dijéramos que este papelito lo envía mi padre desde el Palacio de Justicia y que te dice que vayamos a comer con él en casa de un amigo para volver a hablar de la cuestión de mi boda, el primo se iría, y nosotras podríamos hacer lo que habíamos pensado en casa de los Popinot.

—¿Quién te ha entregado esto? —preguntó vivamente la presidenta.

—Un empleado del Palacio de Justicia —respondió desvergonzadamente la flaca Madeleine.

Con esta respuesta la vieja doncella indicaba a su ama que había sido ella quien había urdido la mentira, de acuerdo con la impaciente Cécile.

—Dile que mi hija y yo estaremos allí a las cinco y media.

XI

Una de las mil vejaciones que tiene que sufrir un gorrón

Una vez hubo salido Madeleine, la presidenta miró al primo Pons con esta falsa amabilidad que en un alma delicada produce el mismo efecto que vinagre y leche mezclados en la lengua de un goloso.

—Querido primo, la comida está preparada, pero tendrá usted que comer sin nosotras, porque mi marido acaba de escribirme desde la audiencia, avisándome de que volveremos a tratar del proyecto de boda con el consejero, y tenemos que ir a comer con él... Entre nosotros no hay por que gastar cumplidos. Haga como si estuviera usted en su casa; ya ve lo franca que soy con usted, no le oculto ningún secreto... No querrá usted estropearle la boda a este ángel mío, ¿verdad?

—¡Oh, no, no! Al contrario, yo quisiera encontrarle un marido; pero en los ambientes que frecuento...

—Sí, no es probable —interrumpió insolentemente la presidenta—. De modo que se queda ¿no? Cécile le hará compañía mientras me visto.

—¡Oh! Pero también puedo ir a comer en otro sitio —dijo el pobre hombre.

Aunque cruelmente afectado por el modo con que la presidenta le reprochaba su indigencia, aún le asustaba más la perspectiva de quedarse a solas con los criados.

—¿Por qué? La comida ya está preparada, la aprovecharían los criados.

Al oír esta horrible frase, Pons se levantó como alcanzado por la descarga de una pila galvánica, saludó fríamente a su prima y fue a recoger su spencer. La puerta de la alcoba de Cécile que daba al saloncillo estaba entreabierta, de modo que, al mirarse en el espejo que tenía delante, Pons vio a la joven desternillándose de risa y hablando con su madre con muchos movimientos de cabeza y muecas que revelaban alguna indigna burla a costa del viejo artista. Pons descendió lentamente por la escalera, conteniendo las lágrimas: se veía expulsado de aquella casa sin saber por qué.

«Ya soy demasiado viejo —se decía— y a la gente le horroriza la vejez y la pobreza, dos cosas feas. No volveré a ir a un sitio sin que me inviten.»

¡Heroica frase...!

La puerta de la cocina, situada en la planta baja, enfrente de la portería, solía estar abierta, como ocurre en las casas ocupadas por los propietarios, y cuya puerta cochera está siempre cerrada; Pons pudo, pues, oír las risas de la cocinera y del ayuda de cámara, a quienes Madeleine estaba contando la jugada que habían hecho a Pons, pues no se imaginaba que el infeliz saliera de allí tan pronto. El ayuda de cámara aprobaba calurosamente la broma de la que había sido víctima un habitual de la casa que, como él decía, no daba jamás ni un céntimo de propina.

—Sí, sí, pero si se amosca y no vuelve más —observaba la cocinera— siempre serán tres francos que habremos perdido el día de Año Nuevo...

—¡Bah! ¿Cómo quieres que se entere? —dijo el ayuda de cámara, respondiendo a la cocinera.

—¡Bah! —siguió diciendo Madeleine—. Que tarde más o menos en dejar de venir por aquí, ¿a nosotros qué? Fastidia tanto a los dueños de las casas en las que come que terminarán por echarle de todas partes.

En ese momento el anciano músico gritó asomándose a la portería:

—¡La puerta, por favor!

Este grito doloroso fue acogido con un profundo silencio en la cocina.

—Estaba escuchando —dijo el ayuda de cámara.

—Bueno, peor para él, o mejor, no sé —replicó Madeleine—. Para lo que le queda de vida...

El pobre hombre, que no había perdido ni una sílaba de la conversación que sostenían en la cocina, oyó también esta última frase. Volvió a su casa, por los bulevares, en el estado en que podría encontrarse una anciana después de luchar desesperadamente con unos asesinos. Hablaba solo mientras andaba con una rapidez convulsiva, pues su honor sangrante le empujaba como una

paja llevada por la furia del viento. Por fin se encontró en el bulevar del Temple, a las cinco, sin saber cómo había llegado hasta allí; pero, cosa inaudita, no sentía el menor apetito.

Ahora, para comprender la revolución que el regreso de Pons a esta hora iba a producir en su casa, es necesario dar las explicaciones prometidas acerca de la señora Cibot.

XII

Especímenes de porteros (macho y hembra)

La calle de Normandía es una de esas calles en medio de las cuales uno se creería en provincias: crece la hierba, un viandante es un acontecimiento, y todo el mundo se conoce. Las casas datan de la época en la que, bajo el reinado de Enrique IV, se empezó a construir un barrio en el que cada calle llevase el nombre de una provincia, y en cuyo centro debía hallarse una bella plaza dedicada a Francia. La idea del barrio de Europa fue la repetición de este plan. La gente se repite en todo y en todas partes, incluso en las iniciativas. La casa que habitaban los dos músicos era un antiguo palacio situado entre un patio y un jardín; pero la fachada, que daba a la calle, había sido construida en el siglo pasado, en la época en la que el Marais estuvo muy en boga. Los dos amigos ocupaban todo el segundo piso del antiguo palacio. Esta doble casa pertenecía al señor Pillerault, un octogenario que tenía por administradores al señor y a la señora Cibot, que hacía veintiséis años que eran sus porteros. Ahora bien, como un portero del Marais no tiene una retribución lo suficientemente elevada como para poder vivir sólo de su portería, el tal Cibot añadía a sus cinco céntimos por libra y al tronco que le correspondía por cada carga de leña los recursos de su industria personal: era sastre, como muchos porteros. Con el tiempo, Cibot había dejado de trabajar para los dueños de sastrerías; pues, como consecuencia de la confianza que depositaba en él la pequeña burguesía del barrio, gozaba del incontestable privilegio de hacer los arreglos y composturas, los zurcidos y las renovaciones de todos los trajes en un perímetro de tres calles. La portería era grande y sana, y tenía aneja una habitación. De modo que el matrimonio Cibot pasaba por uno de los más felices entre los señores porteros del distrito.

Cibot, un hombrecillo achaparrado, cuya piel había adquirido un tinte casi oliváceo, a fuerza de permanecer sentado, al estilo moro, sobre una madera elevada a la altura de la ventana enrejada que daba a la calle, ganaba con su oficio unos dos francos por día. Todavía trabajaba, a pesar de tener cincuenta y ocho años; pero cincuenta y ocho años es la flor de la edad en los porteros; es

entonces cuando se han acostumbrado ya a su portería, que es para ellos como la concha para las ostras, y ¡les conoce todo el barrio!

La señora Cibot, que había sido una bella ostrera, había abandonado su empleo en el Cadran Bleu por el amor de Cibot, a la edad de veintiocho años, después de todas las aventuras que una bella ostrera encuentra sin buscarlas. La belleza de las mujeres del pueblo dura poco, sobre todo cuando tienen que pasarse muchas horas en la puerta de un restaurante. Las cálidas emanaciones de la cocina cambian los rasgos de su cara, que se endurecen; los fondos de botellas que beben en compañía de los mozos transforman el color de su piel, y ninguna mujer pierde tan pronto su lozanía como una bella ostrera. Afortunadamente para la señora Cibot, el matrimonio legítimo y la vida de portería llegaron a tiempo de conservarla; y siguió siendo un verdadero modelo de Rubens, poseyendo todavía una belleza viril que sus rivales de la calle de Normandía calumniaban calificándola de jamona. Los tonos de su carne podían compararse a las apetitosas montañas de pellas de manteca de Isigny; y, a pesar de estar bastante entrada en carnes, desplegaba una incomparable actividad en sus funciones. La señora Cibot estaba llegando a la edad en la que esta clase de mujeres se ven obligadas a afeitarse. ¿No es esto lo mismo que decir que tenía cuarenta y ocho años? Una portera con bigote es una de las mayores garantías de orden y seguridad para un propietario. Si Delacroix hubiese podido ver a la señora Cibot, orgullosamente apoyada sobre su escoba, sin duda la hubiese convertido en una Belona...

Debía llegar el día en que la posición del matrimonio Cibot, ¡cosa singular!, influiría en la de los dos amigos (como diría un fiscal); por lo tanto, el historiador, para ser fiel a la verdad, se ve obligado a entrar en ciertos detalles acerca de la portería. La casa rentaba unos ocho mil francos, ya que poseía tres pisos completos, de doble fondo, que daban a la calle, y tres correspondientes al antiguo palacio que había entre el patio y el jardín. Además, un chatarrero llamado Rémonencq ocupaba una tienda que daba también a la calle. Este Rémonencq, que desde hacía pocos meses se había convertido en anticuario, conocía tan bien el valor de la colección de Pons, que le saludaba desde el fondo de su tienda cuando el músico entraba o salía. De modo que los cinco céntimos por libra proporcionaban al matrimonio Cibot unos cuatrocientos francos, disfrutando además de las ventajas de tener vivienda y leña gratuitas. Ahora bien, como Cibot ganaba con su trabajo un promedio de setecientos u ochocientos francos por año, marido y mujer contaban, incluyendo las propinas, con unos ingresos de mil setecientos francos, que los Cibot gastaban hasta el último céntimo, ya que vivían mejor de lo que suele vivir la gente del pueblo. «¡Sólo se vive una vez!», decía ella. Como puede verse, nacida durante la Revolución, la señora Cibot ignoraba el catecismo.

Gracias a su antiguo trabajo en el Cadran Bleu, esta portera de ojos sanguíneos y altivos poseía ciertos conocimientos culinarios que hacían que su marido fuese objeto de envidia por parte de todos sus conocidos. Y así, ya en edad avanzada, en el umbral de la vejez, los Cibot se encontraban apenas con cien francos de ahorros. Bien vestidos y bien alimentados, disfrutaban también en el barrio de una consideración debida a veintiséis años de la más estricta probidad. No tenían nada, pero no se habían quedado ni con ni nun céntimo de los demás, según su propia expresión, pues la señora Cibot prodigaba las «enes» al hablar. Decía, por ejemplo, a su marido: «¡Eres nun encanto!». ¿Por qué? Preguntarlo sería como inquirir la razón de su indiferencia en materias religiosas. Pero aunque orgullosos ambos de esta vida sin secretos, de la estima de seis o siete calles y de la autocracia que su propietario les dejaba sobre la casa, en privado se lamentaban de no tener, también ellos, sus rentas. Cibot se quejaba de dolores en las manos y en las piernas, y la señora Cibot deploraba que su pobre Cibot, a su edad, todavía se viese obligado a trabajar. Día llegará en que, después de treinta años de llevar una vida semejante, un portero acusará al gobierno de injusticia, y querrá que le concedan la Legión de Honor... Cada vez que se enteraban por los comadros del barrio que tal criada, después de ocho o diez años de servir, figuraba en un testamento con tres o cuatrocientos francos de renta vitalicia, corrían de portería en portería las frases de queja que pueden dar idea de la envidia de que están devoradas las profesiones ínfimas en París.

—¡Vaya! ¡De nosotros sí que nadie se acordará a la hora de hacer testamento! ¡Qué mala suerte tenemos! Y al fin y al cabo somos más útiles que los criados. Somos personas de confianza, cobramos los alquileres, vigilamos la casa; pero, ya ves, nos tratan igualito que a los perros...

—¡Hay quien nace de pie! —murmuraba Cibot mientras iba a devolver un traje.

—Si yo hubiese dejado a Cibot en la portería y me hubiese puesto de cocinera, a estas horas habríamos ahorrado treinta mil francos —decía la señora Cibot al hablar con su vecina, poniéndose en jarras—. Yo no he sabido entenderme en la vida, total para tener una buena portería, estar caliente y que no falte nada.

XIII

Profunda sorpresa

Cuando, en 1836, los dos amigos vinieron a ocupar para ellos solos el

segundo piso del antiguo palacio, ocasionaron una especie de revolución en el matrimonio Cibot. He aquí cómo. Schmucke, al igual que su amigo Pons, tenía la costumbre de ponerse de acuerdo con los porteros o porteras del lugar en que vivía para que se cuidaran de la casa. De modo que los dos músicos, al instalarse en la calle de Normandía, fueron del mismo parecer en lo referente a contratar los servicios de la señora Cibot, quien se convirtió en su asistenta, a razón de veinticinco francos al mes, doce francos con cincuenta céntimos cada uno.

Al cabo de un año, la digna portera reinaba en el piso de los dos solterones, como reinaba en el del señor Pillerault, tío abuelo de la señora condesa de Popinot; sus intereses eran los suyos, y ella decía: Mis dos señores. En resumen, que viendo que los dos cascanueces eran dóciles como corderos, fáciles de conformar, nada desconfiados, lo que se dice unos niños, dejándose llevar por su corazón de mujer del pueblo, se puso a protegerles, a adorarles, a servirles con tanta solicitud que incluso les daba algunas reprimendas y les defendía contra todos los fraudes que en París hacen aumentar los gastos de una casa. Por veinticinco francos al mes, los dos solterones, sin premeditación, y sin que hubiesen podido sospecharlo, adquirieron una madre. Al darse cuenta de todo el valor de la señora Cibot, los dos músicos habían hecho de ella una serie de ingenuos elogios, le habían dado muestras de gratitud y le habían obsequiado con pequeñas propinas, todo lo cual estrechó los lazos de esta alianza doméstica. La señora Cibot prefería mil veces más que apreciaran lo que hacía que le pagasen; sentimiento que, una vez conocido, siempre hace mejorar los sueldos. Cibot, por mitad de precio, hacía los encargos, los arreglos de la ropa, todo lo que podía concernirle en el servicio de los dos señores de su mujer.

Finalmente, a partir del segundo año, en las relaciones que unían al segundo piso con la portería, hubo un nuevo elemento de mutua amistad. Schmucke llegó a un acuerdo con la señora Cibot, que satisfacía su pereza y su deseo de vivir sin ocuparse de nada. Mediante el pago de un franco con cincuenta céntimos por día, es decir, de cuarenta y cinco francos al mes, a señora Cibot se encargaba de dar a Schmucke el desayuno y la comida. Pons, encontrando muy satisfactorio el desayuno de su amigo, concluyó otro acuerdo de dieciocho francos por su desayuno. Este sistema de abastecimientos, que aumentó en unos noventa francos al mes los ingresos de la portería, hizo de los dos inquilinos seres inviolables, ángeles, querubines, dioses. Es muy dudoso que el rey de Francia, que entiende en estas materias, fuese servido como lo eran en aquella época los dos cascanueces. Ellos bebían la leche tan pura como la traía el lechero, leían gratuitamente los periódicos del primero y del tercero, cuyos inquilinos se levantaban tarde, y a quienes, en caso necesario, se les hubiera dicho que los periódicos aún no habían llegado. Además, la señora Cibot mantenía el piso, la ropa, el rellano, todo, en un

estado de limpieza resplandeciente. Schmucke gozaba de una felicidad que jamás había esperado alcanzar: la señora Cibot le hacía la vida fácil; daba unos seis francos al mes para que le lavase la ropa, de lo cual ella misma se encargaba, así como de la parte de costura. Gastaba quince francos al mes en tabaco. Estos tres gastos formaban un total mensual de setenta francos, que, multiplicados por doce, dan setecientos noventa y dos francos. Añádase a esto, doscientos veinte francos de alquiler y de contribuciones, y se tendrán mil doce francos. Cibot vestía a Schmucke, y el promedio de este último gasto ascendía a ciento cincuenta francos. Este profundo filósofo vivía, pues, con mil doscientos francos al año. ¡Cuántas personas en Europa, que sólo piensan en vivir en París, quedarían agradablemente sorprendidas al saber que aquí se puede ser feliz con mil doscientos francos, en la calle de Normandía, en el Marais, bajo la protección de una señora Cibot!

La señora Cibot quedó estupefacta al ver regresar al infeliz de Pons a las cinco de la tarde. Y no sólo era este hecho, que no se había producido jamás, sino que además su señor no la vio, no la saludó.

—¿Te has fijado, Cibot? —dijo a su marido—. El señor Pons o se ha hecho millonario o se ha vuelto loco.

—Eso parece —replicó Cibot, dejando una manga en la que estaba haciendo lo que, en la jerga de los sastres, se llama un cuchillo.

XIV

Un vivo ejemplo de la fábula de los dos pichones

En el momento en que Pons volvía maquinalmente a su casa, la señora Cibot terminaba de preparar la cena de Schmucke. Esta cena consistía en un cierto guiso cuyo olor se esparcía por todo el patio. Se trataba de unos pedazos de buey hervido, que había comprado en una tienda en la que revendían desechos de carne, guisado con manteca y unas cebollas cortadas en rajitas muy finas, hasta que la carne y las cebollas absorbieran la manteca, de modo que este manjar porteril ofreciera el aspecto de una fritura. Este plato, amorosamente preparado para Cibot y Schmucke, entre quienes debía repartirlo la señora Cibot, acompañado de una botella de cerveza y de un pedazo de queso, bastaba al viejo profesor de música alemán. Y téngase por seguro que ni el rey Salomón, en toda su gloria, cenaba mejor que Schmucke. Ya fuera este plato de buey hervido guisado con cebolla, ya fueran sobras de pollo con sofrito, o bien buey guisado con perejil, y pescado, con una salsa inventada por la señora Cibot, y con la que una madre se hubiera comido a su

hijo sin darse cuenta, ya fuese algo de caza mayor, según la cantidad y la calidad de lo que los restaurantes del bulevar revendían a la tienda de la calle Boucherat, tal era el menú ordinario de Schmucke, que siempre se conformaba sin chistar, con todo lo que le servía la buena señora Cipod. Y, de día en día, la buena señora Cibot, había ido reduciendo este menú, hasta poder prepararlo por la suma de un franco.

—Voy a ver lo que le ha ocurrido a este pobre hombre —dijo la señora Cibot a su marido—; como ya está lista la comida del señor Schmucke...

La señora Cibot cubrió la fuente de barro con un plato de porcelana común; y, a pesar de su edad, llegó al piso de los dos amigos en el momento en que Schmucke abría a Pons.

—¿Gué de ha basado, mi puen amico? —dijo el alemán, asustado ante la agitación que denotaba la fisonomía de Pons.

—Ya te lo contaré todo; pero vengo a comer contigo...

—¿Gomer, gomer? —exclamó Schmucke, alborozado—. Bero, será imbosiple... —añadió acordándose de las costumbres gastrolátricas de su amigo.

Entonces el anciano alemán advirtió la presencia de la señora Cibot, que estaba escuchando con todos los derechos de las buenas asistentas. Poseído por una de estas inspiraciones que sólo pueden brillar en el corazón de un verdadero amigo, se dirigió inmediatamente hacia la portera, y los dos salieron al rellano.

—Señora Cipod, al pueno de Bons le custan los puenos blatos; vaya al «Catran Pleu», bida eine puena gomida: anchoas, magarones... En vin, eine gomida ticna te Lúgulo...

—¿Y eso qué es? —preguntó la señora Cibot.

—Ferá —replicó Schmucke—, quiero tecir, ternera, ein puen bescado, eine potella te fino te Purteos, y dodo lo mejor gue haya; gomo groquetas, arroz y docino ahumato. ¡Bague ustet! No tiga nata, yo le taré dodo el tinero mañana bor la mañana...

Schmucke volvió a entrar en el piso con aire satisfecho y frotándose las manos; pero su rostro fue recuperando gradualmente una expresión de asombro a medida que oía la historia de las desdichas que en tan poco tiempo se habían abatido sobre el corazón de su amigo. Schmucke trató de consolar a Pons describiéndole el mundo desde su punto de vista. París era una tempestad perpetua, los hombres y las mujeres se veían arrastrados por un furioso movimiento de vals, y era inútil pedir algo a la gente, porque sólo se fija en las apariencias, y no en lo te tendro, dijo. Volvió a contar por centésima vez que,

de año en año, las tres únicas alumnas que él había querido, y que a su vez le habían mostrado cariño, por las que él daría la vida, y de las que incluso recibía una pequeña pensión de novecientos francos, a la que cana una de ellas contribuía con una parte proporcional de unos trescientos francos, de año en año, se habían olvidado tanto de ir a verle, y se veían arrastradas con tanta violencia por la corriente de la vida parisiense, que hacía tres años que no habían podido recibirle, cuando iba a su casa. (¡Claro que Schmucke se presentaba en casa de estas grandes damas a las diez de la mañana!) Y, en fin, que los trimestres de su renta se los pagaban los mismos notarios.

—Y, no greas —siguió diciendo—, dienen el gorazón te oro. En vin, son mis begueñas sandas Cecílias, unas tamas engandadoras, la señora te Bordentuère, la señora te Fantenese y la señora te Dilet. Yo sólo las feo en los Gampos Elíseos, guando ellas no me fen... y me guieren mucho, y si vuese ir a gomer a su gasa, esdarian muy gondendas. Botría ir a fifir gon ellas vuera te París; bero yo brefiero mucho más fifir gon ni amico Bons, borque le veo guando guiero, y dodos los tías.

Pons cogió la mano de Schmucke, la puso entre las suyas, y la apretó con un movimiento en el que expresaba todo lo que sentía su alma, y los dos permanecieron así durante varios minutos, como unos enamorados que vuelven a verse después de una larga ausencia.

—Gome aguí dodos los tías... —siguió Schmucke, que en su interior bendecía la dureza de la presidenta—. ¡Mira! Iremos jundos a gombrar andicuetades, y el tiablo nunga asomará los güernos por nuedra gasa...

Para comprender todo el significado de esta frase heroica —¡Iremos jundos a gombrar andicuetades!— hay que confesar que Schmucke era de una ignorancia crasa en estas cuestiones. Eran precisos todos los desvelos de su amigo para que no rompiese nada en el salón y el despacho abandonados a Pons para servirle de museo. Schmucke, que pertenecía a la música de cuerpo entero, compositor nato, contemplaba todas aquellas chucherías de su amigo como un pez, que hubiese recibido una invitación, contemplaría una exposición de flores en el Luxemburgo. Respetaba aquellas maravillas a causa del respeto que manifestaba Pons cuando les quitaba el polvo. Él respondía: ¡Si, sí! ¡Gué ponito es!, a las frases de admiración de su amigo, como una madre responde con frases sin importancia a los gestos de un niño que aún no sabe hablar. Desde que los dos amigos vivían juntos, Schmucke había visto a Pons cambiar siete veces de reloj de pared, siempre trocando uno inferior por otro más bello. Pons poseía entonces un magnífico reloj de Boulle, un reloj de ébano con incrustaciones de bronce y adornado con esculturas, que correspondía al primer estilo de Boulle: Boulle ha tenido dos estilos, como Rafael tuvo tres. En el primero armonizaba el cobre con el ébano; y, en el segundo, contra sus convicciones, sacrificaba a la concha; hizo verdaderos

prodigios para vencer a sus competidores, que inventaron la marquetería en concha. A pesar de las eruditas demostraciones de Pons, Schmucke no advertía la menor diferencia entre el magnífico reloj de la primera época de Boulle y los otros diez. Pero, pensando en lo feliz que era Pons, Schmucke tenía más cuidado con todas aquellas paradijas que su propio amigo. No hay, pues, que extrañarse de que la sublime frase de Schmucke tuviese el poder de calmar la desesperación de Pons, pues el Iremos juntos a nombrar andicuetades del alemán quería decir: «Si te quedas a comer conmigo, pondré dinero en la colección».

—Los señores están servidos —vino a decir la señora Cibot con un aplomo asombroso.

Ya puede imaginarse cuál sería la sorpresa de Pons al ver y al saborear la comida que debía a la amistad de Schmucke. Esta dase de sensaciones, tan raras en la vida, no tienen su origen en el continuo desinterés con el que dos hombres se dicen perpetuamente el uno al otro: «En mí tienes otro yo» (pues también a esto se acostumbra uno); no, la causa hay que buscarla en la comparación de estas muestras de felicidad de la vida íntima, con la barbarie de la vida social. Es la sociedad la que, incesantemente, está uniendo a dos amigos o a dos amantes, cuando dos almas generosas se unen por el amor o por la amistad. Y así era cómo Pons se enjugaba dos lagrimones, mientras Schmucke, por su parte, se veía obligado a secarse los húmedos ojos. No se dijeron nada, pero no dejaron de hacerse pequeños movimientos con la cabeza, cuya balsámica expresión amortiguó los dolores de la arenilla introducida por la presidenta en el corazón de Pons. Schmucke se frotaba las manos hasta levantarse la epidermis, porque había concebido una de estas iniciativas que no asombran a un alemán más que cuando surgen rápidamente en su cerebro congelado por el respeto que se debe a los príncipes soberanos.

—Mi puen Bons... —dijo Schmucke.

—Ya sé lo que quieres decir, quisieras que comiéramos juntos todos los días...

—Guisiera ser rigo bara hacerde fifir dodos los tías así —respondió melancólicamente el buen alemán.

La señora Cibot, a quien Pons daba de vez en cuando entradas para los espectáculos del bulevar, lo cual en su corazón le situaba a la misma altura que su pensionista Schmucke, hizo entonces la siguiente proposición:

—Miren ustedes —dijo—, por tres francos (el vino aparte) puedo prepararles todos los días, para los dos, una comida como para chuparse los dedos.

—La fertat es gue —respondió Schmucke— gomo mejor gon lo gue me ta

la señora Cipot que los que gomen en la mesa tel rey...

Concibiendo grandes esperanzas, el respetuoso alemán llegaba incluso a imitar a los irrespetuosos periódicos populares que calumniaban el módico presupuesto de la mesa real.

—¿De veras? —dijo Pons—. Pues bien, ¡mañana lo probaré!

Al oír esta promesa, Schmucke dio un salto de un extremo a otro de la mesa, llevándose por delante el mantel, las fuentes y las botellas, y dio a Pons un abrazo sólo comparable al de un gas, cuando se une con otro gas por el que siente afinidad.

—¡Gué veliz soy! —exclamó.

—El señor comerá todos los días aquí —dijo orgullosamente la señora Cibot, también emocionada.

Sin saber a qué acontecimiento se debía la realización de su sueño, la excelente señora Cibot bajó a su portería y entró en ella como Josefa entra en escena en Guillermo Tell. Dejó sobre la mesa las fuentes y los platos y exclamó:

—Cibot, corre a buscar dos tacitas de café al Turc, y dile al mozo que son para mí.

Luego se sentó apoyando las manos sobre sus fuertes rodillas, y contemplando a través de la ventana la pared de la casa de enfrente, murmuró:

—Esta tarde iré a consultar a la señora Fontaine...

XV

A la caza de un testamento

La señora Fontaine echaba las cartas a todas las cocineras, doncellas, lacayos, porteros, etc., del Marais.

—Desde que estos dos señores llegaron a mí casa, hemos podido meter dos mil francos en la caja de ahorros. ¡En ocho años, menuda suerte! ¿No sería mejor no ganar nada en la comida del señor Pons, y hacer que se quedara a comer aquí? La gallina de la señora Fontaine me lo dirá.

Como no conocía herederos ni de Pons ni de Schmucke, desde hacía unos tres años la señora Cibot esperaba conseguir que se acordaran de ella en el testamento de sus señores, y había redoblado su celo impulsada por este interés, que había surgido muy tarde en medio de sus bigotes, hasta entonces

llenos de probidad. Al comer todos los días fuera de casa, Pons había escapado a la completa sujeción en la que la portera quería tener a sus señores. La vida nómada de aquel viejo trovador-coleccionista era una amenaza para los vagos proyectos de seducción que rondaban por el cerebro de la señora Cibot, y que se convirtieron en un formidable plan a partir de la memorable comida de aquel día. Un cuarto de hora después, la señora Cibot reaparecía en el comedor provista de dos tazas de excelente café, flanqueadas por dos vasitos de kirsch-wasser.

—¡Fifa la señora Cipod! —gritó Schmucke—. Me ha atinado el bensamiento.

Después de algunas lamentaciones del parásito, que Schmucke combatió con los mimos que el pichón sedentario debió prodigar al pichón viajero, los dos amigos salieron juntos. Schmucke no quiso abandonar a su amigo en el estado en que le habían puesto los amos y los criados de la casa Camusot. Conocía a Pons y sabía que cuando se hallase ante el primer atril de la orquesta podía empezar a hacerse reflexiones terriblemente tristes, y que ello destruiría el buen efecto de su regreso al nido. Schmucke, al acompañar a Pons a su casa, hacia medianoche, le llevaba cogido de un brazo; y como hace un hombre con la mujer que adora, indicaba a Pons dónde terminaba o volvía a empezar la acera; le advertía cuándo había que cruzar un arroyo; hubiese querido que los adoquines fuesen de algodón que el cielo fuera azul, que los ángeles hiciesen oír a Pons la música que tocaban para él. ¡Había conquistado la última provincia de su corazón que aún no le pertenecía!

Durante unos tres meses, Pons comió todos los días con Schmucke. En primer lugar se vio forzado a retirar de la suma que dedicaba a sus adquisiciones, unos ochenta francos por mes, ya que necesitaba unos treinta y cinco francos de vino, además de los cuarenta y cinco francos que costaba la comida. Y luego, a pesar de los desvelos y de las bromas alemanas de Schmucke, el anciano artista echaba de menos las golosinas, las copas de licor, el buen café, la charla, la falsa cortesía, los invitados y la maledicencia de las casas en las que había comido. En el declive de la vida no se rompe tan fácilmente con una costumbre que ha durado treinta y seis años. Un tonel de vino de ciento treinta francos no satisface el gusto de un gourmet refinado; y cada vez que Pons se llevaba el vaso a los labios, se acordaba con una penetrante nostalgia de los vinos exquisitos de sus anfitriones. Y de este modo, al cabo de tres meses, los atroces dolores que habían destrozado el delicado corazón de Pons, se habían calmado, y no pensaba más que en los placeres de la buena mesa, igual que un viejo mujeriego echa de menos a una amante convicta de innumerables infidelidades... Y aunque intentase ocultar la profunda melancolía que le consumía, el anciano músico, evidentemente parecía aquejado de una de estas enfermedades inexplicables que radican en el

espíritu.

Para explicar esta nostalgia producida por la ruptura de una costumbre, bastará hacer alusión a una de esas mil insignificancias que, al igual que las pequeñas piezas de una cota de malla, envuelven el alma con una férrea red. Uno de los mayores placeres de la vida que Pons había llevado hasta entonces, una de las dichas del gorrón, era la sorpresa, la impresión gastronómica del plato extraordinario, el requisito que la dueña de la casa añade triunfalmente a una comida burguesa para dar a la jornada un aire de fiesta. Esta delicia del estómago faltaba a Pons, ya que la señora Cibot, por orgullo, le contaba cada día su menú. Aquel aliciente periódico de la vida de Pons había desaparecido por completo. Sus comidas transcurrían sin la espera de aquello que, antaño, en las casas de nuestros abuelos, se llamaba el plato cubierto. Esto era lo que Schmucke no podía comprender. Pons era demasiado delicado para quejarse, y, si hay algo más triste que el genio incomprendido, es precisamente el estómago incomprendido. El corazón cuyo amor se rechaza, ese drama que tantas veces se nos ha descrito, en el fondo no es algo tan grave; pues, si la criatura nos abandona, puede amarse al Creador, quien tiene tesoros que ofrecernos. Pero ¡el estómago...! Nada puede compararse a sus sufrimientos; pues la vida está por encima de todo. Pons echaba de menos ciertas natillas ¡verdaderos poemas!, ciertas salsas blancas ¡auténticas obras de arte!, ciertas aves rellenas ¡maravillas!, y, sobre todo, las famosas carpas del Rin, que no se encuentran más que en París, ¡y con qué condimentos! Había días en que Pons exclamaba: «¡Oh, Sophie!», acordándose de la cocinera del conde Popinot. Quien hubiese oído aquel suspiro, hubiera imaginado que el pobre hombre estaba pensando en su amante, pero se trataba de algo mucho menos frecuente, ¡de una carpa bien carnosa!, acompañada de una salsa, clara en la salsera, espesa en el paladar, una salsa que merecía el premio Montyon. El recuerdo de estos ágapes del pasado hizo, pues, adelgazar considerablemente al director de orquesta, aquejado de una nostalgia gástrica.

XVI

Un tipo alemán

A comienzos del cuarto mes, hacia fines de enero de 1845, el joven flautista, que se llamaba Wilhem, como casi todos los alemanes, y Schwab, para distinguirse de todos los Wilhem, lo cual sin embargo no permitía distinguirlo de todos los Schwab, juzgó necesario comentar con Schmucke el estado del director de orquesta, que tanto preocupaba en el teatro. Aquel día había un estreno en el que intervenían los instrumentos que tocaba el anciano

músico alemán.

—El pobre hombre está decaído, algo no le funciona bien por dentro, tiene la mirada triste, y el movimiento de los brazos es más débil —dijo Wilhem Schwab, señalando a Pons, que subía a su estrado con aire fúnebre.

—Eso basa siembre a los sesenda años —respondió Schmucke.

Schmucke, igual que la madre de las Crónicas de la Canonjía, que, para poder disfrutar de su hijo veinticuatro horas más, le hace fusilar, era capaz de sacrificar a Pons al placer de verle comer con él todos los días.

—En el teatro todo el mundo está preocupado por él, y, como dice la señorita Héloïse Brisetout, nuestra primera bailarina, ya casi no hace ruido al sonarse.

El anciano músico parecía tocar el cuerno cuando se sonaba, tal era el estruendo que producía en el pañuelo su larga nariz. Este estruendo era causa de uno de los más constantes reproches de la presidenta al primo Pons.

—Yo haría gualguier gosa bor tistraerle —dijo Schmucke—, la trisdeza es más vuerde gue él.

—El señor Pons —dijo Wilhem Schwab— me parece un ser tan superior a los pobres diablos que somos nosotros, que no me atrevía a invitarle a mi boda. Me caso...

—¿Gomo? —preguntó Schmucke.

—¡Oh! Pues... ¡como es debido! —respondió Wilhem, que creyó ver en la extraña pregunta de Schmucke una burla, de la que aquel perfecto cristiano era incapaz.

—¡Vamos, señores, a sus puestos! —dijo Pons, contemplando el pequeño ejército de su orquesta, después de haber oído la campanilla del director.

Ejecutaron la obertura de La novia del Diablo, una obra de gran espectáculo que alcanzó doscientas representaciones. En el primer entreacto, Wilhem y Schmucke se encontraron solos en el desierto foso de la orquesta. La atmósfera de la sala llegaba a unos treinta y dos grados Réaumur.

—Güéndeme su hisdoria —dijo Schmucke a Wilhem.

—Mire... ¿ve usted aquel joven del palco proscenio? ¿No le reconoce?

—En absoluto.

—¡Ah! Porque lleva guantes blancos, y brilla con todo el esplendor de la opulencia; pero es mi amigo Fritz Brunner, de Francfort del Main...

—¿Aguel gue venía a fer las obras teste la orguesta, al lato de ustet?

—El mismo. ¿Verdad que resulta difícil creer una metamorfosis como ésta?

Este héroe de la historia prometida era uno de estos alemanes cuya expresión contiene a la vez la sombría burla del Mefistófeles de Goethe, y la bonhomía de las novelas de Augusto Lafontaine, de pacífica memoria; la astucia y la ingenuidad, la severidad de un banquero, y el estudiado desaliño de un miembro del Jockey-Club; pero, sobre todo, el hastío que pone la pistola en la mano de Werther, mucho más hastiado de la vida por causa de los príncipes alemanes que por la de Carlota. Era verdaderamente un tipo característico de Alemania; mucho cálculo y mucha candidez, necedad y valor, una sabiduría que produce hastío, una experiencia que la menor puerilidad convierte en inútil; abuso de la cerveza y del tabaco; pero, dando realce a todas estas antítesis, una chispa diabólica en unos hermosos ojos azules y cansados. Vestido con la elegancia de un banquero, Fritz Brunner ofrecía a las miradas de toda la sala una cabeza calva de un color ticianesco, a cada lado de la cual se enroscaban unos rizos intensamente rubios que el libertinaje y la miseria le habían dejado para que el día de su recuperación financiera pudiera permitirse el lujo de pagar a un peluquero. Su rostro, antaño bello y atractivo como el de Jesucristo de los pintores, había adquirido unas tonalidades terrosas que unos bigotes rojos y una barba de color leonado convertían en algo casi siniestro. El azul puro de sus ojos se había enturbiado en su lucha contra las penalidades. Y, en fin, las mil prostituciones de París habían sombreado los párpados y el contorno de los ojos, en los que en otro tiempo una madre había contemplado con éxtasis una divina réplica de los suyos. Este filósofo prematuro, este joven viejo, era la obra de una madrastra.

Aquí comienza la curiosa historia de un hijo pródigo de Francfort del Main, el hecho más extraordinario y más peregrino que haya ocurrido jamás en esta apacible pero importante ciudad.

XVII

En el que se ve cómo los hijos pródigos terminan siendo banqueros y millonarios, cuando son de Francfort del Main

El señor Gédéon Brunner, padre de Fritz, uno de esos célebres hoteleros de Francfort del Main que practican, en complicidad con los banqueros, considerables sangrías autorizadas por la ley en la bolsa de los viajeros, y, aparte de eso, sincero calvinista, se casó con una judía conversa, a cuya dote debía los fundamentos de su fortuna. Esta judía murió, dejando a su hijo Fritz, a la edad de doce años, bajo la tutela del padre, y bajo la vigilancia de un tío

materno, peletero en Leipzig, y dueño de la casa Virlaz y Compañía. Brunner padre se vio obligado por este tío, que no era tan suave como sus pieles, a depositar la fortuna del joven Fritz en muchos marcos «bancarios» en la casa Al-Sartchild, y sin poderlos tocar. Para vengarse de esta exigencia israelita, Brunner padre volvió a casarse, alegando la imposibilidad de dirigir un inmenso hotel sin la vigilancia y la ayuda de una mujer. Casó con la hija de otro hotelero, en la que creyó ver una perla; pero aún no había probado lo que era una hija única adulada por su padre y por su madre. La segunda señora Brunner fue lo que son las jóvenes alemanas cuando resultan de mal natural y ligeras de cascos. Disipó su fortuna y vengó a la primera señora Brunner, convirtiendo a su marido en el hombre más desgraciado en su hogar que se conoció en el territorio de la ciudad libre de Francfort del Main, en donde, según dicen, los millonarios van a hacer dictar una ley municipal que obligue a las mujeres a quererles sólo a ellos. Esta alemana era aficionada a los diversos vinagres que los alemanes llaman comúnmente vinos del Rin; era aficionada a los artículos de París, a montar a caballo, a las joyas y a los buenos vestidos; la única cosa cara que no le gustaba eran las mujeres. Sentía una gran aversión por el pequeño Fritz, y le hubiera hecho volver loco, si este joven producto del calvinismo y del mosaísmo no hubiese tenido a Francfort por cuna y a la casa Virlaz de Leipzig por tutela; pero el tío Virlaz no pensaba más que en sus pieles, y sólo velaba por sus marcos «bancarios», dejando al niño a la merced de su madrastra.

Aquella hiena aún se ponía más furiosa contra aquel querubín, hijo de la bella señora Brunner, por el hecho de que, a pesar de unos esfuerzos dignos de una locomotora, no podía tener hijos. Impulsada por una idea diabólica, esta criminal alemana lanzó al joven Fritz, a la edad de veintiún años, a libertinajes antigermánicos. Esperaba que el caballo inglés, el vinagre del Rin y las Margaritas de Goethe consumirían al hijo de la judía junto con su fortuna; ya que el tío Virlaz había dejado una bonita herencia a su pequeño Fritz, cuando éste llegó a la mayoría de edad. Pero si las ruletas de los balnearios y los amigos del vino, entre los cuales figuraba Wilhem Schwab, terminaron con el capital Virlaz, aquel joven hijo pródigo siguió con vicia para servir, según los designios del Señor, de ejemplo a los segundones de la ciudad de Francfort del Main, en la que todas las familias le utilizaban como espantajo para conservar a sus hijos fieles y asustados detrás de sus mostradores de hierro forrado de marcos «bancarios». En vez de morir en la flor de la edad, Fritz Brunner tuvo el placer de ver enterrar a su madrastra en uno de esos encantadores cementerios en los que los alemanes, con el pretexto de honrar a sus muertos, se entregan a su desenfrenada pasión por la horticultura. La segunda señora Brunner murió, pues, antes que los autores de sus días, y el viejo Brunner se vio tan afectado por el dinero que ella había extraído de sus cofres, y por tales penalidades, que el hotelero, de constitución hercúlea, a los sesenta y siete

años, quedó tan maltrecho como si hubiese sido víctima del famoso veneno de los Borgia. El no heredar de su mujer, después de haberla soportado durante diez años, convirtió al hotelero en otra ruina de Heidelberg, pero incesantemente reparada por las Rechnungs de los viajeros, como se repara la de Heidelberg para mantener el entusiasmo de los visitantes que acuden para ver las hermosas ruinas, tan bien conservadas. En Francfort se hablaba de ello como de una quiebra, y se señalaba a Brunner con el dedo diciendo:

—¡Mira a lo que pueden conducirnos una mala mujer de quien no se hereda, y un hijo educado a la francesa!

En Italia y en Alemania los franceses son la causa de todas las desdichas, el blanco de todas las balas; pero el dios, siguiendo su camino... (La continuación, igual que en la oda de Lefranc de Pompignan.)

La cólera del propietario del gran hotel de Holanda, no cayó solamente sobre los viajeros, cuyas facturas (Rechnungs) se resintieron de sus sinsabores. Cuando su hijo estuvo totalmente arruinado, Gédéon, considerándole como la causa indirecta de todas sus desgracias, le negó el pan y el agua, la sal, la chimenea, la vivienda y la pipa... lo cual en un padre hotelero y alemán es ya el grado máximo de la maldición paterna. Las autoridades de la comarca, sin darse cuenta de que era responsable de antiguas culpas, y viendo en él a uno de los hombres más desdichados de Francfort del Main, le prestaron ayuda; expulsaron a Fritz del territorio de la ciudad libre, sin tener motivos justificados. La justicia no es en Francfort, a pesar de que esta ciudad sea la sede de la Dieta Germánica, ni más humana ni más cuidadosa que en cualquier otro sitio. Raras veces un magistrado remonta el curso del río de los delitos y de los infortunios para saber quién tenía en sus manos la cántara de la que salió el primer hilillo de agua. Si Brunner olvidó a su hijo, los amigos del hijo imitaron al hotelero.

¡Ah! Si esta historia hubiese podido representarse ante la concha del apuntador para aquella asamblea en cuyo seno los periodistas, los petimetres y algunas parisienses se preguntaban de dónde salía la figura profundamente trágica de aquel alemán que había aparecido en el París elegante en pleno estreno, solo en un palco proscenio, hubiese sido algo mejor que la obra de gran espectáculo de La Novia del Diablo, a pesar de no ser más que la cienmilésima representación de la sublime parábola que había tenido por escenario la Mesopotamia, tres mil años antes de Jesucristo.

Fritz fue a pie a Estrasburgo, y allí encontró lo que el hijo pródigo de la Biblia no encontró en la patria de las Sagradas Escrituras. En esto se demuestra la superioridad de la Alsacia, tan abundante en corazones generosos, para hacer ver a Alemania la belleza de la combinación del esprit francés y de la solidez germánica. Wilhem, que había heredado de sus padres

hacía muy pocos días, poseía cien mil francos. Abrió los brazos a Fritz, le abrió su corazón, le abrió su casa, le abrió su bolsa. Describir el momento en que Fritz, polvoriento, desdichado y casi leproso, encontró al otro lado del Rin una verdadera moneda de veinte francos en la mano de un verdadero amigo, sería aspirar a componer una oda, y sólo Píndaro podría lanzarla en griego sobre la humanidad para avivar la amistad moribunda. Poned los nombres de Fritz y Wilhem junto a los de Damón y Pitias, de Cástor y Polux, de Orestes y Pilades, de Dubreuil y Pmejah, de Schmucke y Pons, y de todos los nombres imaginarios que queramos dar a los dos amigos de Monomotapa, pues La Fontaine, como hombre de genio que era, sólo ha hecho de ellos apariencias sin cuerpo, sin realidad; añadid estos dos nombres nuevos a aquellos ejemplos, con tanta más razón cuanto que Wilhem devoró su herencia en compañía de Fritz, como Fritz se había bebido la suya con Wilhem, pero, desde luego, fumando todas las especies de tabaco conocidas.

Los dos amigos dilapidaron esa herencia, ¡cosa rara!, en las cervecerías de Estrasburgo, del modo más estúpido, más vulgar, con figurantas del teatro de Estrasburgo y alsacianas, de cuya virtud quedaba ya bien poca cosa. Y todas las mañanas se decían el uno al otro:

—Esto tiene que terminarse, hay que tomar una decisión, hay que hacer algo con lo que nos queda.

—¡Bah! ¿Precisamente hoy? —decía Fritz—; mañana... mañana...

En la vida de los derrochadores, Hoy es un gran fatuo, pero Mañana es un cobardón que se asusta del valor de su predecesor; Hoy es el Capitán de la antigua comedia del arte, y Mañana es el Pierrot de nuestras pantomimas. Cuando se vieron con el último billete de mil francos, los dos amigos reservaron dos plazas en las Mensajerías llamadas reales, que les condujeron a París, y allí se alojaron en la buhardilla del hotel del Rhin, de la calle del Mail, cuyo propietario, Graff, había sido el hombre de confianza en el negocio de Gédéon Brunner. Fritz aceptó un empleo de oficinista, con un sueldo de seiscientos francos, en la banca de los hermanos Keller, a quienes Graff le recomendó. Graff, el dueño del hotel del Rhin, es el hermano del famoso sastre Graff. El sastre contrató a Wilhem en calidad de tenedor de libros. Graff buscó estos modestos empleos para los dos hijos pródigos, en recuerdo de su aprendizaje en el hotel de Holanda. Estos dos hechos: un amigo arruinado a quien acoge un amigo rico, y un hotelero alemán que se interesa por dos compatriotas sin un céntimo, harán suponer a ciertas personas que esta historia es una novela, pero todas las cosas verdaderas se parecen extraordinariamente a las imaginadas, tanto más cuanto éstas, en nuestro tiempo, realizan esfuerzos inauditos por parecerse a la verdad.

Fritz, empleado por seiscientos francos, y Wilhem, tenedor de libros con el

mismo sueldo, se dieron cuenta de la dificultad de vivir en una ciudad tan cortesana como París. Y así, desde el segundo año de su estancia en la capital, 1837, Wilhem, que poseía dotes no despreciables de flautista, entró en la orquesta dirigida por Pons, para poder acompañar con algo su pan de cada día. En cuanto a Fritz sólo pudo ganarse un suplemento a su paga desplegando la capacidad financiera de un miembro de la familia Virlaz. A pesar de su tenacidad, tal vez a causa de su talento, en 1843, el francfortés sólo había llegado a los dos mil francos. La miseria, esa divina madrastra, hizo por aquellos dos jóvenes lo que sus madres no habían podido hacer: les enseñó lo que es el ahorro, la sociedad y la vida; les dio esa gran educación tan sólida que proporciona a correazos a los grandes hombres, todos desgraciados en su niñez. Fritz y Wilhem, como no eran hombres excepcionales, no asimilaron todas las lecciones de la desdicha, se defendieron de sus ataques, encontraron su pecho poco acogedor, sus brazos, descarnados, no supieron convertirla en Urgèle, el hada buena que cede a las caricias de los hombres de genio. Sin embargo, se dieron cuenta de todo el valor de la fortuna, y se prometieron no volverla a dejar escapar si alguna vez volvía a llamar a su puerta.

XVIII

Cómo se hace fortuna

—Pues bien, amigo Schmucke, verá cómo todo se explica con una simple frase —siguió Wilhem, que contaba prolijamente toda esta historia en alemán al pianista—. Brunner padre ha muerto. Y resulta que sin que supiesen nada ni su hijo ni el señor Graff, en cuyo hotel nos alojamos nosotros, era uno de los fundadores del ferrocarril de Badén, con el que ha tenido beneficios inmensos, ¡y a su muerte ha dejado cuatro millones! Ésta es la última noche en que yo toco la flauta. Si no hubiese sido una primera representación, ya me hubiera ido hace varios días, pero no he querido dejarles sin un instrumento por mi culpa.

—Esdo es aleo que le honra, jofen —dijo Schmucke—. Bero ¿gon guién se gasa?

—Con la hija del señor Graff, nuestro protector, el propietario del hotel del Rhin. Estoy enamorado de la señorita Emile desde hace siete años, ella ha leído tantas novelas inmorales que ha rechazado todos los partidos pensando en mí, sin saber lo que iba a pasar. Esta joven será muy rica, es la única heredera de los Graff, los sastres de la calle de Richelieu. Fritz me da cinco veces lo que hemos gastado juntos en Estrasburgo, ¡quinientos mil francos! Y aporta un millón de francos para fundar una banca en la que el señor Graff, el

sastre, pone también quinientos mil francos; el padre de mi prometida me permite emplear en este negocio la dote, que es de doscientos cincuenta mil francos, y él, por su parte, se une a la sociedad comandita con otro tanto. La casa Brunner, Schwab y Compañía, tendrá, pues, dos millones quinientos mil francos de capital. Fritz acaba de adquirir acciones del Banco de Francia por valor de un millón y medio de francos, para garantizar nuestra cuenta. Y ésta no es toda la fortuna de Fritz, aún le quedan las casas de su padre, en Francfort, valoradas en un millón, y ya ha arrendado el gran hotel de Holanda a un primo de los Graff.

—Mira usdet a su amico gon drisdesa —dijo Schmucke que había escuchado atentamente a Wilhem—. ¿No le diene enfitia?

—No —dijo Wilhem—, me da miedo la buena suerte de Fritz. ¿Tiene aspecto de un hombre feliz? París me da miedo por él. Quisiera verle tomar la decisión que yo he tomado. Aquel demonio de antes puede volver a despertarse en él. De los dos, no es el quien más ha sentado la cabeza. Este atuendo, estos impertinentes, todo esto me inquieta. Sólo se ha fijado en las loretas de la sala. ¡Ah, si supiera usted lo difícil que es casar a Fritz! Siente horror por esto que en Francia llaman hacer la corte; sería preciso lanzarlo a la vida familiar, como en Inglaterra se lanza a un hombre a la eternidad.

Durante el tumulto que señala el final de todas las primeras representaciones, el flautista hizo su invitación a su director de orquesta. Pons aceptó alegremente. Schmucke vio entonces, por primera vez en tres meses, cómo aparecía una sonrisa en el rostro de su amigo; volvió a su lado a la calle de Normandía, en medio de un profundo silencio, ya que aquel relámpago de alegría le había permitido sondear la profundidad del mal que corroía a Pons. ¡Que un hombre de tan buen corazón, tan desinteresado, de sentimientos tan elevados, tuviese flaquezas como aquélla...! Esto era lo que anonadaba al estoico Schmucke, quien se sentía infinitamente triste, ya que se daba cuenta de la necesidad de renunciar a ver todos los días a su puen Bons sentado a la mesa delante de él... Por la misma felicidad de Pons; y no sabía si aquel sacrificio sería posible; esta idea le hacía enloquecer.

XIX

Acerca de un abanico

El orgulloso silencio de Pons, refugiado en el monte Aventino de la calle de Normandía, forzosamente había llamado la atención de la presidenta, quien, al verse libre de su parásito, no se atormentaba mucho por ello; pensaba, al

igual que su encantadora hija, que el primo había comprendido la broma de su pequeña Lili; pero las cosas eran distintas para el presidente. El presidente Camusot de Marville, un hombrecillo gordo a quien sus ascensos en la magistratura habían convertido en una persona envarada, admiraba a Cicerón, prefería la Ópera Cómica a los Italianos, comparaba a unos actores con otros, y seguía en todo el parecer de la mayoría; repetía como suyos todos los artículos del diario ministerial, y, al opinar, parafraseaba las ideas del consejero por cuya boca hablaba siempre. Este magistrado, ya bien conocido por los principales rasgos de su carácter, obligado por su posición a tomarlo todo en serio, concedía sobre todo una gran importancia a los vínculos familiares. Como la mayor parte de los maridos totalmente dominados por sus mujeres, en las nimiedades el presidente presumía de una independencia que su mujer respetaba. Si durante un mes el presidente se contentó con las excusas triviales que la presidenta le daba acerca de la desaparición de Pons, terminó por encontrar extraño que el viejo músico, después de cuarenta años de amistad, no volviera por su casa, precisamente después de haberles hecho un regalo tan considerable como el abanico de Madame de Pompadour. Aquel abanico, que el conde Popinot calificó de obra maestra, valió a la presidenta en las Tullerías en donde aquella maravilla pasó de mano en mano, cumplidos que halagaron extraordinariamente su amor propio; se comentó la belleza de las diez varillas de marfil, cada una de las cuales tenía esculturas de una delicadeza nunca vista. Una dama rusa (los rusos se creen siempre en Rusia), en casa del conde Popinot, ofreció seis mil francos a la presidenta por aquel prodigioso abanico, sonriendo al verlo en tales manos, porque era, preciso es reconocerlo, un abanico de duquesa.

—No puede negarse que nuestro pobre primo —dijo Cécile a su padre al día siguiente de esta oferta— entiende de veras en estas chucherías...

—¡Chucherías! —exclamó el presidente—. Pues el gobierno va a pagar trescientos mil francos por la colección del difunto señor consejero Dusommerard, y a pagar, a medias con la ciudad de París, cerca de un millón para comprar y restaurar el palacio de Cluny para albergar chucherías como ésta... Estas chucherías, mi querida hija, son a menudo los únicos testimonios que nos quedan de civilizaciones desaparecidas. Un jarrón etrusco, un collar, que a veces valen el uno cuarenta, el otro cincuenta mil francos, son chucherías que nos revelan la perfección de las artes en los tiempos del sitio de Troya, demostrándonos que los etruscos eran troyanos que se habían refugiado en Italia.

Así solían ser las burlas del achaparrado presidente, que, con su mujer y su hija, procedía con una ironía no demasiado ágil.

—El conjunto de los conocimientos que exigen estas chucherías, Cécile —siguió diciendo—, es una ciencia que se llama arqueología. La arqueología

comprende la arquitectura, la escultura, la pintura, la orfebrería, la cerámica, la ebanistería, arte modersísimo; los encajes, los tapices, en fin, todas las creaciones de la artesanía.

—¿Así que el primo Pons es un sabio? —dijo Cécile.

—¡A propósito! ¿Por qué no le vemos más a menudo? —preguntó el presidente, con el aire de un hombre que acusa de pronto una conmoción producida por mil observaciones olvidadas, cuyo conjunto súbitamente hace blanco, para usar una expresión típica de los cazadores.

—Se habrá amoscado por alguna tontería —respondió la presidenta—. Quizá yo no he sabido apreciar debidamente lo que significaba el regalo de este abanico. Ya sabes que soy bastante ignorante...

—¿Tú? Una de las mejores alumnas de Servin —exclamó el presidente— ... ¿Tú no conocías a Watteau?

—Yo conocía a David, a Gérard, a Gros y a Girodet, y a Guérin, y al señor de Forbin y al señor Turpin de Crissé...

—¡Pues hubieras debido...!

—¿Qué es lo que hubiese debido? —preguntó la presidenta contemplando a su marido con un aire de reina de Saba.

—Saber quién es Watteau, querida, está muy de moda —respondió el presidente con una humildad que denotaba hasta qué punto estaba supeditado a su mujer por lo que le debía.

Esta conversación tuvo lugar pocos días antes del estreno de La Novia del Diablo, en el que toda la orquesta quedó impresionada por el aspecto enfermizo de Pons. Y los que estaban acostumbrados a ver a Pons sentado a su mesa, y a tomarle por recadero, empezaban a hacerse preguntas, y en el círculo de amistades que frecuentaba el pobre hombre empezó a cundir una inquietud tan evidente, que incluso una serie de personas la notaron desde su butaca del teatro. A pesar de que, en sus paseos, Pons evitaba cuidadosamente a sus antiguas amistades cuando tropezaba con alguna de ellas, un día se encontró frente a frente con el ex ministro, el conde Popinot, en la tienda de Monistrol, uno de los más ilustres y audaces cambalacheros del nuevo bulevar Beaumarchais, de quien meses atrás Pons había hablado a la presidenta, y cuyo entusiasmo socarrón hace encarecer de día en día las antigüedades, que, según dicen ellos, abundan tan poco que ya no se encuentran.

—Mi querido Pons, ¿cómo es que no le hemos vuelto a ver? Le echamos mucho de menos, y la señora Popinot no sabe qué pensar de esta deserción.

—Señor conde —respondió el infeliz—, en casa de uno de mis parientes me han dado a entender que a mi edad ya se está de más en la sociedad. Hasta

ahora nunca me habían recibido con demasiadas consideraciones, pero al menos todavía no se me había insultado. Yo nunca he pedido nada a nadie —dijo con el orgullo artista—. A cambio de algunas atenciones, yo solía ser útil a los que me acogían. Pero parece ser que me equivocaba, y que se me consideraba sujeto a todas las obligaciones, a todo género de servidumbres, a cambio del honor que me hacían invitándome a comer mis amigos, mis parientes... Pues bien, ya he presentado mi dimisión de gorrón. En mi casa encuentro todos los días lo que ninguna mesa me ha ofrecido aún: un verdadero amigo.

Estas palabras, impregnadas de la amargura que el anciano artista tenía aún la facultad de expresar con sus gestos y con su acento, impresionaron hasta tal punto al par de Francia, que llevó aparte al digno músico.

—Veamos, mi buen amigo, ¿qué le ha ocurrido? ¿No puede usted confiarme lo que le ha herido de este modo? Permítame hacerle observar que en mi casa espero que haya encontrado siempre todas las consideraciones...

—Usted es la única excepción que hago —dijo el pobre hombre—. Además, usted es un gran señor, un hombre de Estado, y sus preocupaciones lo excusarían todo, en caso de que fuera necesario.

Pons, ante la habilidad diplomática que Popinot había adquirido manejando hombres y negocios, terminó por contar sus infortunios en casa del presidente de Marville. Popinot se tomó tanto interés por el asunto, que apenas llegar a su casa habló de ello con la señora Popinot, una mujer excelente y muy digna, que, en la primera ocasión en que se encontró con la presidenta le transmitió sus quejas. Por su parte el ex ministro ya había hablado con el presidente a este respecto, y de este modo en casa de los Camusot de Marville hubo una explicación en familia. A pesar de que Camusot no fuera precisamente quien mandara en su casa, sus amonestaciones eran demasiado fundadas de hecho y de derecho, para que su mujer y su hija no las reconociesen como justificadas; ambas se humillaron y cargaron la culpa a los criados, y éstos, una vez convocados y reprendidos, no obtuvieron el perdón hasta que lo hubieron confesado todo, lo cual demostró al presidente la razón que asistía al primo Pons para quedarse en su casa. Como todos los hombres que están dominados por sus mujeres, el presidente desplegó toda su majestad marital y judicial, declarando a sus criados que serían despedidos y que perderían así todos los beneficios que sus largos años de servicio podrían haberles valido, si, a partir de entonces, su primo Pons y todos los que le hacían el honor de acudir a su casa, no eran tratados como él mismo. Esta frase hizo sonreír a Madeleine.

—Os diré más —dijo el presidente—, sólo tenéis una posibilidad de salvaros, y es la de desarmar a mi primo presentándole vuestras excusas. Id a

decirle que el que sigáis en esta casa depende exclusivamente de él, ya que, si él no os perdona, os despido a todos.

XX

Retorno a los buenos tiempos

A la mañana siguiente el presidente salió de su casa bastante temprano para poder visitar a su primo antes de ir a la audiencia. La aparición del señor presidente de Marville, anunciada por la señora Cibot, constituyó un acontecimiento. Pons, que recibía este honor por vez primera en su vida, presintió una reparación.

—Querido primo —dijo el presidente, después de los cumplidos de rigor—, he terminado por enterarme del motivo de su retraimiento. Su proceder aumenta, si ello fuera posible, la estima en que le tengo.

A este respecto sólo le diré una cosa: todos mis criados están despedidos. Mi mujer y mi hija se hallan sumidas en la desesperación; quieren verle para tener una explicación con usted. En todo esto, mi querido primo, si hay un inocente es este viejo juez; no sea, pues, tan severo para conmigo por un capricho de una muchacha aturdida que se había empeñado en ir a comer en casa de los Popinot, sobre todo cuando vengo a presentarle mis excusas reconociendo que toda la culpa es nuestra... Una amistad de treinta y seis años, suponiendo que se hubiese entibiado, sigue teniendo aún ciertos derechos... ¡Vamos, hagamos las paces y venga a cenar con nosotros esta noche!

Pons se enredó en una difusa respuesta, y terminó haciendo observar a su primo que aquella noche asistía a la celebración del compromiso matrimonial de un músico de su orquesta, que dejaba la flauta para convertirse en banquero.

—Bueno, pues mañana.

—Querido primo, la señora condesa de Popinot me ha hecho el honor de invitarme con una carta tan amable...

—Pues pasado mañana... —insistió el presidente.

—Pasado mañana, el socio de mi primer flautista, un alemán, un tal señor Brunner, devuelve a los novios la invitación que ellos le hacen hoy...

—Veo que debe usted tener muchas simpatías, cuando la gente se disputa de este modo el placer de invitarle —dijo el presidente—. Pues bien, el

domingo próximo... La causa se verá dentro de ocho días, como decimos en los tribunales.

—Pero es que tenemos una cena en casa de un tal señor Graff, el suegro del flautista...

—¡Vaya! ¡Pues el sábado! Para entonces ya habrá tenido tiempo de tranquilizar a una muchacha que ha vertido no pocas lágrimas por el error que cometió. Dios sólo pide el arrepentimiento, ¿será usted más exigente que el Padre Eterno con nuestra pobre Cécile?

Pons, cogido por el lado flaco, se refugió en fórmulas exquisitamente corteses, y acompañó al presidente hasta el rellano. Una hora más tarde los criados del presidente llegaban a casa del infeliz de Pons; su actitud fue la que es habitual en la servidumbre, siempre cobarde y rastrera: ¡se echaron a llorar! Madeleine llevó aparte al señor Pons y se arrojó a sus pies.

—Señor, soy yo quien tiene toda la culpa, y el señor sabe bien que le quiero —dijo, deshaciéndose en lágrimas—. El motivo de todas estas desgracias es la venganza que me hervía en la sangre. ¡Vamos a perder nuestros vintalicios! Señor, yo estaba como loca, y no quisiera que mis compañeros paguen mis culpas... Ahora me doy cuenta de que Dios no me ha hecho para ser del señor. He reflexionado, sé que he sido demasiado ambiciosa, pero yo sigo amándole, señor. Durante diez años no he pensado más que en la felicidad de hacer la de usted, y de cuidar de toda esta casa. ¡Qué bello destino! ¡Oh, si el señor supiese cuánto le amo...! Pero el señor ha debido darse cuenta de todas mis maldades. Si yo me muriese mañana, ¿qué cree que iban a encontrar? ¡Un testamento en favor de usted, señor...! Sí, señor, en mi baúl, debajo de mis joyas...

Al pulsar este resorte, Madeleine hizo que el solterón sintiera el halago del amor propio que causa siempre el inspirar una pasión, aunque desagrade. Después de haber perdonado noblemente a Madeleine, acogió benévolamente a todos los demás, diciéndoles que hablaría con su prima, la presidenta, para tratar de conseguir que no despidiese a nadie. Pons se vio entonces, con inefable placer, restablecido en todos sus habituales privilegios, sin haber cometido ninguna bajeza. La sociedad había ido a buscarle a su casa, y ello daba más realce a la dignidad de su carácter; pero al explicar su triunfo a su amigo Schmucke tuvo el dolor de verle triste y lleno de dudas, guardando silencio. Sin embargo, ante el súbito cambio que se había obrado en la fisonomía de Pons, el buen alemán terminó por alegrarse, inmolando la felicidad que había disfrutado al poseer enteramente a su amigo durante cerca de cuatro meses. Las dolencias morales tienen una inmensa ventaja sobre las dolencias físicas: se curan instantáneamente cuando se realiza el deseo que las causa, del mismo modo que se producen por su privación. Pons, aquella

mañana, no era el mismo hombre. El anciano triste, moribundo, cedió lugar al Pons satisfecho que, unos meses antes, llevaba a la presidenta el abanico de Madame de Pompadour. Pero Schmucke se sumió en profundas meditaciones acerca de aquel fenómeno sin comprenderlo, ya que el verdadero estoicismo jamás se explicará la cortesanía francesa. Pons era un verdadero francés del Imperio, en quien la galantería del siglo pasado se unía al culto a la mujer, tan celebrado en canciones como Partimos para Siria, etc. Schmucke enterró su dolor en su corazón, bajo las flores de su filosofía alemana; pero en ocho días se puso amarillo, y la señora Cibot usó de artificios para introducir al médico del barrio en casa de Schmucke. Este médico temía que se tratase de ictericia, y dejó fulminada a la señora Cibot con esta palabra culta, cuya explicación era tircia.

Por primera vez quizá, los dos amigos iban a comer juntos fuera de casa; pero para Schmucke aquello era como hacer una excursión por Alemania. En efecto, Johann Graff, el dueño del hotel del Rhin, y su hija Emilie, Wolfgang Graff, el sastre, y su mujer; Fritz Brunner y Wilhem Schwab eran alemanes. Pons y el notario resultaron ser los únicos franceses admitidos en el banquete. Los sastres, que poseían una magnífica residencia situada en la calle de Richelieu, entre la calle Neuve-des-Petits-Champs y la calle Villedo, habían educado a su sobrina, cuyo padre temía, no sin razón, el contacto de la gente de toda especie que pasa por un hotel. Estos dignos sastres que amaban a la muchacha como si fuese hija suya, cedían la planta baja del edificio al nuevo matrimonio. Allí debía establecerse la banca Brunner, Schwab y Compañía. Como todas estas decisiones databan aproximadamente de un mes, el tiempo necesario para que Brunner, autor de toda esta felicidad, se hiciese cargo de la herencia, el hogar de los futuros esposos había sido suntuosamente renovado y amueblado por el famoso sastre. Las oficinas del banco se instalaron en el ala que unía una magnífica casa de alquiler que daba a la calle, con el antiguo palacio, flanqueado por un patio y un jardín.

XXI

Lo que cuesta una mujer

Mientras iban de la calle de Normandía a la calle de Richelieu, Pons obtuvo del distraído Schmucke los detalles de aquella nueva versión de la historia del hijo pródigo en cuyo beneficio la Muerte había matado al rico hotelero. Pons, que acababa de reconciliarse con sus parientes más próximos, sentía entonces el deseo de casar a Fritz Brunner con Cécile de Marville. El azar quiso que el notario de los hermanos Graff fuera precisamente el yerno y

sucesor de Cardot, antiguo oficial de la notaría, en cuya casa Pons comía a menudo.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Berthier? —dijo el anciano músico tendiendo la mano a su ex anfitrión.

—¿Y por qué ya no nos hace usted el honor de venir a comer a nuestra casa? —preguntó el notario—. Mi esposa está preocupada por usted. Le hemos visto en la primera representación de La Novia del Diablo y nuestra inquietud se ha convertido en curiosidad.

—Los viejos son susceptibles —respondió el pobre hombre—, no pueden evitar el ir atrasados de un siglo... pero ¿qué se le va a hacer? Ya es bastante representar un siglo; no pueden pertenecer también al que les ve morir.

—Sí —dijo el notario maliciosamente—, no puede vivirse en dos siglos a la vez.

—¡A propósito! —exclamó el pobre hombre, llevando al joven notario a un rincón—, ¿por qué no casa usted a mi prima Cécile de Marville...?

—¿Por qué? —interrumpió el notario—. En este siglo en el que el lujo ha invadido hasta las viviendas de los porteros, los jóvenes lo piensan mucho antes de unir su suerte a la hija de un presidente del tribunal real de París, cuando sólo se le dan cien mil francos de dote. Aún no se conoce la mujer que no cueste a su marido tres mil francos por año, en la situación en la que se encontrará el marido de la señorita de Marville. De modo que los intereses de una dote como ésta apenas bastan para los gastos de tocador de una futura esposa. Un joven soltero que disponga de quince a veinte mil francos de renta, vive en un buen entresuelo, la sociedad no le exige ninguna ostentación, puede limitarse a tener un solo criado, dedica todos sus ingresos a sus placeres, y del único lujo del que no puede prescindir se encarga su sastre. Adulado por todas las madres previsoras, es uno de los reyes del gran mundo parisiense. Por el contrario, una mujer exige una casa bien puesta, si va al teatro necesita un coche para ella, y si de soltera sólo precisaba una butaca, ahora se ve obligada a pagar un palco; en una palabra, que ella se convierte en toda la representación de la fortuna que antes, el joven soltero, representaba él solo. Suponga que el matrimonio tiene treinta mil francos de renta: en una sociedad como la, nuestra, el joven rico se convierte en un pobre diablo que lo piensa mucho antes de decirle a un cochero que le lleve a Chantilly. Suponga que tienen hijos... y entonces sí que la situación se hace apurada. Como el señor y la señora de Marville apenas han cumplido los cincuenta años, las esperanzas de heredar tienen un plazo de quince o veinte años; y no hay ningún joven que quiera esperar tanto tiempo; y estos cálculos gangrenan de tal modo el corazón de los calaveras que bailan la polca en el baile Mabilie con las loretas, que todos los jóvenes solteros estudian las dos caras de este problema sin que

necesiten que nosotros se lo expliquemos. En confianza, la señorita de Marville no roba el corazón a sus pretendientes, hasta el punto de hacerles perder la cabeza, y todos ellos se entregan a este tipo de reflexiones antimatrimoniales. Para un joven que, en pleno uso de su razón y disponiendo de veinte mil francos de renta, esboce in petto un plan matrimonial para satisfacer sus ambiciones, la señorita de Marville ofrece pocos atractivos...

—Pero ¿por qué? —preguntó estupefacto el músico.

—Verá —respondió el notario—, hoy en día, mi querido Pons, todos estos jóvenes, incluso los que son tan feos como nosotros dos, tienen la insolencia de aspirar a una dote de seiscientos mil francos, a muchachas de muy buena familia, muy bellas, muy listas, muy bien educadas, sin tacha, perfectas...

—¿De modo que a mi prima le será difícil casarse?

—Seguirá soltera hasta que sus padres no se decidan a darle Marville como dote, y si lo hubieran hecho así, a estas horas ya sería la vizcondesa Popinot... Bueno, ya está aquí el señor Brunner, vamos a leer el acta de la fundación de la casa Brunner y el contrato de matrimonio.

Una vez hechas las presentaciones, y después de los cumplidos de rigor, Pons, a petición de los padres, firmó el contrato, oyó la lectura de las actas, y alrededor de las cinco y media pasaron al comedor. La comida constituyó uno de esos suntuosos ágapes que dan los negociantes cuando conceden una tregua a los negocios, y que por otra parte demostraba las buenas relaciones que tenía Graff, el dueño del hotel del Rin, con los mejores proveedores de París. Ni Pons ni Schmucke habían asistido jamás a un banquete semejante. Había platos como para enajenar la mente... Unos tallarines sabrosísimos, unos eperlanos con una fritura incomparable, un corégano de Ginebra con auténtica salsa ginebrina, y unas natillas para acompañar el pudding, como para dejar boquiabierto al famoso doctor que, según se dice, lo inventó en Londres. Se levantaron de la mesa a las diez de la noche. Lo que se había bebido de vino del Rin y de vinos franceses sorprendería a los dandis, pues nadie puede figurarse la cantidad de alcohol que los alemanes pueden llegar a absorber sin que se altere su calma y su tranquilidad. Para comprenderlo es preciso comer en Alemania y ver cómo las botellas se suceden unas a otras como una ola sucede a otra ola en una bella playa del Mediterráneo, y desaparecen como si los alemanes tuviesen el poder absorbente de la esponja o de la arena; pero armoniosamente, sin el alboroto de los franceses; la conversación sigue siendo tan discreta como las improvisaciones de un usurero, las caras enrojecen como las de los novios pintados en los frescos de Cornelius o de Schnor, es decir, imperceptiblemente, y los recuerdos se exhalan y se difunden como el humo de las pipas, con lentitud.

Hacia las diez y media, Pons y Schmucke se encontraron sentados en un

banco del jardín, y en medio de ellos el ex flautista, sin acabar de comprender quién les había obligado a explicar cómo eran, cuáles eran sus opiniones y cuáles sus desdichas. En medio de aquel batiburrillo de confidencias, Wilhem expresó su deseo de casar a Fritz, haciéndolo con energía, con una especie de vinosa elocuencia.

—A ver qué le parece este programa para su amigo Brunner —le interrumpió Pons, hablando al oído de Wilhem—: una joven encantadora, de muy buen carácter, veinticuatro años, perteneciente a una familia distinguidísima, el padre ocupa uno de los cargos más elevados de la magistratura, tiene cien mil francos de dote, y esperanzas de una herencia de un millón.

—¡Espere! —replicó Schwab—. ¡Ahora mismo voy a decírselo a Fritz!

Y los dos músicos vieron a Brunner y a su amigo dando vueltas por el jardín, pasando una y otra vez por delante de ellos, el uno escuchando alternativamente al otro. Pons, que se sentía la cabeza un poco pesada, y que sin estar totalmente borracho, notaba tanta ligereza en las ideas como pesadez en su envoltorio, observaba a Fritz Brunner a través de esta nube diáfana que produce el vino, y se empeñó en ver en aquella fisonomía una aspiración hacia la felicidad familiar. Schwab no tardó en presentar el señor Pons a su amigo, su socio, quien agradeció mucho al anciano el interés que se tomaba. Se entabló una conversación en la que Schmucke y Pons, los dos solterones, exaltaron el matrimonio, permitiéndose, sin ver en ello ninguna malicia, el juego de palabras de que «era el fin del hombre». Cuando sirvieron los helados, el té, el ponche y los pasteles en la futura vivienda de los futuros esposos, la hilaridad llegó al colmo entre aquellos dignos negociantes, casi todos bebidos, al enterarse de que el comanditario del banco iba a imitar a su socio.

Schmucke y Pons, a las dos de la madrugada, al regresar a su casa por los bulevares, iban filosofando hasta el absurdo, sobre el orden musical de las cosas de este bajo mundo.

XXII

En el que Pons lleva a la presidenta un objeto de arte un poco más valioso que un abanico

Al día siguiente, Pons se dirigió a casa de su prima la presidenta, poseído de la profunda alegría que proporciona devolver bien por mal. ¡Qué alma más noble la suya...! Indiscutiblemente rozaba lo sublime, y todo el mundo

convendrá en ello, ya que vivimos en un siglo en el que se concede el premio Montyon a los que cumplen con su deber, siguiendo los preceptos del Evangelio.

—¡Ah! Tendrán mucho que agradecer a su gorrón —se decía al doblar la calle de Choiseul.

Un hombre menos absorto que Pons en su contento, un hombre de mundo, un hombre desconfiado, hubiese observado las reacciones de la presidenta y de su hija al volver a aquella casa, pero el pobre músico era un niño, un artista lleno de ingenuidad, que en moral sólo creía en el bien, como en arte creía en la belleza; quedó encantado de los halagos de Cécile y de la presidenta. Aquel pobre hombre que desde hacía doce años veía representar continuamente sainetes, dramas y comedias, no reconoció las muecas de la comedia social que, sin duda, estaba demasiado acostumbrado a ver. Los que frecuentan la alta sociedad parisiense y que han comprendido la sequedad de alma y de cuerpo de la presidenta, a quien sólo emocionan los honores, y que se pavonea ce ser virtuosa, su falsa devoción y la altanería de una mujer acostumbrada a mandar en su casa, pueden imaginar el odio disimulado que sentía por el primo de su marido, desde que se había visto en aquella situación tan violenta. De modo que todos los aspavientos de la presidenta y de su hija ocultaban un terrible deseo de venganza, evidentemente aplazada. Por primera vez en su vida Amélie había tenido que reconocerse culpable ante un marido al que ella gobernaba; y para colmo tenía que mostrarse afectuosa con el responsable de su derrota... Esta situación sólo puede compararse con la de ciertas hipocresías que duran años y años en el seno del sacro colegio cardenalicio o en los capítulos de las órdenes religiosas. A las tres, cuando el presidente volvió del Palacio de Justicia, Pons apenas había acabado de contar los portentosos incidentes que le habían hecho conocer al señor Frédéric Brunner, y la cena del día anterior que había durado hasta la madrugada, y todo lo relativo al susodicho Frédéric Brunner. Cécile, sin andarse con rodeos, hizo una serie de preguntas sobre el modo de vestir de Frédéric Brunner, sobre su tipo, su apostura, el color del cabello y de los ojos, y, cuando hubo conjeturado que Frédéric tenía un aire distinguido, admiró su generosidad.

—¡Dar quinientos mil francos a su compañero de infortunio...! ¡Oh, mamá! ¡Yo tendría coche propio, y palco en los Italianos!

Y Cécile casi parecía más atractiva, al pensar que todos los proyectos que su madre tenía con respecto a ella podían convertirse en realidad, y que quizá se realizaran unas esperanzas de las que ya desesperaba.

En cuanto a la presidenta, sólo pronunció esta frase:

—Mi querida hijita, dentro de quince días puedes estar casada.

Todas las madres llaman hijitas a sus hijas que ya tienen veintitrés años.

—Sin embargo —dijo el presidente— necesitamos tiempo para tomar informes. Jamás consentiría en dar mi hija al primer advenedizo...

—En cuanto a los informes, ha sido Berthier quien ha legalizado todos los documentos —respondió el anciano artista—. Y por lo que a él respecta, mi querida prima, recuerde lo que me dijo en otra ocasión. Pues bien, tiene más de cuarenta años, y en la cabeza le falta la mitad del pelo. Quiere encontrar en la familia un puerto seguro contra las borrascas de la vida, y yo no le he apartado de esta idea; hay gustos para todo...

—Razón de más para conocer al señor Frédéric Brunner —replicó el presidente—. No quiero dar mi hija a cualquier valetudinario.

—Pues bien, querida prima, si le parece bien, podrá usted opinar sobre mi candidato dentro de cinco días; ya que, dada la situación, bastará una entrevista...

Cécile y la presidenta hicieron un gesto de complacencia.

—Frédéric, que es un hombre de un gusto exquisito, me ha rogado que le permitiera ver detalladamente mi pequeña colección —siguió diciendo el primo Pons—. Ustedes tampoco han visto nunca mis cuadros, mis antigüedades; vengan aquel mismo día —dijo a sus dos parientas—, diremos que son dos damas que ha traído mi amigo Schmucke, y así podrán conocer al futuro sin ningún compromiso por su parte. Frédéric puede ignorar perfectamente quiénes son.

—¡Maravilloso! —exclamó el presidente.

Ya puede imaginarse qué atenciones se prodigaron al parásito antes desdeñado. El pobre hombre, aquel día, fue el primo de la presidenta. La feliz madre, ahogando su odio en el mar de su alegría, supo tener para con él miradas, sonrisas y palabras, que dejaron al infeliz en éxtasis a causa del bien que hacía y a causa del porvenir que creía entrever. ¿Acaso no iba a encontrar en las casas Brunner, Schwab, Graff, comidas semejantes a la de la firma del contrato? Creía apereibir ya la tierra de Jauja y una incomparable sucesión de platos sorpresa, de portentos gastronómicos, de vinos exquisitos.

—Si nuestro primo Pons consigue que lleguemos a un acuerdo en este asunto —dijo el presidente a su mujer, cuando Pons se hubo ido—, tendríamos que asignarle una renta equivalente a su sueldo de director de orquesta.

—Desde luego —dijo la presidenta.

Y se encargó a Cécile, en caso de que ella agradara al joven, de hacer aceptar esta innoble munificencia al viejo músico.

Al día siguiente, el presidente, deseoso de tener pruebas auténticas de la fortuna del señor Frédéric Brunner, se presentó en casa del notario. Berthier, avisado por la presidenta, había hecho venir a su nuevo cliente, el banquero Schwab, el ex flautista. Deslumbrado por la boda que podía hacer su amigo (ya se sabe hasta qué punto los alemanes respetan las distinciones sociales; en Alemania una mujer es la señora generala, la señora consejera, la señora abogada), Schwab sólo dio facilidades, como un coleccionista que cree poder aprovecharse de un anticuario.

—Ante todo —dijo el padre de Cécile a Schwab—, como yo, mediante contrato, cederé mi propiedad de Marville a mi hija, desearía casarla bajo un régimen dotal. El señor Brunner depositaría un millón de tierras para aumentar Marville, constituyendo así un inmueble dotal que pondría el porvenir de mi hija y el de mis futuros nietos al abrigo de los riesgos del banco.

Berthier se acarició la barbilla, mientras pensaba:

—Esto es lo que había que hacer, señor presidente.

Schwab, después de haberse hecho explicar en qué consistía el régimen dotal, empeñó su palabra en nombre de su amigo. Aquella cláusula satisfacía el deseo que había oído formular a Fritz de encontrar un sistema que impidiese el poder volver a la miseria.

—El valor de la propiedad, que comprende granjas y pastos —dijo el presidente—, es en estos momentos de un millón doscientos mil francos.

—Bastará un millón en acciones del banco —dijo Schwab— para garantizar la cuenta de nuestra casa en el banco; Fritz no quiere invertir más que de dos millones en negocios; hará lo que usted desea, señor presidente.

El presidente, al transmitir estas nuevas a su esposa y a su hija, casi las volvió locas de júbilo. En la pesca de marido, jamás una oportunidad tan ventajosa se había mostrado tan dócil a la red conyugal.

—Tú serás la señora Brunner de Marville —dijo el padre a la hija—, porque conseguiré para tu marido la autorización de unir este apellido al suyo, y más tarde le conseguiré cartas de naturaleza. ¡Si me hacen par de Francia, él será mi sucesor!

La presidenta empleó cinco días en preparar a su hija. El día de la entrevista, fue ella misma quien vistió a Cécile, quien cuidó de que no faltara detalle, con el mismo interés con que el almirante de la armada equipó el yate de placer de la reina de Inglaterra cuando emprendió el viaje de Alemania.

Por su parte, Pons y Schmucke limpiaron y sacaron el polvo al museo de Pons, al piso y a los muebles, con la agilidad de marineros que proceden a la limpieza de la nave almirante. Ni una mota de polvo en las esculturas de

madera. Todos los metales relucían. Los cristales de los pasteles, dejaban ver claramente las obras de Latour, de Greuze y de Liautard, el ilustre autor de La chocolatera, el milagro de esta pintura, ¡ay!, tan efímera. El inimitable esmalte de los bronce florentinos, se tornasolaba según la luz. Los vitrales de colores resplandecían con toda su armoniosa gama cromática. Todo brillaba, cada cosa a su manera, y cautivaba el alma con la nota que le era peculiar en este concierto de obras de arte organizado por dos músicos que eran tan poetas el uno como el otro.

XXIII

Una idea alemana

Suficientemente hábiles como para evitar las dificultades de una entrada en escena, las mujeres llegaron las primeras, ya que querían estar en terreno propio. Pons presentó su amigo Schmucke a sus parientas, a quienes produjo la impresión de un idiota. Preocupadas como estaban por un futuro marido cuatro veces millonario, las dos ignorantes apenas prestaron atención a las explicaciones artísticas que les daba el pobre Pons. Contemplaron con mirada indiferente los esmaltes de Petitot, dispuestos en los campos de terciopelo rojo de tres marcos maravillosos. Las flores de Van Huysum, de David de Heim, los insectos de Abraham Mignon, los Van Eyck, los Alberto Durero, auténticos Cranach, Giorgione, Sebastián del Piombo, Backuisen, Hobbema, Géricault, las rarezas de la pintura, nada excitaba su curiosidad, ya que lo único que esperaban era el sol que debía iluminar estas riquezas; a pesar de todo, quedaron sorprendidas por la belleza de ciertas joyas etruscas y por el valor real de las tabaqueras. Se estaban extasiando por compromiso mientras admiraban en sus manos unos bronce florentinos, cuando la señora Cibot anunció al señor Brunner. No volvieron la cabeza y aprovecharon un soberbio espejo de Venecia, encuadrado por unos deformes pedazos de ébano esculpido, para contemplar al fénix de los pretendientes.

Frédéric, avisado por Wilhem, había peinado cuidadosamente los pocos cabellos que le quedaban, llevaba un precioso pantalón de tonos suaves, aunque oscuros, un chaleco de seda de una elegancia irreprochable y de corte moderno, una camisa bordada cuyo hilo había salido de las manos de una frisona, y una corbata azul con hilos blancos. La cadena de su reloj procedía de la casa Florent y Chanor, igual que el pomo de su bastón. En cuanto a su traje, el propio Graff padre lo había cortado del mejor de los paños. Unos guantes de Suecia delataban al hombre que ya había dilapidado la fortuna de su madre. Hubiese podido adivinarse la pequeña berlina baja de dos caballos,

del banquero, viendo relucir sus botas charoladas, si las dos mujeres no la hubieran oído ya circular por la calle de Normandía.

Cuando el libertino de veinte años es la crisálida de un banquero, a los cuarenta años el resultado es un gran observador, tanto más avisado cuanto Brunner había comprendido todo el partido que un alemán puede sacar de su ingenuidad. Para aquella mañana había adoptado el aire soñador de un hombre que oscila entre elegir la vida de familia y continuar la existencia disipada de soltero. En un alemán afrancesado esta actitud pareció a Cécile el colino del romanticismo. Creyó ver un Werther en el hijo de los Virlaz. ¿Cuál es la joven que no se permite un poco de imaginación novelesca en la historia de su matrimonio? Cécile se consideró como la más feliz de las mujeres cuando Brunner, al verse ante las magníficas obras coleccionadas durante cuarenta años de paciencia, se entusiasmó, las apreció, por primera vez, en su verdadero valor, con gran satisfacción de Pons.

—¡Es un poeta! —se dijo la señorita de Marville—. Ve millones en todo eso. Un poeta es un hombre que no presta atención al dinero, que deja a su mujer dueña y señora del capital, un hombre fácil de llevar y que se distrae fácilmente con bobadas.

Cada cristal de las ventanas del cuarto de Pons era un vitral suizo de colores, el más modesto de los cuales valía mil francos, y poseía dieciséis de aquellas maravillas, en cuya búsqueda hoy en día los coleccionistas no conocen reposo. En 1815 aquellos vitrales se vendían de seis a diez francos. El precio de los sesenta cuadros que componían aquella divina colección, verdaderas obras maestras, sin un retoque, auténticas, sólo podía ser conocido en medio del apasionamiento de una subasta pública. En torno a cada cuadro se admiraba un marco de un valor inmenso, y habían de todas clases; el marco veneciano, con aquellos grandes adornos parecidos a los de la loza actual de los ingleses, el marco romano, tan notable por lo que los artistas llaman efectismo, el marco español con audaces ornamentos florales, los marcos flamencos y alemanes, con sus ingenuas figurillas, el marco de concha con incrustaciones de estaño, de cobre, de nácar, de marfil; el marco de ébano, el marco de boj, el marco de cobre, el marco de Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, en fin, una colección única de los más bellos modelos. Pons, más dichoso que los conservadores de los tesoros de Dresde y de Vierta, poseía un marco del famoso Brustolone, el Miguel Ángel de la madera.

Naturalmente, la señorita de Marville pidió explicaciones sobre cada una de las piezas de la colección. Se hizo iniciar en el conocimiento de aquellas maravillas por Brunner. Y se mostró tan ingenua en las exclamaciones, pareció tan dichosa de descubrir gracias a Frédéric el valor, la belleza de una pintura, de una escultura, de un bronce, que el alemán olvidó su actitud afectada; pareció rejuvenecerse. En resumen, que tanto de una parte como de la otra, se

fue más lejos de lo que se esperaba en aquel primer encuentro, supuestamente debido al azar.

La visita duró tres horas. Brunner ofreció su mano a Cécile para bajar la escalera. Mientras descendía los peldaños con estudiada lentitud, Cécile, que seguía con la conversación sobre las bellas artes, se asombró de la admiración que su pretendiente mostraba por las chucherías de su primo Pons.

—¿De modo que usted cree que todo lo que acabamos de ver vale mucho dinero?

—¡Ah, señorita! Si su señor primo quisiera venderme su colección, hoy mismo le daría ochocientos mil francos por ella, y no haría un mal negocio. Sólo los sesenta cuadros, en una subasta pública, alcanzarían una suma mayor.

—Lo creo, ya que usted lo dice —respondió ella— y supongo que éste es el motivo de que haya sido a lo que ha prestado más atención esta mañana.

—¡Oh, señorita...! —exclamó Brunner—. Por toda respuesta a este reproche, solicitaré de su señora madre el permiso de presentarme en su casa para tener la dicha de volverla a ver.

—¡Mi hija siempre tan ingeniosa! —pensó la presidenta, que iba pisando los talones a su hija—. Será un gran placer para nosotros —respondió en voz alta—. Espero que venga usted, con nuestro primo Pons, a la hora de comer; el señor presidente estará encantado de conocerle... Gracias, primo.

Y apretó el brazo de Pons de un modo tan significativo, que la frase sacramental «Juntos, hasta que la muerte nos separe», no hubiera sido más expresiva. Abrazó a Pons con una mirada que acompañó aquel «Gracias, primo».

Después de haber ayudado a subir al coche a la joven, y cuando la berlina de alquiler hubo desaparecido por la calle Charlot, Brunner se puso a hablar de antigüedades con Pons, quien se empeñaba en hablar de bodas.

—¿De modo que no ve usted ningún inconveniente? —dijo Pons.

—¡Ah! —replicó Brunner—. Ella es poquita cosa, y la madre un poco afectada... Ya veremos.

—Una buena fortuna en perspectiva —observó Pons—; más de un millón...

—Hasta el lunes —interrumpió el millonario—. Si quiere usted vender su colección de cuadros, yo le daría en seguida entre quinientos y seiscientos mil francos...

—¡Oh! —exclamó el pobre hombre, que no se sabía tan rico—; no podría separarme de lo que es mi felicidad... Mi colección sólo la vendería si no

tuviese que desprenderme de ella hasta después de mi muerte.

—Bueno, ya veremos...

—Vaya, dos asuntos en marcha —dijo el coleccionista, que no pensaba más que en la boda.

Brunner se despidió de Pons y el lujoso carruaje no tardó en perderse de vista. Pons vio alejarse la pequeña berlina sin prestar atención a Rémonencq, que fumaba su pipa en el umbral de la puerta.

XXIV

Castillos en el aire

Aquella misma tarde, en casa de su suegro, con quien la presidenta de Marville quiso consultar el asunto, encontró a la familia Popinot. Deseosa de satisfacer una pequeña venganza, tan natural en el corazón de las madres, cuando no han conseguido capturar a un hijo de familia, la señora de Marville dio a entender que Cécile iba a hacer una boda inmejorable. «¿Y con quién se casa Cécile?», fue la pregunta que brotó de todos los labios. Y entonces, sin creer traicionar sus secretos, la presidenta dejó escapar tantas medias palabras, hizo tantas confidencias al oído, por otra parte confirmadas por la señora Berthier, que he aquí lo que al día siguiente se decía en el Empíreo burgués que Pons frecuentaba con fines gastronómicos:

«Cécile de Marville se casa con un joven alemán que se ha hecho banquero por motivos de caridad, porque tiene una fortuna de cuatro millones; es un héroe de novela, un verdadero Werther, de muy buen corazón y con un gran atractivo, que, después de haber cometido muchas locuras, se ha enamorado locamente de Cécile; el enamoramiento fue instantáneo, y debe ser algo muy profundo desde el momento en que Cécile tenía por rivales a todas las madonnas de los cuadros de Pons, etcétera.»

Dos días más tarde una serie de personas fueron a cumplimentar a la presidenta, con el único objeto de saber si existía el diente de oro, y la presidenta bordó el tema de un modo admirable que las madres deberían tener en cuenta, como antaño se consultaba El Perfecto Secretario:

—Una boda —decía a la señora Chiffreville— sólo se puede dar por hecha cuando se sale de la alcaldía y de la iglesia, y nosotros estamos aún en las entrevistas; de modo que cuento con su amistad para que no hablen de nuestras esperanzas...

—No sabe usted la suerte que ha tenido, señora presidenta; hoy en día es

tan difícil concertar una boda...

—¡Qué quiere usted! Ha sido la casualidad; muchas veces las bodas se hacen así.

—¿De modo que por fin casan a Cécile? —decía la señora Cardot.

—Sí —respondió la presidenta, comprendiendo la malicia del «por fin»—. Nosotros hemos sido muy exigentes, y éste ha sido el motivo de que se retrasara la boda. Pero ahora lo hemos encontrado todo: fortuna, amabilidad, buen carácter y un hombre muy atractivo. Por otra parte, mi querida hijita, bien se merecía una cosa así. El señor Brunner es un joven encantador, lleno de distinción; es aficionado al lujo, conoce la vida, está loco por Cécile, la ama sinceramente; y, a pesar de sus tres o cuatro millones, Cécile le acepta... Nosotros no teníamos tantas pretensiones, pero... estas ventajas nunca están de más... Más que su fortuna, es el amor que ha inspirado mi hija, lo que nos ha decidido a dar el consentimiento —decía la presidenta a la señora Lebas—. El señor Brunner tiene tanta prisa que desea que la boda se celebre dentro del plazo más breve que exigen las leyes.

—¿Es extranjero...?

—Sí, pero confieso que estoy muy contenta. No, no es un yerno, es un hijo el que voy a tener. El señor Brunner es de una delicadeza verdaderamente cautivadora. No puede ni imaginarse el interés que ha tenido en casarse bajo el régimen dotal... Es una gran tranquilidad para las familias. Adquirirá pastos por valor de un millón doscientos mil francos, y estas tierras un día se unirán a las de Marville.

Al día siguiente hubo otras variaciones sobre el mismo tema. El señor Brunner era un gran señor, y lo demostraba en todos sus actos; no daba importancia al dinero; y si el señor de Marville pudiera conseguirle la gran carta de naturaleza (el ministerio bien le debía un favor como éste), su yerno sería par de Francia. La fortuna del señor Brunner era incalculable, tenía los mejores caballos y los mejores carruajes de todo París, etc.

El placer con que los Camusot anunciaban sus esperanzas, revelaba ya, bien a las claras, hasta qué punto este triunfo había sido inesperado.

Inmediatamente después de la entrevista celebrada en casa del primo Pons, el señor de Marville, siguiendo los consejos de su mujer, logró que el ministro de Justicia, su primer presidente y el procurador general, aceptasen la invitación para comer en su casa el día de la presentación del fénix de los yernos. Los tres grandes personajes aceptaron, a pesar de que la fecha era muy próxima, comprendiendo el papel que les atribuía el padre de familia, y acudiendo gustosamente en su ayuda. En Francia se suele estar a punto de ayudar a las madres de familia que pescan un yerno rico. El conde y la

condesa Popinot se prestaron también a completar la fastuosidad de aquella jornada, a pesar de que la invitación les pareció de muy mal gusto. En total eran once personas. El abuelo de Cécile, el viejo Camusot y su mujer, no podían faltar en esta reunión, destinada, por la posición de los invitados, a comprometer definitivamente al señor Brunner, anunciado, como ya se ha visto, como uno de los capitalistas más ricos de Alemania, un hombre de gusto (se había enamorado de la hijita), el futuro rival de los Nucingen, de los Keller, de los Tillet, etcétera.

—Es nuestro día de recibir —dijo con estudiada sencillez la presidenta al que ella ya consideraba como su yerno, mientras iba nombrándole los invitados—, todos son íntimos. Primero el padre de mi marido, que, como usted ya sabe, está a punto de ser elegido par de Francia; luego el señor conde y la señora condesa Popinot, cuyo hijo no era suficientemente rico para Cécile, sin que por ello hayamos dejado de ser muy buenos amigos; nuestro ministro de Justicia, nuestro primer presidente, nuestro procurador general, en fin, nuestros amigos... Sólo que tendremos que cenar un poco tarde, a causa de la Cámara, donde nunca terminan la sesión antes de las seis...

Brunner miró a Pons significativamente, y Pons se frotó las manos como un hombre que dice: «¡Éstos son nuestros amigos, mis amigos...!».

La presidenta, como mujer muy hábil que era, tuvo que llevar aparte a su primo para decirle alguna cosa en privado, a fin de dejar a Cécile un momento a solas con su Werther. Cécile charló por los codos, y se las ingenió para que Frédéric descubriese un diccionario alemán, una gramática alemana y un Goethe, que ella había escondido.

—¡Ah! ¿Aprende usted el alemán? —dijo Brunner, sonrojándose.

Las francesas son únicas para inventar esta clase de trampas.

—¡Oh! —dijo ella—. ¡Qué malo es usted! Caballero, no me parece nada bien eso de curiosear mis secretos. Quiero leer a Goethe en original —añadió—; hace dos años que estoy estudiando alemán.

—Entonces es que la gramática es muy difícil de comprender, porque sólo hay diez páginas abiertas —observó ingenuamente Brunner.

Cécile, confusa, se volvió para ocultar su rubor. Un alemán es incapaz de resistir esta clase de pruebas, y el joven cogió la mano de Cécile, hizo que se volviera hacia él, y la contempló como miran los novios en las novelas de Augusto Lafontaine, de púdica memoria.

—¡Es usted adorable! —dijo.

Cécile hizo un mohín de coquetería que significaba: «¡Y usted! ¿Quién podría dejar de amarle?».

—¡Mamá, eso marcha! —dijo al oído de su madre que volvía con Pons.

El aspecto de una familia durante una velada como aquélla no es para describirlo. Todo el mundo se alegraba de ver a una madre atrapando un buen partido para su hija. Llovían las felicitaciones, expresadas con frases de doble sentido y retruécanos, sobre Brunner, que fingía no comprender nada, sobre Cécile, que lo comprendía todo, y sobre el presidente, que casi solicitaba estos parabienes. Pons sintió que toda la sangre se le acumulaba en las orejas y creyó ver encendidas todas las candilejas del escenario de su teatro, cuando Cécile le dijo con voz baja, y de la más ingeniosa de las maneras, que su padre tenía la intención de asignarle una renta vitalicia de mil doscientos francos, a lo cual el anciano artista se negó en redondo, objetando que Brunner le había revelado que poseía una gran fortuna en antigüedades.

El ministro, el primer presidente, el procurador general, los Popinot, todas las personas atareadas, se fueron. Pronto no quedaron más que el viejo señor Camusot, y Cardot, el antiguo notario, a quien hacía compañía su nieto Berthier. El pobre Pons, al verse en familia, agradeció, no poco desmañadamente, al presidente y a la presidenta la proposición que Cécile acababa de hacerle. Los hombres de corazón son así, se dejan llevar por el primer impulso. Brunner, que vio en aquella renta ofrecida de aquel modo, como una especie de recompensa, hizo como una especie de examen de conciencia israelita, y adoptó una actitud que denotaba las gélidas reflexiones de una persona calculadora.

—Mi colección, o lo que valga, siempre pertenecerá a su familia, tanto si cierto un trato con nuestro amigo Brunner como si me la quedo —decía Pons, ante el asombro de la familia, que se enteraba entonces que poseía objetos de tanto valor.

A Brunner no le pasó inadvertido el momentáneo impulso de todos aquellos ignorantes en favor de un hombre que, de una situación considerada como de indigencia, pasaba a la de poseer una fortuna, como no había dejado de observar los mimos y halagos del padre y de la madre por su Cécile, el ídolo de la casa, y entonces se complació en provocar la sorpresa y las exclamaciones de aquellos dignos burgueses.

—Yo dije a la señorita que los cuadros del señor Pons valían esta suma para mí; pero dado el precio a que se adquieren los objetos de arte únicos, nadie puede prever el valor que alcanzaría esta colección en una subasta pública. Los sesenta cuadros llegarían al millón, yo he visto varios de cincuenta mil.

—¡Quién no desearía ser su heredero! —dijo el antiguo notario a Pons.

—Pero es que mi heredera es mi prima Cécile —dijo el pobre hombre,

insistiendo en el parentesco.

Entre los allí reunidos se produjo un movimiento de admiración por el anciano músico.

—Pues será una heredera muy rica —dijo riendo Cardot, que ya se iba.

Quedaban, pues, Camusot padre, el presidente, la presidenta, Cécile, Brunner, Berthier y Pons, ya que se suponía que iba a hacerse la petición oficial de mano de Cécile. En efecto cuando estas personas quedaron solas, Brunner empezó por una pregunta que pareció de buen augurio a los padres.

—He creído entender —dijo Brunner dirigiéndose a la presidenta—, que la señorita era hija única.

—Desde luego —respondió ella con orgullo.

—No tendrá usted dificultades con nadie —añadió el pobre Pons, para decidir a Brunner a formular la petición.

Brunner quedó pensativo, y un silencio fatal provocó la más extraña de las frialdades. Parecía como si la presidenta hubiese confesado que su hijita era epiléptica. El presidente, juzgando que su hija no debía hallarse presente, le hizo una señal que Cécile comprendió, y salió inmediatamente de la estancia. Brunner siguió mudo. Todos se miraban. La situación se hacía embarazosa. El viejo Camusot, hombre de experiencia, llevó al alemán a la habitación de la presidenta, con el pretexto de enseñarle el abanico hallado por Pons, adivinando que había surgido algún obstáculo, y con un gesto pidió a su hijo, a su nuera y a Pons que le dejaran a solas con el pretendiente.

—¡Ésta es la maravilla! —dijo el viejo sedero enseñándole el abanico.

—Vale cinco mil francos —respondió Brunner, después de haberlo examinado.

—Caballero —dijo el futuro par de Francia—, ¿no había venido usted para pedir la mano de mi nieta?

—Sí —dijo Brunner—, y le ruego que me crea cuando le digo que ninguna unión sería más honrosa para mí. Nunca podré encontrar una joven más bella, más amable, que reúna tantas perfecciones como la señorita Cécile; pero...

—Veamos, basta de peros —dijo Camusot padre—, o, mejor dicho, sepamos en qué consisten estos peros...

—Caballero —siguió Brunner, muy serio—, me alegro mucho de que ni unos ni otros nos hayamos comprometido todavía, ya que la calidad de hija única, tan valiosa para todo el mundo, excepto para mí, circunstancia que créame que ignoraba, constituye un obstáculo insuperable...

—Pero, caballero —dijo el anciano, estupefacto—, ¿cómo es posible que de una inmensa ventaja haga usted un inconveniente? Su proceder es totalmente inaudito, y yo tendría un gran interés en conocer sus razones.

—Señor mío —siguió diciendo el alemán con flema—, hoy he venido a esta casa para pedir al señor presidente la mano de su hija. Mi intención era asegurar el porvenir de la señorita Cécile ofreciéndole todo lo que ella hubiese querido aceptar de mi fortuna; pero una hija única es una niña a la que la indulgencia de sus padres ha acostumbrado a hacer siempre su santa voluntad, y que nunca ha conocido la menor negativa. En este caso ha ocurrido lo que en tantas otras familias en las que he podido advertir el culto que se tributaba a esta especie de divinidades; no sólo la nieta de usted es el ídolo de la casa, sino que además la señora presidenta es la que lleva los... ¡ya sabe usted el qué! Caballero, yo he visto el hogar de mi padre convertirse en un infierno por esta causa. Mi madrastra, origen de todas mis desgracias, hija única, adorada, la más encantadora de las prometidas, se convirtió en la encarnación del diablo. No dudo que la señorita Cécile sea una excepción de esta regla; pero yo ya no soy joven, tengo cuarenta años, y la diferencia de nuestras edades lleva consigo una serie de problemas que no me permitirían hacer feliz a una joven acostumbrada a ver hacer a la señora presidenta su santa voluntad, y a quien la señora presidenta escucha como a un oráculo. ¿Con qué derecho podría exigir yo que la señorita Cécile cambiara de ideas y de costumbres? En lugar de un padre y de una madre que complacen sus menores caprichos, se encontraría con el egoísmo de un cuarentón. Obro, pues, con toda honradez y me retiro. Por otra parte, si consideran necesario dar explicaciones al hecho de que sólo les haya visitado una vez, deseo que toda la responsabilidad me sea atribuida...

—Si sus razones son éstas —dijo el futuro par Francia—, aunque singulares, son plausibles...

—Caballero, no ponga usted en duda mi sinceridad —replicó vivamente Brunner, interrumpiéndole—. Si conoce usted alguna muchacha pobre, perteneciente a una familia cargada de hijos, pero que haya recibido una buena educación, sin fortuna, como tantas hay en Francia, y cuyo carácter ofrezca garantías, me caso con ella.

Durante el silencio que siguió a esta declaración, Frédéric Brunner dejó solo al abuelo de Cécile, volvió a saludar cortésmente al presidente y a la presidenta, y se retiró. Comentario viviente de la despedida de su Werther, Cécile apareció pálida como una moribunda; lo había oído todo oculta en el guardarropa de su madre.

—¡Rechazada...! —dijo al oído de su madre.

—¿Y por qué? —preguntó la presidenta a su confuso suegro.

—Ha dado el curioso pretexto de que las hijas únicas son niñas mimadas —respondió el anciano—. Y no se equivoca del todo —añadió aprovechando la ocasión para zaherir a su nuera, que hacía veinte años que le estaba fastidiando.

—¡Esto costará la vida a mi hija! ¡Usted la habrá matado! —dijo la presidenta a Pons, sosteniendo a su hija, quien consideró de buen efecto abandonarse en los brazos de su madre.

El presidente y su mujer arrastraron a Cécile hasta un sillón, en donde acabó de desmayarse del todo. El abuelo llamó a los criados.

XXV

Pons sepultado por la arenilla

—¡Ya sé quién ha urdido esta infamia! —dijo la madre, furiosa, señalando al pobre Pons.

Pons se irguió, como si oyera resonar en sus oídos las trompetas del juicio final.

—Usted —siguió la presidenta, cuyos ojos eran como dos fuentes de bilis verde—, usted ha querido responder a una broma inocente con una injuria. ¿Quién va a creerse que este alemán está en su sano juicio? O es cómplice de una atroz venganza o está loco. Espero, señor Pons, que en el futuro, nos evite usted el disgusto de verle en una casa en la que ha intentado usted introducir la vergüenza y el deshonor.

Pons, convertido en estatua, miraba fijamente un rosetón de la alfombra, y, con las manos juntas, hacía girar los dedos pulgares.

—¡Cómo! ¡Todavía está usted aquí, monstruo de ingratitud...! —exclamó al presidente volviéndose—. Ni el señor ni yo estaremos jamás en casa, si alguna vez se presenta este hombre —dijo a los criados, señalando a Pons—. Jean, vaya a buscar al doctor... Y tú, Madeleine, trae agua de azahar...

Para la presidenta, las razones alegadas por Brunner no eran más que un pretexto bajo el que se ocultaba algo desconocido; pero fuera como fuese, la boda se deshacía. Con la rapidez de pensamiento que distingue a las mujeres en las grandes circunstancias, la señora de Marville había hallado la única manera de reparar aquel fracaso atribuyendo a Pons una venganza premeditada. Esta idea, infernal por lo que se refería a Pons, dejaba en buen lugar el honor de la familia. Fiel a su odio contra Pons, había convertido una simple sospecha de mujer en una verdad. En general las mujeres tienen una fe

muy particular, una moral propia; creen en la realidad de todo lo que sirve a sus intereses y a sus pasiones. Pero la presidenta fue mucho más lejos, puso todo su empeño en convencer al presidente de que ella estaba en lo cierto, y a la mañana siguiente el magistrado se hallaba convencido de la culpabilidad de su primo. Todo el mundo encontrará horrible el proceder de la presidenta. Pero de verse en un caso semejante, todas las madres imitarían a la señora Camusot, y preferirían sacrificar el honor de un extraño al de su hija. Los medios podrán ser otros, el objetivo será el mismo.

El músico bajó la escalera con rapidez; pero anduvo a paso lento por los bulevares, hasta llegar a su teatro, en el que entró maquinalmente; subió maquinalmente a su estrado y dirigió maquinalmente la orquesta. Durante los entreactos respondió tan vagamente a Schmucke, que éste disimuló sus inquietudes y creyó que Pons se había vuelto loco. Para una naturaleza tan infantil como la de Pons, la escena que acababa de desarrollarse adquiría las proporciones de una catástrofe... Resucitar un odio atroz, cuando él había querido proporcionar la felicidad, era una inversión total de la existencia. Y había reconocido en los ojos, en el gesto, en la voz de la presidenta una enemistad mortal.

Al día siguiente, la señora Camusot de Marville tomó una gran decisión, que por otra parte le exigían las circunstancias, y a la que el presidente dio su consentimiento. Decidieron dar en dote a Cécile la propiedad de Marville, el palacio de la calle Hannover y cien mil francos. Aquella misma mañana la presidenta fue a ver a la condesa Popinot, comprendiendo que a un fracaso como aquél, había que responder con una boda ya hecha. Contó la espantosa venganza y el incalificable engaño de que Pons les había hecho víctimas. Todo pareció verosímil cuando se supo que el pretexto de aquella ruptura había sido la condición de hija única. En resumen, la presidenta manejó hábilmente el señuelo de llamarse Popinot de Marville y la enormidad de la dote. Al precio que van ahora los bienes en Normandía, al dos por ciento, aquel inmueble representaba alrededor de los novecientos mil francos, y el palacio de la calle de Hannover se había valorado en doscientos cincuenta mil francos. Ninguna familia sensata podía rechazar una unión como aquélla; de modo que el conde Popinot y su mujer la aceptaron; luego, como personas interesadas por el honor de la familia en la que iban a entrar, prometieron colaborar en la justificación de la catástrofe ocurrida el día anterior.

Y en casa del propio Camusot padre, el abuelo de Cécile, y ante las mismas personas de unos días antes y a las que la presidenta había cantado sus letanías-Brunner, la misma presidenta, a quien todo el mundo temía hablar, se adelantó valientemente a dar explicaciones.

—La verdad es que hoy en día —decía— nunca se toman bastantes precauciones cuando se habla de una boda, sobre todo si se trata con

extranjeros.

—¿Y eso por qué?

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó la señora Chiffreville.

—¿No se han enterado de nuestra aventura con este Brunner, que tenía la audacia de aspirar a la mano de Cécile...? Es el hijo de un tabernero alemán, sobrino de uno que vendía pieles de conejo.

—¿Es posible? ¡Usted, tan sagaz...! —dijo una señora.

—¡Estos aventureros son tan astutos! Pero lo hemos sabido todo por Berthier. Este alemán es amigo de un pobre diablo que toca la flauta, y está en relaciones con un hombre que tiene un piso amueblado en la calle del Mail, con unos sastres... Nos hemos enterado de que ha llevado la vida más crapulosa, y ninguna fortuna va a bastarle a este bribón que ya ha derrochado la de su madre...

—¡Entonces su hija hubiese sido muy desgraciada...! —dijo la señora Berthier.

—¿Y cómo se lo han presentado? —preguntó la anciana señora Lebas.

—Ha sido una venganza del señor Pons; nos ha presentado a este individuo para hacernos caer en el ridículo... Este Brunner, que quiere decir Fuente (querían que pasara por un gran señor), tiene poquísima salud, es calvo y con dientes cariados; a mí, solo con verle ya no me inspiró ninguna confianza.

—Pero ¿y aquella gran fortuna de la que usted hablaba? —preguntó tímidamente una joven.

—La fortuna no es tan grande como se dice. Los sastres, el dueño del hotel y él han rebañado sus bolsas para fundar un banco... Hoy en día, ¿qué es un banco que empieza? Una licencia para arruinarse. Una mujer que se acuesta millonaria puede despertarse sin un céntimo. Desde la primera vez que le oímos hablar y que le vimos, ya habíamos juzgado a este individuo, que no sabe nada de nuestras costumbres. En los guantes, en el chaleco, se le ve que es un obrero, el hijo del dueño de un fonducho alemán, sin nobleza de sentimientos, un bebedor de cerveza... ¡y que fuma...! ¡Oh...! ¡Veinticinco pipas cada día! ¿Cuál hubiera sido la suerte de mi pobre Lilí? Me estremezco sólo de pensarlo. ¡Dios nos ha salvado! Además, Cécile no estaba enamorada de él... ¿Creen ustedes que podíamos esperarnos un engaño semejante de un pariente, de un íntimo de nuestra casa, que come con nosotros dos veces a la semana, desde hace veinte años? A quien hemos hecho innumerables favores, y que representa tan bien la comedia que ha nombrado heredera suya a Cécile delante del ministro de Justicia, del procurador general, del primer presidente... Este Brunner y el señor Pons estaban de acuerdo para atribuirse

el uno al otro no sé cuántos millones... No, yo les aseguro que todas ustedes hubieran caído también en este engaño de artista...

En pocas semanas, las familias reunidas de los Popinot, de los Camusot y de sus adheridos, habían logrado en la Sociedad un triunfo fácil, ya que nadie tomó la defensa del desgraciado Pons, del parásito, del malicioso, del avaro, del hipócrita, sepultado bajo el desprecio, considerado como una víbora que se cubre de una singular maldad, un saltimbanqui peligroso a quien debía olvidarse.

XXVI

El último golpe

Al cabo de un mes aproximadamente de la negativa del supuesto Werther, el pobre Pons, que se levantaba por primera vez de la cama, en la que se había visto postrado víctima de una fiebre nerviosa, se paseaba por los bulevares, tomando el sol, apoyado en el brazo de Schmucke. En el bulevar del Temple nadie se reía ya de los dos cascanueces, al ver el aspecto acabado del uno, y la conmovedora solicitud del otro por su amigo convaleciente. Cuando llegaron al bulevar Poissonnière, Pons había recuperado los colores al respirar esta atmósfera de los bulevares en donde el aire es tan vivificante; ya que, donde hormiguea la muchedumbre, el aire es tan vital que en Roma se ha observado la ausencia de mala aria en el infecto Ghetto, en el que pululan los judíos. Tal vez también el aspecto de lo que en otros tiempos se complacía en ver todos los días, el gran espectáculo de París, influía en el enfermo. Frente al teatro de las Variétés, Pons se apartó de Schmucke, ya que iban el uno al lado del otro; pero de vez en cuando Pons se separaba de su amigo para contemplar las novedades que habían expuesto recientemente en el escaparate de las tiendas. Y se encontró cara a cara con el conde Popinot, a quien saludó del modo más respetuoso, ya que el antiguo ministro era uno de los hombres a quienes Pons estimaba y veneraba más.

—Caballero —respondió severamente el par de Francia—, no comprendo que tenga usted tan poco tacto que se atreva a saludar a una persona emparentada con la familia a la que ha intentado usted sumir en la vergüenza y el ridículo, con una venganza como sólo los artistas saben inventarlas... Sepa usted, señor mío, que a partir de hoy debemos ser totalmente desconocidos el uno para el otro. La señora condesa Popinot comparte la indignación que su proceder con los señores de Marville ha inspirado a toda la sociedad.

El antiguo ministro se alejó dejando a Pons como fulminado. Jamás las

pasiones, ni la justicia ni la política, jamás las grandes fuerzas sociales, atienden al estado de salud del ser al que condenan. El estadista, impulsado por el interés de familia de abrumar a Pons, no advirtió la debilidad física de aquel temible enemigo.

—¿Gué de basa, mi bopre amico? —exclamó Schmucke, poniéndose tan pálido como Pons.

—Acabo de recibir una nueva puñalada en el corazón —respondió el pobre hombre, apoyándose en el brazo de Schmucke—. Estoy por creer que sólo Dios tiene derecho a hacer el bien, y por eso todos los que se empeñan en imitarle son castigados con tanta severidad.

Este sarcasmo de artista fue un supremo esfuerzo del bondadoso anciano, que quería disipar el temor que se pintaba en el rostro de su amigo.

—Sí gue es fertat —respondió sencillamente Schmucke.

Esto era inexplicable para Pons, a quien ni los Camusot ni los Popinot habían enviado participaciones de la boda de Cécile. En el bulevar de los Italianos, Pons vio acercarse al señor Cardot. Pons, ya escarmentado por las palabras del par de Francia, se guardó mucho de detener a este personaje, en cuya casa, el año anterior, comía una vez cada quince días, y se contentó con saludarle; pero el alcalde de barrio, el diputado de París, dirigió a Pons una mirada de indignación, sin devolverle el saludo.

—Vete a saber lo que tienen todos contra mí —dijo el pobre hombre a Schmucke que conocía todos los detalles de la catástrofe ocurrida a Pons.

—Gapallero —dijo cortésmente Schmucke a Cardot—, mi amico Bons agapa de salir te eine envermetat, y sin tuta usdet no le ha regonocito.

—Le he reconocido inmediatamente.

—Endonces, ¿gué diene usdet gue rebrocharle?

—Tiene usted por amigo a un monstruo de ingratitud, a un hombre que, si vive todavía, es porque, como dice el proverbio, mala hierba nunca muere. La sociedad no se equivoca al desconfiar de los artistas, todos son malignos e hipócritas como alimañas. Su amigo ha intentado deshonorar a su propia familia, comprometiendo la reputación de Una joven para vengarse de una broma inocente; no quiero tener ni la menor relación con él; trataré de olvidar que le he conocido, que existe. Y estos sentimientos son los de todos los miembros de mi familia, de la suya, y de todas las personas que hacían al señor Pons el honor de recibirle en su casa...

—Bero, gapallero, usdet es ein hompre razonaple; bermídame gue le esblique...

—Caballero, si así lo desea, siga usted siendo su amigo —replicó Cardot—; pero límitese a esto, ya que es mi deber prevenirle que mi reprobación alcanzará también a los que intenten defenderle y justificarle.

—¿Jusdivigarle?

—Sí, puesto que su proceder es tan injustificable como incalificable.

Y después de haber soltado esta frase, el diputado del Sena siguió su camino sin querer escuchar ni una sílaba más.

—Ya tengo contra mí a los dos poderes del Estado —dijo sonriendo el pobre Pons cuando Schmucke hubo terminado de repetirle aquellas crueles imprecaciones.

—Dodo esdá gontra nosodros —replicó dolorosamente Schmucke—, fámonos te aguí, así no engondraremos más salfajes.

Era la primera vez de su vida, verdaderamente ovina, que Schmucke profería palabras semejantes. Jamás nada había turbado su mansedumbre casi divina, y hubiese sonreído ingenuamente a todas las desgracias que hubieran caído sobre él; pero ver maltratar a su sublime Pons, aquel Arístides desconocido, aquel genio resignado, aquella alma sin hiel, aquel tesoro de bondad, todo corazón... En aquellos momentos sentía la cólera de Alcestes, y llamaba salvajes a los anfitriones de Pons... En aquel carácter tan apacible, aquel impulso equivalía a todos los furiosos de Rolando. Guiado por una prudente precaución, Schmucke hizo que Pons se desviara por el bulevar del Temple; y Pons se dejó conducir, ya que el enfermo se hallaba en aquella situación de los luchadores que ya no cuentan los golpes; pero el azar quiso que nadie dejara de ensañarse con el pobre músico; el alud que se desplomaba sobre él debía contenerlo todo: la Cámara de los Pares, la Cámara de los Diputados, la familia, los extraños, los fuertes, los débiles, los inocentes...

En el bulevar Poissonière, al volver a su casa, Pons vio acercarse a la hija de aquel mismo señor Cardot, una joven que había conocido las suficientes desdichas como para ser indulgente. Culpable de un desliz que se había mantenido en secreto, se había convertido en la esclava de su marido. La señora Berthier era la única de las señoras de las casas en las que comía a la que Pons llamaba por su nombre de pila: «Félicie», y a veces tenía la impresión de que ella le comprendía. Aquella dulce criatura pareció contrariada de encontrar al primo Pons; pues a pesar de la ausencia de todo parentesco con la familia de la segunda esposa de su primo Camusot padre, se le trataba de primo; pero, no pudiéndolo esquivar, Félicie Berthier se detuvo ante el moribundo.

—Yo no creía que fuese usted malo, primo, pero sólo con que sea verdad la cuarta parte de lo que he oído decir de usted, tendré que reconocer que es

usted un hombre de una gran hipocresía... ¡Oh! ¡No intente justificarse! —añadió vivamente, viendo que Pons iba a hacer un gesto—; por dos razones: la primera porque no tengo derecho a acusar, juzgar ni condenar a nadie, puesto que sé por experiencia propia que los que parecen tener toda la culpa, tienen también motivos que les excusan; la segunda, porque sus razones no servirían para nada. El señor Berthier, que ha firmado el contrato de boda de la señorita de Marville y del vizconde Popinot, está tan enojado con usted, que si se enterara que le he dicho una sola palabra, que he hablado con usted por última vez, me reprendería. Todo el mundo está contra usted.

—Bien lo veo, señora —respondió con voz emocionada el pobre músico, saludando respetuosamente a la esposa del notario.

Y reemprendió penosamente el camino hacia la calle de Normandía, apoyándose en el brazo de Schmucke con una fuerza que delataba al anciano alemán una debilidad física valerosamente combatida. Aquel tercer encuentro fue como el veredicto pronunciado por el cordero que reposa a los pies de Dios; la cólera de aquel ángel de los pobres, el símbolo de los pueblos, es la última palabra del cielo. Los dos amigos llegaron a su casa sin haber cambiado ni una palabra.

En ciertas circunstancias de la vida, únicamente se puede sentir cerca un amigo; el consuelo de la palabra encona la herida, revela su profundidad. El viejo pianista poseía, como ya se ve, el genio de la amistad, la delicadeza de los que, por haber sufrido mucho, conocen las costumbres del sufrimiento.

Aquel paseo debía ser el último del pobre Pons. El enfermo pasó de un mal a otro. De temperamento sanguíneobilioso, la bilis pasó a la sangre, y cayó víctima de una violenta hepatitis. Como estas dos enfermedades sucesivas habían sido las únicas de su vida no conocía a ningún médico; y movida por un sentimiento en principio irreprochable, incluso maternal la compasiva y fiel Cibot llamó al médico del barrio.

XXVII

La pena se convierte en ictericia

En cada barrio de París existe un médico cuyo nombre y domicilio sólo son conocidos por la clase baja, los pequeños burgueses, los porteros, y a quien, por consiguiente, se llama el médico del barrio. Este médico, que se ocupa de los partos y de las sangrías, es en medicina lo que el criado para todo en los Pequeños Anuncios. Forzado a ser bueno con los pobres, bastante experto gracias a su larga práctica, en general se le quiere. El doctor Poulain, a quien

la señora Cibot había introducida en casa del enfermo, después de haberse dado a conocer a Schmucke, escuchó distraídamente las dolencias del viejo músico, que durante toda la noche se había estado rascando la piel, que se había vuelto completamente insensible. El hecho de tener los ojos con un cerco amarillo concordaba con aquel síntoma.

—En los dos últimos días ha tenido usted un disgusto grave, ¿no es cierto? —dijo el doctor a su enfermo.

—¡Ay, sí! —respondió Pons.

—Tiene usted la enfermedad que el señor ha estado a punto de tener —dijo señalando a Schmucke—, la ictericia; pero no será nada —añadió el doctor Poulain, mientras escribía una receta.

A pesar de esta última frase tan consoladora, el doctor había lanzado al enfermo una de estas miradas hipocráticas, en las que unos ojos interesados en conocer la verdad adivinan siempre la sentencia de muerte, aun estando bien oculta por una compasión que da la costumbre. De modo que la señora Cibot, que captó con sus ojillos de espía la mirada del doctor, no se llamó a engaño respecto al significado de la frase del médico, ni respecto a la fisonomía hipócrita del doctor Poulain y cuando éste salió del piso se fue tras él.

—¿Cree usted que no será nada? —dijo la señora Cibot al doctor, una vez en el rellano.

—Mi querida señora Cibot, su señor es hombre muerto, no porque la bilis haya invadido la sangre, sino a causa de su debilidad moral. Sin embargo, cuidándole mucho, es posible que su enfermo salga aún de ésta; sería conveniente que le sacaran de aquí, que le llevaran de viaje...

—¿Con qué dinero...? —preguntó la portera—. Él se gana el cocido con su empleo y su amigo vive de unas pequeñas rentas que le han dado unas señoronas, a las que dice que ha prestado unos servicios, y que son muy caritativas. Son como dos niños, yo les cuido desde hace nueve años.

—Me paso la vida visitando a gente que se muere no de sus enfermedades, sino de esta herida terrible e incurable que es la falta de dinero. ¡En cuántas buhardillas no me veo obligado a dejarles cinco francos sobre la chimenea, en vez de hacerles pagar la visita!

—¡Pobre señor Poulain! —dijo la señora Cibot—. ¡Ah! Si tuviera usted las cien mil libras de renta que tienen algunos roñosos del barrio, que s'irán de patitas al infierno, usted sería el representante de Dios en la tierra...

El médico, que había conseguido, gracias al aprecio de los señores porteros de su distrito, hacerse con una pequeña clientela que apenas bastaba para cubrir sus necesidades, levantó los ojos al cielo y dio las gracias a la señora

Cibot con una mueca digna de Tartufo.

—Entonces, dice usted, mi querido señor Poulain, que cuidándole mucho nuestro querido enfermo se repondría, ¿no?

—Sí, si el disgusto que ha sufrido no ha minado demasiado su estado de ánimo.

—¡Pobre hombre! ¿Quién habrá podido darle un disgusto? Es tan buen hombre, que sólo puede compararse con su anmigo, el señor Schmucke... Tengo que enterarme de lo que le ha pasado, yo misma voy a ajustarles las cuentas a los que le han dado este disgusto...

—Mire usted, mi querida señora Cibot —dijo el médico, que se encontraba ya en el umbral de la puerta cochera—, una de las características principales de la enfermedad de su señor es enojarse continuamente por causas sin motivo, y como no es probable que pueda pagarse una asistenta, es usted quien le va a cuidar. De modo que...

—¿Hablan del sheñor Ponsh? —preguntó el chatarrero, que estaba fumando en pipa.

Y se levantó del guardacantón de la puerta para unirse a la conversación de la portera y del doctor.

—Sí, Rémonencq —respondió la señora Cibot al auvernés.

—Puesh para que lo shepan, esh másh rico que el sheñor Monishtrol, y que muschos anticuarios... Yo entiendo en el negocio, y lesh digo que eshte pobre hombre tiene una fortuna en shu casha.

—¡Vaya! ¡Y yo que creía que me tomaba usted el pelo el otro día, cuando le enseñé todas aquellas antiguallas, mientras mis señores estaban fuera! —dijo la señora Cibot a Rémonencq.

En París, donde hasta las piedras de las calles tienen oídos, y las puertas, lengua, y los barrotes de las ventanas, ojos, no hay nada más peligroso que hablar delante de las puertas cocheras. Las últimas palabras que se dicen en estos lugares, y que son lo que una posdata es a una carta, contienen indiscreciones tan peligrosas para los que las dejan escapar, como para los que las recogen.

Un solo ejemplo bastará para corroborar el que presenta esta historia.

XXVIII

El oro es una quimera (letra del señor Scribe, música de Meyerbeer,

decorados de Rémonencq)

Un día, uno de los mejores peluqueros del tiempo del Imperio, época en la que los hombres cuidaban mucho de su cabello, salía de una casa en la que acababa de peinar a una linda dama, y en la que prestaba sus servicios a todos los inquilinos ricos. Entre éstos figuraba un solterón cuya ama de llaves detestaba a los herederos de su señor. En casa del mencionado joven, que se hallaba gravemente enfermo, acababan de reunirse en consulta una serie de famosos médicos, que aún no se llamaban los príncipes de la ciencia. El azar quiso que los médicos salieran al mismo tiempo que el peluquero, y al despedirse en el umbral de la puerta cochera, por sus labios hablaron la ciencia y la verdad, como suelen hablar entre ellos una vez ha terminado la farsa de la consulta. «Es hombre muerto...», dijo el doctor Haudry... «No le queda ni un mes de vida», añadió Desplein, «a menos que se produzca un milagro...». El peluquero oyó estas palabras. Como todos los peluqueros estaba de acuerdo con los criados. Y empujado por una monstruosa codicia, volvió a subir inmediatamente a la casa del mencionado joven, y prometió al ama de llaves una buena recompensa si lograba que su amo pusiera la mayor parte de su fortuna en una renta vitalicia. Formaba parte de la fortuna del solterón moribundo, que por otra parte sólo tenía cincuenta y seis años, que debían doblarse teniendo en cuenta sus campañas amorosas, una magnífica casa situada en la calle de Richelieu, que valía entonces doscientos cincuenta mil francos. Esta casa, objeto de la codicia del peluquero, le fue vendida a cambio de una renta vitalicia de treinta mil francos. Esto ocurría en 1806. Este peluquero retirado, hoy septuagenario, paga todavía la renta en 1846. Como el mencionado joven sólo tiene noventa y seis años, está en la segunda infancia, y se ha casado con su señora Evrard, aún puede durar mucho tiempo; como el peluquero había dado a la criada unos treinta mil francos, el inmueble le cuesta más de un millón; pero la casa hoy vale cerca de ochocientos o novecientos mil francos.

Imitando a este peluquero, el auvernés había escuchado las últimas palabras que Brunner había dicho a Pons en el umbral de la puerta, el día de la entrevista del fénix de los pretendientes con Cécile; desde entonces había deseado penetrar en el museo de Pons. Rémonencq, que vivía en buena armonía con los dos Cibot, no tardó en ser introducido en el piso de los dos amigos, durante la ausencia de éstos. Rémonencq, deslumbrado ante tantas riquezas, vio la posibilidad de hacer un negocio redondo, lo cual, en la jerga de los comerciantes, significa robar una fortuna, y hacía cinco o seis días que pensaba en ello.

—No sólo no le tomo el pelo —respondió a la señora Cibot y al doctor Poulain—, shino que ya volveremos a hablar del ashunto, y shi eshte buen

sheñor quiere una renta vitalisia de cincuenta mil francosh, yo le pago un tonel de vino del paísh shi uhsted me...

—¿Pero qué dice, hombre? —dijo el médico a Rémonencq—. ¡Cincuenta mil francos de vitalicio! Entonces, si es tan rico, atendido por mí y cuidado por la señora Cibot puede curarse... porque las enfermedades del hígado son los inconvenientes que tienen las constituciones muy fuertes...

—¿He disho cincuenta? Puesh un sheñor, aquí mishmo, en eshta puerta, le ha ofresido shetesientosh mil francosh, y esho shólo por los cuadrosh, ¿eh?

Al oír esta afirmación de Rémonencq la señora Cibot miró al doctor Poulain de una manera extraña, como si el diablo encendiera un fuego siniestro en sus ojos color naranja.

—¡Bueno, basta de paparruchas! —cortó el médico, contentándose con saber que su cliente podía pagar todas las visitas que iba a hacerle.

—Sheñor doctor, shi la buena de la sheñora Shibot, ya que el sheñor eshtá en cama, me deja traer un eshperto, yo le juro que encuentro el dinero en dosh horash, aunque fueran shetesientos mil francosh...

—Muy bien, amigo mío —respondió el doctor—. Ahora, señora Cibot, tenga usted mucho cuidado con no llevar nunca la contraria al enfermo; ármese usted de paciencia, porque todo va a irritarle, todo le cansará, incluso las atenciones que tenga usted para con él; sepa usted de antemano que no va a encontrar nada bien hecho...

—Pues sí qué será difícil... —dijo la portera.

—Vamos a ver, escúcheme bien —siguió el médico con autoridad—. La vida del señor Pons está en manos de los que le cuidan; de modo que yo vendré a verle quizá dos veces por día. Empezaré mi recorrido por él...

Súbitamente el médico había pasado de la despreocupación total que solía tener respecto a sus enfermos pobres, a la solicitud más extremada, al advertir la posibilidad de aquella fortuna, vista la seriedad del especulador.

—Será tratado a cuerpo de rey —respondió la señora Cibot con fingido entusiasmo.

La portera esperó a que el médico hubiera doblado la calle Chalot antes de reemprender la conversación con Rémonencq. El chatarrero terminaba su pipa, con la espalda apoyada en la chambrana de la puerta de su tienda. Posición que había adoptado premeditadamente, ya que quería que fuese la portera la que fuese hacia él.

Esta tienda, que en otro tiempo había sido un café, seguía tal cual el auvernés la había encontrado cuando la arrendó. En el largo rótulo que corona

la vidriera de todas las tiendas modernas, se leía aún: CAFÉ DE NORMANDÍA. El auvernés había hecho pintar, sin duda gratuitamente, con pincel y en color negro, por algún aprendiz de pintor de brocha gorda, en el espacio que quedaba debajo del CAFÉ DE NORMANDÍA, estas palabras: Rémonencq, chatarrero, compra objetos de ocasión. Naturalmente, los espejos, las mesas, los taburetes, los estantes, todo el mobiliario del Café de Normandía, había sido vendido. Rémonencq había alquilado por seiscientos francos la tienda con las cuatro paredes desnudas, la trastienda, la cocina y un cuarto único al nivel del entresuelo en el que antes dormía el mozo, ya que el piso que dependía del Café de Normandía fue alquilado aparte. Del primitivo lujo del que se rodeó el cafetero no quedaba más que un papel verde claro liso en la tienda, y las sólidas barras de hierro de la entrada, con sus pernos.

XXIX

Iconografía de la especie chamarilero

Una vez instalado allí, en 1831, después de la revolución de Julio, Rémonencq empezó tratando en campanillas rotas, vajilla desportillada, chatarra, balanzas viejas, pesas antiguas rechazadas por la ley, y a las que sustituían las nuevas medidas, que, por cierto, el Estado tampoco ha adoptado del todo, ya que dejar circular monedas de uno y de dos sueldos que datan del reinado de Luis XVI. Más tarde este auvernés, con la energía de cinco auverneses, compró baterías de cocina, marcos viejos, cobres antiguos, porcelanas desportilladas. Insensiblemente, a fuerza de llenarse y vaciarse, la tienda tomó un aire de farsa de Nicolet, y la naturaleza de los géneros fue mejorando. El chatarrero siguió este sistema prodigioso y seguro cuyos efectos se manifiestan a los ojos de los paseantes lo suficientemente filósofos para estudiar la progresión creciente de los valores que atesoran estas tiendas que denotan tanta inteligencia. A la hojalata, a los quinqués, a los restos de jarrones, suceden los marcos y los objetos de cobre. Luego vienen las porcelanas. Pronto, la tienda que había sido un gorrineo, se convierte en museo. Finalmente, un día, las polvorientas vidrieras se limpian, el interior se adecuenta, el auvernés abandona su chaqueta de pana y se endosa una levita; parece ya un dragón guardando su tesoro; está rodeado de obras de arte, se ha convertido en un gran experto, ha decuplicado su capital, y ya no se deja engañar por nadie; conoce bien los trucos del oficio. Allí está el monstruo como una vieja en medio de veinte jóvenes que ofrece al público. Este hombre astuto y de poco seso, que sólo piensa en sus beneficios y que abusa de los ignorantes, se queda indiferente ante la belleza, ante los milagros del arte. Convertido en comediante, finge amar sus cuadros y sus marqueterías, o

simula la pobreza o inventa precios de adquisición y ofrece enseñar facturas de venta. Es un proteo, es al mismo tiempo Jocrisse, Janot, un fantoche, o Mondor o Harpagón o un Bonifacio.

A partir del tercer año pudieron verse en casa de Rémonencq relojes de pared nada despreciables, armaduras, cuadros antiguos; y durante sus ausencias hacía vigilar la tienda por una mujeruca no poco fea, su hermana, que a petición suya había venido a pie desde su pueblo. La Rémonencq, especie de idiota de mirada vaga, que vestía como un ídolo japonés, no rebajaba ni un céntimo en los precios que ponía su hermano; además llevaba la casa y resolvía el problema, en apariencia insoluble, de vivir de la niebla del Sena. Rémonencq y su hermana se alimentaban de pan y de arenques, de desperdicios, de restos de legumbres que recogían de los montones de basura que los dueños de las fondas apilaban junto a sus guardacantones.

Para ellos dos, incluyendo el pan, sólo gastaban sesenta céntimos al día, y la Rémonencq se las ingeniaba para ganárselos cosiendo o hilando.

Estos comienzos del negocio de Rémonencq, que había venido a París para ser recadero, y que de 1825 a 1831 hacía recados para los anticuarios de la calle Beumarchais y los caldederos de la calle de Lappe, es la historia normal de muchos anticuarios. Los judíos, los normandos, los auverneses y los saboyanos, estas cuatro razas de hombres, poseen los mismos instintos, hacen fortuna por los mismos medios. No gastar nada, ganar márgenes muy pequeños, y acumular intereses y beneficios, tal es su programa. Y este programa es efectivo.

En aquellos momentos, Rémonencq, reconciliado con su antiguo patrono, Monistrol, trataba con importantes anticuarios, e iba a chalanear (ésta es la palabra técnica) por los arrabales de París, que, como ya es sabido, comprenden una zona de cuarenta leguas. Después de catorce años de práctica, era dueño de una fortuna de sesenta mil francos y de una tienda bien provista. Sin hacer grandes ganancias, en la calle de Normandía, en donde le retenía lo módico del alquiler, vendía su género a los anticuarios, contentándose con un pequeño beneficio. Todos sus negocios los trataba en la jerigonza de Auvernia, que llaman charabia. Aquel hombre acariciaba un proyecto: quería establecerse en los bulevares; quería convertirse en un rico anticuario, llegar a tratar directamente con los buenos compradores. En él había además un temible negociante. Tenía la cara recubierta por una especie de barniz polvoriento producido por las limaduras de hierro y pegado por el sudor, porque él mismo se lo hacía todo; lo cual hacía su expresión aún más impenetrable, sobre todo teniendo en cuenta que el hábito de las penalidades físicas le había dotado de la impassibilidad estoica de los veteranos soldados de 1799. Físicamente, Rémonencq era un hombre bajo y flaco, cuyos ojillos, que recordaban a los de los cerdos, de color azul metálico, delataban la codicia

concentrada, la astucia maliciosa de los judíos, sin su aparente humildad que oculta un profundo desprecio por los cristianos.

Las relaciones que había entre los Cibot y los Rémonencq eran las de un bienhechor con personas que les deben agradecimiento. La señora Cibot, convencida de la extremada pobreza de los auverneses, les vendía a precios increíblemente bajos las sobras de Schmucke y de Cibot. Los Rémonencq pagaban dos céntimos y medio por una libra de pan seco, un céntimo y medio por una escudilla de patatas, y así todo lo demás. El astuto Rémonencq daba a entender que nunca hacía negocios por su cuenta. Era siempre el representante de Monistrol, y decía que los anticuarios ricos le explotaban; de modo que los Cibot compadecían sinceramente a los Rémonencq. Desde hacía once años el auvernés llevaba la misma chaqueta de pana, el mismo pantalón de pana, el mismo chaleco de pana; pero estas tres prendas, tan características de los auverneses, estaban totalmente cubiertas de remiendos que Cibot había puesto gratis. Como se ve, no todos los judíos son de Israel.

—No me tome el pelo, Rémonencq —dijo la portera—. ¿Cómo es posible que el señor Pons tenga una fortuna así, y lleve la vida que lleva? ¡Si no tiene ni cien francos en su casa!

—Todosh losh colesionishtash shon igual —respondió sentenciosamente Rémonencq.

—¿Entonces, va de veras que cree que lo de mi señor vale unos sentecientos mil francos?

—Shí, y shólo con losh cuadrosh... Tiene uno que shi me pidieshe cincuenta mil francosh, yo she losh encontraría, aunque tuvieshe que ahorcarme para shacarlos... ¿Shabe ushted losh marquitosh de cobre eshmaltado, con tersiopelo rojo, donde eshtán losh retratosh? Puesh shon eshmaltes de Petitot, y hay un sheñor minishtro, que había shido droguishta, que paga mil eshcudos por cada uno...

—¡Pues si hay treinta en los dos marcos! —dijo la portera, cuyos ojos se dilataron.

—Puesh ya vé el teshoro que tiene...

La señora Cibot, presa de vértigo, dio media vuelta. Inmediatamente concibió la idea de hacerse incluir en el testamento del pobre Pons, imitando a todas aquellas amas de llaves cuyos vintalicios habían provocado tantas envidias en el barrio del Marais. Se veía va habitando un pueblecillo de los alrededores de París, pavoneándose en una casa de campo en la que se cuidaba de su corral, de su jardín, y en la que terminaba sus días servida como una reina, igual que su pobre Cibot, que bien merecía tanta felicidad, como todos los ángeles olvidados, incomprendidos.

Por la reacción brusca y espontánea de la portera, Rémonencq tuvo la certidumbre de lograr sus propósitos. En el oficio de chalán (que así se llama también a los que van en busca de ocasiones, y de ahí el verbo chalanear, ir en busca de ocasiones y hacer buenos negocios aprovechándose de la ignorancia de los demás); en este oficio, la dificultad estriba en poder introducirse en las casas. Son inimaginables las argucias a lo Scapin, los trucos a lo Sganarelle y los halagos a lo Dorine que inventan los chalanes para entrar en casa de los burgueses. Son comedias dignas del teatro y siempre basadas, como aquí, en la rapacidad de los criados. Los criados, sobre todo en el campo o en provincias, a cambio de treinta francos en plata o de ciertos objetos, hacen que se cierren tratos en los que el chalán realiza beneficios de mil a dos mil francos. Existen ciertos servicios de antiguo Sèvres, pasta tierna, cuya conquista, si se contara, demostraría que todas las argucias diplomáticas del Congreso de Munster, todo el ingenio desplegado en Nimega, en Utrecht, en Riswick, en Viena, no son nada al lado de la astucia de los chalanes, cuya comicidad es mucho más franca que la de los negociadores. Los chalanes se valen de recursos que arraigan tan profundamente en los abismos del interés personal como los que los embajadores buscan tan afanosamente para conseguir la ruptura de las alianzas más sólidas.

—Ya la he levantado de cashcosh —dijo el hermano a la hermana, al ver que volvía a sentarse en una silla despojada—. Ahora voy a conshultar con el único que entiende esho, nueshtro judío, un buen judío que shólo nosh cobra un interésh de quinse por shiento...

Rémonencq había visto claro en el corazón de la Cibot. En mujeres de este temple querer es obrar; no retroceden ante ningún medio para llegar al éxito, pasan en un instante de la honradez más escrupulosa a la mayor perversidad. La honradez, como todos nuestros sentimientos, dicho sea de paso, debería dividirse en dos honradeces: una honradez negativa y una honradez positiva. La honradez negativa sería la de las que son como Cibot, que son honradas mientras no se les presenta una ocasión de enriquecerse. La honradez positiva sería la que se ve asaltada por todos lados por las tentaciones sin sucumbir a ellas, como la de los empleados que cobran facturas.

XXX

En el que la Cibot inicia su primer ataque

Un tropel de malas intenciones penetró en la inteligencia y en el corazón de esta portera, por la esclusa del interés abierta por las diabólicas palabras del chatarrero. La Cibot subió, o, para ser más exactos, voló, de la portería al piso

de sus dos señores, y se dejó ver, con una máscara de afecto en el rostro, en el umbral de la habitación en la que gemían Pons y Schmucke. Al ver entrar a la asistenta, Schmucke le hizo señas de que no dijera nada de las verdaderas opiniones del doctor en presencia del enfermo; pues el amigo, el sublime alemán, había sabido interpretar también las miradas del doctor; y ella respondió con otro movimiento de cabeza, expresando un profundo dolor.

—Bueno, señor Pons, ¿cómo se encuentra usted? —dijo la Cibot.

La portera se puso en jarras a los pies de la cama, mirando fijamente y con aire afectuoso al enfermo, pero de sus ojos brotaba un centelleo dorado. Para un buen observador, hubiera sido algo tan terrible como la mirada del tigre.

—¡Ay, bastante mal! —respondió el pobre Pons—. No tengo nada de apetito. ¡Ay, qué mundo, qué mundo! —exclamó apretando la mano de Schmucke, quien se hallaba junto a la cabecera de la cama, sosteniendo la mano de Pons, y con quien sin duda el enfermo conversaba acerca de las causas de su enfermedad—. Mi buen Schmucke, ¡qué bien hubiera hecho de seguir tus consejos! ¡De seguir comiendo aquí todos los días, desde que empezamos a hacerlo! De renunciar a esta sociedad que me ha atropellado como un carro aplasta un huevo... ¿Y por qué?

—Vamos, vamos, señor Pons, no se preocupe usted tanto —dijo la Cibot—, el doctor me ha dicho la verdad...

Schmucke dio un tirón de la falda de la portera.

—Claro, puede usted salir de ésta, pero necesita muchos cuidados... Tranquilícese, tiene usted a su lado a un buen amigo, y, modestia anparte, a una mujer que le cuidará como una madre cuida a su primer hijo. Yo he hecho que Cibot saniera de una enfermedad cuando el doctor Poulain ya lo daba todo por perdido, vaya, que lo había desanunciado, como se suele decir, que lo daba por muerto... De modo que, usted, que no está en éstas ni mucho menos, gracias a Dios, aunque esté bastante enfermo, puede contar conmigo... Ya me las arreglaré yo sola; estése tranquilo, no se mueva tanto...

Y, volvió a subir el cobertor hasta cubrir al enfermo.

—No se preocupe, hombre —dijo—, el señor Schmucke y yo pasaremos la noche aquí, en la cabecera de su cama... Estará mejor cuidado que un príncipe... Y, además, usted ya tiene dinero para no nengarse nada de lo que necesite... Que ya me he puesto de acuerdo con Cibot; porque el pobre, que yo no sé qué haría sin mí... Pues le he podido convencer; y los dos les queremos tanto que ha consentido que pase la noche aquí... ¡Y que no es poco sacrificio para él! Porque me quiere igualito que el primer día... Yo no sé qué es lo que tiene... Debe ser la portería; los dos siempre allí, el uno al lado del otro... ¡Pero no se destape usted así! —dijo abalanzándose sobre la cama y

volviendo a subir el cobertor hasta el pecho de Pons—. Si no es onbedicnie, si no hace todo lo que mande el señor Poulain, que ya sabe usted que es un santo, yo no quiero saber nada más de usted... Tiene que onbedecerme...

—Sí, señora Cipod, el opeteserá —dijo Schmucke—, borgue guiere fifir bara su amico Schmucke, se lo aseguro.

—Sobre todo no se impaciente, ¿eh? —dijo la Cibot—, porque encima de su enfermedad, sólo falta que no tenga paciencia. Mi querido señor Pons, Dios nos envía nuestros males para castigar nuestros pecados... ¿No tiene usted ningún pecadillo de que avergonzarse?, ¿eh?

El enfermo negó con la cabeza.

—¡Oh! ¡Vamos! ¿No ha tenido algún amor en su juventú? ¿No ha hecho sus escapaditas? ¿No ha dejado tal vez en algún lugar un fruto de sus amores, que hoy no tiene pan, ni techo, ni nombre...? ¡Mostruos, eso es lo que son los hombres! Un día todo es amor, y luego, ya está, no se vuelve a pensar en nada, ni tan siquiera en lo que cuesta una nodriza... ¡Pobres mujeres!

—Pero... si a mí sólo me han querido Schmucke y mi pobre madre —dijo tristemente el pobre Pons.

—¡Vamos! ¡Que no es usted un santo!, ¿eh? Bien que ha sido joven y que debía ser buen mozo a los veinte años... Yo, con lo bueno que es usted, bien que le hubiera querido...

—¡Siempre he sido feo como un sapo! —dijo Pons ya desesperado.

—Bueno, eso lo dirá por modestia, porque eso sí que usted lo tiene, es muy modesto.

—No, mi querida señora Cibot, se lo repito, siempre he sido feo, nunca me ha querido nadie...

—¡Anda ése! —dijo la portera—. Ahora me quiere usted hacer creer, que, a su edad, está como una rosita de abril... ¡A otro perro con ese hueso! ¡Un músico! ¡Un hombre de teatro! Que no, que eso me lo dice una mujer y no la creo.

—¡Señora Cipod! ¡Fa usted a enojarle! —exclamó Schmucke, viendo que Pons se retorció como un poseo en la cama.

—¡Y usted también se calla! ¡Los dos son dos viejos limbertinos! No hay excusas de que sean feos, nunca falta un roto para un descosido, como dice el proverbio... Cibot bien que se hizo querer por una de las ostras más guapas de París, y ustedes valen muchísimo más que él... ¡Ya van buenos los dos, ya! ¡Vamos! ¿Que no se han ido nunca de jarana? ¡Dios les castiga por haber abandonado a sus hijos, como Abraham!

El enfermo, en su abatimiento, aún encontró fuerzas para hacer un gesto de negativa.

—¡Oh, no se preocupe por eso! ¡Si usted va a vivir más que Matusalén!

—¡Déjeme en paz de una vez! —gritó Pons—. ¡Yo jamás he sabido lo que era ser ainado! ¡No he tenido hijos, no tengo a nadie en el mundo!

—¿De veras? —preguntó la portera—. Pues, verá usted, como usted es tan bueno, y a las mujeres les gusta la bondad... me parecía imposible que en sus buenos tiempos...

—Llévatela —dijo Pons al oído de Schmucke—; me está sacando de quicio...

—Pero el señor Schmucke sí que ha tenido hijos, ¿verdá? Ustedes son todos iguales, los solterones...

—¡Yo! —exclamó Schmucke irguiéndose—. Bero...

—¡Vamos! ¿Usted también? ¿Tampoco tiene herederos? ¿Es que han nacido los dos de la tierra, igual que las setas...?

—¡Señora, fencia! —respondió Schmucke.

El buen alemán cogió heroicamente a la señora Cibot por la cintura y la llevó al salón, sin hacer caso de sus gritos.

XXXI

Un hermoso ejemplo de continencia

—¡A su edá no irá usted a ambusar de una pobre mujer! —gritaba la Cibot, debatiéndose en los brazos de Schmucke.

—¡No cride ustet!

—Usted, que es el mejor de los dos —respondía la Cibot—. ¡Ah! ¡Qué mal he hecho de hablar de amor a unos viejos que aún no saben lo que es una mujer! ¡Le he despertado el istinto, monstruo! —gritaba viendo los ojos de Schmucke, brillantes de cólera—. ¡Socorro, socorro! ¡Que me ratan!

—¡Es ustet eine itiota! —respondió el alemán—. A fer, ¿gué ha ticho el toctor?

—¡Tratarme a mí de ese modo! —dijo la Cibot cuando volvió a verse en libertad—. A mí, que daría la vida por los dos... ¡Ay! ¡Qué verdá es que a los hombres sólo se les conoce tratándolos! ¡Qué gran verdá! ¡No me iba a tratar

así mi pobre Cibot! ¡Yo que les trato a los dos como a unos hijos! Porque como yo no tengo hijos, ayer mismo, sí, sí, ayer mismo, le decía a mi Cibot: «Oye, ¿sabes que Dios sabía muy bien lo que hacía al no querernos dar hijos? Porque ahora tengo dos hijos que cuidar...». Eso es, se lo juro por lo más sangrado, por mi madre que en gloria esté, que le decía todo eso...

—¡Sí! Bero ¿qué ha ticho el toctor? —preguntó rabiosamente Schmucke, que, por primera vez en su vida, dio una patada en el suelo.

—Pues verá, me ha dicho —respondió la señora Cibot llevando a Schmucke al comedor—, me ha dicho que nuestro querido enfermo, que yo tanto quiero podría morir si no se le cuidaba pero que muy bien... Pero aquí estoy yo para cuidarle, ampegar de todos los malos tratos de usted... porque cuidado que es usted bruto, yo que le creía tan pancífico... Eso lo lleva usted en la sangre, está visto... ¡Vaya!... Aún sería capaz a su edad de abusar de una mujer, ¿eh, granuja?

—¿Granuja, yo? Bero ¿no gombrende usted que yo sólo guiero a Bons?

—¡Ah, menos mal! Entonces me dejará en paz, ¿verdad? —dijo sonriendo a Schmucke—. Pues hará usted bien, porque Cibot le rompería la crisma a quien quisiera antentar contra mi honra...

—Güídele usted bien, mi buena señora Cibot —siguió Schmucke, intentando coger la mano de la señora Cibot.

—¡Vaya, hombre! ¿Otra vez con esas?

—Esgúcheme bien: dodo lo que yo denega será para usted, si le salvamos...

—Bueno, voy al boticario a buscar lo que hace falta; porque, ¿sabe usted?, va a salir cara esta enfermedad, ¿sabe? Más o menos, ¿cuánto tiene usted?

—¡Yo drapajaré! Guiero que Pons sea güidado como un bríncibe...

—Lo será, señor Schmucke, lo será; no se preocupe usted por nada; Cibot y yo tenemos como unos dos mil francos ahorrados, pues son para ustedes, ¡que no hace poco tiempo que tengo yo que añadir dinero del mío en esta casa!

—¡Bopre mujer! —exclamó Schmucke, enjugándose los ojos—. ¡Gué puen gorazón!

—Séquese estas lágrimas que me honran, porque ésta es mi única recompensa —dijo melodramáticamente la Cibot—. Yo soy la más desinteresada de todas las mujeres de la tierra; pero no me entre en el cuarto con lágrimas en los ojos, porque el señor Pons va a creerse que está más enfermo de lo que de verdad está...

Schmucke, conmovido por esta delicadeza, cogió por fin la mano de la Cibot, y la apretó entre las suyas.

—¡Por favor! —dijo la antigua ostrera, mirando a Pons emocionadamente.

—Bons —dijo el buen alemán al entrar de nuevo en la habitación—, la señora Cipod es ein ángel, es ein ángel charladán, bero ein ángel...

—¿Tú crees? En este último mes me he vuelto desconfiado —respondió el enfermo sacudiendo la cabeza—. Después de todas mis desgracias, sólo creo en Dios y en ti.

—Dú, gúrate, y ffiremos los dres gomo dres reyes... —exclamó Schmucke.

—¡Cibot! —gritó la portera sin aliento al volver a sus dominios—. ¡Oye, que ya somos ricos! Mis dos señores no tienen ningún heredero, ni hijos nanturales, ni nada, ea... Me iré a ver a la señora Fontaine para que me eche las cartas y sepamos lo que vamos a tener de renta...

—Mujer —respondió el sastrecillo—, no me vengas ahora con las cuentas de la lechera...

—¡Mira éste! ¡No te fastidia! —dijo dando una amistosa palmada a Cibot—. Yo sé lo que me hago. El señor Poulain ha desanunciado al señor Pons. Del resto me encargo yo. Tú ve cosiendo y vigila la portería, que no vas a estar mucho tiempo en el oficio... Nos vamos a retirar al campo, a Batignolles... Tendremos una casa preciosa, con un jardín bien majo, y tú te distraerás cultivándolo, y yo voy a tener una criada...

—¿Qué, vesina? ¿Cómo van las coshash por arriba? —preguntó Rémonencq—. ¿Ya shabe ushted lo que vale la colección?

—No, entodavía no... No se puede ir tan aprisa, hombre... Yo he empezado por hacer que me dijeran cosas pero que mucho más importantes.

—¿Másh importantesh? —exclamó Rémonencq—. ¿Qué puede sher másh importante que esho?

—¡Anda, chiquillo! Déjame a mí que lleve el tinmón de la barca —dijo la portera con autoridad.

—Puesh con el treinta por ciento de losh sien mil francosh, tendrían para vivir como sheñores el reshto de shu vida...

—No se me soliviente, Rémonencq, cuando haya que saber lo que valen todas esas cosas que tienen mis señores, ya hablaremos...

XXXII

Tratado de ciencias ocultas

Y la portera, después de haber ido a la botica a recoger los medicamentos prescritos por el doctor Poulain, aplazó para el día siguiente su consulta con la señora Fontaine, pensando que iba a encontrarse con las facultades del oráculo más claras, más frescas, presentándose allí de buena mañana, antes que todos los demás, ya que generalmente había un gentío en casa de la señora Fontaine.

Después de haber sido durante cuarenta años la antagonista de la célebre señorita Lenormand, a quien, por otra parte, había sobrevivido, la señora Fontaine era en esta época el oráculo del Marais. No puede ni imaginarse lo que son las echadoras de cartas para las clases inferiores parisienses, ni la inmensa influencia que ejercen sobre las decisiones de las personas sin instrucción; ya que las cocineras, las porteras, las mujeres entretenidas, las obreras, todos los que en París viven de esperanzas, consultan a los seres privilegiados que poseen el extraño e inexplicable poder de leer en el porvenir. La creencia en las ciencias ocultas está mucho más extendida de lo que se imaginan los sabios, los abogados, los notarios, los médicos, los magistrados y los filósofos. El pueblo tiene instintos indelebles. Entre estos instintos, el que tan neciamente es conocido con el nombre de superstición, se encuentra tanto en la sangre del pueblo como en el instinto de las personas superiores. Más de un hombre de Estado consulta, en París, a las echadoras de cartas. Para los incrédulos, la astrología judiciaria (dos palabras que parecen tan absolutamente incompatibles) no es más que la explotación de un sentimiento innato, uno de los más fuertes de nuestra naturaleza, la curiosidad. Los incrédulos niegan, pues, totalmente las relaciones que la adivinación establece entre el destino humano y la configuración que se obtiene por los siete u ocho medios principales que componen la astrología judiciaria. Pero con las ciencias ocultas ha ocurrido lo que con tantos efectos naturales que rechazan las personas despreocupadas y los filósofos materialistas, es decir, los que se atienen exclusivamente a los hechos visibles, concretos, a los resultados de la retorta o de las balanzas de la física y de la química modernas; estas ciencias, subsisten, continúan su camino; pero, sin progresar, ya que, desde hace unos dos siglos, su cultivo ha sido abandonado por los espíritus privilegiados.

Atendiendo tan sólo al lado verosímil de la adivinación, creer que los acontecimientos anteriores de la vida de un hombre, que los secretos que sólo él conoce, pueden descubrirse en un momento gracias a unas cartas que se barajan, que él corta, y que el que hace el horóscopo divide en montoncitos de acuerdo con leyes misteriosas, es un absurdo, pero es el absurdo que condenaba el vapor, que aún hoy condena la navegación aérea, que condenó la invención de la pólvora y de la imprenta, la de las lentes, la del grabado, y la del último gran descubrimiento, la daguerrotipia. Si un hombre hubiese ido a decir a Napoleón que un edificio y un hombre están incesantemente y en todo

momento representados por una imagen en la atmósfera, que todos los objetos existentes tienen en ella un espectro aprehensible, perceptible, hubiera encerrado a este hombre en Charenton, como Richelieu encerró a Salomón de Caux en Bicêtre, cuando el mártir normando le reveló la inmensa conquista de la navegación a vapor. Y sin embargo ¡es precisamente esto lo que Daguerre ha demostrado con su descubrimiento! Pues bien, si Dios ha impreso, para ciertos ojos clarividentes, el destino de cada hombre en su fisonomía, dando a esta palabra el sentido de expresión total del cuerpo, ¿por qué la mano no va a compendiar esta fisonomía, dado que la mano es toda la acción humana y su único medio de manifestación? De ahí la quiromancia. ¿Es que la sociedad no imita a Dios? Predecir a un hombre los acontecimientos de su vida, según el aspecto de su mano, no es un hecho más extraordinario, en quien ha recibido el don de vidente, que el hecho de decir a un soldado que tomará parte en combates, a un abogado que hablará, a un zapatero que hará zapatos o botas, a un campesino que abonará la tierra y la cultivará. Busquemos un ejemplo convincente. El genio es algo tan visible en el hombre que, paseándose por París, las personas más ignorantes adivinan al gran artista cuando pasa. Es como un sol moral cuyos rayos lo iluminan todo a su paso. ¿Es que no se reconoce inmediatamente a un perturbado por impresiones contrarias a las que produce el hombre de genio? Un hombre vulgar pasa casi inadvertido. La mayoría de los observadores de la naturaleza social y parisiense pueden decir la profesión de cualquier transeúnte sólo con verle por la calle. Hoy los misterios del aquelarre, tan bien pintados por los pintores del siglo XVI, ya no son tales misterios. Las egipcias o los egipcios, padres de los gitanos, ese extraño pueblo procedente de la India, se limitaban sencillamente a hacer tomar haschish a sus clientes. Los fenómenos suscitados por este producto explican perfectamente las cabalgadas en escobas, la huida por las chimeneas, las visiones reales, por decirlo así, de viejas convertidas en jóvenes, las danzas frenéticas y las deliciosas músicas que componían las fantasías de los supuestos adoradores del diablo.

Hoy son tantos los hechos comprobados, auténticos, que han proporcionado las ciencias ocultas, que un día estas ciencias serán profesadas como se profesa la química y la astronomía. E incluso no deja de llamar la atención que cuando en París se crean cátedras de eslavo, de manchú, de literaturas tan poco profesables como las literaturas nórdicas, que en vez de ser materia de lecciones, deberían recibirlas, y cuyos titulares repiten los eternos tópicos sobre Shakespeare y sobre el siglo XVI, no se haya restituido, bajo el nombre de antropología, la enseñanza de la filosofía ocultista, una de las glorias de la universidad de antaño.

En esto, Alemania, este país a un tiempo tan adulto y tan niño, lleva la delantera a Francia, ya que allí se profesa esta ciencia mucho más útil que las diferentes FILOSOFÍAS, que son todas lo mismo.

Que ciertos seres tengan el poder de descubrir los hechos futuros en el germen de las causas, como el gran inventor ve una industria, una ciencia, en un efecto natural que pasa inadvertido para el vulgo, no es ya una de estas excepciones inauditas que pasman a todos; es el efecto de una facultad reconocida, y que viene a ser, en cierto modo, como el sonambulismo del espíritu. De modo que, si este principio en el que se basan las diferentes maneras de adivinar el porvenir, parece absurdo, los hechos no pueden negarse. Obsérvese que predecir los grandes acontecimientos del futuro, para el vidente, no es algo mucho más difícil que adivinar el pasado. Tanto el pasado como el porvenir, son igualmente imposibles de conocer, dentro del sistema de los incrédulos. Si los acontecimientos ya ocurridos han dejado rastros, es verosímil imaginar que los acontecimientos futuros tienen sus raíces. Desde el momento en que quien nos dice la buena ventura nos explica minuciosamente los hechos de nuestra vida pasada que sólo nosotros conocemos, puede decirnos también los acontecimientos que producirán las causas existentes. El mundo moral está cortado, por decirlo así, por el mismo patrón que el mundo natural; deben producirse los mismos efectos, con las diferencias propias de sus diversos ambientes. De modo que, del mismo modo que los cuerpos se proyectan realmente en la atmósfera, dejando persistir en ella este espectro recogido por el daguerrotipo que lo detiene cuando pasa; del mismo modo las ideas, creaciones reales y operantes, se graban en lo que hay que llamar atmósfera del mundo espiritual, y producen efectos, y viven espectralmente (ya que es necesario forjar palabras nuevas, para designar fenómenos que aún no tienen nombre), y por consiguiente, ciertos seres dotados de facultades excepcionales, pueden perfectamente ver estas formas o rastros de ideas.

En cuanto a los medios empleados para llegar a las visiones, es la parte del prodigio más explicable, ya que la mano del comulante dispone los objetos con ayuda de los cuales se le hace representar los azares de su vida. En efecto, todo se encadena en el inundo real. Todo movimiento corresponde a una causa, toda causa está en relación con el conjunto. Y, en consecuencia, el conjunto se compendia en el menor de los movimientos. Rabelais, el espíritu más grande de los tiempos modernos, aquel hombre que resumió a Pitágoras, a Hipócrates, a Aristófanes y a Dante, dijo, hace ya tres siglos: «El hombre es un microcosmos». Tres siglos más tarde, Swedenborg, el gran profeta sueco, decía que la tierra era un hombre. El profeta y el precursor de la incredulidad coinciden pues en la más grande de las fórmulas. Todo es fatal en la vida humana, como en la vida de nuestro planeta. Los incidentes más insignificantes, más fútiles, están subordinados a algo. De modo que las grandes cosas, las grandes concepciones, los grandes pensamientos se reflejan necesariamente en los actos más triviales, con tanta fidelidad, que, si un conspirador baraja y corta un mazo de naipes, escribirá en él el secreto de su

conspiración para el vidente, llámesele gitano, adivino charlatán o como se quiera. Desde el momento en que se admite la fatalidad, es decir, el encadenamiento de las causas, la astrología judiciaria existe, y se convierte en lo que era en otro tiempo, una ciencia inmensa, ya que comprende la facultad de deducción que hizo la grandeza de Cuvier; pero espontánea, en vez de ejercerse, como en este gran genio, en las noches de estudio de su gabinete.

La astrología judiciaria, la adivinación, ha reinado durante siete siglos, y no, como hoy, sobre la gente del pueblo, sino sobre las inteligencias más poderosas, sobre los soberanos, sobre la reina y sobre las personas ricas. Una de las ciencia más importantes de la antigüedad, el magnetismo animal, procede de las ciencias ocultas, como la química procede de los hornos de los alquimistas. La craneología, la fisiognomía, la neurología, tienen también el mismo origen; y los ilustres creadores de estas ciencias, en apariencia nuevas, no han cometido más que un error, el de todos los inventores, y que consiste en sistematizar de un modo absoluto hechos aislados, cuya causa generatriz escapa todavía al análisis. Un día, la Iglesia Católica y la filosofía moderna se pusieron de acuerdo con la justicia para proscribir, perseguir, ridiculizar los misterios de la cábala, así como a sus adeptos, y ha habido una lamentable laguna de cien años en el reinado y el estudio de las ciencias ocultas. Sea como fuere, el pueblo y muchas personas de talento, sobre todo mujeres, siguen concediendo crédito al misterioso poder de los que pueden levantar el velo del porvenir; van a comprarles esperanza, valor, ánimos, es decir, lo que sólo la religión puede proporcionar. De modo que el cultivo de esta ciencia siempre ha entrañado ciertos peligros. Hoy en día, los brujos, que, gracias a la tolerancia que debemos a los enciclopedistas del siglo XVIII, ya no tienen que temer ningún suplicio, sólo tienen que habérselas con la policía correccional, y únicamente en caso de que se entreguen a prácticas fraudulentas, cuando asustan a su clientela con objeto de sacarles dinero, lo que constituye una estafa. Desgraciadamente, la estafa es a menudo el delito que acompaña el ejercicio de esta facultad sublime. Y el motivo es el siguiente:

Los dones admirables que posee el vidente, de ordinario se encuentran en personas a quienes se aplica el epíteto de brutos. Estos brutos son los vasos de elección en los que Dios guarda los elixires que asombran a la humanidad. Estos brutos dan los profetas, los hombres como San Pedro o el Ermitaño. Siempre que el pensamiento se mantiene íntegro, como formando un solo bloque, sin emplearse en conversaciones, en intrigas, en obras de literatura, en elucubraciones de sabio, en esfuerzos administrativos, en concepciones de inventor, en esfuerzos guerreros, tiene la aptitud de brillar con destellos de una intensidad prodigiosa, contenidos como el diamante en bruto guarda el esplendor de sus facetas. ¡Qué se dé una circunstancia adecuada! Esta inteligencia se ilumina, adquiere alas para franquear las distancias, ojos divinos para verlo todo; ayer era un carbón; mañana, bajo la acción del fluido

desconocido que lo atraviesa, es un diamante resplandeciente. Los hombres superiores, que emplean todos los aspectos de su inteligencia, nunca pueden, de no producirse uno de estos milagros que a veces Dios se permite, llegar a este poder supremo. Y así los adivinos y adivinas, son casi siempre mendigos y mendigas de espíritu virgen, seres en apariencia groseros, guijarros que ruedan por los torrentes de la miseria, por los carriles de la vida, en la que sólo han consumido sufrimientos físicos. El profeta, el vidente, es, a fin de cuentas, Martín el labrador, que ha hecho temblar a Luis XVIII, revelando un secreto que sólo el rey podía conocer; es una señorita Lenormand, una cocinera como la señora Fontaine, una negra medio idiota, un pastor que vive entre sus cabras, un faquir sentado junto a una pagoda, y que al matar la carne, hace que el espíritu alcance todo el poder desconocido de las facultades del sonámbulo.

En Asia, en todas las épocas ha habido héroes de las ciencias ocultas. A menudo esas personas que, en su estado ordinario, son igual que las demás, ya que realizan en cierto modo las funciones químicas y físicas de los cuerpos conductores de la electricidad, ya metales inertes, ya canales llenos de fluidos misteriosos; esas personas, cuando se convierten en lo que realmente son, se entregan a prácticas y a especulaciones que les llevan ante la policía correccional, e incluso, como en el caso del famoso Balthazar, a los tribunales y a presidio. En resumen, lo que prueba el inmenso poder que la cartomancia ejerce sobre la gente del pueblo, es que la vida o la muerte del pobre músico dependía del horóscopo que la señora Fontaine iba a hacer a la señora Cibot.

Aunque ciertas repeticiones sean inevitables en una historia de tanta envergadura y tan cargada de detalles como lo es una historia completa de la sociedad francesa del siglo XIX, es inútil volver a decir cómo es el tugurio de la señora Fontaine, que ya se ha descrito en Los Comediantes sin saberlo. Sólo es necesario hacer observar que la señora Cibot entró en la casa de la señora Fontaine, que vive en la calle Vieille-du-Temple, como los habituales del Café Inglés entran en este restaurante para comer. La señora Cibot, cliente ya bastante antigua, llevaba a menudo a la casa a jóvenes y a comadres a quienes consumía la curiosidad.

XXXIII

El gran juego

La vieja criada que servía de preboste a la echadora de cartas, abrió la puerta del santuario sin avisar a su ama.

—Es la señora Cibot... Entre —añadió—, no hay nadie.

—¿Qué hay, hija mía? ¿Qué le ha ocurrido para que venga tan de mañana?
—preguntó la bruja.

La señora Fontaine, que contaba entonces setenta y ocho años, merecía esta calificación por su aspecto digno de una Parca.

—Estoy toda yo que ya ni sé lo que tengo, ¡hágame el gran juego! —exclamó la Cibot—. Se trata de mi fortuna.

Y explicó la situación en que se encontraba, pidiendo una predicción para su sórdida esperanza.

—¿No sabe lo que es el gran juego? —dijo solemnemente la señora Fontaine.

—No, nunca he tenido tanto dinero como para que me lo hicieran... ¡Cien francos! ¡Ahí es nada...! ¿De endónde los hubiera sacado? ¡Pero ahora lo necesito!

—Lo hago muy pocas veces, hija mía —respondió la señora Fontaine—, sólo lo hago a los ricos en las grandes ocasiones, y me lo pagan a veinticinco luses; porque, ¿sabe usted?, esto me fatiga, me desgasta. El Espíritu me anda por ahí dentro y me revuelve el estómago. Como se decía antes, es ir al aquelarre.

—Pero, señora Fontaine de mi alma, cuando yo le digo que se trata de mi provenir...

—En fin, siendo para usted, a quien debo tantas consultas, voy a entregarme al Espíritu —respondió la señora Fontaine, mientras aparecía en su ajado rostro una expresión de terror que no era fingida.

Se levantó de su mugriento sillón, que estaba junto a la chimenea, y se dirigió hacia la mesa, cubierta de un paño verde, del que, de tan viejo, podían contarse todos los hilos; encima de la mesa, a la izquierda, dormía un sapo de dimensiones extraordinarias, al lado de una jaula abierta y habitada por una gallina negra de plumas despeluznadas.

—¡Astarot! ¡Ven aquí, hijo mío! —dijo, dando un ligero golpe con una larga aguja de hacer media en la espalda del sapo, que la miró con aire inteligente—. ¡Y usted, señorita Cleopatra...! ¡Atención! —siguió, dando un golpecito en el pico de la vieja gallina.

La señora Fontaine se concentró, y durante unos momentos permaneció inmóvil; parecía una muerta, con los ojos en blanco; luego se puso rígida, y dijo: «¡Ya está!», con voz cavernosa.

Después de haber esparcido automáticamente un poco de mijo para Cleopatra, cogió su gran juego, barajó convulsivamente las cartas, y,

suspirando profundamente, las dio a cortar a la señora Cibot. Cuando esta imagen de la Muerte en turbante mugriento, envuelta en aquella siniestra camisola corta, contempló los granos de mijo que la gallina negra iba picando, y llamó a su sapo Astarot para que se pasara por encima de las cartas esparcidas, la señora Cibot sintió un frío en la espalda, y se estremeció. Sólo las grandes creencias dan las grandes emociones. Tener o no tener rentas, ésta era la cuestión, ha dicho Shakespeare.

Al cabo de siete u ocho minutos, durante los cuales la bruja abrió y leyó con voz sepulcral un grimorio, examinó los granos que quedaban, el camino que había seguido el sapo al retirarse, y descifró el sentido de las cartas dirigiendo hacia ellas los ojos en blanco.

—¡Triunfará! Aunque nada de todo este asunto debe ocurrir como usted lo espera —dijo—. Tendrá que hacer muchas cosas. Pero recogerá el fruto de sus esfuerzos. Tendrá que portarse muy mal, pero no sólo usted, sino todos los que están junto a los enfermos y que codician una parte de la herencia. Personajes muy importantes le ayudarán a hacer este mal... Más tarde se arrepentirá en las angustias de la muerte, ya que morirá asesinada por dos forzados que se habrán evadido, uno bajo, pelirrojo, y otro viejo completamente calvo, a causa de la fortuna que creerán que posee en el pueblo al que se retirará con su segundo marido... Ahora, hija mía, es usted libre de obrar así, o de no hacer nada...

La exaltación interior que acababa de encender dos antorchas en los ojos cóncavos de aquel esqueleto, tan frío en apariencia, cesó. Una vez pronunciado el horóscopo, la señora Fontaine se sintió como deslumbrada, exactamente igual que les ocurre a los sonámbulos cuando se les despierta; miró a su alrededor con aire asombrado; luego reconoció a la señora Cibot, y pareció sorprendida de verla poseída por el horror que se pintaba en su rostro.

XXXIV

Un personaje de los cuentos de Hoffmann

—Bueno, hija mía —dijo con una voz completamente distinta a la que tenía mientras profetizaba—, ¿está contenta?

La señora Cibot miró a la bruja como alelada, sin poder responderle.

—¡Ah! ¡Usted ha querido el gran juego! Yo la he tratado como a una antigua amistad. Deme cien francos solamente...

—¿Cibot, morir? —exclamó la portera.

—¿Le he revelado cosas tan terribles? —preguntó ingenuamente la señora Fontaine.

—¡Oh, sí! —dijo la Cibot, sacando del bolsillo cien francos y dejándolos en el borde de la mesa—. Tengo que morir asesinada...

—¡Ah! Eso... ¡Ha sido usted quien ha pedido el gran juego! Pero, tranquilícese, no todas las personas asesinadas en las cartas, mueren.

—Pero ¿es posible, señora Fontaine?

—¡Ah! ¿Qué quiere usted, hija mía? Yo no sé nada. Usted ha querido llamar a la puerta del futuro, yo he hecho sonar la campanilla, y eso es todo: él ha acudido.

—¿Quién es él? —dijo la señora Cibot.

—Pues, ¿quién quiere que sea? ¡El Espíritu! —replicó la bruja, impacientándose.

—Adiós, señora Fontaine —exclamó la portera—. Yo no conocía el gran juego, y palabra que me ha asustado, ea.

—La señora sólo quiere ponerse en este estado una vez al mes —dijo la criada, mientras acompañaba a la portera hasta el rellano—. Se cansa tanto que esto la mataría. Ahora se comerá unas chuletas y dormirá durante tres horas...

En la calle, mientras andaba, la Cibot hizo lo que todos los consultantes hacen con las consultas de toda especie. Creyó en lo que la profecía tenía de favorable a sus intereses, y dudó de las desgracias anunciadas. Al día siguiente, afianzada ya en sus decisiones, pensaba en pasar por todo para hacerse rica y conseguir que le legaran una parte del museo Pons. De modo que, durante largas horas, sólo pensó en ingeniárselas para lograr sus propósitos. El fenómeno, explicado más arriba, de la concentración de las fuerzas morales en todas las personas groseras que, al no emplear las facultades de la inteligencia, como las emplean diariamente las personas más refinadas, las encuentran fuertes y poderosas en el momento en que su espíritu maneja esta arma temible que se llama la idea fija, se manifestó en la Cibot en grado superlativo. Y del mismo modo que la idea fija produce los milagros de las evasiones y los milagros del sentimiento, aquella portera, apoyándose en la codicia, se hizo tan fuerte como un Nucingen acosado por los acreedores, tan ingeniosa bajo su necedad como el seductor la Palférine.

Unos días más tarde, hacia las siete de la mañana, viendo a Rémonencq ocupado en abrir su tienda, se dirigió hacia él con gatería.

—¿Cómo podría saberse lo que valen todas estas cosas que hay en casa de mis señores? —le preguntó.

—¡Ah! ¡Es muy fácil! —respondió el anticuario en su espantosa jerigonza, que es inútil seguir imitando aquí, en gracia a la claridad del relato—. Si quiere jugar limpio conmigo yo le indicaré una persona muy honrada y que entiende mucho, y que nos dirá el valor de los cuadros con pocos céntimos de diferencia...

—¿Quién?

—El señor Magus, un judío que ya no hace negocios más que por gusto...

Élie Magus, cuyo nombre es demasiado conocido por los lectores de LA COMEDIA HUMANA para que sea necesario volver a hablar de él, se había retirado del comercio de cuadros y antigüedades, imitando como vendedor, el proceder que Pons había seguido como comprador. Los peritos más célebres, como el difunto Henry, los señores Pigeot y Moret, Théret, Georges y Roëhm, en fin, los expertos del Museo, eran como niños al lado de Élie Magus, quien adivinaba una obra maestra bajo una mugre secular, y conocía todas las escuelas y la escritura de todos los pintores.

Este judío, que había llegado a París procedente de Burdeos, había abandonado el comercio en 1835, sin prescindir por ello de la apariencia miserable que seguía conservando, según las costumbres de la mayoría de los judíos; hasta tal punto esta raza es fiel a sus tradiciones.

En la Edad Media, las persecuciones obligaban a los judíos a llevar andrajos para alejar las sospechas, a quejarse siempre, a lloriquear, a aparentar la mayor miseria. Estas necesidades de antaño se han convertido, como siempre ocurre, en un instinto del pueblo, en un vicio endémico. Élie Magus, a fuerza de comprar diamantes y de revenderlos, a chamarilear con cuadros y encajes, con antigüedades de gran valor y esmaltes, con esculturas preciosas y antiguas obras de orfebrería, había amasado una inmensa fortuna sin que nadie lo supiera, fortuna adquirida en esta rama del comercio que ha adquirido tanta importancia. En efecto, en los últimos veinte años, en París, ciudad en la que todas las curiosidades del mundo se dan cita, el número de anticuarios se ha decuplicado. En cuanto a los cuadros, sólo se venden en tres ciudades, en Roma, en Londres y en París.

Élie Magus vivía en la Chaussée des Minimes, una calle corta y ancha, que lleva a la plaza Royale, en la que poseía una antigua mansión que había comprado en 1831 por cuatro perras, como se dice vulgarmente. Este magnífico edificio contenía algunos de los más fastuosos salones decorados en la época de Luis XV, ya que se trataba del antiguo palacio de Maulaincourt. Construido por este célebre presidente del Tribunal de Cuentas, este palacio, debido a su situación, no había sido saqueado durante la Revolución. Si el viejo judío se había decidido, contra las leyes israelitas, a convertirse en propietario, como es de suponer, no dejaba de tener sus razones. El anciano, en

el declive de la vida, al igual que todo el mundo, se hallaba dominado por una manía que lindaba con la locura. A pesar de ser tan avaro como su difunto amigo Gobseck, se había dejado llevar por la admiración de las obras de arte con las que trataba. Pero su gusto, cada vez más depurado, más exigente, se había convertido en una de estas pasiones que sólo los reyes pueden permitirse cuando son ricos y aman las artes. Semejante al segundo rey de Prusia, que sólo se entusiasmaba por un granadero cuando el individuo medía seis pies de altura, y que gastaba sumas fabulosas para poder incorporarlo a su museo viviente de granaderos, el chamarilero retirado sólo se apasionaba por telas irreprochables, que se hallaban en el mismo estado en que el maestro las había pintado, y de una calidad artística de primer orden. Y éste era el motivo de que Élie Magus no se dejara perder ni una sola de las grandes subastas, visitara todos los lugares de venta, y viajase por toda Europa. Esta alma consagrada al lucro, fría como el hielo, se entusiasmaba a la vista de una gran obra de arte, exactamente igual que un libertino, cansado de mujeres, se emociona al verse ante una muchacha de belleza perfecta, y se dedica a la búsqueda de bellezas sin defectos. Este Don Juan de las telas, este adorador del ideal, hallaba en esta admiración placeres superiores a los que proporciona al avaro la contemplación del oro. ¡Vivía en un serrallo de cuadros bellísimos!

Estas obras de arte, albergadas como deben serlo los hijos de los príncipes, ocupaban todo el primer piso de la mansión que Élie Magus había hecho restaurar, ¡y con qué esplendor! De las ventanas pendían como cortinajes los más bellos brocados de oro de Venecia. Cubrían el suelo las alfombras más suntuosas de la Savonnerie. Los cuadros, en número de cien poco más o menos, habían sido enmarcados en los marcos más espléndidos, que habían sido dorados de nuevo con mucha habilidad por el único dorador de París que Élie encontraba concienzudo, Serváis, a quien el viejo judío enseñó a dorar con oro inglés, oro infinitamente mejor al de los batihojas franceses. Serváis es en el arte del dorador lo que era Thouvenin en el de la encuadernación, un artista enamorado de sus obras. Las ventanas de la casa estaban protegidas por postigos forrados de palastro. Élie Magus habitaba dos cuartos abuhardillados del segundo piso, pobremente amueblados, que contenían todos sus andrajos y que olían a judería, ya que terminaba su vida tal como había vivido.

La planta baja la ocupaban los cuadros que el judío seguía adquiriendo, y las cajas que llegaban del extranjero, y albergaba un inmenso taller en el que trabajaba casi exclusivamente para él Moret, el más hábil de nuestros restauradores de cuadros, uno de los que debería emplear el Museo. Allí se encontraban también las habitaciones de su hija, el fruto de su vejez, una judía, bella como lo son todas las judías cuando el tipo asiático reaparece puro y noble en ellas.

Noémi, custodiada por dos criadas fanáticas y judías, tenía por vanguardia

a un judío polaco llamado Abramko, comprometido, por una serie de portentosos azares, en los acontecimientos de Polonia, y al que Élie Magus había salvado pensando en los servicios que podría prestarle. Abramko, portero de esta mansión muda, sombría y desierta, ocupaba una portería vigilada por tres perros de una notable ferocidad, el uno de Terranova, el otro de los Pirineos, y el tercero inglés y alano.

Veamos sobre qué sólidos principios se basaba la seguridad del judío, que viajaba sin ningún temor, dormía a pierna suelta, y no temía ningún atentado ni contra su hija, su primer tesoro, ni contra sus cuadros, ni contra su oro. Abramko recibía cada año doscientos francos más que el año precedente, y no debía recibir nada más a la muerte de Magus, quien le adiestraba a practicar la usura en el barrio. Abramko no abría jamás a nadie sin haber mirado antes por un ventanuco enrejado a toda prueba. Este portero, de una fuerza hercúlea, adoraba a Magus como Sancho Panza adora a Don Quijote. Los perros, encerrados durante el día, no podían comer nada; pero, al llegar la noche, Abramko los soltaba, y quedaban condenados, por el astuto cálculo del viejo judío, a permanecer, el uno en el jardín, al pie de un palo en lo alto del cual se había colgado un trozo de carne, el otro en el patio, al pie de otro palo parecido, y el tercero en el gran salón de la planta baja. Como se comprenderá, estos perros que ya por instinto vigilaban la casa, eran vigilados a su vez por el hambre; la más hermosa de las perras no les hubiera hecho abandonar su puesto al pie de aquella cucaña; no se apartaban de allí para olfatear nada, fuese lo que fuese. Si entraba un desconocido, los tres perros se imaginaban que el tal iba a quitarles la comida, la cual sólo se les bajaba por la mañana, cuando se despertaba Abramko. Esta argucia infernal tenía inmensas ventajas. Los perros no ladraban nunca, el genio de Magus los había criado salvajes, y eran astutos como mohicanos. Y he aquí lo que sucedió. Un día unos malhechores, alentados por aquel silencio, creyeron, bastante a la ligera, poder limpiar la caja del judío. Uno de ellos, a quien tocó ser el primero en entrar, saltó la tapia del jardín y se dispuso a dejarse caer dentro; el alano le había dejado hacer, le había oído perfectamente; pero en el momento en que el pie del individuo estuvo al alcance de sus dientes, se lo cortó en redondo y se lo comió. El ladrón tuvo el valor de volver a subir la tapia y de andar sobre el hueso de la pierna hasta que se desplomó desvanecido en brazos de sus camaradas, que se lo llevaron. Este suceso —la Gaceta de los Tribunales, no dejó de narrar este curioso episodio de las noches parisienses— fue considerado como un bulo.

Magus, que tenía entonces setenta y cinco años, podía llegar a los cien. Siendo rico, vivía como vivían los Rémonencq. Tres mil francos, incluyendo las prodigalidades que tenía para con su hija, constituían todos sus gastos:

En donde se ve que no todos los expertos en pintura pertenecen a la Academia de Bellas Artes

Ninguna existencia más regular que la que llevaba el anciano. Se levantaba al despuntar el alba, y comía pan frotado con ajo, y con este desayuno esperaba hasta la hora de la comida del mediodía; ésta, de una frugalidad monacal, se hacía en familia. Desde que se levantaba hasta el mediodía, el maníaco empleaba su tiempo en pasearse por los salones en los que resplandecían sus obras de arte. Sacaba el polvo a todo, muebles y cuadros, y no se cansaba de admirarlos; luego, bajaba a ver a su hija, se embriagaba de la dicha de los padres, y se lanzaba a recorrer París, vigilando las subastas, yendo a exposiciones, etcétera.

Cuando se hallaba una verdadera obra maestra en las condiciones que él quería, la vida de aquel hombre se iluminaba; aquello representaba recurrir a toda su habilidad, saber llevar el asunto, ganar una batalla de Marengo. Acumulaba astucia sobre astucia para poseer su nueva sultana a buen precio. Magus poseía su mapa de Europa, un mapa en el que se hallaban indicadas las grandes obras de arte, y encargaba a sus correligionarios de cada lugar que estudiaran la situación por cuenta suya, a cambio de una prima. Pero, también ¡qué recompensas por tantos desvelos!

¡Los dos cuadros de Rafael perdidos y buscados con tanta tenacidad por los rafaéliacos, los posee Magus! Posee el original de la Amanta de Giorgione, la mujer por la que murió este pintor, y los que se consideran originales son copias de esta tela insigne, que vale quinientos mil francos, según la estimación de Magus. Este judío tiene también la obra maestra del Ticiano: El Santo Entierro, cuadro pintado para Carlos V, que el gran hombre envió al gran emperador, junto con una carta escrita de su puño y letra, carta que está pegada al pie de la tela. Posee, del mismo pintor, el original, el modelo según el cual se hicieron todos los retratos de Felipe II. Los noventa y siete cuadros restantes son todos de parecida categoría e importancia. De modo que Magus se ríe de nuestro Museo, donde tantos estragos hace el sol, que se come las mejores telas, al entrar por los cristales, cuya acción equivale a la de unas lentes. Donde se guardan cuadros, la iluminación sólo puede ser por el techo. El propio Magus cerraba y abría los postigos de su museo, mostrando tantos cuidados y precauciones para sus cuadros como para su hija, su otro ídolo. ¡Ah! ¡Qué bien conocía aquel viejo maníaco del arte, las leyes de la pintura! Según él las obras de arte tenían una vida propia, distinta cada día, su belleza dependía de la luz que venía a iluminarlas; hablaba de ellas como antaño los

holandeses hablaban de sus tulipanes, e iba a ver tal cuadro en la hora en la que la gran obra maestra resplandecía en toda su gloria, cuando el día era claro y diáfano.

Era un verdadero cuadro viviente en medio de aquellos cuadros inmóviles, el vejezuelo, vestido con una astrosa levita, un chaleco de seda de diez años atrás, unos pantalones mugrientos, la cabeza calva, la cara chupada, la barba desordenada y apuntando con sus pelos blancos en todas direcciones, la barbilla amenazante y puntiaguda, la boca sin dientes, los ojos brillantes como los de sus perros, las manos huesudas y descarnadas, la nariz en obelisco, la piel rugosa y fría, sonriendo a aquellas bellas creaciones del genio. Un judío, en medio de tres millones, será siempre uno de los mejores espectáculos que puede ofrecer la humanidad. Robert Medal, nuestro gran actor, a pesar de su insuperable talento, no llega a esta poesía. París es la ciudad del mundo que oculta más extravagantes de esta especie, que tienen como una religión en el corazón. Los excéntricos de Londres terminan siempre por hastiarse de sus adoraciones, del mismo modo que se hastían de vivir; mientras que en París los monomaniacos viven con su fantasía en un feliz concubinato de espíritu. A menudo se ven por la calle tipos como Pons y Élie Magus, vestidos muy pobremente, la nariz, como la del secretario perpetuo de la Academia Francesa, apuntando hacia el oeste, con aire de no preocuparse por nada, de no sentir nada, de no prestar ninguna atención a las mujeres, andando, por decirlo así, a la buena de Dios, con los bolsillos vacíos y la apariencia de estar desprovistos de cerebro, y uno se pregunta a qué clan parisiense pueden pertenecer. Pues bien, estos hombres son millonarios, coleccionistas, las personas más apasionadas de la tierra, personas capaces de arriesgarse por los terrenos fangosos de la policía correccional, para apoderarse de un tazón, de un cuadro, de una pieza rara, como hizo Élie Magus un día en Alemania.

Tal era el perito a cuya casa Rémonencq condujo misteriosamente a la Cibot. Rémonencq consultaba a Élie Magus siempre que le encontraba en los bulevares.

El judío, en diversas ocasiones, había hecho que Abramko prestara dinero a este antiguo comisionista, cuya honradez le era conocida. La Chaussée des Minimes estaba a cuatro pasos de la calle de Normandía, de modo que los dos cómplices en la operación llegaron en diez minutos.

—Va usted a conocer —le dijo Rémonencq— al más rico de los antiguos anticuarios, al hombre que entiende más en estas cosas de todo París...

La señora Cibot quedó estupefacta al verse en presencia de aquel hombrecillo, viejo, vestido con una hopalanda indigna de pasar por las manos de Cibot para ser remendada, que vigilaba a su restaurador, un pintor ocupado en reparar unos cuadros en una fría estancia de aquella inmensa planta baja;

pero al posarse en ella aquellos ojos llenos de fría malicia, como los de los gatos, se estremeció.

—¿Qué quiere usted, Rémonencq? —dijo.

—Se trata de tasar unos cuadros; y usted es el único en París que puede decir a un pobre calderero como yo, que no tiene, como usted, tantos miles y millones, lo que puede pagar por eso.

—¿Dónde está la casa? —dijo Élie Magus.

—Esta señora es la portera de la casa, que está al servicio del señor, y ella y yo nos hemos puesto de acuerdo.

—¿Cuál es el nombre del propietario?

—El señor Pons —dijo la Cibot.

—No le conozco —respondió con aire ingenuo Magus, dando un ligero pisotón a su restaurador.

Moret, el pintor, conocía el valor del museo Pons, y había levantado bruscamente la cabeza. Aquel disimulo sólo era posible con Rémonencq y la Cibot. El judío había valorado moralmente a la portera con una mirada en la que los ojos hicieron el mismo oficio de las balanzas de un pesador de oro. Ambos debían ignorar que el pobre Pons y Magus habían medido muchas veces sus garras. En efecto, aquellos dos feroces coleccionistas se envidiaban el uno al otro. De manera que el viejo judío acababa de tener como un deslumbramiento interior. Nunca había esperado poder entrar en un serrallo tan bien guardado. El museo Pons era el único en París que podía rivalizar con el museo Magus. El judío había tenido, veinte años más tarde que Pons, la misma idea. Pero en su calidad de coleccionista aficionado, el museo Pons siempre había estado cerrado para él, igual que para Dusommerard. Pons y Magus tenían los mismos sentimientos de recelo. Ni al uno ni al otro les gustaba esta celebridad que suelen buscar los que poseen colecciones artísticas. Poder examinar la magnífica colección del pobre músico era para Élie Magus la misma felicidad que para un enamorado de las mujeres conseguir penetrar en el gabinete de la bella amante que le oculta un amigo. El gran respeto que Rémonencq demostraba tener por aquel extraño personaje, y el prestigio que posee todo poder real, incluso cuando es misterioso, hicieron a la portera dócil y sumisa. La Cibot perdió el tono autocrático que solía tener en su portería con los inquilinos y sus dos señores, aceptó las condiciones de Magus, y prometió introducirle en el museo Pons aquel mismo día. Aquello era hacer entrar al enemigo en el corazón de la plaza fuerte, hundir un puñal en el corazón de Pons, quien, desde hacía diez años, prohibía a la Cibot que dejara entrar en su casa a un visitante, fuera quien fuese, que siempre llevaba encima sus llaves, y a quien la Cibot siempre había obedecido mientras había

compartido las opiniones de Schmucke acerca de las antiguallas. En efecto, el buen Schmucke, al tratar aquellas joyas de paradijas y al deplorar la manía de Pons, había inculcado su desprecio por aquellas antiguallas a la portera, e impedido que durante largo tiempo se produjera una invasión en el museo Pons.

Desde que Pons tuvo que guardar cama, Schmucke le reemplazaba en el teatro y en los pensionados. El pobre alemán, que sólo veía a su amigo por la mañana y a la hora de comer, trataba de abarcarlo todo, conservando su clientela común; pero esta tarea absorbía todas sus fuerzas; hasta tal punto le abrumaba el dolor. Al ver al pobre hombre tan triste, las colegialas y la gente del teatro, a quien había informado de la enfermedad de Pons, le preguntaban por él, y el pesar del pianista era tan grande que obtenía de los indiferentes la misma mueca de condolencia que se concede en París a las mayores catástrofes. El principio mismo de la vida del pobre alemán se veía atacado tanto como el del pobre Pons. Schmucke sufría a la vez por su dolor y por la enfermedad de su amigo. De modo que hablaba de Pons durante la mitad de las lecciones que daba; interrumpía tan espontáneamente una demostración para preguntarse a sí mismo cómo seguía su amigo, que las colegiales le escuchaban explicar la enfermedad de Pons. Entre dos lecciones, corría a la calle de Normandía para ver a Pons durante un cuarto de hora. Asustado por el vacío de la bolsa común, alarmado por la señora Cibot, que desde hacía quince días no hacía más que aumentar los gastos de la enfermedad, el profesor de piano sentía su angustia superada por un valor del que nunca se hubiera creído capaz. Por primera vez en su vida quería ganar dinero para que el dinero no faltara en la casa.

Cuando una alumna, sinceramente impresionada por la situación de los dos amigos, preguntaba a Schmucke cómo podía dejar a Pons completamente solo, él respondía con la sublime sonrisa de las víctimas inocentes que ignoran que lo son:

—¡Señorita, denemos a la señora Cibot! ¡Ein desoro! ¡Eine berla! ¡Está güidando a Bons a güerbo te rey!

Ahora bien, mientras Schmucke trotaba por las calles, la señora Cibot era la dueña y señora del piso y del enfermo. ¿Cómo era posible que Pons, que no había comido nada desde hacía quince días, que había perdido las fuerzas, a quien la Cibot se veía obligada a levantarle ella misma y sentarle en un sillón para poder hacer la cama, cómo hubiese podido vigilar a aquel supuesto ángel de la guarda? Naturalmente, la Cibot había ido a casa de Élie Magus durante el desayuno de Schmucke.

Volvió en el momento en que el alemán decía adiós al enfermo; ya que, desde la revelación de la posible fortuna de Pons, la Cibot, que no quería dejar

solo a su solterón, no lo desamparaba jamás. Se arrellanaba en un buen sillón, al pie de la cama, y para distraer a Pons le contaba esos comadreos que son la especialidad de esta clase de mujeres. Zalamera, amable, atenta, vigilante, se iba adueñando del espíritu del pobre Pons con una habilidad maquiavélica, como vamos a ver.

XXXVI

Chismes y política de las viejas porteras

Asustada por la predicción del gran juego de la señora Fontaine, la Cibot se había prometido a sí misma lograr, por medios suaves, por una maldad puramente moral, que se la incluyera en el testamento de su señor. Como había ignorado durante diez años el valor del museo Pons, la Cibot veía en su haber diez años de fidelidad, de honradez, de desinterés, y ahora se proponía hacer valer estos grandes servicios. Desde el día en que, con una frase tintineante de oro, Rémonencq había hecho nacer en el corazón de aquella mujer una serpiente que había estado contenida en su cascarón durante veinticinco años, el deseo de ser rica, aquel ser había alimentado la serpiente de todas las malas semillas que alfombran el fondo de los corazones, y va a verse cómo ejecutaba los consejos que le susurraba la serpiente.

—¿Qué? ¿Ha bebido mucho nuestro querubín? ¿Se encuentra mejor? —preguntó a Schmucke.

—No muy bien, mi querida señora Cipod, no muy bien —respondió el alemán, enjugándose una lágrima.

—¡Bah! Usted también es de los que se asustan en seguida, ¿eh? Tampoco hay para ponerse así... Aunque Cibot se estuviera muriendo, no estaría yo tan abatida como usted... ¡Vamos, vamos! Nuestro querubín es de buena constitución. Además, ya sabe usted, parece que ha llevado una vida muy ordenada, y no sabe usted los años que llegan a vivir las personas así... Claro que está muy enfermo, pero con lo que yo le cuido, va a salir de ésta. Ande, no se preocupe, vaya a sus cosas, que yo voy a hacerle compañía y ya le haré beber sus buenos vasos de agua de cebada.

—Si no fuera por usted, yo me moriría de inguiedut... —dijo Schmucke, apretando entre sus manos con un gesto de confianza la mano de su buena asistenta.

La Cibot entró en el cuarto de Pons secándose los ojos.

—¿Qué le ocurre, señora Cibot? —dijo Pons.

—El señor Schmucke, que destroza el corazón oírle; le está llorando como si ya estuviese usted muerto —dijo—. Aunque no esté usted bien, entodavía no está como para que se le llore, vaya; ¡pero me hace tanto efecto! ¡Dios mío, qué boba soy de querer así a los demás, y de quererles más a ustedes que a Cibot! Porque, al fin y al cabo, ustedes no me son nada, ni parientes ni nada; y yo ya no sé lo que me hago, cuando se trata de ustedes, palabra de honor; me dejaría cortar la mano, la izquierda, se entiende, ¿eh?, a cambio de verle correr por ahí, y comer y sacarles gangas a los anticuarios, como de constumbre... ¡Si yo hubiese tenido un hijo... pues creo que le hubiera querido como le quiero a usted, ea! Ande, sea bueno, ¿eh?, bébase todo el vaso. Pero ¿quiere usted beber de una vez, hombre de Dios? El doctor Poulain ha dicho: «Si no quiere que le lleven al Père-Lachaise, el señor Pons tiene que beber cada día tantas cargas de agua como vende un auvernés...». O sea que a beber se ha dicho...

—Pero si ya bebo, señora Cibot, si bebo tanto que ya tengo ranas en el estómago...

—Eso es bueno —dijo la portera cogiendo el vaso vacío—. Así se pondrá usted bien en seguida. El señor Poulain tenía un enfermo como usted, y como no le cuidaba nadie y sus hijos le abandonaron, se murió de esta enfermedad, por culpa de no beber... O sea que ya ve que es cuestión de beber mucho... que al otro lo enterraron hace dos meses... Ya sabe usted que si usted se muere se lleva detrás a la tumba al pobre del señor Schmucke ¡Huy, si es igualito que un niño! ¡Y cómo le quiere a usted, si es un cacho de pan blanco! Yo le digo que no hay ninguna mujer que quiera tanto a un hombre. No come ni bebe, y hace quince días que está tan delgado como usted, que ya es decir, porque usted sí que estaba con la piel y los huesos... Y yo también le quiero mucho, ¿eh?, pero, mire, no me da por ahí, yo no pierdo el apetito, al contrario; de tanto subir y bajar escaleras, se me cansan las piernas de un modo que por la noche, caigo en la cama como un tronco. Y no es que por ustedes deje abandonado a mi pobre Cibot, que la señorita Rémonencq le hace la comida y le arregla la casa, pero él me regaña porque dice que todo está mal hecho. Pero entonces yo le digo que hay que sacrificarse por los demás, y que usted está demasiado enfermo para que yo le deje con una mujer que le cuide... ¡Menuda yo para dejar que venga una mujer ahora, después de haberles llevado la casa durante diez años! ¡Y que no piden nada, ésas! Que comen como diez, y le piden su vino y su azúcar, y su braserillo y todo lo que quiera... Y además, que si los enfermos no les ponen en el testamento, les roban... Meta en la casa a una mujer así, y mañana ya va a echar de menos un cuadro o cualquier objeto de los suyos...

—¡Oh, señora Cibot! —exclamó Pons, fuera de sí—. ¡No se vaya usted! ¡Que no me toquen nada!

—¡Que para eso estoy yo! —dijo la Cibot—. Que mientras me queden fuerzas, aquí me tiene... estése tranquilo... El señor Poulain, que a lo mejor ya le ha echado un ojo a su tesoro, quería que viniera una mujer de ésas a cuidarle... Pero yo le he hecho dar marcha atrás; y le he dicho: «El señor sólo me quiere a mí, y está acostumbrado a mí, como yo lo estoy a él». Y él se ha callado. ¡Menudas ésas, unas ladronas todas! Yo no las puedo ver. Va usted a ver lo intrigantes que son. Había un señor ya viejo... Fíjese que ha sido el señor Poulain que me ha contado eso, ¿eh?... Pues era una tal señora Sabatier, una mujer de treinta y seis años, que había vendido mulas en el Palacio... ya sabe usted aquella galería de las tiendas, que han demolido en el Palacio...

Pons hizo un gesto afirmativo.

—Pues bueno, esta mujer, tuvo mala suerte la pobre con su marido, que bebía como una esponja, y que se murió de una imbuición espontánea; pero, todo hay que decirlo, aún era de buen ver, aunque poco provecho sacó de eso, aunque, según me han dicho, tuvo varios amiguitos abogados... Bueno, pues al verse en la miseria, se dedicó a cuidar enfermos, y se fue a vivir a la calle Barre-du-Bec. Y entonces tuvo que cuidar a un señor viejo que, con perdón sea dicho, tenía una enfermedad de las vías nurinarias, y que le hacían sondas, como a un pozo nartesiano, y que necesitaba tantos cuidados que ella dormía en un catre de tijera, en la habitación de este señor. ¿Verdad que son increíbles cosas así? Y usted me dirá: Los hombres no respetan nada, van a lo suyo, son egoístas... En fin, la cosa es que, hablando con él, ya sabe usted, ella estaba todo el tiempo allí, le distraía, le contaba historias, le hacía charlas, como ahora estamos charlando los dos, vaya... Bueno, pues ella se entera de que sus sobrinos, porque el enfermo tenía unos sobrinos, eran unos monstruos que le daban muchos disgustos, y, el colmo de los colmos, que su enfermedad venía de sus sobrinos. Pues, ¿sabe usted lo que pasó? Pues que salvó a ese señor y se casó con él, y tienen un niño que es una gloria, y la señora Bordevin, la carnicera de la calle Chalot, que es parienta de esta señora, ha sido la madrina... ¡Eso sí que es suerte!, ¿eh? Yo ya estoy casada; pero no tengo hijos, y puedo decirlo con la cara muy alta, la culpa es de Cibot, que me quiere demasiado; porque, si yo quisiera... Bueno, mejor es dejarlo... ¡Qué habría sido de nosotros con familia, yo y mi Cibot, que no tenemos ni un céntimo después de treinta años de ser honrados...! Pero lo que me consuela es pensar que nunca hemos quitado un céntimo a nadie; no tenemos ni así que no lo hayamos ganado. Mire, es una sumposición, que se puede decir porque dentro de seis semanas usted volverá a estar tan campante, paseando por el bulevar; pongamos que me pone usted en su testamento... pues yo le digo que no tendría sosiego hasta que no encontrara a sus herederos para devolvérselo... ya ve usted el miedo que tengo a lo que no aquirido con el sudor de mi frente. Usted me dirá: «Pero, señora Cibot, no se atormente usted ansí; se lo tiene bien ganado, que ha cuidado a estos señores como si fueran hijos suyos, y que les

ha ahorrado mil francos por año...». Porque, en mi lugar, ya sabe usted que hay muchas cocineras que ya tendrían diez mil francos en el calcetín... «Es justo que este buen señor le deje una pequeña renta vitalicia...», vamos a suponer que podrían decirme. Pues bien, no, yo soy desinteresada... No puedo comprender que haya mujeres que hagan el bien por interés... Esto ya no es hacer el bien, ¿verdad? Yo no voy a la iglesia, porque no tengo tiempo; pero mi conciencia me dice lo que tengo que hacer... ¡Pero no se mueva usted tanto, hombre! ¡Y no se rasque! ¡Señor, qué amarillo se ha puesto! Está tan amarillo que casi parece moreno... ¡Qué cosas!, ¿eh? En veinte días uno se pone como un limón... ¡La honradez es el tesoro de los pobres! ¡Alguna cosa teníamos que poseer! Y, se lo digo con la mano en el corazón, si usted se pusiera en las últimas, vamos a suponer, yo sería la primera en decirle que tiene que dar todo lo suyo al señor Schmucke. Éste es su deber, porque él es toda la familia que usted tiene. Y le quiere como un perro quiere a su amo.

—¡Sí, es verdad! —dijo Pons—. En toda mi vida, él ha sido el único que me ha querido...

XXXVII

Donde se advierte lo que puede un buen brazo

—¡Vaya! —dijo la señora Cibot—. ¡Pues sí que es usted amable! Y yo ¿qué? ¿De modo que yo no le quiero?

—Yo no he dicho esto, mi querida señora Cibot...

—¡Vaya! ¡No vaya usted a tomarme por una criada, por una cocinera cualesquiera, como si yo no tuviese corazón! ¡Ay, Dios mío! ¡Desvívase una durante doce años por dos solterones! Sin pensar más que en su bienestar, que una servidora revolvía en diez fruterías, hasta que me decían palabrotas, para encontrarles buen queso de Brie, y que iba al Mercado para comprarles mantequilla fresca; y tenga un cuidado de todo, que en diez años no les he roto nada, ni desportillado tampoco... ¡Trátelos una como una madre trata a sus hijos! Y se oirá un mi querida señora Cibot que demuestra que no hay ningún cariño para una en el corazón del señor que se ha cuidado como al hijo de un rey, que el rey de Roma no estaba tan bien cuidado como ustedes. ¿Qué se apuesta a que no estaba tan bien cuidado como ustedes? Y la prueba es que ha muerto en la flor de la edad... ¡Vaya, que no es usted justo! ¡Es usted un ingrato! Todo porque no soy más que una pobre portera... ¡Ay, Dios mío! ¿De modo que usted también cree que nosotras somos como perros?

—Pero, mi querida señora Cibot...

—Vamos, usted que es un sabio, explíqueme por qué a las porteras se nos trata así, por qué creen que no tenemos sentimientos, por qué se burlan de nosotras en una época en que se habla tanto de igualdad... ¿Es que yo no valgo tanto como otra mujer? ¿Yo, que he sido una de las mujeres más guapas de París, que me llamaban la bella ostrera, y que cada día me hacían siete u ocho declaraciones de amor? ¡Y que entodavía hoy, si yo quisiera...! Mire, sólo por decirle, ¿sabe usted este alfeñique de chatarrero, que vive al lado? Pues, para que lo sepa, si me quedara viuda, es una suposición, se casaría conmigo con los ojos cerrados, porque los abre como naranjas cada vez que me ve, y todo el día me viene con la misma música: «¡Qué brazos más bonitos tiene usted, señora Cibot...! Esta noche he soñado que eran de pan, y que yo era manteca, y que me extendía por encima...». Mire usted, mire qué brazos...

Se arremangó y enseñó el brazo más opulento del mundo, tan blanco y lozano como su mano era rojiza y ajada; un brazo torneado, macizo, con hoyuelos, y que al verse libre de su funda de lana vulgar, como la hoja de una espada se saca de su vaina, tuvo que deslumbrar a Pons, que no se atrevió a mirarlo durante mucho rato.

—... que han abierto tantos corazones, como mi cuchillo abría ostras —siguió—. Pues, para que se entere, es de Cibot, y yo he cometido el error de descuidar a mi pobre marido, que se echaría por un barranco abajo, a la primera palabra que yo le dijera, por usted, que me llama mi querida señora Cibot, cuando yo haría todo lo del mundo por usted...

—Pero, vamos a ver —dijo el enfermo—, yo no puedo llamarle «madre», ni «esposa»...

—¡No, no! ¡Nunca más en toda mi vida volveré a cogerle cariño a alguien...!

—Pero ¡déjeme hablar! —siguió Pons—. ¿Qué he dicho? Yo sólo hablaba de Schmucke...

—¡El señor Schmucke! ¡Él sí que tiene buen corazón! —dijo—. ¡Vaya, que él sí que me quiere, porque es pobre! ¡Es la riqueza lo que hace duro el corazón, y usted es rico! ¡Sí, sí, pague a una mujer para que le cuide, ya verá lo que pasa! Le atormentará como un abejorro... El médico dirá que lo que necesita es beber, pues ella sólo le dará de comer... ¡Le matará para robarle! ¡Usted no merece una señora Cibot! ¡Ande, ande, cuando venga el señor Poulain, pídale que le busque una mujer...!

—¡Canastos! ¡Pero déjeme hablar! —exclamó el enfermo ya encolerizado—. ¡Yo no hablaba de las mujeres al hablar de mi amigo Schmucke! ¡Ya sé que los únicos corazones que me quieren sinceramente son el suyo y el de Schmucke!

—¡Pero no se ponga usted así, hombre! —exclamó la Cibot, precipitándose sobre Pons, y obligándole a viva fuerza a que volviera a tenderse en la cama.

—Pero ¿cómo quiere usted que no la quiera? —dijo el pobre Pons.

—¿Me quiere usted? ¿Lo dice de veras? ¡Oh! ¡Perdóneme, perdóneme! —dijo llorando y enjugándose las lágrimas—. Sí, me quiere usted como se quiere a una criada, ¿no? Una criada a la que se echa un vintalicio de seiscientos francos, como un mendrugo de pan a la caseta de un perro...

—¡Señora Cibot! —exclamó Pons—. ¿Por quién me toma usted? ¡Usted aún no me conoce!

—¡Ah! ¿Sería usted capaz de quererme más? —siguió diciendo, al recibir una mirada de Pons—; ¿podría usted querer a la pobre Cibot como a una madre? ¡Sí, porque eso es lo que soy, yo soy una madre, los dos son como mis hijitos! ¡Ah, si yo conociera a los que le han dado este disgusto! ¡Haría que me llevaran a los tribunales, e incluso a la cárcel, porque les iba a arrancar los ojos! Gente así merecerían morir en la Barriere Saint Jacques, y aún sería una muerte demasiado dulce para malvados como éstos... Usted que es tan bueno, tan cariñoso, porque usted tiene un corazón de oro, ha sido creado y puesto en el mundo para hacer feliz a una mujer... esto se ve, usted tiene madera de esto... Yo, al principio, al ver cómo vivía con el señor Schmucke, me decía a mí misma: «No, el señor Pons no está hecho para esto; está hecho para ser un buen marido...». Ande, que a usted también le gustan las mujeres, ¿eh?

—¡Ah, sí! —dijo Pons—, y ninguna ha sido mía.

—¿De veras? —exclamó la Cibot con aire provocador acercándose a Pons y cogiéndole de la mano—. ¿No sabe usted lo que es tener una amante capaz de hacer cualquier cosa por su amigo? ¿Será posible? Yo, en su lugar, no quisiera irme al otro mundo sin haber conocido la mayor felicidad que existe en la tierra... ¡Pobrecillo! Si yo fuese lo que he sido, palabra que dejaba a Cibot por usted. Pero, con una nariz como la suya, porque tiene usted una buena nariz, ¿eh?, ¿cómo se lo ha hecho usted, mi pobre querubín? Dirá usted: «No todas las mujeres entienden en cuestión de hombres», y da pena ver cómo se casan de cualquier manera, una verdadera lástima. ¡Y yo que creía que tenía usted amantes a docenas! ¡Bailarinas, actrices, duquesas! Claro, como salía tanto... Cada vez que le veía salir, yo decía a Cibot: «Mira, el señor Pons que se va de picos pardos...». ¡Palabra de honor que le decía eso! Como yo creía que todas las mujeres iban detrás de usted. El cielo le ha creado para el amor... Sí, sí, se lo digo yo, me di cuenta el día en que se quedó a comer aquí por primera vez... ¡Oh! ¡Qué contento estaba usted de la alegría, que daba al señor Schmucke! Y él que al día siguiente aún lloraba cuando me decía: ¡Señora Cibot, ha gomito aguí! Y yo me eché a llorar también como una boba. ¡Y lo

triste que estaba cuando volvió a las andadas, y a comer otra vez fuera de casa! ¡Pobre hombre! Jamás se ha visto desolación como la suya. ¡Ah! ¡Ya hace usted bien en nombrarle su heredero! Para usted es toda una familia, este pobre hombre. No le olvide; si no, Dios no le dejará entrar en su paraíso, en donde sólo deja entrar a los que han sido agradecidos con sus amigos dejándoles rentas.

XXXVIII

Exordio por insinuación

Pons hacía vanos esfuerzos por responder, ya que la Cibot no daba tregua a la lengua. Si se ha encontrado el modo de parar las máquinas de vapor; el de inmovilizar la lengua de una portera agotará el genio de los inventores.

—Ya sé lo que va a decirme —seguía diciendo—. ¡Ah, no! Hacer testamento cuando se está enfermo, aún no ha matado a nadie; y, en su lugar, yo, por lo que pudiera tronar, no quisiera abandonar a este bendito, porque es un bendito de Dios; no sabe nada de nada; y no quisiera dejarle a mercé de estos judíos de hombres de negocios, y de parientes, que al fin y al cabo, son unos canallas... Vamos a ver: en estos veinte días ¿es que ha venido a verle alguien? ¿Y usted les va a dejar todo lo que tiene? ¿Ya sabe que dicen que lo que hay en esta casa vale la pena?

—Sí, ya lo sé —dijo Pons.

—Rémonencq, que sabe que es usted coleccionista y que hace de chamarilero, dice que le daría una renta vitalicia de treinta mil francos por quedarse con sus cuadros cuando usted faltara... ¡Menudo negocio!, ¿eh? Yo en su lugar aceptaría... Pero yo creía que me tomaba el pelo cuando me lo ha dicho... Tendría que avisar al señor Schmucke de lo que valen todas estas cosas, porque es un hombre al que podrían engañar como a un niño; no tiene ni la menor idea del valor de todas estas cosas tan bonitas que hay aquí... Yo creo que lo daría todo a cambio de un pedazo de pan, si es que por amor a usted no lo guardaba durante toda su vida, vamos, si es que vive más que usted, porque cuando usted se muera, él detrás. Pero aquí estoy yo para defenderlo contra todos... yo y Cibot.

—Querida señora Cibot —respondió Pons, emocionado ante aquel alud de palabras, cuya intención parecía tan sincera y espontánea como suele serlo en la gente del pueblo—, ¿qué hubiera sido de mí sin usted y sin Schmucke?

—Sí, esto es verdad, somos los únicos amigos que tiene en este mundo; eso sí que es verdad... Pero dos buenos corazones valen por todas las familias...

No me hable de la familia... Es como la lengua, decía aquel actor antiguo, es lo mejor y lo peor... ¿Dónde están sus parientes? ¿Tiene usted parientes? Yo no los he visto nunca.

—¡Son ellos los que me han postrado en esta cama! —exclamó Pons con profunda amargura.

—¡Ah! ¿De modo que tiene parientes? —dijo la Cibot, levantándose como si súbitamente su sillón se hubiese convertido en un hierro al rojo—. ¡Vaya! ¡Pues sí que son amables sus parientes! ¡Menudos! Veinte días, sí, esta mañana ha hecho veinte días, que está usted en las puertas de la muerte, y aún es hora de que vengan a saber de usted... ¡Ya está bien!, ¿no? Yo, en su lugar, antes de dejarles ni un céntimo, daba toda mi fortuna a un hospicio.

—Verá, mi querida señora Cibot, yo quería legar todo lo que poseo a una prima segunda, la hija de mi primo hermano el presidente Camusot, ya sabe usted, aquel magistrado que vino una mañana, pronto hará dos meses...

—¡Ah, ya! Uno bajito, gordo, que le envió sus criados para que le pidieran perdón... por una tontería que había hecho su mujer... que la doncella me hizo preguntas sobre usted, una vieja remilgada que me daba unas ganas de sacudirle la capita de terciopelo con el mango de la escoba... ¡Habrás visto! ¡Una doncella con una capita de terciopelo! Que no, palabra, el mundo está al revés. ¿Por qué se hacen revoluciones? Si tienen tanto dinero, que coman dos veces estos cochinos ricos. Pero lo que yo digo es que las leyes son inútiles, y que ya no habrá nada de sagrado, si Luis Felipe no mantiene las categorías; porque, vamos a ver, si todos somos iguales, ¿no es eso?, una doncella no tiene que llevar una capita de terciopelo, cuando yo, la Cibot, con treinta años de honradez, no tengo... ¡Pues sí que estaríamos buenos! Lo que uno es tiene que verse. Una doncella es una doncella, como yo soy una portera, y se acabó. ¿Por qué los militares llevan estas chatarreras de canelones? A cada uno su grado. Mire, ¿quiere usted que le diga la consecuencia de todo eso? ¡Pues que Francia está perdida! Con el Emperador todo iba de un modo muy distinto, ¿verdad? Y yo le dije en seguida a Cibot: «Mira, que estoy segura, una casa en la que las doncellas llevan capitas de terciopelo, es una casa de gente sin entrañas...».

—Sin entrañas, eso es... —respondió Pons.

Y Pons contó sus pesares y sus sinsabores a la señora Cibot, quien prorrumpió en invectivas contra los parientes, y demostró conmoverse extraordinariamente a cada frase de este triste relato. Por fin, se echó a llorar.

Para concebir esta súbita intimidad entre el viejo músico y la señora Cibot, basta imaginarse la situación de un hombre soltero gravemente enfermo por primera vez en su vida, tendido en el lecho del dolor, solo en la vida, teniendo

que pasar el día cara a cara consigo mismo, y encontrando este día más largo debido a que es víctima de los inefables sufrimientos de la hepatitis que ensombrece la vida más bella, y que, privado de sus numerosas ocupaciones, cae en el marasmo parisiense, y echa de menos todo lo que se ve gratuitamente en París.

Esta soledad profunda y tenebrosa, este dolor que afecta aún más a lo moral que a lo físico, la inanidad de la vida, todo empuja a un solterón, sobre todo cuando es débil de carácter, sensible de corazón y crédulo, a sentir afecto por la persona que fe cuida, como alguien que se ahoga se agarra a una tabla. Y así era como Pons atendía a los comadros de la Cibot con gran interés. Schmucke y la señora Cibot, el doctor Poulain, eran toda la humanidad, como su cuarto era todo el universo. Si suele ocurrir que todos los enfermos concentran su atención en el ámbito que abarcan sus miradas, y si su egoísmo se ejerce a su alrededor subordinándose a los seres y a las cosas de una habitación, ya puede suponerse de lo que es capaz un solterón sin afectos y que jamás ha conocido el amor. ¡En aquellos veinte días, Pons había tenido momentos en que había lamentado no haberse casado con Madeleine Vivet! Y gracias a todo esto, en veinte días la señora Cibot hacía inmensos progresos en el ánimo del enfermo, que se veía perdido sin ella; pues, en cuanto a Schmucke, era un segundo Pons para el pobre enfermo. El arte prodigioso de la Cibot consistía, además sin enterarse, en expresar las propias ideas de Pons.

—¡Ah! ¡Ya está aquí el doctor! —dijo la portera, al oír sonar la campanilla.

Y dejó a Pons completamente solo, sabiendo perfectamente que quienes llamaban eran el judío y Rémonencq.

—No hagan ruido, por favor... —dijo—; ¡que no se dé cuenta de nada! Se pone como un león cuando se trata de su tesoro.

—Un simple vistazo bastará —respondió el judío, que iba provisto de una lupa y de unos anteojos.

XXXIX

Se pacta el soborno

El salón donde se hallaba la mayor parte del museo Pons era uno de estos antiguos salones como los concebían los arquitectos que contrataba la nobleza francesa, de veinticinco pies de ancho, por treinta de largo y trece pies de alto. Los cuadros que poseía Pons, en número de sesenta y siete, colgaban todos de las cuatro paredes de este salón enmaderado, blanco y oro: pero el blanco amarillento, y el oro enrojecido por la acción del tiempo, ofrecían tonos

armoniosos que no desmerecían en absoluto el efecto de las telas. Catorce estatuas se elevaban sobre otras tantas columnas, ya fuera en los rincones, ya entre los cuadros, sobre pedestales de Boulle. Unos aparadores de ébano, regiamente esculpidos, adornaban la parte baja de las paredes. Estos aparadores contenían las curiosidades. En medio del salón, una hilera de cristaleras en madera esculpida, ofrecían a la mirada las más grandes rarezas de la artesanía: los marfiles, los bronces, las maderas, los esmaltes la orfebrería, las porcelanas, etc.

Una vez el judío se vio en este santuario, se dirigió inmediatamente hacia cuatro obras maestras que reconoció como las más bellas de la colección, y de pintores que faltaban en la suya. Para él aquello era lo que para los naturalistas estas desiderata que les hacen emprender los mayores viajes, llegar hasta los trópicos, hasta los desiertos, las pampas, las sabanas, las selvas vírgenes. El primer cuadro era de Sebastián del Piombo, el segundo de Fra Bartolomeo della Porta, el tercero un paisaje de Hobbema, y el último un retrato de mujer por Alberto Durero, ¡cuatro diamantes! Sebastián del Piombo, en el arte de la pintura, viene a ser como un punto brillante en el que tres escuelas se han dado cita para aportar cada una de ellas sus cualidades más eminentes. Pintor de Venecia, fue a Roma para aprender el estilo de Rafael bajo la dirección de Miguel Ángel, quien quiso oponerlo a Rafael, luchando en la persona de uno de sus lugartenientes contra este soberano pontífice del arte. Y de este modo este perezoso genio compendia el color veneciano, la composición florentina y el estilo rafaelesco, en los escasos cuadros que se dignó pintar, y cuyos esbozos habían sido dibujados, según se dice, por Miguel Ángel. Y así puede verse a qué perfección llegó este hombre, armado de esta triple fuerza, cuando se estudia en el Museo de París el retrato de Baccio Bandinelli, que puede compararse con el Hombre del guante del Ticiano, con el retrato de viejo en el que Rafael ha unido su perfección a la del Correggio, y con el Carlos VIII de Leonardo de Vinci, sin que esta tela desmerezca. Estas cuatro perlas tienen la misma agua, el mismo oriente, la misma redondez, el mismo brillo, el mismo valor. El arte humano no puede ir más allá. Es superior a la naturaleza, que sólo ha hecho vivir el original durante un momento. De este gran genio, de esta paleta inmortal, pero de una incurable pereza, Pons poseía un Caballero de Malta en oración, pintado sobre pizarra, de una gracia, de un acabado, de una profundidad superiores aún a las cualidades del retrato de Baccio Bandinelli. El Fra Bartolomeo, que representaba una Sagrada Familia, hubiera sido considerado por muchos expertos como un cuadro de Rafael. El Hobbema debía alcanzar unos sesenta mil francos en una subasta pública.

En cuanto al Alberto Durero aquel retrato de mujer era semejante al famoso Holzschuer de Nuremberg, por el cual los reyes de Baviera, de Holanda y de Prusia han ofrecido en varias ocasiones, y en vano, doscientos mil francos. ¿Se trata de la mujer o de la hija del caballero Holzschuer, el

amigo de Alberto Durero? La hipótesis se convierte casi en una certidumbre, ya que la mujer del museo Pons está en una actitud que supone la existencia de otro cuadro complementario, y las armas pintadas están dispuestas de la misma manera en uno y otro retrato. Además, la *aetatis suae* XLI está en perfecta armonía con la edad indicada en el retrato tan celosamente guardado por la casa Holzschuer de Nuremberg, y cuyo grabado se ha terminado recientemente.

Élie Magus tenía lágrimas en los ojos mientras iba contemplando una y otra vez estas cuatro obras maestras.

—Le doy dos mil francos de gratificación por cada uno de estos cuadros, si consigue que me los vendan por cuarenta mil francos —dijo al oído de la Cibot, estupefacta ante aquella fortuna que le llovía del cielo.

La admiración, o, para ser más exactos, el delirio del judío, había producido un tal trastorno en su inteligencia y en sus costumbres de avaricia, que, como ya se ha visto, el judío se delató.

—¿Y yo...? —dijo Rémonencq que no entendía de cuadros.

—Todo esto es del mismo valor —replicó astutamente el judío al oído del auvernés—; coge diez cuadros cualquiera y en las mismas condiciones y habrás ganado una fortuna.

Los tres ladrones aún seguían mirándose, cada uno de ellos presa de su voluptuosidad, la más intensa de todas, la satisfacción del éxito en cuestiones de fortuna, cuando la voz del enfermo resonó vibrando como un son de campana...

—¿Quién hay aquí? —gritó Pons.

—¡Señor, vuelva a acostarse! —dijo la Cibot, abalanzándose sobre Pons y obligándole a volver a meterse en la cama—. ¡Vaya! ¿Quiere usted matarse? No, no es el señor Poulain, es el bueno de Rémonencq, que se interesa tanto por usted que ha venido a saber noticias suyas. Le quieren tanto que toda la casa está alborotada por usted. ¿De qué tiene miedo?

—Es que me parecía que eran varios —dijo el enfermo.

—¿Varios? ¡Ésta sí que es buena! ¡Vaya! ¿Está soñando? Palabra que terminará por volverse loco... Mire, ahora verá...

La Cibot abrió vivamente la puerta e hizo señas a Magus de retirarse y a Rémonencq de avanzar.

—¿Qué, cómo va, señor Pons? —dijo el auvernés, por quien había hablado la Cibot—. Venía a saber noticias suyas, porque toda la casa está con ansia por usted... ¡A nadie le gusta que la muerte entre en una casa! Y, además,

Monistrol, que usted ya conoce, me ha encargado decirle que si necesitaba dinero, podía contar con él...

—¡Le envía para echar una ojeada a mi museo! —dijo agriamente el viejo coleccionista, lleno de desconfianza.

En las enfermedades del hígado, los individuos casi siempre manifiestan una antipatía especial, momentánea; concentran su mal humor en un objeto o en una persona cualquiera. Y Pons se imaginaba que iban detrás de su tesoro, tenía la obsesión de vigilarlo, y a cada momento enviaba a Schmucke a ver si alguien se había introducido en el santuario.

—Su colección es como para llamar la atención de los chalanos —respondió astutamente Rémonencq—, y aunque yo no entiendo de antigüedades de tanto valor, el señor pasa por ser un gran experto, y aunque yo no sé mucho de estas cosas, le compraría lo que fuera, con los ojos cerrados... Si el señor necesita alguna vez dinero, porque no hay nada que cueste tanto como estas malditas enfermedades... que mi hermana, en diez días, gastó un franco y medio en potingues, cuando tuvo la sangre revuelta, y que también se hubiera curado sin eso... Los médicos son unos granujas que se aprovechan de nuestro estado...

—Adiós y gracias —respondió Pons al chatarrero, dirigiéndole inquietas miradas.

—Voy a acompañarle —dijo en voz baja la Cibot al enfermo—, no sea que toque algo.

—Sí, sí —respondió el enfermo, dando las gracias a la Cibot con una mirada.

La Cibot cerró la puerta de la alcoba, lo cual despertó la desconfianza de Pons. Encontró a Magus inmóvil delante de los cuatro cuadros. Esta inmovilidad, esta admiración, sólo pueden ser comprendidas por aquellos cuya alma está abierta al bello ideal, al sentimiento inefable que causa la perfección en el arte, y que se quedan plantados durante horas enteras en el Museo ante la Gioconda de Leonardo de Vinci, ante el Antíope del Correggio, la obra maestra de este pintor, ante la Amante del Ticiano, la Sagrada Familia de Andrea del Sarto, ante los Niños rodeados de flores del Domenichino, el pequeño camafeo de Rafael y su retrato de viejo, las obras más inmensas de la historia del arte.

—¡Váyanse sin hacer ruido! —dijo.

El judío retrocedió lentamente, de espaldas a la puerta, contemplando los cuadros como un hombre enamorado contempla a una amante a la que dice adiós.

XL

Asalto de astucia

Cuando el judío estuvo en el rellano, la Cibot, a quien aquella contemplación había dado sus ideas, dio un golpe en el seco brazo de Magus.

—¡Me dará usted cuatro mil francos por cuadro! Si no, de lo dicho no hay nada...

—¡Soy tan pobre...! —dijo Magus—. Si deseo estas telas es únicamente por amor, por amor al arte, mi buena señora.

—Estás tan flaco, hijo mío —dijo la portera—, que comprendo que sea el único amor que te interese. Pero si no me prometes, hoy mismo, delante de Rémonencq, dieciséis mil francos, mañana serán veinte mil.

—De acuerdo con los dieciséis mil —respondió el judío asustado por la avidez de la portera.

—¿Un judío por qué puede jurar? —preguntó la Cibot a Rémonencq.

—Puede usted fiarse de él —respondió el chatarrero—, es un hombre tan honrado como yo.

—Bueno, ¿y usted? —preguntó la portera—. Si hago que le vendan cuadros de éstos, ¿qué me va a dar?

—La mitad de los beneficios —dijo rápidamente Rémonencq.

—Prefiero una cantidad en seguida, yo no soy del oficio —respondió la Cibot.

—¡Pues lo que es de negocios entiende usted mucho! —dijo Élie Magus sonriendo—; sería una buena comerciante.

—Yo le propongo que se asocie conmigo, en cuerpos y bienes —dijo el auvernés, cogiendo el bien torneado brazo de la Cibot, y dando una palmada encima con la fuerza de un martillo—. ¡No le pido que ponga más fondos que su belleza! Hace usted mal de ser tan fiel a este desgraciado de Cibot y a su aguja... ¿Cree que un portero de nada puede enriquecer a una mujer guapa como usted? ¡Ah! ¡Qué bien estaría usted en una tienda en el bulevar, en medio de las antigüedades, dando conversación a los coleccionistas y enredándolos! ¡Cuando haya hecho su agosto en esta casa, deje la portería, y ya verá lo que vamos a hacer los dos juntos!

—¡Hacer mi agosto! —dijo la Cibot—. ¡Yo soy incapaz de llevarme de

aquí ni el valor de un alfiler!, ¿sabe usted, Rémonencq? —exclamó la portera—. ¡En todo el barrio saben que soy una mujer honrada, ea!

Los ojos de la Cibot relampagueaban.

—¡Calma, calma! —dijo Élie Magus—. Me parece que este auvernés la aprecia demasiado para haber querido ofenderla.

—¡Qué bien sabría tratar a la clientela! —exclamó el auvernés.

—Sean justos, hijos míos —dijo la Cibot ya apaciguada— y junguen lo que ha sido mi situación aquí... Hace diez años que me estoy exterminando la constitución por estos dos solterones, y aún es la hora que me hayan dado otra cosa que no sean buenas palabras. Rémonencq puede decirle que doy de comer a estos dos viejos, a cambio de un tanto, con lo cual pierdo de uno a dos francos por día, y yo les juro por el alma de mi madre, que es la única autora de mis días que he conocido, que con ellos he consumido todos mis ahorros... ¡Vaya, que esto es más verdá que la luz que nos alumbrá, y que mi café me sirva de veneno si miento en un céntimo...! Bueno, y ahora resulta que uno de los dos se va a morir, ¿verdá? Y es el más rico de estos dos hombres, que yo he tratado como si fueran mismamente hijos míos... ¿Y creerá usted, señor mío, que en veinte días que vengo repitiéndole que está a punto de morirse (porque el señor Poulain ya le ha desanunciado...) el tacaño ese no dice ni una palabra de ponerme en el testamento, como si nos conociéramos de ayer...? ¡Palabra de mujer honrada, que si no es a la fuerza no vamos a sacar lo que nos deben! Porque ¡vaya una a fiarse de los herederos...! ¡Vaya unos...! Miren ustedes, sin ofender a nadie, ¿eh?, pero todo el mundo es igual de gorrino...

—Eso sí que es verdad —dijo astutamente Élie Magus—. En el fondo nosotros aún somos los más honrados —añadió mirando a Rémonencq.

—Que no lo digo por ustedes —dijo la Cibot—. Que de los presentes, como decía aquel actor antiguo, nunca se habla mal... Les juro que estos dos señores me deben ya cerca de tres mil francos, que lo poco que tengo lo he gastado en medicamentos y en sus cosas, ¡y que sería buena que ahora no fueran a devolverme mis anticipos! Yo soy tan boba, con mi honradez, que no me atrevo a hablarles de eso... Usted que trata en negocios, ¿qué me aconseja? ¿Que vaya a ver a un abogado...?

—¡Un abogado! —exclamó Rémonencq—. ¡Pero si usted sabe mucho más que todos los abogados!

El ruido de la caída de un cuerpo pesado sobre las baldosas del comedor, resonó en el gran hueco de la escalera.

—¡Ay Dios mío! —exclamó la Cibot—. ¿Qué le habrá pasado? Me parece que es el señor que se habrá roto las narices...

Empujó a sus dos cómplices, que se esfumaron rápidamente, y dando media vuelta se precipitó hacia el comedor, en donde encontró a Pons extendido en el suelo, en camisón y sin conocimiento... Levantó en brazos al solterón como una pluma y lo llevó hasta su cama. Una vez hubo acostado al moribundo, le hizo respirar barbas de pluma quemada, le mojó las sienes con agua de Colonia, le reanimó. Luego, cuando vio que Pons abría los ojos y que volvía a la vida, se puso en jarras.

—¡Sin zapatillas! ¡En camisón! ¡Hay para matarle! ¿Y por qué desconfía de mí? Si las cosas se ponen así, yo me voy, adiós ¿eh? Después de diez años que le sirvo, que pongo dinero en su casa, qué he gastado mis ahorros con usted, para evitarle quebraderos de cabeza al pobre señor Schmucke, que se pasa todo el tiempo llorando por la escalera, como un chiquillo... ¡Y ésta es mi recompensa! ¡Usted iba a espíarme... y Dios le ha castigado! ¡Se lo tiene merecido! Y yo que a poco me deslomo para llevarle en brazos, y que me expongo a quedarme tullida para el resto de mis días... ¡Ay, Dios mío! Y la puerta que ha quedado abierta...

—¿Con quién estaba hablando...?

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó la Gibot—. ¡Vaya! ¿Es que soy su esclava? ¿Por qué tengo que darle cuenta de todo? ¿Sabe que si se pone así lo planto todo? Y que venga una mujer a cuidarle...

Pons, horrorizado ante esta amenaza, sin darse cuenta, dio a comprender a la Cibot el arma que poseía con esta espada de Damocles...

—¡Es mi enfermedad! —dijo lastimosamente.

—¡Vaya excusa! —replicó rudamente la Cibot.

Y dejó a Pons confuso, presa de remordimientos, admirando la fidelidad gruñona de su asistenta, haciéndose reproches, y sin darse cuenta del terrible mal con que acababa de agravar su enfermedad, al desplomarse sobre las baldosas del comedor.

XLI

En donde el nudo se estrecha

La Cibot encontró a Schmucke subiendo por la escalera.

—¡Venga, venga...! ¡Hay muy malas noticias...! El señor Pons se está volviendo loco. Figúrese que se ha levantado desnudo, para seguirme... y se ha caído todo lo largo que es... Vaya a preguntarle por qué, él dice que no

sabe nada... Está muy mal... Yo no he hecho nada para provocarle a estas cosas, a no ser que haya sido lo de haberle hablado de sus primeros amores... ¿Quién va a conocer a los hombres? Todos son unos viejos libertinos... He hecho mal en enseñarle los brazos, que los ojos le brillaban como escarbúnculos...

Schmucke escuchaba a la señora Cibot como si oyese hablar en hebreo.

—Y yo he tenido que hacer un esfuerzo que voy a estar resentida hasta el fin de mis días —añadió la Cibot fingiendo sentir vivos dolores y pensando aprovecharse de la idea que había tenido por casualidad al sentir un ligero cansancio en los músculos—. ¡Qué idiota soy! Cuando le he visto por el suelo, le he cogido en brazos y le he llevado hasta la cama, como a un niño, ea... Pero ahora me resiento del esfuerzo... ¡Ay, me encuentro mal! Me voy a mi casa, cuídese usted de nuestro enfermo. Voy a hacer que Cibot vaya a buscar al señor Poulain para mí... Preferiría morirme que verme inválida...

La Cibot, agarrándose a la barandilla, bajó lentamente la escalera haciendo mil contorsiones, y emitiendo gemidos tan lastimeros que todos los inquilinos, asustados, salieron a los rellanos de sus pisos. Schmucke sostenía a la enferma derramando lágrimas, y explicaba el heroísmo de la portera. Toda la casa, todo el barrio, no tardaron en saber el gesto sublime de la portera, que había hecho un esfuerzo mortal, según se decía, al levantar en brazos a uno de los cascanueces. Schmucke volvió junto a Pons, le explicó el lamentable estado de su factótum, y los dos se quedaron mirándose y diciendo: «¿Qué vamos a hacer sin ella...?». Schmucke, al ver el cambio que se había producido en Pons, después de su escapada, no se atrevió a reñirle.

—¡Tichosas andicuetades! Breveriría guemarlo dodo a berder a mi amico —exclamó, al enterarse por Pons de la causa del accidente—. ¡Tesgonfiar te la señora Cipod, gue nos bresda sus ahorros! ¡Eso no esdá pien! Bero es la envermedat...

—¡Ah, esta enfermedad! Me noto cambiado —dijo Pons—. Yo no quisiera hacerte sufrir, mi buen Schmucke.

—Ríñeme a mi —dijo Schmucke— y teja dranguila a la señora Cipod.

El doctor Poulain hizo desaparecer en pocos días el conato de invalidez de la que se decía amenazada la señora Cibot, y esta curación, que parecía un milagro, aumentó considerablemente su reputación en el barrio del Marais. En casa de Pons el médico atribuyó este éxito a la excelente constitución de la enferma, que, al cabo de siete días, reemprendió el servicio de los dos señores, con gran satisfacción de éstos. Este acontecimiento centuplicó la influencia, la tiranía de la portera en el hogar de los dos cascanueces, quienes, durante esta semana, se habían endeudado, pero cuyas deudas fueron pagadas por ella. La

Cibot se aprovechó de la circunstancia para conseguir (¡y con qué facilidad!) que Schmucke le firmara un recibo por dos mil francos, que ella decía haber prestado a los dos amigos.

—¡Ah! ¡Qué médico el señor Poulain! —decía la Cibot a Pons—. Él le salvará, señor Pons, como me ha salvado a mí, que ya tenía un pie en el otro barrio... Mi pobre Cibot ya me daba por muerta... Bueno, el señor Poulain ya ha debido decírselo, cuando yo estaba en cama, sólo pensaba en usted: «Dios mío, decía yo, llévame a mí y deja vivir a mi querido señor Pons...».

—¡Pobre señora Cibot! Ha estado usted a punto de quedar tullida por culpa mía...

—¡Oh! Le advierto que si no hubiera sido por el señor Poulain, yo a estas horas ya estaría con la camisa de pino que nos espera a todos. Esto es salirse de la fosa de un brinco, como decía aquel actor antiguo. En fin, hay que ser finlósofos. ¿Cómo se las han arreglado sin mí?

—Schmucke se ha quedado a cuidarme —respondió el enfermo—. Pero nuestra bolsa ha pagado las consecuencias, y me temo que nuestras clases también... No sé cómo se lo ha hecho...

—No de breogupes, Bons —interrumpió Schmucke—, el señor Cipod ha sito nuestro panguero, ein buen panguero...

—No se hable más de eso; ustedes dos son como nuestros hijos —dijo la Cibot—. Bien empleados están nuestros ahorros; que ustedes son más seguros que el banco. Mientras nosotros tengamos un pedazo de pan, ustedes tendrán la mitad...; ni vale la pena hablar de esto...

—¡Bovre señora Cipod! —dijo Schmucke saliendo del cuarto.

Pons guardó silencio.

—¿Me creerá usted, mi querubín —dijo la Cibot al enfermo, viéndole inquieto—, que en mi agonía he visto a la cierta muy de cerca...? Lo que más me angustiaba era tener que dejarles solos, sin ayuda, y dejar a mi pobre Cibot sin un céntimo... ¡Son tan poca cosa mis ahorros, que sólo le hablo de esto porque viene a cuento con lo de mi muerte y con Cibot, que es un ángel! ... ¡Me ha cuidado como a una reina, y lloraba como un becerro! Pero yo contaba con ustedes, palabra de mujer honrada... Yo le decía: «Anda, Cibot, que mis señores no te dejarán nunca sin un pedazo de pan...».

Pons no respondió nada a aquel ataque ad testamentum, y la portera guardó silencio esperando que hablase.

—Les recomendaré a Schmucke —dijo por fin el enfermo.

—¡Ah! —exclamó la portera—. Todo lo que usted haga estará bien hecho...

Yo confío en usted, en su corazón... No volvamos a hablar de esto, porque me siento como humillada... Piense en curarse; ¡si va a vivir más que nosotros...!

Una profunda inquietud se adueñó del corazón de la señora Cibot, y se propuso hacer que su señor se explicara acerca de la herencia que pensaba dejarles; y antes que nada, salió para ir a ver al doctor Poulain en su casa, por la tarde, después de la comida de Schmucke, quien comía junto a la cama de Pons desde que su amigo se hallaba enfermo.

XLII

Historia de todos los comienzos en París

El doctor Poulain vivía en la calle de Orleáns. Ocupaba una pequeña planta baja compuesta de una antesala, un salón y dos dormitorios. Un cuartito contiguo a la antesala, y que comunicaba con una de las dos alcobas, la del doctor, había sido convertido en despacho. Una cocina, un cuarto de criado y un pequeño sótano, iban también incluidos en el alquiler de la casa, situada en un ala de un inmenso edificio construido en la época del Imperio, en lugar de una antigua residencia señorial, cuyo jardín existía todavía. Este jardín había sido dividido entre los tres pisos de la planta baja.

El piso del doctor no había sufrido ningún cambio en los últimos cuarenta años. Las pinturas, los papeles, la decoración, todo olía a Imperio. Una mugre cuadragenaria y el humo, habían deslucido los espejos, las cenefas, los dibujos del papel, los techos y las pinturas. Aquel pisito en el corazón del Marais, costaba aún mil francos por año. La señora Poulain, madre del doctor, de unos sesenta y siete años de edad, terminaba su vida en el segundo de los dormitorios. Trabajaba para los calzoneros. Cosía las polainas, los calzones de piel, los tirantes, en fin, todo lo referente a este artículo, bastante en decadencia hoy en día. Ocupada en cuidarse de la casa y en dar órdenes a la única criada de su hijo, no salía nunca, y tomaba el aire en un jardincillo, al que se bajaba por una puerta-ventana del salón. Viuda desde hacía veinte años, a la muerte de su marido había vendido los fondos de su tienda de calzonería al encargado de la misma, quien le reservaba trabajo suficiente para que pudiera ganarse alrededor de un franco y medio por día. Lo había sacrificado todo a la educación de su hijo único, queriendo que alcanzara a toda costa una posición superior a la de su padre. Orgullosa de su Esculapio, creyendo en su éxito, seguía sacrificándolo todo por él, dichosa de cuidarle, de ahorrar por él, no pensando más que en su bienestar y queriéndole con inteligencia, lo cual no saben hacer todas las madres. Y así, la señora de Poulain, que se acordaba que había sido una simple obrera, no quería perjudicar a su hijo, ni ser motivo de

risas o de menosprecio, ya que la buena mujer hablaba con la «ese», como la señora Cibot hablaba con la «ene»; por su propia voluntad, se ocultaba en su alcoba cuando por casualidad ciertos clientes distinguidos venían a consultar al doctor, o cuando se presentaban antiguos camaradas de colegio o de hospital. De este modo jamás el doctor tuvo que avergonzarse de su madre, a quien veneraba, y cuya falta de educación quedaba sobradamente compensada por este sublime afecto. La venta de los fondos de la tienda de calzonero había dado alrededor de veinte mil francos, la viuda en 1820 los había invertido en títulos de la Deuda Pública, y los mil cien francos de renta que le producían eran toda su fortuna. De modo que durante largo tiempo los vecinos vieron en el jardín la ropa del doctor y la de su madre tendida en cuerdas. La criada y la señora Poulain lo lavaban todo en casa con economía. Este detalle doméstico perjudicaba mucho al doctor; nadie quería reconocerle talento, al verle tan pobre. Los mil cien francos de renta se gastaban en el alquiler. El trabajo de la señora Poulain, que era una anciana bajita y entrada en carnes, en los primeros tiempos bastó para subvenir a todos los gastos de aquella modesta casa. Al cabo de doce años de persistir en su pedregoso camino, el doctor había terminado por ganar un millar de escudos al año, y la señora Poulain podía pues disponer de unos cinco mil francos. Los que conocen París saben que esto significa vivir con lo estrictamente imprescindible, El salón en el que esperaban las visitas estaba mezquinamente amueblado con este sofá vulgar de caoba, tapizado de un terciopelo de Utrecht amarillo floreado, con cuatro sillones, seis sillas, una consola, y una mesa de té, que se había heredado del difunto calzonero, y todo de acuerdo con su gusto. El reloj de pared, siempre protegido por un globo de cristal, entre dos candelabros egipcios, representaba una lira. Uno se preguntaba por qué procedimiento las cortinas que colgaban de las ventanas habían podido subsistir durante tanto tiempo, ya que eran de calicó amarillo con rosetones rojos de la fábrica de Jouy. Oberkampff en 1809 había sido felicitado por el Emperador por estos atroces productos de la industria algodonera. El despacho del doctor estaba amueblado de acuerdo con el mismo gusto, aprovechando el mobiliario de la alcoba paterna. Era algo seco, pobre y frío. ¿Qué enfermo podía creer en la ciencia de un médico que, sin prestigio, se encontraba aún sin muebles, en un tiempo en el que la apariencia es todopoderosa, en el que se doran los faroles de la plaza de la Concordia para consolar al pobre convenciéndole de que es un ciudadano rico?

La antesala servía de comedor. Allí trabajaba la criada cuando no se hallaba ocupada en la cocina o no hacía compañía a la madre del doctor. Apenas entrar se adivinaba la miseria decente que reinaba en aquel triste piso, desierto durante la mitad del día, al divisar los visillos de muselina roja de la vidriera que daba al patio. Las alacenas debían ocultar restos de pasteles enmohecidos, platos desportillados, tapones eternos, servilletas de una

semana, en fin, las explicables ignominias de los hogares parisienses modestos, y que de allí sólo pueden pasar al saco de los traperos. Y así era como en esta época en que la moneda de cinco francos se agazapa en todas las conciencias, tintinea en todas las frases, el doctor, a los treinta años, con una madre sin relaciones, seguía soltero. En diez años aún no había encontrado ni el menor pretexto para una historia novelesca en las familias a las que tenía acceso por su profesión, ya que sólo atendía a personas cuyas existencias eran semejantes a la suya; sólo veía casas parecidas a la suya, las de pequeños empleados o modestos fabricantes. Sus clientes más ricos eran los carniceros, los panaderos, los tenderos importantes del barrio, gente que, la mayoría de las veces, atribuía su curación a la naturaleza, para poder pagar las visitas del doctor a dos francos, al verle venir a pie. En medicina, el cabriolé es más necesario que el saber.

Una vida trivial y sin incidentes termina por influir en el espíritu más aventurero. Un hombre se amolda a su suerte, acepta la vulgaridad de su vida.

Y así, el doctor Poulain, después de diez años de ejercer su carrera, seguía haciendo de Sísifo sin las desesperaciones que amargaron sus primeros días. Sin embargo, acariciaba un sueño, porque todos los habitantes de París tienen un sueño. Rémonencq disfrutaba de un sueño, la Cibot tenía el suyo. El doctor Poulain esperaba ser llamado por un enfermo rico e influyente; y más tarde obtener, por el prestigio que le diera este enfermo, a quien infaliblemente curaría, un puesto de médico jefe en un hospital, de médico de las prisiones o de los teatros del bulevar, o de un ministerio. Era precisamente de esta manera como había conseguido el puesto de médico municipal. Llamado por la Cibot, había atendido y curado al señor Pillerault, el propietario de la casa de la que eran porteros los Cibot. El señor Pillerault, tío abuelo por parte de madre de la señora condesa Popinot, la esposa del ministro, se había interesado por aquel joven cuya oculta miseria había sondeado en una visita de agradecimiento, y exigió de su sobrino segundo, el ministro, quien le veneraba, el puesto que el doctor ocupaba desde hacía cinco años, y cuya precaria retribución había llegado en el momento justo para evitarle tomar una decisión radical, la de emigrar. Irse de Francia es, para un francés, una situación trágica. El doctor Poulain fue a expresar su gratitud al conde Popinot; pero como el médico del estadista era el ilustre Bianchon, el solicitante comprendió que le sería imposible entrar en aquella casa. El pobre doctor, tras haberse ilusionado pensando que iba a obtener la protección de uno de los ministros influyentes de uno de los doce o quince naipes que hace dieciséis años que una mano poderosa baraja sobre el tapete verde de la mesa del Consejo, se encontró hundido de nuevo en el Marais, como chapoteando en las casas de los pobres y de los pequeños burgueses, y con la misión de certificar los fallecimientos a razón de mil doscientos francos por año.

El doctor Poulain, que se había destacado como interno, era prudente en su profesión, y no carecía de experiencia. Además, sus muertos no eran escandalosos, y podía estudiar todas las enfermedades in anima vili. ¡Ya puede el lector imaginarse la hiel que le consumía! No es pues de extrañar que la expresión de su rostro, ya de natural largo y melancólico, fuese a veces aterradora. Imagínese en un pergamino amarillo los ojos ardientes de Tartufo y la acritud de Alceste; y figúrese el lector la manera de andar, la actitud, la mirada de este hombre que, considerándose tan buen médico como el ilustre Bianchon, se sentía relegado a una esfera oscura por una mano de hierro. El doctor Poulain no podía por menos de comparar sus facturas de diez francos, las más elevadas, con las de Bianchon, que llegaban a quinientos o seiscientos francos. ¿No es como para concebir todos los odios de la democracia? Por otra parte, aquel ambicioso reprimido no tenía nada que reprocharse. Había ya probado fortuna inventando unas píldoras purgantes parecidas a las de Morrison. Había confiado su explotación a uno de sus compañeros de hospital, un interno convertido en farmacéutico; pero el farmacéutico, enamorado de una figuranta del Ambigu-Comique, se había declarado en quiebra, y como la patente de invención de las píldoras purgantes se hallaban a su nombre, este gran descubrimiento había enriquecido al sucesor. El ex interno había huido a Méjico, la patria del oro, llevándose mil francos de ahorros del pobre Poulain, quien, como remate, fue tratado de usurero por la figuranta, a la que se dirigió para reclamarle su dinero. Desde la buena suerte de la curación del viejo Pillerault, no se había presentado ni un solo cliente rico, Poulain recorría todo el Marais a pie, como un gato escuálido, y de cada veinte visitas lograba que le pagaran dos a cuarenta sueldos. El cliente que pagaba bien era para él este pájaro fantástico llamado mirlo blanco en toda la superficie de la tierra que alumbra el sol.

El abogado joven sin causas, el médico joven sin clientes, son las dos encarnaciones más características de la desesperación decente, sobre todo en la ciudad de París, esa desesperación fría y callada, que se arroja en un traje negro de costuras grisáceas cuyo color recuerda al cinc de las buhardillas, en un chaleco de raso brillante, un sombrero tratado con la máxima veneración, guantes viejos y camisas de calicó. Todo un poema de tristeza, sombrío como los secretos de la Conserjería. Las otras miserias, la del poeta, la del artista, la del comediante, la del músico, se ven alegradas por la jovialidad propia de las artes, por la despreocupación de la bohemia, que es lo que primero se conoce y que lleva a las tebaidas del genio. Pero estos dos atuendos negros que van a pie, llevados por dos profesiones para las cuales el mundo no es más que una llaga, a las que la humanidad sólo muestra sus aspectos vergonzosos; estos dos hombres, en sus duros comienzos, tienen expresiones siniestras, provocantes, en las que la ambición y el odio concentrados asoman a una mirada parecida a los primeros chisporroteos de un conato de incendio. Cuando dos amigos de

colegio se encuentran, a veinte años de distancia, el rico evita a su camarada pobre, no le conoce, se asusta de los abismos que el destino ha puesto entre ellos. El uno ha recorrido la vida cabalgando los briosos caballos de la fortuna o sobre las doradas nubes del éxito; el otro ha caminado por el subsuelo de las sentinas parisientes y lleva sobre sí este estigma. ¡Cuántos antiguos amigos esquivaban al doctor al ver el aspecto de su levita y de su chaleco!

Ahora es fácil de comprender cómo el doctor Poulain había desempeñado tan bien su papel en la comedia de la gravedad de la Cibot. Todas las codicias, todas las ambiciones, se adivinan. Al no encontrar ninguna lesión en ningún órgano de la portera, al admirarse de la regularidad de su pulso, la perfecta ligereza de sus movimientos, y al oírla poner el grito en el cielo, comprendió que tenía interés en hacerse pasar por moribunda. Como la rápida curación de una enfermedad fingida haría que se hablase de él en el distrito, exageró la supuesta quebradura de la Cibot, y dijo que todo se resolvería atajando el mal a tiempo. Aplicó a la portera unos pretendidos medicamentos y la sometió a una fantástica operación, todo lo cual se vio coronado con pleno éxito. Buscó en el arsenal de las curaciones extraordinarias de Desplein un caso singular, atribuyó modestamente el éxito al gran cirujano y se contentó con declararse su imitador. Así son las audacias de los principiantes en París; todos los medios de medrar les parecen buenos; pero como hasta los barrotes de estas escaleras se gastan, los principiantes de cada profesión ya no saben dónde apoyar el pie para auparse un poco más y destacar. Cada vez más, el parisiense es refractario al éxito. Cansado de elevar pedestales, se enfurruña como los niños mimados, y ya no quiere más ídolos; o, para decir la verdad, a veces faltan personas de talento que susciten su entusiasmo. La ganga de donde se extrae el genio también tiene sus huecos; entonces el parisiense se hace esquivo, no siempre quiere dorar o adorar a las medianías.

XLIII

A quien sabe esperar, todo le sale bien

Al entrar con su brusquedad habitual, la señora Cibot sorprendió al doctor sentado a la mesa con su anciana madre, comiendo una ensalada de colleja, la más barata de todas las ensaladas, y sin más postre que un pequeño pedazo de queso de Brie, entre un plato no muy bien provisto de frutos secos en el que se veían también muchos escobajos uvas y un plato de vulgares manzanas de barco.

—Puede usted quedarse, madre —dijo el medico, reteniendo a la señora Poulain por el brazo—; es la señora Cibot de quien ya le he hablado.

—¿Cómo está usted, señora? Muy agradecida —dijo la Cibot, aceptando la silla que le tendía el doctor—. ¿De modo que es su madre? Debe ser muy feliz teniendo un hijo con tanto talento; porque ha sido mi salvador, señora, me ha salvado de la muerte.

La viuda Poulain encontró encantadora a la señora Cibot, al oírla elogiar así a su hijo.

—Mi querido señor Poulain, sólo venía para decirle que, entre nosotros, el pobre señor Pons va muy mal, y que quisiera hablarle respecto a él...

—Pasemos al salón —dijo el doctor Poulain, señalando a la criada con un gesto significativo.

Una vez en el salón, la Cibot explicó largamente su situación en casa de los dos cascanueces, repitió, embelleciéndola, la historia de su préstamo, y refirió los inmensos favores que desde hacia diez años había hecho a los señores Pons y Schmucke. Según ella, los dos ancianos ya no existirían, de no ser por sus cuidados maternos.

Se pintó a sí misma como un ángel, y dijo tantas mentiras regadas con lágrimas, que acabó emocionando a la señora Poulain.

—Usted ya comprenderá, querido doctor —dijo para terminar— que yo debería saber a qué atenerme sobre lo que el señor Pons piensa hacer por mí en caso de que muriese, lo cual es lo último que deseo, porque, sepa usted, señora, que cuidar a estas dos almas de Dios, es toda mi vida; pero si uno de los dos me falta, yo cuidaré al otro. La naturaleza me ha hecho para ser rival de la maternidad. Sin tener alguien de quien cuidarme, alguien a quien pueda considerar como un hijo, no sé qué iba a ser de mí... O sea que, si el señor Poulain quisiese, podría hacerme un favor, que yo sabría agradecerle... Si hablase de mí al señor Pons... ¡Dios mío! ¡Mil francos de renta vitalicia! ¿Ustedes creen que es mucho lo que pido? Al fin y al cabo todo sería en beneficio del señor Schmucke... porque, nuestro querido enfermo me ha dicho que me confiaría a este pobre alemán, a quien, por lo visto, piensa hacer su heredero... Pero ¿qué va a hacer un hombre que es incapaz de decir dos palabras seguidas en nuestra lengua, y que, además, es capaz de irse a Alemania con la desesperación que tendrá por la muerte de su amigo...?

—Mi querida señora Cibot —respondió el doctor muy serio—, esta clase de asuntos no conciernen en absoluto a los médicos y se me prohibiría el ejercicio de mi profesión si se supiera que me he mezclado en las disposiciones testamentarias de uno de mis clientes. La ley no permite que un médico acepte un legado de su enfermo...

—¡Qué ley más tonta! Porque, ¿qué me impide que yo comparta con usted lo que herede? —respondió inmediatamente la Cibot.

—Más aún —dijo el doctor—, mi conciencia de médico me prohíbe hablar al señor Pons de su muerte. En primer lugar, no está lo suficientemente grave como para hacerlo; en segundo, el que yo le hablara así le produciría una impresión que podría causarle verdadero perjuicio, y convertir en mortal su enfermedad...

—Pues yo —exclamó la Cibot— no tengo ningún miramiento en decirle que deje en orden sus asuntos, y no parece que esto le haga empeorar... ¡Ya está acostumbrado a la idea! No tenga usted ningún miedo.

—No insista más, mi querida señora Cibot... Estas cosas no pertenecen al dominio de la medicina, sino que conciernen a los notarios...

—Pero, mi querido señor Poulain, si el señor Pons le preguntase por propia iniciativa, cuál es su verdadero estado, y si no haría bien en tomar sus precauciones, entonces, ¿se negaría usted a decirle que para recobrar la salud es una cosa excelente dejarlo todo bien atado...? Y luego podría usted darle un toquecito en favor mío...

—¡Ah! Si me habla de hacer testamento, yo no voy a disuadirle —dijo el doctor Poulain.

—¡Bueno, pues esto es lo que yo quería oír de usted! —exclamó la señora Cibot—. Yo venía a agradecerle sus atenciones —añadió deslizando en la mano del doctor un papel que contenía tres monedas de oro—. Es todo lo que puedo hacer por el momento. ¡Ah, si yo fuese rica, usted también lo sería, mi querido señor Poulain, usted que es la viva imagen de Dios sobre la tierra...! Señora, tiene usted un ángel por hijo...

La Cibot se levantó, la señora Poulain la saludó amablemente, y el doctor la acompañó hasta el rellano de la escalera. Allí, aquella horrible Lady Macbeth callejera, fue como iluminada por un fulgor infernal; comprendió que el médico debía ser su cómplice, desde el momento en que aceptaba honorarios por una falsa enfermedad.

—Mi buen señor Poulain —dijo—, después de haberme curado cuando tuve el accidente, ¿va usted a negarse a salvarme de la miseria diciendo unas pocas palabras?

El médico se dio cuenta de que había dejado que el diablo le cogiese de un cabello, y que este cabello se enroscaba en la implacable garra roja. Asustado de perder su honradez por tan poca cosa, respondió a esta idea diabólica por otra idea no menos diabólica.

—Escuche, mi querida señora Cibot —dijo haciéndola volver a entrar, y llevándola hasta su despacho—, voy a pagarle la deuda de gratitud que he contraído con usted, a quien debo mi puesto en el Ayuntamiento...

—Iremos a medias —dijo ella vivamente.

—¿Cómo dice? —preguntó el doctor.

—La herencia —respondió la portera.

—Usted no me conoce —replicó el doctor, haciéndose el Valerio Públicola—. No hablemos más de esto. Tengo un amigo del colegio, un muchacho muy inteligente, con quien me une una buena amistad, en gran parte porque la vida nos ha deparado la misma suerte. Mientras yo estudiaba medicina, él hacía derecho; mientras yo era interno, él copiaba documentos en el despacho de un procurador, maître Couture. Hija de un zapatero, como yo lo soy de un calzonero, no ha encontrado simpatías muy vivas a su alrededor, pero tampoco ha encontrado la fortuna; porque, al fin y al cabo, la fortuna sólo se obtiene por simpatía. Sólo pudo abrir bufete en provincias, en Mantes... Y, claro, los provincianos no saben apreciar las inteligencias parisienses, y mi amigo se ha visto envuelto en mil embrollos...

—¡Qué canallas! —exclamó la Cibot.

—Sí —siguió diciendo el doctor—, porque se coaligaron contra él, de modo que se vio obligado a revender su bufete por hechos a los que se supo dar la apariencia de que toda la culpa era suya; el fiscal se mezcló en el asunto; y como este magistrado era de allí, tomó parte por la gente del pueblo. El pobre muchacho, que se llama Fraisier, todavía más seco y raído que yo, vive en una casa como la mía, se ha refugiado en nuestro distrito, donde se ve reducido a pleitear, porque es abogado, ante el juez de paz y el tribunal ordinario de policía. Vive cerca de aquí, en la calle de la Perle. Vaya al número nueve, suba tres pisos y en el rellano ya verá impreso en letras de oro: BUFETE DEL SR. FRAISIER, en un pequeño rectángulo de tafílete rojo. Fraisier se ocupa especialmente de los asuntos contenciosos de porteros, obreros y todos los pobres de nuestro distrito a precios módicos. Es un hombre honrado, porque no necesito decirle que, con sus posibilidades, si fuese un granuja ya iría en coche. Yo veré a mi amigo Fraisier esta tarde. Usted vaya a verle mañana a primera hora; él conoce al señor Louchard, el alguacil del tribunal de comercio, al señor Tabereau, el escribano del juez de paz, al señor Vitel, el juez de paz, y al señor Trognon, el notario; ya está introducido con las personas más importantes del barrio; si acepta encargarse de defender sus intereses, si usted logra que sea el consejero del señor Pons, ya ve que tendrá en él a un otro yo. Ahora bien, no le proponga, como a mí, compromisos que lesionan el honor; él es inteligente y estoy seguro de que se entenderán; en cuanto a la cuestión de gratificar sus servicios, yo me presto a ser el intermediario de usted...

La señora Cibot miró maliciosamente al doctor.

—¿No es el mismo abogado —preguntó— que ha resuelto el caso de la mercera de la calle Vieille-du-Temple, la señora Florimond que se vio en aquel mal paso por el asunto de la herencia de aquel amigo suyo...?

—El mismo —dijo el doctor.

—¡Qué escándalo! ¿Verdá? —exclamó la Cibot—; después de haber conseguido dos mil francos de renta, se ha negado a casarse con él, que es lo que le pedía como pago, y me han dicho que ha creído saldar la deuda regalándose doce camisas de tela de Holanda y veinticuatro pañuelos, en fin, todo un ajuar.

—Mi querida señora Cibot —dijo el doctor—, el ajuar valía mil francos, y Fraisier, que entonces empezaba en el barrio, lo necesitaba. Además, ella pagó la cuenta de los gastos sin rechistar... Este caso ha proporcionado otros a Fraisier, que ahora es un hombre muy ocupado, pero, le ocurre lo mismo que a mí, nuestros clientes son por el estilo...

—¡Sólo los justos sufren en esté mundo! —respondió la portera—. Bueno, adiós y gracias, mi querido, señor Poulain.

Y así comienza el drama o, si se quiere, la terrible comedia de la muerte de un solterón, entregado por la fuerza de las circunstancias a la rapacidad de unos seres codiciosos que se arraciman al pie de su lecho, y que en este caso tuvieron por auxiliares la pasión más intensa, la de un insaciable coleccionista de cuadros; la avidez de Fraisier, que, visto en su cubil, hará estremecerse al lector; y la codicia de un auvernés capaz de todo, incluso de un crimen, para hacerse un capital. Esta comedia, a la que esta parte del relato sirve en cierto modo de prólogo, tiene por actores a todos los personajes que hasta este momento han ocupado la escena.

XLIV

Un hombre, de leyes

El envilecimiento de las palabras es una de estas singularidades de las costumbres, que para ser explicadas requerirían volúmenes enteros. Si escribimos a un procurador llamándole hombre de leyes, le habremos ofendido tanto como ofenderíamos a un comerciante de ultramarinos al por mayor, si nos dirigiéramos a él por carta llamándole: «Señor tal, tendero». Un número bastante considerable de gente de mundo, que deberían conocer, porque aquí reside toda su ciencia, estos delicados matices del savoir-vivre, todavía ignoran que la denominación hombre de letras es la peor de las injurias que se puedan hacer a un escritor. La palabra «Monsieur» ofrece el máximo ejemplo

de la vida y de la muerte de las palabras. Monsieur quiere decir Monseigneur. Este título, antaño tan considerable, que hoy en día se reserva a los reyes por la transformación de sieur en sire, se da a todo el mundo; y sin embargo, messire, que no es más que el doble de la palabra monsieur, y su equivalente, suscita artículos en los periódicos republicanos cuando por casualidad aparece en una esquila mortuoria. Magistrados, consejeros, jurisconsultos, jueces, abogados, oficiales ministeriales, procuradores, escribanos, abogados, consultores, letrados, pasantes o defensores, son las variedades en las que se clasifican las personas que ejercen la justicia o trabajan en ella. Lo dos últimos peldaños de esta escala son el alguacil y el hombre de leyes. El alguacil, vulgarmente llamado esbirro, sólo accidentalmente está al servicio de la justicia, y su misión no es otra que la de hacer que se cumplan las sentencias; en los pleitos civiles no es más que un verdugo de ocasión. En cuanto al «hombre de leyes» es la mayor injuria que puede hacerse a la profesión. Es a la justicia lo que el «hombre de letras» es a la literatura. En Francia, en todas las profesiones, la rivalidad que las devora ha encontrado términos denigratorios. Cada carrera tiene su insulto. El menosprecio que se acumula en palabras como hombre de letras y hombre de leyes no pasa al plural. Suele decirse, sin ofender a nadie, gente de letras o gente de leyes. Pero en París todas las profesiones tienen sus residuos, esos individuos que hacen descender su carrera hasta ponerla al nivel de la calle, del pueblo. Y es así como el hombre de leyes, el modesto picapleitos, existe todavía en ciertos barrios, como aún existe en la Halle el préstamo a la semana, que es a la alta banca lo que maître Fraisier era a los procuradores. ¡Es curioso! La gente del pueblo tiene miedo a los oficiales ministeriales, como tiene miedo a los restaurantes a la moda. Se dirigen a los insignificantes picapleitos, como van a beber a la taberna. La nivelación es la ley general de las diferentes esferas sociales. Sólo los seres excepcionales prefieren escalar las cumbres y no se turban viéndose en presencia de sus superiores y se hacen un lugar, como Beaumarchais cuando dejó caer el reloj de un gran señor que intentaba humillarle; pero también los advenedizos, sobre todo los que saben hacer olvidar sus orígenes, son excepciones grandiosas.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, la señora Cibot contemplaba en la calle de la Perle la casa donde vivía su futuro consejero, sieur Fraisier, hombre de leyes. Era una de esas viejas casas habitadas por la pequeña burguesía de antaño. Tenía la entrada por un pasadizo. La planta baja, ocupada en parte por la caseta del portero y por la tienda de un ebanista, cuyos talleres y almacenes habían invadido un pequeño patio interior, se hallaba dividida por el pasadizo y por la caja de la escalera, que el salitre y la humedad devoraban. La casa parecía atacada de lepra.

La señora Cibot se dirigió derechamente hacia la portería y allí encontró a un zapatero como Cibot que, con su mujer y dos niños pequeños, se alojaba en

un espacio de diez pies cuadrados, con luz que venía del pequeño patio interior. Entre las dos mujeres no tardó en reinar la más perfecta armonía, una vez la Cibot hubo declarado su profesión, dado su nombre y hablado de su casa de la calle de Normandía. Al cabo de un cuarto de hora, que emplearon en chismes, y durante el cual la portera del señor Fraisier preparaba la comida del zapatero y de los dos niños, la señora Cibot llevó la conversación a los inquilinos y habló del hombre de leyes.

—Vengo a consultarle por unos asuntos —dijo—; un amigo mío, el doctor Poulain, me ha recomendado. ¿Conocen al doctor Poulain?

—¡Ya lo creo! —dijo la portera de la calle de la Perle—. Salvó la vida a mi niña cuando tuvo el garrotillo.

—También a mí me ha salvado... ¿Qué clase de hombre es el señor Fraisier?

—Verá usted —dijo la portera—, es un hombre a quien cuesta mucho hacer pagar el franqueo de las cartas a fin de mes.

Esta respuesta bastó a la inteligente Cibot.

—Se puede ser pobre y honrado —observó.

—Yo también lo creo —replicó la portera de Fraisier—; nosotros no nadamos en oro ni en plata, ni siquiera en calderilla, pero nadie puede decir que tenemos un céntimo suyo.

La Cibot se reconoció en esta manera de hablar.

—En fin —siguió—, puede una fiarse de él, ¿no es esto?

—¡Ah!, en cuanto a eso, he oído decir a la señora Florimond que cuando quiere ayudar a alguien no tiene igual.

—¿Y por qué no se casó con él —preguntó vivamente la Cibot— ya que le debía su fortuna? Para una modesta mercera que había sido la querida de un viejo, no está mal casarse con un abogado.

—¿Por qué? —dijo la portera, arrastrando a la Cibot hasta el pasadizo—. Ahora va a subir a verle, ¿verdad? Bueno, pues cuando esté en su despacho, ya sabrá usted por qué.

XLV

Un interior poco recomendable

La escalera, que recibía la luz de un pequeño patio, a través de ventanas correderas, anunciaba que, excepto el propietario y el señor Fraisier, los demás inquilinos ejercían oficios manuales. Los fangosos peldaños tenían como las enseñas de cada oficio, mostrando a la mirada recortes de cobre, botones rotos, restos de gasa o de espartería. Los aprendices de los últimos pisos habían dibujado en las paredes caricaturas obscenas. La última frase de la portera había despertado la curiosidad de la señora Cibot, acabando de decidirla a consultar al amigo del doctor Poulain, pero reservando la decisión de confiarle su caso hasta después de haberle conocido, según fueran sus impresiones.

—A veces me pregunto cómo es posible que la señora Sauvage aguante todavía en su casa —dijo a guisa de comentario la portera, que seguía a la señora Cibot—. La acompaño —añadió— porque tengo que subir la leche y el periódico al dueño.

Al llegar al segundo piso, después del entresuelo, la Cibot se encontró ante una puerta que no podía tener peor aspecto. La pintura, de un rojo desvaído, se hallaba revestida, en una zona de unos veinte centímetros, de esa capa negruzca que se forma con el contacto de las manos al cabo de cierto tiempo, y que los arquitectos han intentado combatir en los pisos elegantes, aplicando placas de vidrio en la parte superior e inferior de las cerraduras. La rejilla de esta puerta, obturada por escorias parecidas a las que se inventan en los restaurantes para envejecer botellas adultas, sólo servía para hacer merecer a la puerta el sobrenombre de puerta de prisión, y además armonizaba con sus herrerías en forma de trébol, sus enormes goznes, y las gruesas cabezas de sus clavos. Todo aquello no podía haber sido ideado más que por un avaro o por un libelista reñido con el mundo entero. El vertedero, que daba salida a las aguas residuales, aportaba su parte proporcional de hediondez a la escalera, cuyo techo ofrecía por todas partes una especie de arabescos dibujados con el humo de las velas, ¡y qué arabescos! El cordón de la puerta, al extremo del cual pendía una mugrienta pera, hizo sonar una campanilla, cuyo sordo tintineo evidenciaba una resquebrajadura en el metal. Cada objeto era un rasgo más que se sumaba a la armonía de conjunto de aquel repugnante cuadro. La Cibot oyó un ruido de pasos pesados y la respiración asmática de una mujer corpulenta, y la señora Sauvage se mostró. Era una de estas viejas intuitas por Adrien Brauwer en sus Brujas camino del aquelarre, una mujer de cinco pies y seis pulgadas, de rostro soldadesco, y mucho más barbudo que el de la Cibot, de una gordura enfermiza, que llevaba un espantoso vestido de ruán barato, la cabeza cubierta con un pañuelo de madrás, además de haberse hecho unas torcidas con los impresos que recibía gratuitamente su amo, y llevando en las orejas una especie de ruedas de coche de oro. Este cancerbero hembra llevaba en la mano un cazo de hojalata, abollado, cuya leche vertida añadía un olor más a la escalera, que apenas se notaba, a pesar de su acritud nauseabunda.

—¿Qué desea la señora? —preguntó la señora Sauvage.

Y, con aire amenazador, dirigió a la Cibot, a la que sin duda encontraba demasiado bien vestida, una mirada asesina, que lo parecía más dado que sus ojos estaban siempre inyectados en sangre.

—Vengo a ver al señor Fraisier de parte de su amigo el doctor Poulain.

—Entre usted, señora —respondió la Sauvage con una inesperada amabilidad que demostraba que ya le habían prevenido de esta visita matinal.

Y después de hacer una reverencia de teatro, la hombruna criada del señor Fraisier abrió bruscamente la puerta del despacho que daba a la calle, y en la que se hallaba el antiguo procurador de Mantes. El despacho era absolutamente igual a esos modestos estudios de escribano de tercer orden en que los clasificadores son de madera ennegrecida, los archivos tan viejos que llevan barba, al estilo de los eclesiásticos, en que los cordones rojos cuelgan de un modo lamentable, en que los cartapacios sufren la acometida de los ratones, y en que el suelo está gris de polvo y el techo amarillento de humo. El espejo de la chimenea estaba enturbiado; sobre los caballetes de hierro colado se apoyaba un leño barato; el reloj de pared, de marquetería moderna, valía sesenta francos, y había sido comprado en cualquier subasta pública, y los candelabros que lo escoltaban eran de cinc, aunque afectaban con mucha torpeza formas rococó, y la pintura, agrietada por varios sitios, dejaba ver el metal. El señor Fraisier, un hombrecillo reseco y de aspecto enfermizo, con la cara enrojecida, cuyos granos delataban una sangre muy viciada, pero que además se rascaba continuamente el brazo derecho, y cuya peluca, muy echada hacia atrás, dejaba ver un cráneo color ladrillo y una expresión siniestra, se levantó del sillón de rejilla en el que se sentaba sobre un redondel de tafilete verde. Adoptó un aire agradable y una voz aflautada para decir, tendiendo una silla:

—Es la señora Cibot, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió la portera que perdió su habitual aplomo.

La señora Cibot quedó asustada por esta voz que recordaba el sonido de la campanilla y por la mirada aún más verde que los ojos verdosos de su futuro consejero. El despacho estaba tan de acuerdo con Fraisier, que el aire que se respiraba parecía pestilencial. La señora Cibot comprendió entonces por qué la señora Florimond no había querido convertirse en la señora Fraisier.

—Mi querida señora, Poulain me ha hablado de usted —dijo el hombre de leyes con esta voz de falsete que suele llamarse vocecilla, pero que seguía siendo agria como un vino del país.

El abogado intentó arroparse tapándose las huesudas rodillas, cubiertas de

un muletón extraordinariamente raído, con los dos faldones de una vieja bata de calicó estampado, cuya guata se tomaba la libertad de asomar por varios descosidos, pero el peso de esta guata arrastraba a los faldones y dejaba al descubierto un jubón de franela ya negruzca. Después de haberse apretado, con un cierto aire impertinente, los cordones de esta bata refractaria a delinear su talle de avispa, Fraasier reunió de un golpe de tenacillas dos tizones que se evitaban hacía rato como dos hermanos enemigos. Luego, súbitamente, se le ocurrió una idea y se levantó:

—¡Señora Sauvage! —gritó.

—¿Sí?

—No estoy para nadie.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé —respondió aquel marimacho con voz de trueno.

—Había sido mi nodriza —dijo el hombre de leyes con aire confuso a la Cibot.

—Debía tener leche de coco —replicó la antigua heroína del Mercado.

Fraasier rió el juego de palabras y echó el cerrojo para que la criada no viniese a interrumpir las confidencias de la Cibot.

—Bueno, señora, explíqueme su caso —dijo sentándose e intentando de nuevo volver a arrojarse en su bata—. Una persona que me ha sido recomendada por el único amigo que tengo en el mundo, puede contar conmigo... lo que se dice en todo y por todo...

La señora Cibot habló durante media hora sin que el abogado se permitiese la menor interrupción; tenía el aire curioso de un soldado bisoño oyendo hablar a un veterano. Este silencio y la sumisión de Fraasier, la atención que parecía prestar a esta catarata verbal, de la que ya se ha dado algunas muestras en las escenas entre la Cibot y el pobre Pons, hicieron abandonar a la portera algunas de sus prevenciones que acababan de inspirarle tantos detalles innobles.

XLVI

Consulta no gratuita

Cuando la Cibot dejó de hablar y esperaba un consejo, el hombrecillo, cuyos ojos verdes con puntos negros habían estado estudiando a la futura cliente, se vio acometido de un acceso de tos convulsiva y tuvo que recurrir a

un tazón de loza medio lleno de una infusión de hierbas que vació.

—De no ser por Poulain, yo ya habría muerto, mi querida señora Cibot —dijo Fraisier respondiendo a las miradas maternas que le dirigía la portera—; pero él me devolverá la salud...

Parecía haber olvidado ya las confidencias de su cliente, quien se disponía a abandonar a un moribundo como aquél.

—Señora, en cuestiones de herencias, antes de dar ni un solo paso, hay que saber dos cosas —siguió diciendo el antiguo procurador de Mantes, poniéndose muy serio—. En primer lugar, si la herencia vale la pena que nos ocupemos del caso, y, en segundo, cuáles son los herederos; porque, si la herencia es el botín, los herederos son el enemigo.

La Cibot habló de Rémonencq y de Élie Magus, y dijo que aquel par de astutos comerciantes evaluaban la colección de cuadros en seiscientos mil francos.

—¿Están dispuestos a quedársela por este precio...? —preguntó el antiguo procurador de Mantes—; porque, verá usted, señora, los hombres de negocios no creen en los cuadros. Un cuadro puede valer cuarenta sueldos de tela o cien mil francos de pintura. Ahora bien, los cuadros de cien mil francos son muy conocidos, y ¡qué errores se cometen al valorarlos, incluso con los más célebres! Un financiero muy conocido, cuya colección era muy elogiada, visitada, e incluso grabada (¡grabada!) pasaba por haber gastado millones... Un buen día se muere, como todo el mundo; pues bien, sus valiosísimos cuadros no han dado más que doscientos mil francos... Tendría que hablar con estos señores... Pasemos a los herederos.

Y Fraisier volvió a adoptar su actitud de oyente. Al oír el nombre del presidente Camusot inclinó la cabeza e hizo una mueca que llamó poderosamente la atención de la Cibot; intentó leer en su frente, en esta atroz fisonomía, pero el rostro que tenía delante era impenetrable.

—Sí, sí —repitió la Cibot—, mi señor Pons es primo directo del presidente Camusot de Marville, me machaca su parentesco diez veces por día. La primera mujer del señor Camusot, el sedero...

—Que acaba de ser nombrado par de Francia...

—Era una Pons, prima hermana del señor Pons.

—Son primos segundos...

—Ya no son nada, se han peleado.

El señor Camusot de Marville, había sido durante cinco años presidente del tribunal de Mantes, antes de ser trasladado a París. No sólo había dejado

recuerdos allí, sino que incluso conservaba relaciones en aquel lugar; ya que su sucesor, el juez con el que había tenido más amistad durante su estancia en Mantes, era todavía presidente del tribunal, y por lo tanto conocía a fondo a Fraisier.

—¿Sabe usted —dijo, cuando la Cibot hubo cerrado las rojas compuertas de su boca torrencial—, sabe usted que va a tener por enemigo número uno a un hombre que puede enviar gente al patíbulo?

La portera dio un salto en su silla que recordaba esas cajas de juguete de las que asoma inesperadamente una muñeca.

—Cálmese, mi querida señora Cibot —siguió diciendo Fraisier—. Nada más natural que usted ignore lo que significa ser presidente de la Cámara de Acusaciones del Tribunal Real de París, pero lo que sí debería usted saber es si el señor Pons tiene un heredero legal natural; el señor presidente de Marville es el único heredero del enfermo de usted, pero lo es colateral en tercer grado; o sea que el señor Pons, según la ley, puede hacer lo que quiera de su fortuna. Usted ignora también que la hija del señor presidente se ha casado, desde hace al menos seis semanas, con el primogénito del señor conde Popinot, par de Francia, ex ministro de Agricultura y de Comercio, uno de los hombres más influyentes de la política actual. Por esta alianza, el presidente es aún mucho más poderoso que como soberano de la sala de lo Criminal.

La Cibot se estremeció de nuevo al oír esta palabra.

—Sí, él es quien puede enviarnos allí —siguió diciendo Fraisier—. ¡Ah, mi querida señora Cibot, usted no sabe lo que es una toga roja! ¡Ya basta con tener una simple toga negra contra uno! Si me ve usted aquí arruinado, calvo, moribundo... pues bien, es por haberme enfrentado, sin saberlo, con un simple fiscalillo de provincias. Me obligaron a malvender mi estudio, y aún debo dar las gracias de haber podido salir tan bien librado, sólo con perder mi fortuna. Si hubiera querido resistir, hubiese debido renunciar a mi profesión de abogado. Pero lo que usted ignora también es que, si sólo se tratase del presidente Camusot, la cosa no sería tan grave; pero es que, sepa usted, que hay por en medio una mujer... Y si se encontrara cara a cara con esta mujer, temblaría usted como si se viese en el primer escalón del patíbulo, se le erizarían los cabellos. La presidenta es vengativa hasta el punto de esperar diez años para hacerle caer en una trampa fatal para el adversario. Y maneja a su marido como un niño a su peonza. Ella fue la responsable del suicidio, en la Conserjería, de un joven de grandes prendas; ella ha hecho más blanca que la nieve la reputación de un conde que se hallaba acusado de falsificación; ha estado a punto de hacer declarar la incapacidad de uno de los más grandes señores de la corte de Carlos X; y finalmente, ha sido ella quien ha provocado la caída del procurador general, el señor de Granville...

—Que vivía en la Vieille-rue-du-Temple, esquina a la calle Saint-François, ¿no es eso? —dijo la Cibot.

—Exactamente. Se dice que quiere que su marido llegue a ministro de Justicia, y yo no sé si va a conseguir lo que se propone... Si se empeñara en enviarnos a los dos a la sala de lo Criminal y a presidio, yo, que soy inocente como un recién nacido, tomaría un pasaporte y me iría a los Estados Unidos... Sé muy bien lo que es la justicia. Pero hay más, mi querida señora Cibot; para poder casar a su hija única con el joven vizconde Popinot, que, según se dice, será el heredero del propietario de usted, el señor Pillerault, la presidenta se ha desprendido de toda su fortuna, hasta el punto de que, en estos momentos, el presidente y su esposa, se ven obligados a vivir sólo con la paga que corresponde a su cargo. Y ¿cree usted, mi querida señora Cibot, que en esas circunstancias la presidenta va a dejar escapar la herencia del señor Pons? Por mi parte, yo preferiría tener delante un cañón cargado con metralla, que saber que una mujer como ésta está contra mí.

—Pero si están peleados —dijo la Cibot.

—¿Y eso qué importa? —dijo Fraisier—. Razón de más. Matar a un pariente de quien se tienen agravios, ya es mucho, pero además heredar de él ¡vaya placer!

—Pero es que el pobre hombre siente horror por sus herederos; me repite cada día que esta gente, ahora me acuerdo de los nombres, el señor Cardot, el señor Berthier, etc., le han destrozado como la rueda de un carro aplasta a un huevo.

—¿Y quiere usted seguir su misma suerte?

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la portera—. La señora Fontaine tenía razón cuando me decía que encontraría obstáculos; pero me ha dicho que yo me saldría con la mía...

—Escúcheme, mi querida señora Cibot... Que usted saque de este asunto unos treinta mil francos, es posible; pero no piense usted en la herencia... Ayer tarde estuvimos hablando con el doctor Poulain de usted y de su caso...

Al oír esto, la señora Cibot volvió a dar un respingo.

—¿Qué le ocurre?

—Pero, entonces, si ya conocía todo el asunto, ¿por qué me ha dejado hablar como una cotorra?

—Señora Cibot, yo conocía su caso, pero no sabía nada de la señora Cibot. Cada cliente es un modo de ser distinto.

La señora Cibot dirigió a su futuro consejero una singular mirada que

revelaba toda su desconfianza, y que Fraisier supo interpretar debidamente.

XLVII

Las astucias de Fraisier

Como iba diciendo —siguió Fraisier—. Nuestro amigo Poulain, gracias a usted, se halla en contacto con el señor Pillerault, que es tío segundo de la señora condesa Popinot; la intervención de usted en este asunto, es uno de los motivos de mi interés por su caso. Poulain visita al propietario de su casa (¡fíjese bien en esto!) cada quince días, y por él ha sabido todos estos detalles. Este antiguo negociante fue invitado a la boda de su sobrino segundo (porque es un tío del que se puede heredar, ya que tiene quince mil francos de renta; y hace quince años que vive como un monje, y apenas gasta mil escudos por año...), y le ha contado a Poulain todo el asunto de la boda. Parece ser que el motivo de toda esta gresca ha sido precisamente este infeliz de músico, que ha querido deshonorar, para vengarse, a la familia del presidente. Para ser justo hay que oír a las dos partes. El enfermo de usted dice que es inocente, pero todo el mundo le considera un monstruo...

—¡No me extrañaría nada que lo fuese! —exclamó la Cibot—. Figúrese usted que hace más de diez años que voy enterrando dinero en su casa, y él lo sabe, le he dado todos mis ahorros, y no quiere ponerme en el testamento... No, no, no quiere, es testarudo como una acémila... Hace diez días que le hablo del asunto, y el muy granuja sin decir ni mu... Ni abrir la boca, y me mira con un aire... Lo más que me ha dicho es que me recomendaría al señor Schmucke.

—¿O sea que piensa hacer testamento en favor de Schmucke?

—Se lo dejará todo...

—Escúcheme, señora Cibot, para que yo pudiera hacerme una idea clara del caso, para poder trazar un plan, sería preciso que conociese al señor Schmucke, que viese los objetos que componen la herencia, que tuviese una entrevista con este judío de quien me habla usted, y entonces déjeme que yo la dirija...

—Bueno, ya veremos, señor Fraisier...

—¿Cómo que ya veremos? —dijo Fraisier, envolviendo a la Cibot en una mirada viperina y hablando con su voz natural—. Veamos, veamos. ¿Soy su consejero o no lo soy? Dejemos las cosas claras.

La Cibot se dio cuenta de que habían adivinado sus intenciones, y sintió un

escalofrío en la espalda.

—Usted tiene toda mi confianza —respondió, viéndose a la merced de un tigre.

—Nosotros, los abogados, estamos acostumbrados a que nuestros clientes nos traicionen. Piense bien en cual es su posición: no puede ser mejor. Si sigue mis consejos punto por punto, yo le garantizo que tendrá de treinta a cuarenta mil francos de esta herencia... Pero piense que este panorama tan seductor también tiene el reverso de la medalla. Suponga que la presidenta se entera de que la herencia del señor Pons vale un millón y que usted quiere sacar tajada... porque siempre hay ciertas personas que se encargan de decir esta clase de cosas... —añadió como entre paréntesis.

Este paréntesis, abierto y cerrado por dos pausas, hizo estremecer a la Cibot, quién pensó inmediatamente que Fraisier se encargaría de denunciarla.

—Mi querida cliente, en diez minutos se conseguiría que el bueno del señor Pillerault les echara de la portería, y se les daría dos horas para desalojarla...

—¡Y a mí qué! —dijo la Cibot, irguiéndose como una Belona—. Yo seguiría en casa de estos señores como su mujer de confianza.

—En este caso se le tendería una trampa, y un buen día se despertarían usted y su marido en un calabozo, y acusados de un delito gravísimo...

—¡Yo! —casi gritó la Cibot—. ¡Yo, que no le he quitado a naide ni tan ensiquiera un céntimo! ¿Yo...? ¿Yo...? —durante los cinco minutos que estuvo hablando, Fraisier estudiaba a esta gran artista ejecutando su concierto de elogios de sí misma. Frío y burlón, su mirada atravesaba a la Cibot como un estilete, se reía por dentro y su seca peluca se agitaba. Era Robespierre en los tiempos en que este Sila francés componía cuartetos.

—Pero ¿cómo? ¿Y por qué? ¿Con qué pretexto? —preguntó por fin.

—¿Quiere usted saber cómo podría terminar en la guillotina?

La Cibot se puso pálida como una muerta, y esta frase cayó sobre su cuello como la cuchilla de la ley.

Miró a Fraisier con ojos extraviados.

—Escúcheme bien, amiga mía —siguió diciendo Fraisier mientras reprimía un movimiento de satisfacción producido por el espanto de su cliente.

—Preferiría dejarlo correr todo... —dijo en un murmullo la Cibot.

Y se dispuso a levantarse.

—No se mueva, por favor, es preferible que sepa el peligro que corre; es

mi deber informarle de la situación —dijo imperiosamente Fraisier—. El señor Pillerault les echa de la portería, en esto no hay duda ¿verdad? Usted pasa a ser la criada de estos dos señores perfectamente. Es una declaración de guerra entre la presidenta y usted. Usted está dispuesta a todo para quedarse con esta herencia, y sacar la mayor tajada posible...

La Cibot hizo un gesto.

—Yo no la censuro, no es éste mi papel —dijo Fraisier respondiendo al gesto de su cliente—. Esta empresa es una batalla que va a llevarle más lejos de lo que usted piensa. Uno se deja llevar por su idea, y se juega el todo por el todo...

Otro gesto de negativa por parte de la Cibot, que volvía a engallarse.

—¡Vamos, vamos, mi querida amiga! —siguió diciendo Fraisier con una horrible familiaridad—. Usted estaría dispuesta a ir muy lejos...

—¡Pero, bueno! ¿Es que me toma por una ladrona?

—¡Por Dios, mi querida amiga! Usted tiene un recibo del señor Schmucke que le ha costado bien poco... Mi apreciada señora, usted está aquí confesándose... No engañe a su confesor, sobre todo cuando este confesor tiene la facultad de leer en su corazón...

La Cibot quedó asustada de la perspicacia de aquel hombre, y comprendió el motivo de la profunda atención con que la había escuchado.

—Pues bien —siguió Fraisier—, como comprenderá, la presidenta no va a dejarse adelantar por usted en esta carrera tras la herencia... Hará que la sigan, que la espíen... Usted conseguirá figurar en el testamento del señor Pons... Perfecto. Un buen día llega la justicia, analiza una tisana y encuentra arsénico en el fondo de la taza; usted y su marido son detenidos, juzgados, condenados como habiendo querido matar al señor Pons con el fin de cobrar su herencia... Yo he defendido en Versalles a una pobre mujer que era tan inocente como lo sería usted en este caso; el caso se planteaba como yo se lo he descrito, y todo lo que pude hacer fue salvarle la vida. La infeliz fue condenada a veinte años de trabajos forzados, y está cumpliendo la sentencia en Saint Lazare.

El espanto de la Cibot no tuvo límites. Palideció profundamente mientras contemplaba a aquel hombrecillo descarnado y de ojos verdosos, como la pobre morisca acusada de fidelidad a su religión debía contemplar al inquisidor en el momento en que oía que éste la condenaba a la hoguera.

—Entonces, dice usted, señor Fraisier, que, dejándole hacer, confiándole mis intereses, podré tener algo sin temer nada...

—Yo le garantizo treinta mil francos —dijo Fraisier, como un hombre plenamente seguro de lo que decía.

—En fin, ya sabe usted lo que yo quiero al doctor Poulain —dijo ella con su voz más untuosa—, es él quien me ha dicho que viniera a verme, y no creo que un hombre tan bueno como él me enviase aquí para hacerme oír que sería guillotizada por envenenadora...

Y rompió a llorar, tal era el horror que le había producido la idea de la guillotina; sus nervios estaban desequilibrados, el terror le oprimía el corazón y estaba a punto de perder la cabeza. Fraisier gozaba de su triunfo. Al advertir las vacilaciones de su cliente, había visto que se le escapaba el asunto, y había querido domar a la Cibot, asustarla, dejarla paralizada de miedo, tenerla totalmente a su merced. La portera, que había entrado en aquel despacho como una mosca que va a arrojarse en medio de una tela de araña, debía quedar prisionera en la red, y servir de pasto a la ambición de aquel oscuro hombre de leyes. Fraisier esperaba lograr con aquel caso la tranquilidad de su vejez, el desahogo, la felicidad, la consideración social. La noche antes, todo había sido minuciosamente estudiado, cuidadosamente analizado, como una lupa, entre Poulain y él. El doctor había descrito Schmucke a su amigo Fraisier, y sus despiertas inteligencias habían sondeado todas las hipótesis, examinado las oportunidades y los peligros. Fraisier, dejándose llevar por el entusiasmo, había exclamado: «¡Ésta será la fortuna de los dos!». Y había prometido a Poulain un puesto de médico jefe de hospital en París, y se había prometido a sí mismo llegar a ser juez de paz del distrito.

¡Ser juez de paz! Para un hombre lleno de ambiciones, doctor en derecho y sin un céntimo, ésta era una quimera tan inasequible que pensaba en ello como los abogados-diputados piensan en la toga de la magistratura y los curas italianos en la tiara. ¡Un sueño! El juez de paz, el señor Vitel, ante quien pleiteaba Fraisier, era un anciano de sesenta y nueve años, de salud bastante delicada, que hablaba ya de jubilarse, y Fraisier hablaba de ser su sucesor a Poulain, como Poulain le hablaba de una rica heredera con la que debía casarse después de haberle salvado la vida. No puede llegar a concebirse qué ambiciones despiertan determinados puestos con residencia en París. Vivir en París es un deseo universal. Cuando una expendeduría de tabaco o de sellos queda vacante, surgen cien mujeres como un solo hombre y hacen moverse a todos sus amigos para obtenerla. La probable vacante de una de las veinticuatro cajas de recaudación de impuestos de París produce un revuelo de ambiciones en la Cámara de Diputados. Los puestos se ocupan por designación, el nombramiento es una cuestión de Estado. Ahora bien, el sueldo de un juez de paz, en París, es de unos seis mil francos. La escribanía de este tribunal es un puesto que vale cien mil francos. Éste es pues uno de los cargos más codiciados de todo el sistema judicial. Fraisier, juez de paz, amigo de un médico jefe de hospital, se casaba ventajosamente y casaba al doctor Poulain; el uno al otro se daban la mano para ayudarse.

XLVIII

Donde la Cibot cae en su propia trampa

La noche había pasado su rodillo de plomo sobre todos los pensamientos del antiguo procurador de Mantes, y un formidable plan había germinado, un plan frondoso que se preveía fértil en frutos y en intrigas. La Cibot era el resorte principal de este drama. O sea que la rebelión de este instrumento debía ser reprimida; no había sido prevista, pero el antiguo procurador acababa de abatir a sus pies a la audaz portera desplegando toda la fuerza de su naturaleza venenosa.

—Vamos, mi querida señora Cibot, tranquilícese —le dijo, cogiéndole la mano.

Esta mano, fría como la piel de una serpiente, produjo una terrible impresión en la portera, y originó en ella como una reacción física que hizo cesar su emoción; pensó que el sapo Astarot de la señora Fontaine era menos peligroso de tocar que aquel frasco de veneno cubierto por una peluca de color rojizo, que hablaba igual que rechinan las puertas.

—No crea usted que la asusto porque sí —siguió diciendo Fraasier, después de haber notado este nuevo movimiento de repulsión de la Cibot—. Los casos que han dado a la señora presidenta esta terrible reputación, son tan conocidos en el Palacio de Justicia, que puede usted consultar con quien quiera, que todo el mundo le dirá lo mismo. El gran señor a quien se ha estado a punto de incapacitar legalmente, es el marqués de Espard. El marqués de Esgrignon es quien ella ha salvado de ir a la cárcel. El joven rico, apuesto y con un brillante porvenir, que debía casarse con una señorita perteneciente a una de las primeras familias de Francia, y que se ahorcó en un calabozo de la Conserjería, es el célebre Lucien de Rubempré, cuyo caso, en aquella época, conmovió a todo París. Se trataba de una herencia, la de una cortesana, la famosa Esther, que dejaba varios millones, y se acusaba a este joven de haberla envenenado, ya que según el testamento él era el único heredero. Este joven poeta no estaba en París cuando murió la tal Esther, y no sabía nada de esta herencia... Más inocente ya no se puede ser. Pues bien, después de haber sido interrogado por el señor Camusot, este joven se ahorcó en su calabozo... La justicia es como la medicina, tiene sus víctimas; en el primer caso se muere por la sociedad, en el segundo por la ciencia —dijo insinuando una espantosa sonrisa—. Pues bien, ya ve usted que conozco los peligros. Yo ya he sido arruinado por la justicia, yo, un modesto y oscuro procurador. Mi experiencia me cuesta cara, y la pongo toda al servicio de usted.

—¡Oh, no, no, gracias...! —dijo la Cibot—, renuncio a todo... Es un asunto demasiado turbio... Yo sólo pido lo que es justo... Mire usted, yo tengo un historial de treinta años de honradez. El señor Pons dice que me recomendará en su testamento a su amigo Schmucke; pues bien, voy a terminar mis días en paz en casa de este buen alemán...

Fraisier había ido demasiado lejos, había desalentado a la Cibot, y se vio obligado a borrar las penosas impresiones que ella había recibido.

—No hay que desesperar —dijo—, váyase a su casa tranquilamente, que acabaremos llevando este asunto a buen puerto.

—Pero entonces, señor Fraisier, ¿qué tengo que hacer para tener rentas y...?

—¿Y no tener ningún remordimiento? —dijo Fraisier vivamente, interrumpiendo a la Cibot—. Pues precisamente es para eso que se inventaron los abogados; en estos casos no se puede conseguir nada sin ajustarse a lo que dice la ley... Usted no conoce las leyes; yo sí las conozco... Conmigo, usted estará siempre dentro de la legalidad, y podrá disfrutar en paz de sus bienes por lo que respecta a los hombres, y en cuanto a la conciencia esto ya es asunto suyo.

—Pues bien, dígame qué hay que hacer —dijo la Cibot, a quien estas palabras despertaron la curiosidad y tranquilizaron.

—Todavía no lo sé, aún no he estudiado el caso en sus detalles, sólo me he ocupado de los obstáculos. Antes que nada, lo que hay que hacer es lograr que haga testamento, de este modo usted no pierde nada; pero, primero, sepamos en favor de quién Pons dispondrá de su fortuna, porque si usted fuese su heredera...

—No, no, él no me quiere... ¡Ah, si yo hubiese conocido el valor de sus chucherías, si hubiese sabido lo que él me ha dicho de sus amores, hoy no tendría ninguna inquietud...!

—En fin —siguió Fraisier—, usted siga adelante. Los moribundos a veces tienen caprichos muy raros, mi querida Cibot, y desbaratan muchas esperanzas. Que él haga testamento, y luego ya veremos. Pero, antes de nada, hay que evaluar los objetos de que se compone la herencia. O sea que, póngame usted en contacto con el judío, y con este Rémonencq, que nos serán muy útiles... Ponga en mí toda la confianza, yo no le defraudaré. Yo soy el amigo de mi cliente, en lo bueno y en lo malo, cuando él es amigo mío. Amigo o enemigo, éste es mi modo de ser.

—Pues bien, me pongo en sus manos —dijo la Cibot—, y en cuanto a los honorarios, el señor Poulain...

—No hablemos de esto —dijo Fraisier—. Usted consiga que Poulain siga cuidando al enfermo. El doctor es uno de los hombres más honrados y más rectos que conozco, y ya sabe usted que necesitamos en la casa a alguien de toda confianza... Poulain es mejor que yo, que ya me he hecho malo.

—Se le nota en la cara —dijo la Cibot—, pero yo me fío de usted...

—Y hace bien —dijo—. Cada vez que ocurra algo nuevo, véngame a ver; y ahora puede irse. Usted es una mujer de empuje, todo irá bien.

—Adiós, señor Fraisier, que siga usted bien... Ya sabe donde me tiene...

Fraisier acompañó a su cliente hasta la puerta, y allí, como ella había hecho el día anterior con el doctor, le dijo una última frase.

—Si pudiese lograr que el señor Pons requiriera mis consejos, habríamos dado un gran paso.

—Lo intentaré —respondió la Cibot.

—Óigame —dijo Fraisier, haciendo volver a entrar a la Cibot hasta su despacho—, yo conozco mucho al notario señor Trognon, el notario del barrio. Si el señor Pons no tiene notario, háblele de él... procure que se ponga en sus manos.

—Comprendido —respondió la Cibot.

Al retirarse, la portera oyó el roce de una tela, y el ruido de unos pasos pesados que querían hacerse ligeros. Una vez sola y en la calle, la portera, después de haber andado durante cierto rato, recobró su libertad de espíritu. A pesar de que seguía bajo la influencia de esta entrevista, y de que siempre había sentido verdadero horror por el patíbulo, la justicia y los jueces, tomó una resolución muy natural que iba a desencadenar una lucha sorda con su terrible consejero.

—¡Bueno! Pero ¿qué necesidad tengo de buscarme socios? De momento, yo voy a hacer hucha, y luego veremos lo que cae por servirles a ellos...

Este pensamiento debía acelerar, como no tardará en verse, el fin del desgraciado músico.

XLIX

La Cibot en el teatro

—¿Qué hay, querido señor Schmucke? —dijo la Cibot, al entrar en el piso—, ¿cómo va nuestro queridísimo enfermo?

—Nata pien —respondió el alemán—. Bons ha esdato teliranto dota la noche.

—¿Y qué decía?

—¡Donderías! Gue quería gue yo heretase doda su forduna, a gontición gue no fentiese nata... ¡Y llorapa te un moto, el bopre! Me ha tesdrozado el gorazón...

—¡Pobrecillo, no será nada! —dijo la portera—. Hoy he tardado más en subirle el desayuno, ya son las nueve pasadas; pero no me riña, ¿eh? He tenido mucho que hacer... en favor de ustedes. Como nos habíamos quedado sin nada, he ido a buscar dinero...

—¿Tónte? —preguntó el pianista.

—¡Hombre! ¡Para algo sirve mi tia!

—¿Gué día?

—¡La que todo lo remedia!

—No endiento nata...

—¡Oh, qué hombre! ¡Será simple! No, es usté un santo varón, un querubín bajado del cielo, vaya, la inocencia personificada... Pero, bueno... Después de veintinueve años de vivir en París, que habrá usté visto por lo menos la revolución de Julio, ¿no?, y que no haya oído hablar nunca del monte de piedá... Los que le prestan a una dinero por lo que empeña... He ido a llevar todos nuestros cubiertos de plata, ocho, y con filetes... Al fin y al cabo Cibot puede comer igual con los de alpaca; y no me arrepiento, ea; ni vale la pena de hablar de esto a nuestro querubín, que haría mala sangre y se pondría aún más amarillo, y ya sufre mucho el pobre. Antes que nada, salvémosle, y luego ya hablaremos; pues claro, hay que tomar las cosas como vienen, al mal tiempo buena cara, y Dios con todos, ¿no le parece?

—¡Bopre mujer! ¡Gué gorazón de oro! —dijo el infeliz músico cogiendo la mano de la Cibot y poniéndola sobre su corazón, sinceramente emocionado.

Aquel ángel de bondad levantó los ojos al cielo y los mostró llenos de lágrimas.

—¡Vamos, vamos, señor Schmucke, qué cosas tiene usté! Como si fuese algo del otro jueves... Yo sólo soy una pobre mujer del pueblo que lleva el corazón en la mano. Aquí dentro llevo algo ¿sabe usté? —dijo señalándose el pecho—, como ustedes dos, que son buenos como el pan...

—¡Oh! —exclamó el músico—. ¡No voy a resisdir dando tolor, dandas lágrimas...! Yo no soprefiviré a Bons...

—¡Diantre! Eso sí que lo creo; ¡si se está usted matando...! Escúcheme, pichón mío...

—¿Bichón?

—Bueno, prenda...

—¿Brenta?

—¡Vaya, hombre! Pues rico, si así le gusta más...

—Damboco lo endiendo.

—Bueno, deje que yo le cuide y le dirija, porque si sigue como hasta ahora, sepa usted que dentro de nada voy a tener que cuidar a dos enfermos en vez de uno... Según mi modesta opinión, los dos tenemos que repartirnos el trabajo. Usted no puede seguir dando lecciones en París, porque esto le agota, y luego aquí ya no está en condiciones de hacer nada, y habrá que pasar muchas noches en blanco, porque el señor Pons cada vez está más enfermo. Mire, hoy mismo voy a ir a ver a todos sus alumnos, y les diré que está usted enfermo, ¿eh? Entonces usted pasa las noches al lado de nuestro querido enfermo, y luego duerme por la mañana, vamos a poner por ejemplo desde las cinco hasta las dos de la tarde. Yo me encargo del trabajo de la casa, que es el que cansa más, y que hay que hacer de día, porque hay que darles de comer y de cenar, cuidar al enfermo, levantarlo, cambiarlo, darle los medicamentos... Porque, con el ajetreo que llevo ahora, yo no resisto más de diez días; y piense que hace ya treinta que dura está juerga. ¡¿Y qué va a ser de usted si yo caigo enferma?! Y usted también, es como para asustarse sólo de pensarlo, mire cómo está por haber pasado la noche velando al señor Pons...

La portera llevó a Schmucke ante un espejo, y Schmucke se encontró muy desmejorado.

—O sea que, si usted no tiene inconveniente, le sirvo la comida a escape; y luego se queda a velar al señor Pons hasta las dos. Pero antes que nada deme la lista de sus alumnos, yo les iré a ver, y durante quince días será usted libre. Cuando yo vuelva, usted se acuesta, y descansa hasta la noche.

La propuesta era tan sensata que Schmucke la aceptó sin rechistar.

—Ahora que, con el señor Pons, mutis; porque ya sabe usted el mal efecto que le causaría si le dijéramos que por el momento va a dejar el teatro y sus lecciones; el pobre se imaginaría que ya no volvería a tener alumnas... ¡tontadas!... El señor Poulain dice que sólo salvaremos a nuestro bendito haciendo que se tome un descanso absoluto.

—¡Ah, pueno, pueno! Brebare la gomida, yo voy a hacer la lisda y le taré las tirecciones... Diene ustet razón, yo no ipa a turar mucho...

Al cabo de una hora, la Cibot con sus mejores galas domingueras, partía en un milord ante el gran asombro de Rémonencq, prometiéndose representar dignamente el papel de mujer de confianza de los dos cascanueces en todos los pensionados, en todas las casas que habitaran alumnas de los dos músicos.

Sería inútil reproducir aquí toda la chismografía, ejecutada como las variaciones de un tema, a la que se entregó la Cibot al tratar con las directoras de los pensionados y con las diversas familias, y bastará la escena que se desarrolló en el despacho de director de EL ILUSTRE GAUDISSERT, donde la portera logró penetrar no sin dificultades inauditas. En París los directores de espectáculos están mejor protegidos que los reyes y los ministros. La causa de estas fuertes barreras que se elevan entre ellos y el resto de los mortales es fácil de comprender: los reyes sólo tienen que defenderse de las ambiciones; los directores de espectáculos deben temer el amor propio de artistas y de autores.

La Cibot salvó todos los obstáculos gracias a la súbita intimidad que se estableció entre ella y la portera. Los porteros se reconocen entre sí, como toda la gente de la misma profesión. Cada oficio tiene sus schibbolet, como tiene su insulto y sus estigmas.

—¡Ah! ¿De modo que usted es la portera del teatro? —había dicho la Cibot—. Yo sólo soy una pobre portera de una casa de la calle de Normandía donde vive el señor Pons, el director de orquesta de aquí. ¡Oh, qué feliz sería yo si pudiese estar en su lugar, viendo pasar siempre a los actores, a las bailarinas, a los autores! Como decía aquel actor antiguo, esto es como el bastón de mariscal de nuestra profesión.

—¿Y cómo sigue el bueno del señor Pons? —preguntó la portera.

—Pues no puede ir peor; piense usted que lleva ya dos meses sin levantarse de la cama, y es seguro que ya no sale de la casa si no es con los pies por delante.

—Será una gran pérdida...

—Sí. Yo vengo de parte suya para explicar la situación al señor director; o sea que necesitaría hablar con él...

—¡Una señora, de parte del señor Pons!

Y así fue como el empleado que se ocupaba del despacho anunció a la señora Cibot, gracias a la recomendación de la portera del teatro. Gaudissart acababa de llegar para un ensayo. El azar dispuso que nadie tuviera que hablar con él, que los autores de la obra y los actores se retrasasen; interesado por tener noticias de su director de orquesta, hizo un gesto napoleónico, y la Cibot entró.

L

Una fructífera empresa teatral

El antiguo viajante de comercio convertido en director de un teatro a la moda, engañaba a la sociedad en comandita, a la que consideraba como una esposa legítima. De este modo había llegado a un desarrollo financiero que se traslucía en su persona. Se había hecho corpulento, había echado grasas, había adquirido colores gracias a la buena comida y a la prosperidad, y así Gaudissart se había metamorfoseado abiertamente en Mondor.

—¡Voy a acabar siendo un Beaujon! —decía, intentando ser el primero en reírse de sí mismo.

—Por ahora no pasas de Turcaret —le respondía Bixiou, que a menudo le reemplazaba con la primera bailarina del teatro, la célebre Héloïse Brisetout.

En efecto, el ex ilustre Gaudissart explotaba su teatro, única e inescrupulosamente en su propio interés. Después de haberse hecho admitir como colaborador en diversos ballets, comedias y vodeviles, había comprado la otra parte de los derechos aprovechándose de las necesidades que acosaban a los autores. Estas comedias y vodeviles, que siempre se representaban como suplemento a los dramas de gran éxito, significaban para Gaudissart ganar cada día varias monedas de oro. Gracias a unos intermediarios, traficaba con las entradas de las que se había reservado un cierto número en concepto de plus de dirección, y que le permitían obtener una especie de diezmo de la recaudación. Estas tres clases de ingresos, a los que había que añadir los palcos vendidos y los regalos de las malas actrices empeñadas en tener pequeños papeles y salir de pajes o de reinas, engrosaban de tal modo su tercio en los beneficios, que los demás socios, a quienes pertenecían los otros dos tercios, apenas cobraban la décima parte que él. Sin embargo, esta décima parte aún producía un interés de un quince por ciento de los fondos, y Gaudissart, apoyándose en este quince por ciento de dividendo, proclamaba su inteligencia, su probidad, su celo y la dicha de sus comanditarios. Cuando el conde Popinot preguntó, aparentando interés, al señor Matifat, el general Gouraud, yerno de Matifat, y a Crevel, si estaban contentos de Gaudissart, Gouraud, elevado a la dignidad de par de Francia, respondió:

—Dicen que nos está robando, pero es tan simpático y tan agradable de trato, que estamos contentos.

—Entonces es igual que en el cuento de La Fontaine —dijo el ex ministro sonriendo.

Gaudissart incrementaba su capital en negocios al margen del teatro. Había sabido apreciar lo que significaban los Graff, los Schwab y los Brunner, y se asoció a las empresas de ferrocarriles que había creado esta banca. Disimulando su sagacidad bajo el aspecto bonachón y despreocupado del libertino y del voluptuoso, daba la impresión de no ocuparse más que de sus placeres y de su atuendo personal; pero pensaba en todo y aprovechaba la inmensa experiencia en negocios que había adquirido en sus viajes. Este advenedizo, que no se tomaba en serio a sí mismo, habitaba un lujoso piso de cuya instalación se había ocupado su decorador, en donde daba cenas y fiestas a las celebridades. Fastuoso, queriendo hacer bien las cosas, se hacía pasar por un hombre fácil de conformar, y aún parecía menos peligroso por el hecho de haber conservado la labia de su antiguo oficio (para emplear su propia expresión), que había enriquecido con la jerga usada en el ambiente teatral.

Y como en el teatro los artistas dicen las cosas de un modo bastante crudo, sabía adaptar a su carácter el ingenio de entre bastidores, lugar que tiene también su ingenio, de modo que, mezclándolo con las agudas chanzas del viajante de comercio, tuviese el aire de un hombre superior. En aquellos momentos pensaba en vender su exclusiva, y pasar, según su propia expresión, a otros ejercicios. Aspiraba a ser director de una compañía de ferrocarriles, convertirse en un hombre serio, un administrador, y casarse con la hija de uno de los alcaldes de barrio más ricos de París, la señorita Minard. Esperaba ser elegido diputado por su demarcación, y llegar, gracias a la protección de Popinot, al consejo de Estado.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —dijo Gaudissart, fijando en la Cibot una mirada directiva.

—Señor director, yo soy la mujer de confianza del señor Pons.

—¡Ah, bien! ¿Cómo sigue nuestro querido amigo?

—Mal, señor director, muy mal...

—¡Diablo, diablo! No sabe cuánto lo siento... Iré a visitarle; es uno de estos hombres de los que ya quedan pocos...

—¡Ah, esto sí, señor director! Un verdadero querubín... Yo todavía no me explico cómo un hombre como él puede trabajar en un teatro...

—Señora, el teatro es un lugar donde se corrigen las costumbres —dijo Gaudissart—. ¡Pobre Pons! Palabra que debería haber simiente para conservar esta especie humana... Es un hombre modelo, y con talento... ¿Cuándo cree usted que podrá volver a trabajar? Porque, desgraciadamente, en el teatro ocurre como con las diligencias, que, vacías o llenas, tienen que salir a su hora: aquí todos los días, a las seis, hay que levantar el telón... y por mucho que nos lamentáramos, eso no iba a dar buena música... Veamos, ¿cómo se

encuentra?

—Señor director, por desgracia —dijo la Cibot sacando su pañuelo y poniéndoselo sobre los ojos—, es duro de decir, pero creo que tendremos la desgracia de perderle, y eso que le cuidamos como a la niña de nuestros ojos... el señor Schmucke y yo...; tanto que vengo a decirle también que no cuente con el pobre señor Schmucke, que tiene que velarle todas las noches... No podemos por menos de hacer como si hubiera una esperanza e intentar arrancar a la muerte a nuestro querido enfermo... El médico le ha desanunciado...

—Pero ¿de qué se va a morir?

—De pena, de itericia, del hígado, y todo esto complicado con muchos líos de familia.

—Y de un médico —dijo Gaudissart—. Hubiese debido llamar al doctor Lebrun, nuestro médico, no le hubiese costado nada...

—Señor director, el médico que le asiste es como un dios...; pero ¿qué puede hacer un médico, con todo su talento, contra todos estos males?

—Yo que iba a necesitar a mis dos buenos cascanueces para la música de mi nueva fantasía...

—Si hay algo que yo pueda hacer por ellos... —dijo la Cibot con un aire digno de Jocrisse.

Gaudissart se echó a reír.

—Señor director, soy su mujer de confianza, y hay muchas cosas que estos dos señores...

Inmediatamente después de la risa de Gaudissart se oyó una voz de mujer:

—Si ríes es que se puede entrar, ¿verdad, cariño?

Y la primera bailarina irrumpió en el despacho y se dejó caer en el único sofá que había en la habitación. Se trataba de Héloïse Brisetout, envuelta en un magnífico chal de los llamados argelinos...

—¿De qué te reías? ¿Es la señora? ¿Qué clase de trabajo quiere? —dijo la bailarina dirigiendo a la portera una de estas miradas de artista a artista que merecerían ser el tema de un cuadro.

Héloïse, joven muy literaria, con renombre en los ambientes de la bohemia, relacionada con grandes artistas, elegante, aguda y graciosa, tenía más ingenio del que suelen tener las primeras bailarinas; mientras hacía esta pregunta respiraba penetrantes perfumes en un pebetero.

—Señora, una mujer vale tanto como otra cuando las dos son bellas, y si

yo no sorbo este diablo de perfumes en frasco ni me pongo polvo de ladrillo en las mejillas...

—Con el que la naturaleza ya le ha puesto, sería un horrible pleonasma, hija mía —dijo Héloïse, mirando a su director.

—Yo soy una mujer honrada...

—Peor para usted —dijo Héloïse—. ¡Qué diablo, no todas las que quieren son entretenidas! Y yo lo soy, señora mía, y además me va estupendamente bien...

—¿Cómo peor para mí? Por muchos argelinos que lleve usted encima y por muchos caprichos que se pueda dar —dijo la Cibot—, en su vida tendrá tantas declaraciones como me hicieron a mí... ¡Y jamás valdrá lo que en su tiempo la bella ostrera del Cadran Bleu...!

La bailarina se levantó súbitamente, se puso en posición de firmes y se llevó la mano derecha a la frente, como un soldado que saluda a su general.

—¿Cómo? —exclamó Gaudissart—. Entonces usted es la bella ostrera de la que me hablaba mi padre, ¿no?

—Entonces la señora no sabe lo que es la cachucha ni la polka, ¿verdad? ¡La señora tiene más de cincuenta años! —dijo Héloïse.

La bailarina adoptó una actitud dramática y declamó:

Seamos amigos, Cinna...

—Por Dios, Héloïse, la señora no está a tu altura, déjala en paz.

—¿Acaso la señora es la nueva Eloïsa...? —dijo la portera con una falsa ingenuidad llena de zumba.

—¡Mira la abuela! No está mal —exclamó Gaudissart.

—¡Oh, esta broma es más vieja que ir a pie! —replicó la bailarina—. Ande, abuela, invéntenos otro chiste... o acepte un cigarrillo.

—Perdóneme, señora —dijo la Cibot—, pero estoy demasiado apenada para continuar esta conversación; tengo a mis dos señores muy enfermos... y para poderles alimentar y evitarles preocupaciones he tenido que empeñar hasta la ropa de mi marido... sí, sí, esta misma mañana, aquí traigo el recibo...

—¡Oh, el asunto se pone dramático! —exclamó la bella Héloïse—. ¿De qué se trata?

—La señora —siguió la Cibot— ha entrado aquí...

—Como una primera bailarina —dijo Héloïse—. Ande, siga, yo le apunto...

—¡Vamos, vamos, que tengo trabajo! —dijo Gaudissart—. Basta de bromas. Héloïse, la señora es la mujer de confianza de nuestro pobre director de orquesta que se está muriendo; venía a decirme que no contáramos más con él; y yo me quedo sin nadie.

—¡Pobre hombre! Hay que dar una representación en beneficio suyo.

—Esto sería su ruina —dijo Gaudissart—, al día siguiente podría deber quinientos francos a los asilos, que en París no reconocen más pobres que a los suyos. No, mire, buena mujer, ya que usted se presenta como candidata para el premio Montyon...

Gaudissart hizo sonar la campanilla e inmediatamente se presentó el empleado.

—Diga al cajero que me traiga un billete de mil francos. Usted siéntese, señora.

—¡Ah, pobre mujer! Ahora se pone a llorar... —exclamó la bailarina—. ¡Vaya! ¡Vamos, mujer, ya iremos a verle, consuéllese...! Oye, tú, primo —dijo al director llevándole a un rincón—; tú quieres que yo tenga el primer papel del ballet de Ariana. Te vas a casar y ya sabes lo que puedo perjudicarte...

—Héloïse, tengo el corazón forrado de cobre, como una fragata...

—¡Voy a sacar a relucir hijos tuyos! Ya los encontraré.

—Yo ya he confesado nuestras relaciones.

—Anda sé buen chico, da la plaza de Pons a Garangeot; este pobre muchacho tiene talento, y está sin un céntimo; te prometo la paz.

—Pero espera a que Pons se muera... El pobre a lo mejor todavía sale de ésta.

—¡Ah, no, esto sí que no, señor director! —dijo la Cibot—. Desde la noche pasada que ya ha perdido el juicio, delira. Desgraciadamente, dentro de poco todo habrá terminado.

—Además, Garangeot puede sustituirle provisionalmente —dijo Héloïse—; tiene a toda la prensa a su lado...

En este momento entró el cajero llevando en la mano dos billetes de quinientos francos.

—Déselos a la señora —dijo Gaudissart—. Adiós, buena mujer, cuide bien al pobre Pons, y dígale que iré a verle, mañana o uno de estos días... cuando pueda.

—Un hombre al agua —dijo Héloïse.

—¡Ah, señor director! Corazones como el de usted sólo se encuentran en el teatro. ¡Que Dios le bendiga!

—¿A qué cuenta se pone esto? —preguntó el cajero.

—Ahora le firmo el comprobante; póngalo en la cuenta de las gratificaciones.

Antes de salir, la Cibot hizo una digna reverencia a la bailarina, y aún pudo oír esta pregunta que hizo Gaudissart a su antigua amante:

—¿Crees que Garangeot sería capaz de hacerme la música de nuestro ballet de los Mohicanos en doce días? Si me saca de este apuro, él será el sucesor de Pons.

LI

Castillos en el aire

La portera, mejor recompensada por haber causado tanto mal que si hubiese hecho una buena acción, suprimió así todos los ingresos de los dos amigos, privándoles de sus medios de subsistencia, en el caso de que Pons recobrara la salud. Esta páfida maniobra debía llevar en pocos días al resultado que deseaba la Cibot, la venta de los cuadros codiciados por Élie Magus. Para llevar a cabo esta primera expoliación, la Cibot debía adormecer al temible colaborador que ella misma se había buscado, el abogado Fraisier, y lograr una total discreción de Élie Magus y de Rémonencq.

En cuanto al auvernés, había llegado paulatinamente a concebir una de estas pasiones propias de la gente sin instrucción que llega del último rincón de una provincia a París con las ideas fijas que inspira la soledad en el campo, con la ignorancia de las naturalezas primitivas y la brutalidad de sus deseos, que se convierten en obsesiones. La belleza hombruna de la señora Cibot, su vivacidad, su ingenio de verdulera, habían sido objeto de la atención del chamarilero, que quería hacer de ella su concubina, quitándosela a Cibot, especie de bigamia que en París, entre las clases inferiores, es mucho más corriente de lo que suele creerse. Pero la avaricia era como un nudo corredizo que apretaba cada vez más el corazón y terminaba por ahogar todo raciocinio. Y así Rémonencq, calculando en unos cuarenta mil francos los beneficios de Élie Magus y los suyos propios, pasó del delito al crimen, al desear tener a la Cibot por legítima esposa. Este amor, puramente especulativo, le llevó, en sus largas meditaciones de fumador, apoyado en el marco de su puerta, a desear la muerte del sastrecillo. Veía su capital casi triplicado, pensaba en la excelente comerciante que sería la Cibot y en el buen papel que haría en una magnífica

tienda en el bulevar. Esta doble codicia ofuscaba a Rémonencq. Alquilaba una tienda en el bulevar de la Madeleine, la llenaba de las antigüedades más valiosas de la colección del difunto Pons. Tras haber nadado en oro y haber visto millones en las espirales azules de su pipa, se despertaba cara a cara con el sastrecillo, que barría el patio, la puerta y la calle en el momento en que el auvernés abría su tienda y ordenaba su escaparate; porque, desde que Pons cayó enfermo, Cibot sustituía a su mujer en las funciones que ella se había atribuido. El auvernés consideraba, pues, a aquel sastrecillo de tez olivácea, cobriza, y de silueta achaparrada, como el único obstáculo que se oponía a su felicidad, y se preguntaba cómo podría desembarazarse de él. Esta pasión, cada vez más intensa, halagaba extraordinariamente a la Cibot, que tenía ya una edad en la que las mujeres empiezan a pensar que pueden envejecer.

Una mañana, la Cibot, poco después de levantarse, se quedó contemplando a Rémonencq con aire pensativo, mientras él ordenaba las chucherías de su escaparate, y quiso saber hasta dónde podía llegar su amor.

—¿Qué? —vino a decirle el auvernés—, ¿todo va como usted quiere?

—Es usted quien me preocupa —le respondió la Cibot—. Me está comprometiendo —añadió—, los vecinos acabarán por fijarse en que me pone siempre ojos de cordero degollado.

La portera abandonó la puerta y se adentró en las profundidades de la tienda del auvernés.

—¡Menuda cosa! —dijo Rémonencq.

—Acérquese, que tengo que hablarle —dijo la Cibot—. Los herederos del señor Pons empezarán a moverse, y son capaces de darnos mucho que hacer. Sabe Dios lo que podría pasarnos si enviasen picapleitos que lo husmearan todo como perdigueros. Yo sólo puedo decidir al señor Schmucke a que venda algunos cuadros si usted me ama lo suficiente como para guardar el secreto... ¡pero eso sí, un secreto de veras! Que ni aunque le pongan el cuello bajo el tajo diga ni una palabra... Ni de dónde han salido los cuadros, ni quién los ha vendido... ¿Me comprende? Una vez muerto y enterrado el señor Pons, nadie va a notar la diferencia si encuentran cincuenta y tres cuadros en vez de sesenta y siete... Además, si el señor Pons lo ha vendido mientras vivía, nadie puede protestar.

—Bueno —respondió Rémonencq—, a mí esto me da igual; pero el señor Élie Magus querrá sus recibos en regla.

—¡También tendremos los recibos, caray! ¿O cree que voy a ser yo quien se los haga? ¡Será el señor Schmucke! Pero usted tiene que decir a este judío —siguió la portera— que sea tan discreto como nosotros.

—Seremos mudos como tumbas. Esto lo da el oficio. Yo sé leer, pero no sé escribir, y por esto necesito a una mujer instruida e inteligente como usted... Hasta ahora sólo he pensado en ahorrar para la vejez, pero ahora quisiera tener pequeños Rémonencqs... ¡Plante de una vez a Cibot!

—Aquí está el judío —dijo la portera—, vamos a ponernos de acuerdo con él.

—Señora —dijo Élie Magus, que venía cada tres días, a primera hora de la mañana, para saber cuándo podría comprar sus cuadros—, ¿cómo van las cosas?

—¿No ha habido nadie que le haya ido a hablar del señor Pons y de sus chuncherías? —le preguntó la Cibot.

—Sí —respondió Élie Magus—, he recibido una carta de un abogado; pero como es un tipo que me parece que es uno de estos intermediarios modestos, y yo desconfío de esta gente, no le he contestado. Al cabo de tres días ha venido a verme y me ha dejado una tarjeta; le he dicho a mi portera que siempre que venga le diga que no estoy en casa...

—Es usted un encanto de judío —dijo la Cibot, que todavía no conocía bien la prudencia de Élie Magus—: Pues bien, hijos míos, dentro de pocos días, yo haré que el señor Schmucke les venda siete u ocho cuadros, diez como máximo; pero con dos condiciones. La primera, un secreto absoluto. Será el señor Schmucke quien le llame, ¿de acuerdo, señor Magus? Y será el señor Rémonencq quien le propondrá al señor Schmucke como comprador. En resumen, pase lo que pase, yo no tendré nada que ver con el asunto. ¿Está usted dispuesto a dar cuarenta y seis mil francos por los cuatro cuadros?

—Bueno —respondió el judío suspirando.

—Perfectamente —siguió la portera—. La segunda condición es la de que usted me entregue cuarenta y tres mil, y que sólo pague tres mil al señor Schmucke; Rémonencq comprará cuatro por dos mil francos, y me entregará el resto... Pero luego, mi querido señor Magus, después de esto, yo conseguiré que usted y Rémonencq hagan un gran negocio, a condición de que nos repartamos los beneficios entre los tres. Yo le llevaré a casa de este abogado, o el abogado vendrá aquí. Usted valorará todo lo que hay en la casa del señor Pons, al precio que usted puede pagarlo, a fin de que el señor Fraisier tenga la seguridad de que la herencia vale la pena. Sólo que es necesario que no venga hasta que hayamos vendido estos cuadros, ¿me comprende?

—Comprendido —dijo el judío—; pero se necesita tiempo para ver los objetos y fijar el precio.

—Tendrá usted medio día. No se preocupe, esto es asunto mío... Discutan

el negocio entre los dos, hijos míos; pasado mañana se cerrará el trato. Yo voy a hablar con este Fraisier, porque él sabe todo lo que pasa aquí por el doctor Poulain, y hay que ir con mucho tiento para hacer que ese pájaro se esté quietecito.

A medio camino entre la calle de Normandía y la calle de la Perle, la Cibot encontró a Fraisier que iba a verla a su casa, tanta era su impaciencia por conocer, según su propia expresión, los factores que intervenían en aquel caso.

—¡Vaya! Precisamente iba a verle —dijo ella.

Fraisier se quejó de que Élie Magus no le hubiese recibido; pero la portera apagó el brillo de desconfianza que apuntaba en los ojos del leguleyo, diciéndole que Magus volvía ahora de un viaje, y que, pasado mañana, a más tardar, ella le procuraría una entrevista en el piso de Pons, para establecer el valor de la colección.

—Ponga toda su confianza en mí —le respondió Fraisier—. Es más que probable que yo me encargue de defender los intereses de los herederos del señor Pons; y en esta posición me será mucho más fácil ayudarla.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono tan seco que la Cibot se estremeció. Aquel abogado famélico debía maniobrar por su lado, como ella lo hacía por el suyo; se decidió, pues, a apresurarse a vender los cuadros. La Cibot no se equivocaba en sus conjeturas. El abogado y el médico habían hecho el gasto de un traje nuevo para Fraisier a fin de que pudiera presentarse dignamente vestido en casa de la señora presidenta Camusot de Marville. El tiempo requerido por la confección de este traje, era la única causa de que aún no se hubiese celebrado esta entrevista, de la que dependía el futuro de los dos amigos.

Después de visitar a la señora Cibot, Fraisier se proponía ir a probarse el vestido, el chaleco y el pantalón. Encontró estas prendas completamente listas. Volvió a su casa, se puso una peluca nueva, y se dirigió en cabriolé de alquiler, hacia las diez de la mañana, hacia la calle de Hannover, donde esperaba obtener audiencia de la presidenta. Fraisier, con corbata blanca, guantes amarillos y peluca nueva, perfumado con agua de Portugal, parecía uno de esos venenos que se guardan en un frasco de cristal tapado con una piel blanca, y en el que todo, desde la etiqueta hasta el hilo mismo, es bonito, y el conjunto produce todavía una impresión de mayor peligrosidad. Su aire decidido, su cara granujenta, su enfermedad de la piel, sus ojos verdes, su aspecto de malignidad, contrastaban como las nubes en un cielo azul. En su despacho, tal como se había mostrado a los ojos de la Cibot, era el vulgar cuchillo con el que un asesino ha cometido un crimen; pero, en la puerta de la casa de la presidenta, era el puñal elegante que una joven guarda en su pequeño dunkerque.

LII

Las mieles de Fraasier

En la calle de Hannover se había producido un gran cambio. El vizconde y la vizcondesa Popinot, el ex ministro y su esposa, no habían consentido que el presidente y la presidenta alquilasen una casa y abandonasen la que daban como dote a su hija. El presidente y su esposa se instalaron, pues, en el segundo piso, que había quedado libre debido a que la anciana se retiraba al campo a pasar allí los años que le quedaran de vida. La señora Camusot, que conservaba a Madeleine Vivet, la cocinera y el criado, volvía a las estrecheces del punto de partida, estrecheces dulcificadas por un piso de cuatro mil francos sin alquiler y por un sueldo de diez mil francos. Esta áurea mediocritas satisfacía ya muy poco a la señora de Marville, que deseaba una fortuna en armonía con su ambición; pero la cesión de todos los bienes a su hija significaba que el presidente quedaba incapacitado para presentarse a las elecciones. Por lo tanto Amélie quería que su marido fuese diputado, ya que no renunciaba fácilmente a sus planes, y no desesperaba de obtener la elección del presidente en el distrito al que pertenecía Marville. Hacía dos meses que no dejaba de atormentar al barón Camusot, ya que el nuevo par de Francia había obtenido la dignidad de barón, para arrancarle cien mil francos en concepto de adelanto sobre la herencia, según decía ella, a fin de comorar una pequeña propiedad enclavada en la de Marville, que producía unos dos mil francos limpios de impuestos. Allí, ella y su marido podrían vivir en una casa propia, junto a sus hijos; todo redundaría en beneficio de las tierras de Marville, que se verían así incrementadas. La presidenta esgrimía ante su suegro el argumento de la estrechez en que se veía obligada a vivir por haber casado a su hija con el vizconde Pooinot, y preguntaba al anciano cómo podía cerrar a su hijo primogénito el camino a los honores supremos de la magistratura, que sólo lograría alcanzar teniendo una fuerte posición parlamentaria, y su marido sabría lograrla y hacerse temer de los ministros.

—Esta gente sólo hace concesiones a los que les aprietan el cuello con la corbata hasta hacerles sacar la lengua —decía—. ¡Son unos ingratos! ¡Tanto como deben a Camusot! ¡Él, que al oponerle a las ordenanzas de Julio, hizo subir al trono a la casa de Orleáns!

El anciano argüía que había invertido en los ferrocarriles mucho más dinero de lo que le permitían sus posibilidades, y aplazaba esta liberalidad, cuya necesidad por otra parte admitía, hasta una previsible alza en las acciones.

Esta semipromesa, arrancada pocos días antes, había sumido en la desolación a la presidenta. Era difícil que el ex propietario de Marville pudiera presentarse a las reelecciones de la Cámara, ya que para entonces aún no disponía de bienes suficientes.

Fraisier llegó sin obstáculos hasta Madeleine Vivet. Las dos naturalezas de víbora se reconocieron como dignas de haber salido del mismo huevo.

—Señorita —dijo Fraisier melosamente—, desearía que la señora presidenta me concediese un momento de audiencia para tratar de un asunto personal y que concierne a su fortuna; se trata, no olvide decírselo, de una herencia... No tengo el honor de haber sido presentado a la señora presidenta, y por lo tanto mi nombre no significaría nada para ella... No tengo costumbre de efectuar visitas profesionales, pero sé la consideración que se debe a la esposa de un presidente, y me he tomado la molestia de venir yo mismo, tanto más cuanto el asunto no admite la más ligera demora.

La cuestión planteada en estos términos, repetida y ampliada por la camarera, naturalmente suscitó una respuesta favorable. Aquel momento era decisivo para las dos ambiciones que animaban a Fraisier. Y a pesar de su intrepidez de abogadillo de provincias, tajante, áspero e incisivo, sintió lo que sienten los generales al comenzar una batalla de la que depende el éxito de la campaña. Al pasar al saloncito en el que le esperaba Amélie, lo que ningún sudorífico, ni aun los más enérgicos, había logrado conseguir en aquella piel refractaria y obturada por horribles males, se produjo espontáneamente: sintió un ligero sudor en la espalda y en la frente.

—Aunque no logre la fortuna —se dijo— estoy salvado, porque Poulain me prometió la salud el día en que se restableciese la transpiración... Señora —dijo al ver a la presidenta, que hizo su aparición en négligé.

Y Fraisier se interrumpió para saludar con esa atención que, en los letrados, indica el reconocimiento del rango superior de la persona a la que se dirigen.

—Siéntese, por favor —dijo la presidenta, reconociendo inmediatamente a un hombre perteneciente al mundillo de los tribunales.

—Señora presidenta, si me he tomado la libertad de dirigirme a usted para un asunto de intereses que concierne al señor presidente, es porque tengo la seguridad de que el señor de Marville, por la alta posición que ocupa, quizá dejaría que las cosas siguieran su curso, perdiendo así setecientos u ochocientos mil francos, que las señoras, que a mi juicio, entienden en asuntos privados mucho más que los mejores magistrados, no desdeñarían...

—Ha hablado usted de una herencia... —dijo la presidenta interrumpiéndole.

Amélie, deslumbrada por la cifra, y queriendo ocultar su asombro y su dicha, imitaba a los lectores impacientes ávidos por conocer el desenlace de una novela.

—Sí, señora presidenta, de una herencia perdida para ustedes, sí, totalmente perdida, pero que yo puedo, que yo sabré hacer que vaya a sus manos.

—Le ruego que se explique, caballero —dijo fríamente la señora de Marville, midiendo y examinando a Fraisier con su sagaz mirada.

—Señora presidenta, yo ya conozco sus eminentes dotes... soy de Mantes. El señor Leboeuf, presidente del tribunal, y amigo del señor de Marville, puede darle informes de mí.

La presidenta dio un respingo tan cruelmente significativo que Fraisier se vio obligado a abrir y cerrar rápidamente un paréntesis en su discurso.

—Una dama tan distinguida como usted, comprenderá en seguida por qué empiezo hablándole de mí mismo. Es el camino más corto para llegar a la herencia.

La presidenta, sin despegar los labios, respondió a esta fina observación con un gesto.

—Yo era procurador en Mantes —siguió diciendo Fraisier, a quien el gesto autorizaba a contar su historia—, y mi puesto debía ser toda mi fortuna, ya que estaba en tratos para adquirir el bufete del señor Levroux, a quien sin duda conoce usted...

La presidenta asintió con la cabeza.

—Con la suma que me habían prestado y unos diez mil francos míos, abandoné el bufete de Desroches, uno de los procuradores más competentes de París; con él había estado de primer pasante durante seis años. Tuve la desgracia de contrariar al fiscal de Mantes, el señor...

—Olivier Vinet.

—Exactamente, el hijo del procurador general. Él cortejaba a una damita...

—¿Cómo?

—... la señora Vatinelle...

—¡Ah! La señora Vatinelle... Era muy linda y muy... En mi época...

—Esta dama me distinguió con sus favores; inde irae —siguió diciendo Fraisier—. Yo era activo, quería devolver el dinero a mis amigos y casarme; necesitaba trabajo, y lo buscaba; pronto tuve yo sólo más casos que todos los demás colegas... Sí, tuve en contra a los procuradores de Mantes, a los

notarios y hasta a los escribanos. Me declararon la guerra. Ya sabe usted que en nuestra terrible profesión, cuando se quiere perder a un hombre, es fácil conseguirlo. Me sorprendieron ocupándome de un pleito en el que representaba a las dos partes. Es algo un poco irregular; pero en ciertas ocasiones en París se hace, y los procuradores lo toleran por aquello de hoy por ti, mañana por mí. Pero en Mantes es distinto. El señor Bouyonnet, a quien yo ya había prestado este pequeño servicio, empujado por sus colegas y estimulado por el fiscal, me traicionó... Ya ve usted que no le oculto nada. Hubo un gran escándalo. Para todos yo era un granuja, me dejaban peor que a Marat. Me obligaron a vender y lo perdí todo. Me instalé en París, donde he intentado abrir bufete, pero el mal estado de mi salud apenas me permite tener dos horas buenas de cada veinticuatro. Hoy sólo tengo una ambición, muy modesta. Usted quizá sea un día la esposa de un ministro de Gracia y Justicia, o de un primer presidente de la audiencia. Pero yo, pobre y enfermo, no tengo más deseo que tener un lugar donde terminar tranquilamente mis días, un rinconcito, un puesto para vegetar. Quiero ser juez de paz en París. Para usted y para el señor presidente, es una bagatela obtener mi nombramiento, porque deben hacer ya mucha sombra al actual ministro, y seguramente estará deseoso de atender una petición suya... Pero esto no es todo —añadió Fraisier, al ver que la presidenta se disponía a hablar y le hacía un gesto—. Tengo mucha amistad con el médico del anciano de quien el señor presidente tendría que heredar. Ya ve que nos acercamos a nuestro asunto... Este médico, cuya cooperación es indispensable, está en la misma situación en que usted me ve: con talento y sin suerte... Por él he sabido hasta qué punto se lesionaban los intereses de ustedes, porque en el momento en que le hablo es probable que todo haya terminado, que el testamento que desherede al señor presidente esté ya firmado... Este médico desea ser nombrado médico jefe de un hospital o de los colegios reales; en fin, usted ya me comprende, necesita un puesto en París equivalente al mío... Le ruego que me disculpe por tratar estos dos puntos tan delicados, pero es preciso que en nuestro acuerdo no haya la menor ambigüedad. Por otra parte, el médico de que le hablo es un hombre de mucho prestigio y de grandes conocimientos, que ha salvado la vida al señor Pillerault, tío segundo del yerno de usted, el señor vizconde Popinot. Si usted tiene la bondad de prometerme estos dos puestos, el del juez de paz y el cargo médico para mi amigo, yo le aseguro que conseguiré que esta herencia vaya a parar a sus manos casi intacta... Digo casi intacta, porque estará gravada por los compromisos que habrá que contraer con el legatario y con varias personas más cuyo concurso nos será absolutamente indispensable. Usted no cumplirá sus promesas hasta que yo haya cumplido las mías.

Condiciones del trato

La presidenta que se acababa de cruzar de brazos como una persona obligada a escuchar un sermón, los descruzó, miró a Fraisier y le dijo:

—Caballero, posee usted la virtud de la claridad para todo lo que le concierne, pero por lo que respecta a mí, es usted de una oscuridad...

—Bastarán dos palabras para aclararlo todo —dijo Fraisier—. El señor presidente es el único heredero en tercer grado del señor Pons. El señor Pons está muy enfermo, va a testar, si es que no lo ha hecho ya, en favor de un alemán amigo suyo llamado Schmucke, y el importe de esta herencia será de más de setecientos mil francos. Dentro de tres días espero contar con referencias exactas acerca de la cifra...

—Siendo así —se dijo la presidenta, abrumada por la posibilidad de esta suma—, he cometido un gran error peleándome con él y colmándole de...

—No, señora mía, porque de no ser por esta ruptura, estaría más alegre que unas pascuas y nos enterraría a todos, a usted, al señor presidente y a mí... Los designios de la Providencia son inescrutables —añadió para enmascarar todo lo odioso de aquella idea—. ¡Qué vamos a hacerle! En nuestra profesión se va a lo positivo de las cosas. Ahora puede usted comprender por qué en el alto puesto que ocupa el señor presidente Marville, no haría nada, no podría hacer nada en la situación actual. Está peleado a muerte con su primo, ustedes no ven nunca a Pons, le han expulsado de la sociedad; sin duda tienen razones de peso para obrar así; pero ahora este infeliz está enfermo y lega sus bienes a su único amigo. Un presidente del tribunal real de París nada puede contra un testamento en debida forma hecho en semejantes circunstancias. Pero, entre nosotros, es muy desagradable cuando se tiene derecho a una herencia de setecientos u ochocientos mil francos... ¡quién sabe!, quizá un millón, y se es el único heredero designado por la ley, quedarse sin nada... Sólo que, para conseguirlo, es forzoso recurrir a intrigas muy bajas; estos casos son tan difíciles, tan delicados, hay que enfrentarse con gente tan inferior, con criados, con subordinados, y hay que seguir los acontecimientos tan de cerca, que ningún procurador, ningún notario de París puede encargarse de un asunto como éste. Esto pide un abogado sin pleitos, como yo, de competencia probada, real, de fidelidad segura, y cuya situación, precaria, le ponga al mismo nivel que el de toda esta gente. En mi distrito me ocupo de los pleitos de los pequeños burgueses, de los obreros, de la gente del pueblo... Sí, ésta es la situación en que me ha puesto la enemistad de un fiscal hoy sustituto en París, que no me perdonó mi superioridad. Señora, yo sé cómo es usted, sé cuál es la firmeza de su protección, y en este servicio que puedo prestarle he creído ver el fin de mis desdichas y el triunfo de mi amigo el doctor Poulain...

La presidenta se quedó pensativa. Fue un momento de indecible angustia para Fraisier. Vinet, uno de los oradores del centro, procurador general desde hacía dieciséis años, diez veces designado para vestir la toga de canciller, padre del fiscal de Mantes nombrado sustituto en París desde hacía un año, era un enemigo para la rencorosa presidenta... El altivo procurador general no ocultaba su desprecio por el presidente Camusot. Fraisier ignoraba y debía ignorar esta circunstancia.

—¿No tiene nada más sobre la conciencia que el hecho de haber defendido a las dos partes de un pleito? —preguntó mirando fijamente a Fraisier.

—La señora presidenta puede pedir informes al señor Leboeuf; el señor Leboeuf estaba a mi favor.

—¿Está seguro de que el señor Leboeuf dará buenos informes de usted al señor de Marville y al señor conde Popinot?

—Yo respondo de ello, sobre todo dado que el señor Olivier Vinet ya no está en Mantes; porque, entre nosotros, este magistradillo seco daba miedo al buen señor Leboeuf. Además, señora presidenta, si me lo permite, iré a Mantes, a ver al señor Leboeuf. Esto no retrasará nada, ya que no sabré nada seguro sobre la cifra de la herencia hasta dentro de dos o tres días. Quiero y debo ocultar a la señora presidenta todos los resortes de este asunto; pero la recompensa que espero premiará mi absoluta fidelidad, ¿acaso no es la mejor garantía del éxito?

—De acuerdo, disponga en favor suyo al señor Leboeuf, y si la herencia tiene la importancia que usted afirma, de lo cual yo dudo, le prometo las dos plazas, desde luego, sólo en caso de éxito.

—Yo respondo de ello. Sólo que espero que tenga la bondad de hacer venir aquí a su notario y a su procurador cuando les necesite, de darme una procuración para obrar en nombre del señor presidente y de decir a estos señores que sigan mis instrucciones y que no tomen ninguna iniciativa por su cuenta.

—Ya que tiene la responsabilidad —dijo solemnemente la presidenta—, debe tener también la omnipotencia. Pero ¿está muy enfermo el señor Pons? —preguntó sonriendo.

—A decir verdad, saldría de ésta, sobre todo asistiéndole un hombre tan competente como el doctor Poulain, porque mi amigo no es más que un inocente espía dirigido por mí en favor de los intereses de usted, y es capaz de salvarle; pero el enfermo tiene a su lado a una portera que por ganarse treinta mil francos le empujaría a la fosa. No es que vaya a matarle, no le dará arsénico, no es tan compasiva, hará algo mucho peor, le asesinará moralmente, le hará sufrir mil inquietudes cada día. El pobre viejo, en una atmósfera de

silencio, de tranquilidad, bien cuidado, mimado por amigos, en el campo, se restablecería; pero acorralado por una señora Evrard que en su juventud fue una de las treinta ostras más bellas que ha celebrado París, ávida, charlatana y brutal, atormentado por ella para hacer un testamento en el que salga muy aventajada, el enfermo terminará fatalmente con un endurecimiento de hígado, quizá en este mismo momento se le están formando cálculos, y para extraerlos habrá que recurrir a una operación que no podrá resistir... El doctor, que tiene tan buen corazón... está en una situación difícilísima. Tendría que hacer despedir a esta mujer...

—¡Si es una arpía, un monstruo! —exclamó la presidenta aflautando la voz.

Esta semejanza entre la terrible presidenta y él mismo hizo sonreír interiormente a Fraasier, que sabía a qué atenerse acerca de estas suaves modulaciones ficticias de una voz agria por naturaleza. Se acordó de aquel presidente, protagonista de uno de los cuentos de Luis XI, que este monarca firmó con la última palabra. Este magistrado, casado con una mujer cortada por el patrón de la de Sócrates, y careciendo de la filosofía de este hombre ilustre, hizo mezclar sal con la avena de sus caballos ordenando que se les privara de agua. Cuando su mujer salió a pasear por la orilla del Sena, los caballos se precipitaron hacia el agua para beber y el magistrado dio gracias a la Providencia que de un modo tan natural le había librado de su mujer. En aquellos momentos, la señora de Marville daba gracias a Dios por haber puesto junto a Pons a una mujer que les libraba honradamente de él.

—Yo no aceptaría un millón —dijo— a cambio de un acto reprochable... El amigo de usted debe decir la verdad al señor Pons y hacer que despidan a esta portera.

—Señora, en primer lugar los señores Schmucke y Pons están convencidos de que esa mujer es un ángel y despedirían a mi amigo. Y además esa bárbara ostra es la bienhechora del doctor, fue ella quien le introdujo en casa del señor Pillerault. Él recomienda a esta mujer que trate al enfermo con la máxima delicadeza, pero sus recomendaciones sugieren a la portera los medios de agravar la enfermedad.

—Y ¿qué opina su amigo acerca del estado de mi primo? —preguntó la presidenta.

Fraasier hizo estremecer a la señora de Marville con la precisión de su respuesta y por la lucidez con la que leyó en su corazón, tan ávido como el de la Cibot.

—Dentro de seis semanas se abrirá el testamento. La presidenta bajó los ojos.

—¡Pobre hombre! —dijo intentando en vano adoptar una expresión afligida.

—¿Tiene la señora presidenta algo que decir al señor Leboeuf? Voy a Mantes por ferrocarril.

—Sí, espere un momento, le escribiré una nota invitándole a cenar con nosotros mañana; necesito verle para ponernos de acuerdo a fin de reparar la injusticia de que usted ha sido víctima.

Una vez hubo salido la presidenta, Fraisier, que ya se veía juez de paz, no era el mismo hombre que había entrado en aquella estancia: parecía más corpulento, respiraba a pleno pulmón el aire de la felicidad y los vientos favorables del éxito. Sacaba del ignorado depósito de la voluntad nuevas y fuertes dosis de esta divina esencia, y se sentía capaz, igual que Rémonencq, de un crimen, con tal que no existiesen pruebas, para triunfar. Había abordado audazmente a la presidenta, convirtiendo las conjeturas en realidades, lanzando afirmaciones un poco a ciegas, con el único objeto de que ella le encargase el rescate de esta herencia y le otorgara su protección. Representante de dos inmensas miserias y de deseos no menos inmensos, ahora rechazaba despectivamente su horrible casa de la calle de la Perle. Entreveía mil escudos de honorarios por lo que respectaba a la Cibot, y cinco mil francos en casa del presidente. Aquello significaba tener un piso decoroso. Y finalmente saldaba su deuda con el doctor Poulain. En algunas de estas naturalezas venenosas, agrias y predispuestas a la maldad por el sufrimiento o por las enfermedades, se dan los sentimientos contrarios en un grado igual de violencia: Richelieu era tan buen amigo como enemigo cruel. En agradecimiento a la ayuda que le había prestado Poulain, Fraisier se habría dejado hacer pedazos por él. La presidenta, al volver con una carta en la mano, contempló sin ser vista por él a aquel hombre que soñaba con una vida feliz y desahogada, y le encontró menos feo que la primera vez que había posado su mirada en él; además, iba a servirle, y no se mira con los mismos ojos un instrumento que nos pertenece que el que es del vecino.

—Señor Fraisier —dijo—, usted me ha demostrado que es hombre de talento y le creo capaz de ser franco.

Fraisier hizo un gesto elocuente.

—Pues bien —siguió diciendo la presidenta—, le ruego que conteste con sinceridad a esta pregunta: ¿Es que el señor de Marville o yo vamos a vernos comprometidos como consecuencia de sus gestiones?

—Señora, yo no hubiese venido a verla si un día hubiera podido reprocharme el haber empañado su reputación, aunque la mancha sólo fuese como la cabeza de un alfiler, ya que entonces parecería grande como la luna.

Olvida usted que para llegar a ser juez de paz en París, tengo que dejarla satisfecha. En mi vida ya he recibido una lección y ha sido demasiado dura para que ahora me arriesgue a recibir otro correazo semejante. En fin, una última cosa. Todas mis gestiones, cuando se trate de usted, serán sometidas de antemano a su aprobación...

—Perfectamente. Aquí tiene la carta para el señor Leboeuf. Ahora espero más detalles sobre el valor de la herencia.

—Esto es la clave de todo —dijo maliciosamente Fraisier saludando a la presidenta con toda la gracia que le permitía su fisonomía.

—¡Qué golpe de suerte! —se dijo la señora Camusot de Marville—. ¡Ah! ¡Voy a ser rica! Camusot será diputado porque dejaremos a este Fraisier en el distrito de Bolbec y nos obtendrá la mayoría. ¡Qué instrumento!

—¡Qué golpe de suerte! —se decía Fraisier bajando por la escalera—. ¡Y menuda comadre la señora Camusot! Yo necesitaría una mujer con estas dotes. Y ahora ¡manos a la obra!

Y partió para Mantes, donde necesitaba obtener el apoyo de un hombre al que apenas conocía; pero contaba con la señora Vatinelle, a quien desgraciadamente debía todos sus infortunios, y las penas de amor son a menudo como la letra de cambio protestada de un buen deudor, que lleva intereses.

LIV

Aviso a los solterones

Tres días más tarde, mientras Schmucke dormía, ya que la señora Cibot y el anciano músico se dividían ya la tarea de atender y velar al enfermo, la portera había tenido lo que ella llamaba una agarrada con el pobre Pons. No será ocioso recordar aquí una de las tristes características de la hepatitis. Los enfermos que sufren del hígado están predispuestos a la impaciencia, a la cólera, y estas cóleras les alivian momentáneamente; igual que en el acceso de fiebre, se siente surgir dentro de sí fuerzas excesivas. Una vez pasado el acceso, llega el abatimiento, el collapsus, como dicen los médicos, y el desgaste que ha tenido el organismo se aprecia entonces en toda su gravedad. Y así, en las enfermedades del hígado, y sobre todo en aquellas cuya causa reside en grandes disgustos, el paciente, después de una gran excitación, cae en un estado de abatimiento que puede ser muy peligroso, teniendo en cuenta que está sometido a una dieta severa. Es una especie de fiebre que agita el mecanismo de los humores del hombre, ya que esta fiebre no está localizada ni

en la sangre ni en el cerebro. Esta desazón general origina una melancolía en la que el enfermo siente odio por sí mismo. En esta situación, cualquier cosa puede producir un peligroso estado de irritación. La Cibot, a pesar de las recomendaciones del doctor, no creía, como mujer del pueblo sin experiencia ni instrucción, en estos desarreglos del sistema nervioso por el sistema humoral. Las explicaciones del señor Poulain para ella eran ideas de médico. Como toda la gente sencilla, lo que quería a toda costa era alimentar a Pons, y para impedirle que le diera a escondidas jamón, una buena tortilla o chocolate de vainilla, hubiera sido preciso que el doctor Poulain le dijese una frase tan tajante como:

—Dé al señor Pons un solo cachito de cualquier cosa y le matará como si le disparara con una pistola.

La testarudez de las clases populares por lo que respecta a esta cuestión es tan grande, que la repugnancia de los enfermos por ir al hospital se debe a que el pueblo cree que allí matan a la gente porque no dan de comer. La mortalidad causada por los víveres que las mujeres pasan ocultamente a sus maridos era tan grande, que los médicos tomaron la decisión de ordenar un registro de extrema severidad los días en que las familias iban a visitar a los enfermos. La Cibot, para provocar una disputa momentáneamente necesaria a la realización de sus beneficios inmediatos, contó su visita al director del teatro, sin olvidar su agarrada con la señorita Héloïse, la bailarina.

—Pero ¿qué ha ido a hacer allí? —le preguntó por tercera vez el enfermo, que no podía frenar a la Cibot, una vez iniciado el torrente de palabras.

—Y entonces, cuando yo le he dicho lo que se merecía, la señorita Héloïse, al ver quién era, ha bajado velas y nos hemos hecho la mar de amigas... ¿Decía usted que qué he ido a hacer al teatro? —elijo repitiendo la pregunta de Pons.

Hay charlatanes, y éstos son los charlatanes de genio, que recogen de este modo las interpelaciones, las objeciones y las observaciones, y se las reservan para alimentar su verborrea; como si el manantial de su palabrería pudiera llegar a secarse.

—Pues he ido para sacar del apuro al pobre señor Gaudissart; necesita una partitura para un ballet, y como usted no está en condiciones de garabatear en el papel y resolver el problema... He oído decir que iban a llamar a un tal señor Garangeot para poner música a los Mohicanos...

—¡Garangeot! —exclamó Pons furioso—, ¡Garangeot, un hombre sin ningún talento a quien yo no quise por primer violín! Tiene mucho ingenio y escribe muy bien crónicas de música en los periódicos, pero me gustaría verle componiendo una partitura... ¿Y por qué diablos ha tenido que ir al teatro?

—¿Será obstinado este demonio de hombre? Vamos a ver, no nos subamos por las paredes como las moscas... ¿Se ve con ánimos de escribir música en el estado en que se encuentra? Pero ¿se ha mirado al espejo? ¿Quiere un espejo? Pero si no tiene más que la piel y los huesos... está débil como un gorrión... y se ve capaz de trabajar... pero si ni mis facturas podría hacer... Esto me recuerda que tengo que subir a ver a la del tercero, que nos debe diecisiete francos... y diecisiete francos no son de despreciar; después de pagar la cuenta del boticario, no nos quedan ni veinte francos... Había que decirle a este señor, que tiene el aire de ser muy buena persona, el señor Gaudissart quiero decir... Me gusta este nombre... es todo un Roger Bontemps que me convendría... ¡Éste sí que nunca tendrá piedras en el hígado...! Pues había que decirle en qué estado se encontraba usted... Vaya, como usted está enfermo, temporalmente le ha buscado un sustituto...

—¡Un sustituto! —exclamó Pons con voz tunante, mientras se incorporaba en la cama.

En general los enfermos, sobre todo los que están ya al alcance de la guadaña de la Muerte, se aferran a sus puestos con la misma ansia que muestran los principiantes para obtenerlos. Al pobre moribundo su sustitución le pareció ya un anticipo de la muerte.

—El doctor me ha dicho —siguió— que voy mejorando mucho, y que dentro de poco reemprenderé la vida normal. ¡Usted me ha arruinado, me ha asesinado!

—¡Bah, bah! —protestó la Cibot—. ¡Ya estamos disparatando! ¡Vaya, de modo que soy su verdugo, ¿no?, y éstos son los piropos que me dedica con el señor Schmucke apenas vuelvo la espalda! ¡Ya oigo lo que dice de mí, ya! ¡Es usted un monstruo de ingratitud!

—¿Pero cómo no se da cuenta de que si yo dejo pasar así, aunque sólo sean quince días de convalecencia, cuando vuelva me dirán que estoy viejo, que estoy chocho, que soy de otra época, que soy Imperio, roció? —exclamó el enfermo, que quería vivir—. Garangeot se habrá hecho amigos en el teatro, conocerá a todo el mundo, desde el de la taquilla hasta los de las luces. Habrá bajado el tono para una actriz que no tendrá voz, habrá lamido las botas al señor Gaudissart; gracias a sus amigos, habrá publicado los elogios de todo el mundo en los periódicos; y, créame, señora Cibot, que en un antro como aquél, se sabe encontrar piojos hasta en la cabeza de un calvo... ¿Pero por qué diablos ha tenido que ir al teatro?

—¡Pero, hombre de Dios, el señor Schmucke ha discutido el asunto conmigo durante ocho días! ¿Qué quiere usted? ¡Cómo se ve que sólo piensa en sí mismo! ¡Es usted un egoísta capaz de dejar morir a los que le cuidan! ¡Pero si el pobre del señor Schmucke hace un mes que se está quedando en los huesos,

que anda como un fantasma, que ya no puede ir a ninguna parte, ni dar clases, ni trabajar en el teatro...! ¿O es que usted no ve nada? Él le vela por la noche, y yo le reemplazo durante el día. A estas alturas, si yo pasase las noches en blanco, como hacía al principio, cuando creía que lo de usted no sería nada, tendría que dormir durante el día... Y entonces, ¿quién iba a hacer la casa y la comida y todo? ¿Eh? Pues va se sabe, la enfermedad es la enfermedad... ea...

—No es posible que a Schmucke se le haya ocurrido esto...

—¡Anda! ¿Pues qué quiere usted? ¿Que esto haya salido de mi caletre? ¿Se cree que somos de hierro? Si el señor Schmucke hubiese seguido dando siete u ocho clases, y trabajando en el teatro todos los días de seis y media a once y media, dirigiendo la orquesta, en diez días lo enterrábamos... ¿Quiere usted que se nos muera este hombre que es bueno como el pan, que sería capaz de dar la vida por usted? Por la memoria de mi madre, que en mi vida he visto un enfermo como usted... ¿Qué ha hecho del sentido común, lo ha empeñado en el monte de piedá? Aquí todos nos matamos por usted, se hace todo con la mejor intención, y el señor no está contento... ¿Qué quiere? ¿Volvernos locos de atar? Yo, para empezar, ya estoy derrengada, y a ver qué va a venir luego...

La Cibot podía hablar sin obstáculos, ya que la cólera impedía a Pons pronunciar ni una palabra; se retorció en la cama, articulaba interjecciones penosamente, se moría. Como siempre, al llegar a esta fase, la disputa se resolvía bruscamente en mieles de afecto. La portera se precipitó; sobre el enfermo, le cogió por la cabeza, le obligó a tenderse y le arrojó con el cobertor.

—¡A quién se le ocurre ponerse de este modo! Pero hombre de Dios, acuérdesse de que está enfermo; es lo que dice el bueno del señor Poulain. Vamos, cálmese; sea bueno, hombre. Si es usted el encanto de todos los que le conocen, hasta el doctor viene a verle dos veces al día. ¿Qué va a decir si le encuentra en este estado de excitación? ¡Oh, me saca usted de quicio! Esto no está bien... Cuando se tiene a la señora Cibot por enfermera, hay que tenerle consideraciones... ¡Y usted venga a gritar y venga hablar! ¡Si se lo han prohibido, ya lo sabe! El hablar le excita... ¿Y por qué se pone fuera de tino? Al fin y al cabo, toda la culpa es suya... Es usted quien me busca las cosquillas... Vamos, sea razonable... Si el señor Schmucke, que le lleva en las entretelas del corazón, de acuerdo conmigo, hemos creído hacerle un favor... pues bien hecho está, querubín mío...

—Schmucke no ha podido decirle que fuera al teatro sin consultarme...

—¿Ahora qué quiere? ¿Que despierte a este ángel de Dios, que duerme como un bendito, y que me lo traiga de testigo?

—¡No, no, eso no! —exclamó Pons—. Si mi buen Schmucke ha tomado

esta decisión es que tal vez yo estoy peor de lo que creía —dijo Pons, dirigiendo una mirada llena de infinita tristeza sobre los objetos de arte que decoraban su habitación—. Habrá que decir adiós a mis queridos cuadros, a todas estas cosas que yo había convertido en amigos... Y también a mi sublime Schmucke... ¡Oh! ¿Será posible?

La Cibot, esta atroz comedianta, se secó los ojos con el pañuelo. Esta muda respuesta sumergió al enfermo en sombrías meditaciones. Abatido por los dos golpes que había recibido en lugares tan sensibles, la vida social y la salud, la pérdida de su empleo y la perspectiva de la muerte, quedó tan deprimido que no tuvo fuerzas para encolerizarse. Y cayó en un estado de postración, como un tísico después de su agonía.

—Ya ve usted, por el bien del señor Schmucke —dijo la Cibot viendo a su víctima totalmente vencida— debería hacer llamar al notario del barrio, el señor Trognon, que es muy buen hombre...

—Siempre me está hablando de este Trognon... —dijo el enfermo.

—¡Ah! A mí me da igual que sea él u otro... ¡Para lo que me va a dejar...!

Y cabeceó dubitativamente, en señal de desprecio de las riquezas. Se restableció el silencio.

LV

La Cibot se hace la víctima

En este momento, Schmucke, que dormía desde hacía más de seis horas, despertado por el hambre, se levantó, acudió a la habitación de Pons y le contempló durante unos instantes sin decir nada, ya que la señora Cibot se había puesto un dedo sobre los labios haciendo:

—¡Chist!

Luego la portera se levantó, se acercó al alemán para hablarle al oído y le dijo:

—¡Gracias a Dios! Por fin se duerme, es rebelde como un mulo... ¡Qué le vamos a hacer, se defiende contra la enfermedad...!

—No, no, al contrario, tengo mucha paciencia —respondió la víctima con un tono quejumbroso que acusaba un terrible abatimiento—; pero, querido Schmucke, es que ha ido al teatro para hacer que me despidieran.

Hizo una pausa, sin fuerzas para terminar. La Cibot aprovechó este

intervalo para hacer un signo a Schmucke, indicándole que la cabeza ya no le funcionaba bien, y dijo:

—No le lleve la contraria, podría morírseos...

—Y —siguió diciendo Pons mirando fijamente al pobre Schmucke— dice que tú le has dicho que lo hiciera...

—Sí —respondió Schmucke heroicamente—, había que hacerlo. No de treogupes... téjanos salfarte... es una dondería que de mades drabajando guando dienes un desoro... bonte pueno y tespués ya engondraremos alguna gosilla para ir dirando y derminaremos nuedros tías dranguilamente al lato te la puena te la señora Cipod...

—¡Te ha pervertido! —respondió dolorosamente Pons.

El enfermo, al no ver a la señora Cibot, que se había situado detrás de la cama para poder ocultar a Pons las señales que hacía a Schmucke, creyó que se había ido.

—¡Me está asesinando! —añadió.

—¿Ah, sí? ¿De modo que le estoy asesinando? —dijo la portera con mirada colérica, mientras se ponía en jarras—. ¿De modo que ésta es la recompensa de haberle sido más fiel que un perro faldero...? ¡Ay, Dios!

Y se echó a llorar, dejándose caer en un sillón, y esa actitud teatral causó una gran impresión a Pons.

—Pues bien —dijo volviendo a levantarse y dirigiendo a los dos amigos estas miradas de mujer que odia y lanzan a un tiempo disparos de pistola y veneno—, ya estoy cansada de no hacer nada bien y de matarme trabajando. ¡Búsquense una veladora!

Los dos amigos se miraron asustados.

—¡Sí, sí, ya pueden mirarse como dos actores! ¡Lo dicho, dicho está! Voy a pedirle al doctor Poulain que les busque una veladora. Y vamos a pasar cuentas. Tendrán que devolverme el dinero que he gastado con ustedes... Y que no les hubiera reclamado nunca... Yo que he ido a ver al señor Pillerault para pedirle prestados quinientos francos...

—¡Esdá enfermo! —dijo Schmucke precipitándose sobre la señora Cibot y abrazándola por la cintura—, denca hacienda...

—Usté sí que es un ángel, y yo besaría por donde pisa —dijo ella—. Pero el señor Pons no me ha querido nunca, siempre me ha odiado... Y además, a lo mejor se cree que quiero que me deje algo en su testamento...

—¡Chist! ¡Fa usded a madarle! —exclamó Schmucke.

—Adiós —dijo la portera a Pons, fulminándole con la mirada—. Por el mal que le deseo, que se mejore. Cuando sea amable conmigo y cuando crea que lo que yo hago está bien hecho, ya volveré... Mientras, me quedo en mi casa... Usté era como mi hijo, y ¿dónde se ha visto que los hijos se revuelvan contra las madres?... No, no, señor Schmucke, no quiero saber nada... Yo le subiré la cena y les serviré; pero busquen una veladora, pídanle una al señor Poulain...

Al cabo de una hora, la Cibot, en vez de entrar en la habitación de Pons, llamó a Schmucke a través de la puerta de la alcoba, anunciando que la cena estaba servida en el comedor.

El pobre alemán, entonces, intensamente pálido y con el rostro demudado y cubierto de lágrimas, acudió a la llamada.

—¡El bopre Bons telira! —dijo—. Bredende gue es ustet una malfada. Es su envermedat —dijo para conmover a la Cibot, sin acusar a Pons.

—¡Oh, ya estoy harta de su enfermedad! Oiga, ¿verdá que no es ni mi padre, ni mi marido, ni mi hermano, ni mi hijo? Me ha cogido ojeriza, pues bueno, que se las componga solo... A usté ya sabe que yo le seguiría hasta el fin del mundo; pero cuando una pone toda su alma, su corazón, todos sus ahorros, deja de lado al marido, cae enferma... y encima se oye tratar de malvada... vamos, que la cosa ya pasa de castaño oscuro...

—¿Gasdaño?

—¡Sí, castaño oscuro! Pero bueno, ya está bien de palabras, vamos a lo positivo. Me deben ustedes tres meses, que a ciento noventa francos, son quinientos setenta; más el alquiler, que ya he pagado dos veces, que aquí están los recibos, seiscientos francos, amén de los céntimos por cada libra de leña y las cargas; en total esto hace mil doscientos francos, menos un pico, y además están los dos mil francos, desde luego sin intereses. Resumiendo, tres mil ciento noventa y dos francos... Y piensen que van a necesitar al menos dos mil francos para la veladora, el médico, los medicamentos y la comida de la veladora. Por esto le he pedido prestados mil francos al señor Pillerault —dijo enseñando el billete de mil francos que le había dado Gaudissart.

Schmucke escuchaba este balance en medio de una estupefacción muy comprensible, ya que tenía de financiero lo que los gatos de músicos.

—Señora Cipod, Bons no esdá en sus gabales... Berdónele, sica güidándole, siga sientu nuedra brovitencia... Se lo bido de rotillas...

Y el alemán se prosternó ante la Cibot, besando las manos de su verdugo.

—Escuche, querubín mío —dijo la portera, haciendo que se levantara y besándole en la frente—, resulta que Cibot está enfermo, está en la cama y

acabo de hacer llamar al doctor Poulain. En estas circunstancias tengo que poner en orden mis cuentas. Además, Cibot, que me ha visto llegar hecha un mar de lágrimas, se ha puesto tan furioso que no quiere que vuelva a poner los pies aquí. Es él quien exige su dinero, es suyo, claro está. Nosotras, las mujeres, no podemos hacer nada en un caso así. Pero si se le devolviera su dinero, los tres mil doscientos francos, tal vez se calmaría. Es toda la fortuna que tiene el pobre, los ahorros de veintiséis años de casado, el fruto de sus sudores. Quiere tener su dinero mañana mismo, no es posible aplazarlo más... Usted no conoce a Cibot, cuando se enfada sería capaz de matar a un hombre. Entonces tal vez podría convencerle para que me dejara seguir cuidándoles. No se preocupe, dejaré que me diga todo lo que le pase por la cabeza. Sufriré este martirio por el amor de usted, que es un ángel de Dios...

—No, yo sólo soy un bopre hompre gue guiere a su amico, gue taría la vita bor salfarle...

—Pero... y el dinero ¿qué? Mi querido señor Schmucke, permita que le dé un consejo; usted no tiene dinero y necesita tres mil francos, ¿no? Bueno, ¿pues sabe lo que haría yo si estuviera en su lugar? No me lo pensaría dos veces, vendería siete u ocho cuadros cualquiera de éstos, y los sustituiría por los que están en la habitación de usted, de cara a la pared por falta de sitio... Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre un cuadro y otro?

—¿Y bor gué?

—¡Es tan desconfiado! ¡Se lo hace ser la enfermedá, porque cuando está bueno es como un corderino! Es capaz de levantarse y de ir a husmear; y si por casualidá entra en la sala, aunque está tan débil que no podrá pasar de la puerta, al menos verá que no falta ninguno...

—Es fertat...

—Pero no le diremos nada de que los hemos vendido hasta que esté completamente bien. Si quiere confesárselo, écheme toda la culpa a mí, diga que tenía necesidad de pagarme. Yo ya estoy acostumbrada...

—Bero yo no buedo tisponer de gosas gue no me berdenecen... — respondió sencillamente el buen alemán.

—Entonces tendré que denunciarles por deudas, a usted y al señor Pons.

—Sería madarle...

—Elija... ¡Pero, por Dios, venda los cuadros, y dígaselo después...! Puede enseñarle la citación del juzgado...

—Sí, sí tenúncienos... será mi exgusa... así bodré enseñarle la cidación...

Aquel mismo día, a las siete, la señora Cibot, que había ido a consultar a

un escribano, llamó a Schmucke. El alemán se vio en presencia del señor Tabareau, quien le conminó a pagar; ante la respuesta que dio Schmucke, temblando de pies a cabeza, se vio emplazado junto a Pons, ante el tribunal, para verse condenados al pago. El aspecto de aquel hombre, el papel timbrado lleno de garabatos, produjeron tal efecto en Schmucke, que ya no resistió más.

—Fenda los guadros —dijo con lágrimas en los ojos.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Élie Magus y Rémonencq, descolgaban cada uno sus cuadros. Y extendieron dos recibos en toda regla por dos mil quinientos francos:

«El abajo firmante, en representación del señor Pons, reconoce haber recibido del señor Élie Magus la suma de dos mil quinientos francos como precio de cuatro cuadros que le he vendido, debiéndose emplear la dicha suma en atender a las necesidades del señor Pons. El primero de estos cuadros, atribuido a Durero, es un retrato de mujer; el segundo, de escuela italiana, es también un retrato; el tercero es un paisaje holandés de Breughel; el cuarto, un cuadro florentino que representa una Sagrada Familia, y cuyo autor es desconocido».

El recibo de Rémonencq estaba redactado en los mismos términos, y comprendía un Greuze, un Claudio de Lorena, un Rubens y un Van Dyck, disfrazados bajo los nombres de cuadros de la escuela francesa y de la escuela flamenca.

—Esde tintero aún me hará greer que esdas chucherías falen alco... —dijo Schmucke al recibir los cinco mil francos.

—Sí, desde luego algo valen... —dijo Rémonencq—. Yo le daría cien mil francos por todo.

El auvernés accedió a sustituir los ocho cuadros por otros cuadros del mismo tamaño en los mismos marcos, eligiendo entre los lientos de calidad inferior que Pons había puesto en la habitación de Schmucke.

LVI

La parte del león

Élie Magus, una vez en posesión de aquellas cuatro obras maestras, hizo que la Cibot le acompañara hasta su casa, con el pretexto de pasar cuentas. Pero se hizo el pobre, encontró defectos a los cuadros, que según él, había que restaurar, y ofreció a la Cibot treinta mil francos de comisión; consiguió que los aceptara, enseñándole los deslumbrantes papeles en los que el Banco había

hecho imprimir la palabra MIL FRANCOS... Magus obligó a Rémonencq a dar una suma igual a la Cibot prestándosela con la garantía de los cuatro cuadros que conservó en depósito. Los cuatro cuadros de Rémonencq parecieron tan bellos a Magus que no se resignó a devolverlos, y al día siguiente llevó seis mil francos de beneficios al chamarilero, quien le cedió los cuatro lienzos mediante factura. La señora Cibot, rica de sesenta y ocho mil francos, exigió de nuevo a sus dos cómplices el más profundo secreto, y rogó al judío que le dijera en qué podría invertir aquel dinero de modo que nadie pudiera saber que le pertenecía.

—Compre acciones del ferrocarril de Orleáns; ahora están a treinta francos por debajo de la par, pero en tres años va a doblar su dinero, y sólo tendrá unos trozos de papel que caben en una cartera.

—No se mueva de aquí, señor Magus, voy a buscar al procurador de la familia del señor Pons; quiere saber a qué precio se quedaría usted todos los trastos de arriba... Voy a buscarle.

—¡Ay, si fuera viuda! —dijo Rémonencq a Magus—; sería un buen partido para mí, sobre todo ahora que ya es rica...

—Sobre todo si invierte su dinero en el ferrocarril de Orleáns; en dos años, doblará el capital. Yo también he invertido así mis pequeños ahorros —dijo el judío—, la dote de mi hija... Vamos a dar una vuelta por el bulevar hasta que llegue el abogado...

—Si Dios quisiera llevarse a este Cibot, que ya está muy enfermo —siguió Rémonencq—, yo podría tener a una mujer de carácter para llevar una tienda, y me dedicaría al comercio en grande...

—Buenos días, querido señor Fraisier —dijo la Cibot con tono meloso, entrando en el despacho de su consejero—. ¿Es verdad lo que me ha dicho la portera de que se va a mudar?

—Sí, señora Cibot; voy a trasladarme a la casa del doctor Poulain, al primer piso, encima de donde vive él. Pediré prestados de dos a tres mil francos para amueblar debidamente el piso, que le aseguro que es precioso, el propietario acaba de dejarlo como nuevo. Como ya le había dicho, defiendiendo los intereses del presidente de Marville, además de los de usted... Ya no voy a hacer más de procurador, me haré inscribir en el Colegio de Abogados, y ello me obliga a vivir en un lugar digno. Los abogados de París sólo permiten que ingrese en su corporación quien posea un mobiliario respetable, una biblioteca, etc. Yo soy doctor en derecho, he hecho mis prácticas y tengo protectores poderosos... Bueno, ¿cómo van nuestros asuntos?

—Si quisiera usted aceptar mis economías que están en la caja de ahorros —le dijo la Cibot—; no es gran cosa, unos tres mil francos, el fruto de

veinticinco años de ahorros y de privaciones... Usted podría hacerme una letra de cambio, como Rémonencq, porque yo soy ignorante y no sé más que lo que me enseñan...

—No, nuestros estatutos prohíben a los abogados suscribir letras de cambio; le haré un recibo con un interés del cinco por ciento y usted me lo devuelve si le consigo mil doscientos francos de renta vitalicia en la herencia del señor Pons.

La Cibot, cogida en la trampa, guardó silencio.

—Quien calla, otorga —prosiguió Fraisier—. Tráigamelo mañana mismo.

—Yo no tengo ningún inconveniente en pagarle sus honorarios por adelantado —dijo la Cibot—; estoy segura de que tendré mi renta.

—¿Cómo van nuestros asuntos? —preguntó Fraisier, haciendo un signo afirmativo con la cabeza—. Ayer por la tarde vi a Poulain... Parece que quiere usted hacer marchar muy aprisa lo de su enfermo; otro ataque como el de ayer y se le formarán cálculos en la vesícula biliar... Le aconsejo que le trate con suavidad, mi querida señora Cibot, no hay que crearse remordimientos. Todos tenemos los días contados...

—¡Déjeme en paz con sus remordimientos! ¿O es que quiere volverme a hablar de la guillotina? El señor Pons es un viejo obstinado, usted no le conoce... ¡Es capaz de sacar de sus casillas a cualquiera! No hay persona más intratable que él, sus parientes tenían razón, es cazurro, vengativo y obstinado... Bueno, como ya le había dicho, el señor Magus está en casa esperándole.

—Bien, pues vamos allá; del valor de la colección depende la cifra de la renta que obtendrá usted; si vale ochocientos mil francos usted tendrá mil quinientos francos de vitalicio... ¡Eso constituye una verdadera fortuna!

—De acuerdo, ya le diré que tase todos los objetos a conciencia.

Una hora más tarde, mientras Pons dormía profundamente, después de haber tomado de manos de Schmucke una poción calmante recetada por el médico, pero cuya dosis había sido doblada por la Cibot sin que se enterara el alemán, Fraisier, Rémonencq y Magus, los tres personajes patibularios, examinaban pieza por pieza los mil setecientos objetos de que se componía la colección del viejo músico. Como Schmucke se había acostado, aquellos cuervos que olfateaban un cadáver habían quedado dueños del campo.

—No hagan ruido —decía la Cibot cada vez que Magus se extasiaba y discutía con Rémonencq instruyéndole sobre el valor de una obra de arte.

Era un espectáculo acongojante el de aquellas cuatro codicias diferentes sopesando la herencia durante el sueño del hombre cuya muerte era el objeto

de sus afanes. La estimación del valor de los objetos que contenía el salón duró tres horas.

—Por término medio —dijo el viejo y astroso judío— cada objeto vale unos mil francos.

—¡O sea un millón setecientos mil francos! —exclamó Fraisier, estupefacto.

—No para mí —siguió Magus, cuya mirada se hizo más fría—. No estoy dispuesto a dar más de ochocientos mil francos; nunca se sabe el tiempo que habrá que tener esto en la tienda... Hay grandes obras de arte que no se venden antes de diez años, y el precio de adquisición se ha doblado por interés compuesto; pero pagaría esta cantidad al contado.

—En su alcoba hay vidrieras, esmaltes, miniaturas y tabaqueras de oro y de plata —observó Rémonencq.

—¿Podrían verse? —preguntó Fraisier.

—Voy a ver si duerme profundamente —replicó la Cibot.

Y a una señal de la portera, las tres aves de presa entraron en la estancia.

—¡Allí están las obras maestras! —dijo, señalando al salón, Magus, cuya blanca barba temblaba por todos sus pelos—. ¡Pero aquí están las riquezas! ¡Y qué riquezas! Los reyes no tienen nada más bello en sus tesoros.

Los ojos de Rémonencq, por reflejo de las tabaqueras, relucían como dos carbunclos. Fraisier, sereno, frío como una serpiente que se levanta sobre su cola, adelantaba su plana cabeza y se mantenía en la postura que los pintores prestan a Mefistófeles. Estos tres diferentes avaros, sedientos de oro como los diablos lo están del rocío del paraíso, coincidieron en dirigir la mirada hacia el dueño de tantas riquezas, ya que había hecho uno de esos movimientos inspirados por una pesadilla. De repente, sometido a la acción de aquellos tres rayos diabólicos, el enfermo abrió los ojos y profirió unos penetrantes gritos...

—¡Ladrones...! ¡Aquí, aquí! ¡Socorro...! ¡Que me asesinan...!

Evidentemente seguía soñando una vez despierto, ya que se había incorporado en la cama, con los ojos dilatados, en blanco, fijos, sin poder moverse.

Élie Magus y Rémonencq se precipitaron hacia la puerta; pero allí quedaron como paralizados por esta frase:

—¡Magus aquí...! ¡Me han traicionado!

El enfermo se había despertado por el instinto de conservación de su tesoro, sentimiento al menos igual al de la conservación personal.

—Señora Cibot, ¿quién es este hombre? —preguntó estremeciéndose ante el aspecto de Fraisier, que permanecía inmóvil.

—¡Caray! ¿Qué quería? ¿Que le echase a la calle? —dijo la portera guiñando un ojo y haciendo una señal a Fraisier—. Este señor acaba de presentarse aquí y dice que viene en nombre de la familia de usted...

Fraisier no pudo evitar un movimiento de admiración por la Cibot.

—Sí, vengo de parte de la señora presidenta de Marville, de su marido y de su hija, que se interesan por su salud; casualmente se han enterado de que estaba usted enfermo, y desearían ser ellos mismos quienes le cuidaran ...Le ofrecen que se traslade a la propiedad de Marville para que allí pueda recobrar la salud; la señora vizcondesa Popinot, la pequeña Cécile a quien tanto quiere usted, sería su enfermera... ha sido ella quien le ha defendido ante su madre y quien le ha hecho reconocer el error que había cometido.

—Y mis herederos le envían —exclamó Pons indignado— dándole por guía al perito más hábil, al experto más entendido de París... ¡Ah! ¡Un golpe maestro! —siguió, prorrumpiendo en risas como un loco—. ¡Vienen a tasar mis cuadros, mis antigüedades, mis tabaqueras, mis miniaturas! ¡Pues adelante, tásenlo! Aquí tienen a un hombre que no sólo entiende en todo, sino que además puede comprarlo, porque es diez veces millonario... Mis queridos parientes no tendrán que esperar mucho para quedarse con mi herencia —dijo con profunda ironía—, me han dado el golpe de gracia... ¡Ah, señora Cibot! ¡Usted que dice ser mi madre, introduce aquí mientras duermo a los marchantes, a mi rival y a los Camusot...! ¡Fuera todos...!

Y el enfermo, sobrecitado por la doble acción de la cólera y del miedo, se levantó como un descarnado esqueleto.

—Apóyese en mi brazo —dijo la Cibot, precipitándose sobre Pons para evitar que cayera—. Cállese, estos señores ya se han ido.

—¡Quiero ver el salón...! —dijo el moribundo.

La Cibot indicó por señas a los otros tres cuervos que levantarán el vuelo; luego, cogió a Pons, lo levantó como una pluma y lo volvió a acostar, a pesar de sus gritos. Al ver al desgraciado coleccionista completamente agotado, fue a cerrar la puerta del piso. Los tres verdugos de Pons estaban aún en el rellano, y cuando la Cibot les vio, les dijo que la esperaran, mientras oía las palabras que Fraisier dirigía a Magus:

—Escríbame una carta firmada por los dos, comprometiéndose a pagar novecientos mil francos al contado por la colección del señor Pons, y haremos lo posible para que puedan hacer un buen negocio.

Luego pronunció una frase al oído de la Cibot, una sola frase que nadie

pudo oír, y bajó a la portería junto con los dos comerciantes.

LVII

En el que Schmucke se eleva hasta el trono de dios

—Señora Cibot —dijo el pobre Pons cuando volvió la portera—, ¿se han ido?

—¿Si se han ido? ¿Quiénes? —preguntó.

—Estos hombres...

—¿Qué hombres? ¡Vamos, ahora resulta que ha visto hombres! —dijo—. Acaba de tener una subida de la fiebre que si no llega a ser por mí, se echa por la ventana, y encima me sale ahora con no sé qué de hombres... ¿Va a durar mucho todo esto?

—Pero ¡cómo!, hace un momento ¿no había aquí un señor que decía que había sido enviado por mi familia?

—Mire, no me haga perder los estribos —dijo la portera—. ¿Sabe usted dónde tendría que estar? ¡En Chalenton...! ¡Ya ve hombres!

—¡Élie Magus! ¡Rémonencq!

—¡Ah, bueno! A Rémonencq sí que puede haberlo visto, porque ha subido a decirme que mi pobre Cibot ha empeorado; o sea que tendré que plantarles, y ya se apañarán. ¡Mi Cibot es antes que nada, ea! Cuando mi marido está enfermo yo ya no conozco a nadie. Procure tranquilizarse y dormir un par de horitas, que ya he mandado llamar al señor Poulain y volveré con él... Ande, beba esto y sea bueno.

—¿Que no había nadie aquí, en mi habitación, hace un momento, cuando me he despertado?

—¡Nadie! —dijo la portera—. Habrá visto usted al señor Rémonencq por el espejo.

—Tiene razón, señora Cibot —dijo el enfermo, amansándose como un cordero.

—Eso es, sea razonable... Adiós, querubín mío, quédese tranquilo que vuelvo dentro de un segundo.

Cuando Pons oyó que se cerraba la puerta del piso, reunió sus últimas fuerzas para levantarse, ya que se dijo:

—¡Me engañan! ¡Me roban! Schmucke es como un niño que se deja engañar por cualquiera.

Y el enfermo, animado por el deseo de aclarar el misterio de aquella horrible escena que le parecía demasiado real para ser una visión, logró llegar hasta la puerta de su alcoba, la abrió penosamente y se encontró en su salón donde la vista de sus queridos cuadros, de sus estatuas, de sus bronce florentinos, de sus porcelanas le reanimó. El coleccionista, en bata, con las piernas desnudas, la cabeza ardiendo, pudo dar la vuelta a las dos calles formadas por los aparadores y los armarios que dividían así el salón en dos partes. En un primer golpe de vista su dueño lo contó todo y advirtió que el museo estaba completo. Ya iba a dar media vuelta cuando su mirada se fijó en un retrato de Greuze que estaba en el lugar del Caballero de Malta de Sebastián del Piombo. La sospecha surcó su inteligencia como un relámpago Taya un cielo tormentoso. Miró hacia los lugares ocupados por sus ocho mejores cuadros y vio que todos habían sido sustituidos. De repente los ojos del pobre hombre quedaron cubiertos de un velo negro, sufrió un desvanecimiento y se desplomó. Este desmayo fue tan completo que Pons permaneció en el suelo durante dos horas; allí le encontró Schmucke, cuando el alemán se despertó y salió de su habitación para ir a ver a su amigo. Schmucke a costa de grandes esfuerzos logró levantar al moribundo y volverle a meter en la cama; pero cuando dirigió la palabra a lo que era ya casi un cadáver y no recibió más que una mirada vidriosa y unas palabras vagas y balbuceantes, el pobre alemán, en lugar de perder la cabeza se convirtió en un héroe de la amistad. Empujado por la desesperación, aquel hombre-niño tuvo estas inspiraciones que sólo tienen las mujeres enamoradas o las madres. Empapó toallas en agua caliente (¡fue capaz de encontrar toallas!), envolvió con ellas las manos de Pons y se las puso también en la boca del estómago; luego cogió aquella frente húmeda y fría entre sus manos y evocó la vida con un poder de voluntad digno de Apolonio de Tiana. Besó a su amigo en los ojos como estas Marie que los grandes escultores italianos han esculpido en los bajo relieves llamados Pietà, besando el Cristo. Estos esfuerzos divinos, esta efusión de una vida a otra, esta obra de madre y de amante fue coronada con un pleno éxito. Al cabo de una media hora, Pons, reconfortado, volvió a adquirir apariencia humana: el color vital volvió a los ojos, el calor interior suscitó el movimiento en los órganos. Schmucke hizo beber a Pons agua de melisa mezclada con vino, el espíritu de la vida se encarnó en aquel cuerpo y la inteligencia brilló de nuevo en aquella frente que poco antes era insensible como una piedra. Pons comprendió entonces a qué santa abnegación, a qué poder de amistad se debía aquella resurrección.

—¡De no ser por ti, estaría muerto! —dijo sintiéndose el rostro dulcemente bañado por las lágrimas del buen alemán que reía y lloraba a un mismo tiempo.

Al oír esta frase, mentalmente implorada en el delirio de la esperanza, que equivale al de la desesperación, el pobre Schmucke, agotadas todas sus fuerzas, pareció deshincharse como un globo pinchado. Le tocó a él el turno de caer, se abandonó en un sillón y juntando las manos, dio gracias a Dios con una ferviente plegaria. ¡Para él acababa de producirse un milagro! No creía en el poder de su oración, pero sí en el del Dios a quien había invocado. Sin embargo, el milagro era un efecto natural que los médicos han constatado a menudo.

Un enfermo a quien se prodiga el afecto, cuidado por personas que se interesan por su vida, en igualdad de condiciones se salva del mal que hace sucumbir a quien está en manos de mercenarios. Los médicos se niegan a ver en estos casos los efectos de un magnetismo involuntario, y atribuyen este resultado a una medicación adecuada y al exacto cumplimiento de sus disposiciones. Pero muchas madres conocen la virtud de estas ardientes proyecciones de un constante deseo.

—¡Mi buen Schmucke...!

—No haples, ya oico lo gue dice du gorazón... ¡Tegansa, tegansa! —dijo el músico sonriendo.

—¡Pobre amigo mío! ¡Qué alma más noble! ¡Hijo de Dios que vive en Dios! ¡El único ser que me ha amado! —dijo Pons con interjecciones, dando a su voz modulaciones desconocidas.

El alma, dispuesta ya casi a volar, se hallaba contenida por entero en estas palabras, que proporcionaron a Schmucke goces casi iguales a los del amor.

—¡Fife, fife sobre dodo! Yo seré gomo un león, drabajaré bara los dos...

—Escúchame, mi buen, mi fiel, mi adorable amigo... Déjame hablar, el tiempo urge, porque yo ya estoy muerto, y no volveré a recuperarme de otras crisis como ésta...

Schmucke lloraba como un niño.

—Escúchame, luego llorarás... —dijo Pons—. Eres cristiano y tienes que someterte. Me han robado y ha sido la Cibot... Antes de dejarte, tengo que explicarte cómo son las cosas de la vida, tú no las conoces... Han robado ocho cuadros que valían muchísimo.

—Berdóname, yo los he fendido...

—¿Tú?

—Yo... —dijo el pobre alemán—, nos hafían denunciado por teutas...

—¿Denunciado? ¿Quién?

—¡Esbera...!

Schmucke fue a buscar el papel timbrado que había dejado el alguacil y se lo mostró a Pons.

Pons leyó atentamente aquel grimorio. Después de leerlo, dejó caer el papel y guardó silencio. Aquel observador del trabajo humano que hasta entonces se había despreocupado del moral, terminó por contar todos los hilos de la trama urdida por la Cibot. Su verbo de artista, su inteligencia de alumno de la Academia de Roma, toda su juventud, volvió a él por unos instantes.

—Mi buen Schmucke, obedéceme militarmente. ¡Escucha! Baja a la portería y dile a ese monstruo de mujer que quisiera volver a ver a la persona que me ha enviado mi primo el presidente, y que si esta persona no se presenta, tengo la intención de legar mi colección al museo; que quiero hacer testamento.

Schmucke cumplió el encargo; pero apenas había empezado a hablar cuando la Cibot le respondió con una sonrisa.

—Mi buen señor Schmucke, nuestro querido enfermo ha tenido un aceso de fiebre y ha creído ver gente en su habitación. Yo le doy mi palabra de mujer honrada que no ha venido nadie de parte de la familia de nuestro querido enfermo...

Schmucke fue a llevar la contestación que repitió textualmente a Pons.

—¡Vaya, es más pilla, más astuta, más maquiavélica de lo que creía! —dijo Pons sonriendo—; miente con un descaró... Figúrate que esta mañana ha traído aquí a un judío que se llama Élie Magus, a Rémonencq y a otro hombre que no conozco, pero que él solo tiene un aspecto más horrible que los otros dos juntos. Ella contaba que, mientras yo dormía, se podría evaluar mi herencia, pero la casualidad ha hecho que me despertara y les he visto a los tres sopesando mis tabaqueras. Luego el desconocido ha dicho que había sido enviado por los Camusot, y he hablado con él... ¡Y esta infame Cibot luego me ha sostenido que yo soñaba! ¡Mi buen Schmucke, yo no estaba soñando! He oído perfectamente a este hombre, me ha hablado... Los dos comerciantes se han asustado y se han ido... Creía que la Cibot se iba a volver atrás... Bueno, la tentativa ha sido inútil... Voy a tenderle otra trampa en la que esta malvada tiene que caer... Mi pobre amigo, tú crees que la Cibot es un ángel, y es una mujer que, desde hace un mes, me está asesinando movida por la codicia. Yo me resistía a creer en tanta maldad en una mujer que nos había servido fielmente durante varios años. Esta vacilación me ha perdido... ¿Cuánto te han dado por los ocho cuadros?

—Cingo mil vrancos.

—¡Santo Dios, valen veinte veces más! —exclamó Pons—. Es la flor y nata de mi colección. No tengo tiempo de intentar un proceso; además, ello equivaldría a ponerte en evidencia, por haberte dejado engañar por estos granujas... ¡Un proceso te mataría! ¡Tú no sabes lo que es la justicia! La cloaca de todas las infamias... Al ver tantos horrores, las almas como la tuya sucumben. Y además, ya serás suficientemente rico. Estos cuadros me costaron cuatro mil francos, y los tengo desde hace treinta y seis años... Pero nos han robado con una habilidad sorprendente... Yo ya estoy al borde de la tumba, y tú eres el único que me preocupa..., tú, el mejor de los hombres. Y no quiero que te veas despojado, porque todo lo que tengo es tuyo. O sea que hay que desconfiar de todo el mundo, y tú nunca has desconfiado. Dios te protege, ya lo sé; pero puede olvidarte un momento, y serías desvalijado y robado como un barco mercante. La Cibot es un monstruo, ¡me está matando...! Y tú ves en ella a un ángel; quiero que la conozcas; ve a decirle que, por favor, te indique un notario, porque quiero hacer testamento... ahora la verás tal como es...

Schmucke escuchaba a Pons como si le estuviese contando el Apocalipsis; que existiese un ser tan perverso como debía ser la Cibot, si Pons tenía razón, equivalía para él a negar la Providencia.

—Mi bopre amico Bons se engüendra dan mal —dijo el alemán, una vez estuvo de nuevo en la portería, dirigiéndose a la señora Cibot—, gue guiere hacer desdamento; faya a puscar un nodario...

Schmucke había hablado en presencia de varias personas, ya que el estado de Cibot era casi desesperado. Rémonencq, su hermana, dos porteras de unas casas vecinas que habían acudido, tres criados de unos inquilinos de la casa y el inquilino del primer piso que da a la calle, se hallaban obstruyendo la puerta cochera.

—¡Ah, vaya usted mismo a buscar un notario! —exclamó la Cibot con lágrimas en los ojos—. ¡Que le haga su testamento quien quiera! Cuando mi pobre Cibot está a las puertas de la muerte, no seré yo quien le deje para servirles... Daría todos los Pons del mundo para conservar a Cibot..., un hombre que en treinta años de casados no me ha dado ni así de un disgusto...

Y volvió a meterse en la portería, dejando a Schmucke sin saber qué hacer.

—¿Así que el señor Pons está muy mal? —preguntó a Schmucke el inquilino del primer piso.

Este inquilino, llamado Jolivard, era un empleado del registro, en las oficinas del Palacio de Justicia.

—¡Ha esdado a bunto de morirse, hace un momendo! —respondió Schmucke, con profundo dolor.

—Aquí cerca, en la calle San Luis, vive el notario señor Trognon —observó el señor Jolivard—. Es el notario del barrio.

—¿Quiere que le vaya a buscar? —preguntó Rémonencq a Schmucke.

—Sí, bor vafor... —respondió Schmucke—, ya gue la señora Cipod no puede adender a mi amico, brefiero no tejarle solo en el esdado en que esdá...

—La señora Cibot nos estaba diciendo que está perdiendo el juicio —siguió Jolivard.

—¿Bons logo? —exclamó Schmucke aterrorizado—. Nunga ha denido más lucitez... esdo es lo gue hace gue me breocupe más bor su salut...

Todas las personas que componían aquel grupo escuchaban la conversación con una curiosidad muy natural, que hizo que se grabara en su memoria. Schmucke, que no conocía a Fraisier, no pudo reparar en aquel rostro satánico y aquellos ojos brillantes. Fraisier, pronunciando unas palabras al oído de la Cibot, había sido el autor de aquella escena tan audaz, que tal vez rebasaba las posibilidades de la Cibot, quien, sin embargo, había desempeñado su papel con una seguridad asombrosa. Hacer pasar por loco al moribundo, era una de las piedras angulares del edificio construido por el leguleyo. El incidente de la mañana había sido aprovechado por Fraisier; y de no ser por él, tal vez la Cibot, en su turbación, se habría desmentido cuando el inocente Schmucke había ido a tenderle un lazo rogándole que volviera a llamar al enviado de la familia. Rémonencq, que vio venir al doctor Poulain, buscó un pretexto para desaparecer. Y he aquí el porqué.

LVIII

Un crimen punible

Rémonencq, desde hacía diez días, hacía las veces de la Providencia, lo cual molesta extraordinariamente a la Justicia, que aspira a representarla en exclusiva. Rémonencq quería desembarazarse a toda costa del único obstáculo que se oponía a su felicidad. Para él la felicidad consistía en casarse con la apetecible portera y triplicar su capital. Y al ver al sastrecillo beberse su tisana, se le había ocurrido la idea de convertir una indisposición en una enfermedad mortal, y su oficio de chatarrero le había proporcionado los medios.

Una mañana, mientras fumaba su pipa con la espalda apoyada en la chambrana de la puerta de su tienda, soñando en una hermosa casa de antigüedades en el boulevard de la Madeleine, donde la Cibot, soberbiamente vestida, se daría aires de gran señora, sus ojos se posaron sobre una arandela

de cobre muy oxidada. Súbitamente se le ocurrió la idea de ir limpiando poco a poco su arandela en la tisana de Cibot; ató un cordelito a la arandela, que era del tamaño de una moneda de cinco francos, y mientras la Cibot se hallaba ocupada en casa de sus señores, iba todos los días a interesarse por la salud de su amigo el sastre; durante esta visita de unos pocos minutos, sumergía en la taza la arandela oxidada; y al irse, la recuperaba tirando del cordel. Esta leve adición de cobre cargado de su óxido, vulgarmente llamado cardenillo, introducía secretamente un principio deletéreo en la benéfica tisana, pero en proporciones homeopáticas, lo cual le haría causar daños incalculables. Veamos cuáles fueron los resultados de esta homeopatía criminal. Al tercer día, al pobre Cibot se le cayeron los cabellos, los dientes le temblaban en los alveolos, y la economía de todo el organismo quedó profundamente afectada por aquella imperceptible dosis de veneno. El doctor Poulain se devanaba los sesos al ver los efectos de la infusión, ya que era lo suficientemente entendido como para reconocer la acción de un agente destructor. Se llevó la tisana sin que nadie se enterara y la analizó él mismo; pero no encontró nada. El azar dispuso que aquel día, Rémonencq, asustado por las consecuencias de su acción, no hubiese sumergido en la taza su arandela fatal. El doctor Poulain se justificó ante sí mismo y ante la ciencia, suponiendo que, a consecuencias de una vida sedentaria en una portería húmeda, la sangre del sastre, que se pasaba todo el día encorvado sobre la mesa, ante aquella ventana con rejas, había podido descomponerse por falta de ejercicio, y sobre todo por respirar continuamente las emanaciones de un fétido arroyo. La calle de Normandía es una de esas calles viejas de calzada partida, en las que la ciudad de París aún no ha puesto fuentes públicas, y en las que un arroyo negruzco recoge las malolientes aguas residuales de todas las casas, que se filtran en la tierra y dan origen al fango tan peculiar de la ciudad de París.

La Cibot iba y venía constantemente, mientras que su marido, trabajador incansable, permanecía siempre ante aquella ventana, sentado como un faquir. Las rodillas del sastre se habían anquilosado, la sangre se aglomeraba en el busto; las piernas delgadas y retorcidas, se convertían en miembros casi inútiles. Y así era como el color cobrizo de Cibot parecía naturalmente enfermizo desde hacía mucho tiempo. La buena salud de la mujer y la enfermedad del marido parecían al doctor un hecho natural.

—¿Pero qué mal tiene mi pobre Cibot? —había preguntado la portera al doctor Poulain.

—Mi querida señora Cibot —respondió el medico—, se muere de la enfermedad de los porteros... Su caquexia general nos anuncia que tiene la sangre incurablemente viciada.

Un crimen sin objeto, que no beneficiaba a nadie, en el que nadie tenía interés, terminó por borrar de la mente del doctor Poulain sus primeras

sospechas. ¿Quién podía querer matar a Cibot? ¿Su mujer? El médico la veía probar la tisana de Cibot mientras la azucaraba. Son muchos los crímenes que escapan a la venganza de la sociedad; y en general son los que se cometen, como éste, sin que haya pruebas evidentes de un acto de violencia: la sangre vertida, el estrangulamiento, los golpes, en una palabra, los procedimientos toscos y groseros; pero sobre todo cuando el asesinato aparentemente no beneficia a nadie, y se comete entre las clases inferiores. El crimen se denuncia por su vanguardia, por odios, por codicias visibles de las que se entera la gente ante cuyos ojos se vive. Pero en las circunstancias en las que se encontraban el sastrecillo, Rémonencq y la Cibot, nadie tenía interés en buscar el motivo de la muerte, excepto el médico. Aquel portero enfermizo, de rostro oliváceo, sin dinero, adorado por su mujer, carecía de enemigos. Los móviles y la pasión del chamarilero se ocultaban en la sombra, así como la fortuna de la Cibot. El médico conocía a fondo a la portera y sus sentimientos, la creía capaz de atormentar a Pons; pero sabía que no tenía ningún interés —y tampoco suficiente valor— de cometer un crimen; además, ella misma bebía una cucharadita de tisana cada vez que el doctor venía, y que la daba a beber a su marido.

Poulain, el único de quien podía venir la luz, creyó en algún azar del mal, una de estas sorprendentes excepciones que hacen de la medicina una profesión tan peligrosa. Y, en efecto, el sastrecillo, como consecuencia de su vida casi meramente vegetativa, se encontraba en tan malas condiciones de salud, que aquella imperceptible adición de óxido de cobre debía matarle.

Las comadres, los vecinos, reaccionaron también de un modo que contribuyó a alejar toda sospecha de Rémonencq y a justificar aquella muerte súbita.

—¡Ah! —exclamaba uno—. ¡Ya hace tiempo que yo decía que el señor Cibot tenía muy mal aspecto!

—Trabajaba demasiado —respondía otro—; este hombre se ha matado trabajando.

—Nunca me hacía caso —decía un vecino—; yo le aconsejaba que el domingo fuera a dar un paseo y que el lunes no trabajara, porque yo creo que dos días a la semana para descansar no es demasiado.

En resumen, que los rumores del barrio, tan delatores, y que la justicia recoge por medio de la oreja del comisario de policía, este rey de la clase baja, explicaban perfectamente la muerte del sastrecillo. Sin embargo, el aire pensativo, los ojos inquietos del señor Poulain, preocupaban mucho a Rémonencq; y por esto, cuando vio venir al doctor, se ofreció precipitadamente a Schmucke para ir a buscar a aquel señor Trognon a quien conocía Fraisier.

—Volveré cuando se haga el testamento —dijo Fraisier al oído de la Cibot—; piense que, a pesar de su dolor, tiene que velar por sus intereses.

El leguleyo, que desapareció con la ligereza de una sombra, encontró a su amigo el médico.

—¡Hombre, Poulain! —exclamó—. Todo va sobre ruedas. Estarnos salvados... ¡Esta noche te diré cómo! Piensa en el puesto que más te convenga, lo tendrás... Yo ya soy juez de paz... Tabareau no podrá seguir negándome a su hija... En cuanto a ti, yo me encargo de que te cases con la señorita Vitel, la nieta de nuestro juez de paz.

Fraisier dejó a Poulain estupefacto ante aquellas extravagantes palabras, y se precipitó hacia el bulevar como una bala; hizo una señal al ómnibus, y en diez minutos este moderno carruaje le dejó a la altura de la calle de Choiseul. Eran cerca de las cuatro, y Fraisier estaba seguro de encontrar sola a la presidenta, ya que los magistrados no suelen abandonar el Palacio de Justicia antes de las cinco.

La señora de Marville recibió a Fraisier con una amabilidad que demostraba que, cumpliendo la promesa que había hecho a la señora Vatinelle, el señor Leboeuf había hablado favorablemente del antiguo procurador de Mantes. Amélie estuvo casi zalamera con Fraisier, como la Duquesa de Montpensier debió serlo con Jacques Clément; porque aquel abogadillo era su puñal. Pero cuando Fraisier presentó la carta colectiva en la que Élie Magus y Rémonencq se comprometían a adquirir toda la colección de Pons por la suma de novecientos mil francos pagados al contado, la presidenta dirigió al abogado una mirada en la que parecía brillar la mencionada suma. Una oleada de codicia llegó hasta el leguleyo.

—El señor presidente —le dijo ella— me ha encargado que en su nombre le invite a cenar con nosotros mañana por la noche; estaremos en familia; los otros comensales serán el señor Godeschal, el sucesor de mi procurador maître Desroches, Berthier —nuestro notario—, mi yerno y mi hija... Después de comer, usted, yo, el notario y el procurador, celebraremos la pequeña conferencia que usted solicitó, y le transmitiré nuestros poderes. Estos dos caballeros, tal como usted exige, estarán a sus órdenes, y velarán para que todo eso se desarrolle sin incidentes. Cuando la necesite tendrá también la procura del señor de Marville...

—La necesitaré el día del fallecimiento...

—Estará preparada.

—Señora presidenta, si pido una procura, si quiero que su procurador no intervenga para nada, no es por interés mío, sino por el bien de ustedes... ¡Yo, cuando me doy, me doy por entero...! Y en justa compensación, pido la misma

fidelidad, la misma confianza a mis protectores, ya que en este caso, no me atrevo a llamarles mis clientes. Ustedes pueden creer que, al obrar de este modo, lo que quiero es dirigir yo todo el asunto; no, no, señora mía... Si llegaran a cometerse acciones reprobables..., ya que tratándose de una herencia, a veces se pasan ciertos límites..., sobre todo cuando están en juego novecientos mil francos... Pues bien, ustedes no pueden desautorizar a un hombre como maître Godeschal, que es la honradez personificada; pero cabe echar todas las culpas a un abogadillo que nadie conoce...

La presidenta miró a Fraiser con admiración.

—Llegará usted muy arriba o muy abajo —le dijo—. Yo en su lugar, en vez de ambicionar este retiro de juez de paz, aspiraría a ser fiscal... ¡en Mantes! Y empezar una brillante carrera.

—¡Déjeme hacer y verá! Ser juez de paz para el señor Vitel, significa ir vegetando, pero yo haré de este cargo un caballo de batalla.

Y así la presidenta se vio llevada a hacer a Fraiser su última confidencia.

—Señor Fraiser, le considero ya tan afecto a nuestros intereses —dijo— que voy a explicarle las dificultades de nuestra posición y nuestras esperanzas. El presidente, cuando se proyectó la boda de su hija con un intrigante, que luego se hizo banquero, deseaba vivamente aumentar la propiedad de Marville con unos pastos que entonces estaban en venta. Como usted ya sabe, nos hemos desprendido de aquella magnífica finca para casar a mi hija; pero como mi hija es hija única, yo tengo grandes deseos de adquirir el resto de estos pastos. Son unos prados muy hermosos que en parte ya han sido vendidos, y ahora pertenecen a un inglés que vuelve a Inglaterra después de haber vivido allí durante veinticinco años; ha construido la más encantadora de las casas de campo, maravillosamente situada, entre el parque de Marville y los prados que en otros tiempos dependían de la finca, y para hacerse un parque, ha comprado, a unos precios locos, sotos, bosquecillos y jardines. Esta casa, con sus dependencias, armoniza admirablemente con el paisaje, y linda con los muros del parque de mi hija. Los pastos y la casa podríamos tenerlos por setecientos mil francos, ya que el producto neto de los prados es de veinte mil francos... Pero si el señor Wadman se entera de que somos nosotros quienes lo compramos, sin duda pedirá dos o trescientos mil francos de más, ya que los pierde, si, como suele hacerse con fincas rústicas, la casa no cuenta para nada...

—Señora presidenta, a mi entender, puede usted estar tan segura de la herencia, que me ofrezco a hacer el papel de comprador en beneficio de ustedes, y me encargaré de conseguirles la tierra lo más barata posible, mediante un contrato privado, como se hace con los que negocian en tierras... Me presentaré al inglés como tal. Conozco este tipo de asuntos, en Mantes

eran mi especialidad; Vatinelle había doblado el valor de su bufete, ya que yo trabajaba en su nombre...

—Así se comprenden sus relaciones con la señora Vatinelle... Hoy en día debe ser muy rico este notario, ¿verdad?

—Sí, pero la señora Vatinelle gasta mucho... De modo que no tiene por qué preocuparse; yo le serviré al inglés en bandeja...

—Si lo consigue, se hará acreedor a nuestra eterna gratitud... Adiós, mi querido señor Fraisier. Hasta mañana...

Fraisier salió saludando a la presidenta con menos servilismo que la última vez.

—¡Mañana ceno en casa del presidente de Marville! —se decía Fraisier—. Ya son míos. Ahora, para acabar de redondear el asunto, sólo me falta poder ser el consejero de este alemán, en la persona de Tabareau, el escribano del juez de paz. Este Tabareau que me niega a su hija, hija única, me la dará si soy juez de paz. La señorita Tabareau es una joven demasiado alta, pelirroja y tísica, pero es propietaria, gracias a su madre, de una casa en la plaza Real; o se, que será elegible. A la muerte de su padre aún tendrá unas seis mil libras de renta. No es que sea guapa; pero ¡santo Dios!, para pasar de cero a dieciocho mil francos de renta no hay que fijarse mucho en el escalón que nos ayuda a subir...

Y, mientras volvía a la calle de Normandía por los bulevares, se abandonaba a este sueño de oro; se abandonaba a la dicha de estar ya para siempre a salvo de toda preocupación económica; pensaba en casar a la señorita Vitel, la hija del juez de paz, con su amigo Poulain. Se veía a sí mismo, de acuerdo con el doctor, como uno de los reyes del barrio, dominando las elecciones municipales, militares y políticas. Los bulevares parecen cortos cuando quien se pasea por ellos, pasea así su ambición a caballo de la fantasía.

LIX

Los ardides de un testador

Cuando Schmucke volvió junto a su amigo Pons, le dijo que Cibot estaba agonizando, y que Rémonencq había ido a buscar al notario señor Trognon. A Pons le llamó la atención este nombre que la Cibot le repetía tan a menudo en sus interminables discursos, en los que le recomendaba este notario como la honradez personificada. Y entonces el enfermo, cuya desconfianza se había hecho total desde aquella mañana, tuvo una idea luminosa que completó el

plan que había concebido para burlar a la Cibot y mostrarla tal cual era al crédulo Schmucke.

—Schmucke —dijo cogiendo la mano del pobre alemán que estaba como alorado por tantas novedades y tantos acontecimientos— en la casa debe haber una gran confusión; si el portero está muriéndose, durante unos momentos seremos más o menos libres, quiero decir sin espías, porque nos espían, puedes estar seguro. Sal a la calle, toma un cabriolé, ve al teatro, dile a la señorita Héloïse, nuestra primera bailarina, que quiero verla antes de morir, y que venga a las diez y media cuando termine su actuación. Luego, irás a ver a tus dos amigos Schwab y Brunner, y les pedirás por favor que vengan mañana a las nueve de la mañana y que finjan que sólo vienen a interesarse por mi salud como si pasaran cerca de aquí y se les hubiera ocurrido la idea de venir a verme...

He aquí el plan forjado por el viejo artista al sentirse morir. Pons quería hacer rico a Schmucke instituyéndole su heredero universal; y, para evitar que fuera víctima de cualquier añagaza, se proponía dictar su testamento a un notario en presencia de testigos, a fin de que no se supusiera que había perdido el juicio y para privar a los Camusot de todo pretexto de impugnar su última voluntad. El nombre de Trognon le hizo sospechar alguna maquinación, creyó adivinar algún vicio de forma proyectado de antemano, alguna infidelidad premeditada por la Cibot y decidió servirse de aquel Trognon para que le dictara un testamento ológrafo que él sellaría y guardaría en el cajón de su cómoda. Contaba, con hacer que Schmucke, a quien haría ocultar en el saloncito contiguo a su alcoba, viese a la Cibot apoderándose de este testamento, rompiendo los sellos, leyéndolo y volviendo a sellarlo. A la mañana siguiente, a las nueve, anularía el testamento ológrafo con un testamento ante notario totalmente en regla e indiscutible. Cuando la Cibot le trató de loco y de visionario, él reconoció el odio, la venganza y la avidez de la presidenta; porque el enfermo que guardaba cama desde hacía dos meses, durante sus insomnios, durante sus largas horas de soledad había pasado como por un tamiz todos los hechos de su vida.

Los escultores antiguos y modernos a menudo colocan a ambos lados de la tumba a unos genios que sostienen antorchas encendidas. Estos resplandores iluminan para los moribundos el cuadro de sus faltas, de sus errores, iluminándoles también los caminos de la muerte. La escultura plasma de este modo una idea muy profunda, formula un hecho humano. La agonía tiene su lucidez. A menudo vemos cómo simples muchachas, adolescentes aún, muestran en estos casos una penetración de centenarias, se hacen como profetas, juzgan a su familia, no se dejan engañar por ninguna comedia. Es la poesía de la muerte. Pero, cosa singular y digna de notarse, se muere de dos maneras distintas. Esta poesía de la profecía, esta penetrante visión, ya sea

para el futuro ya para el pasado, sólo corresponde a los moribundos en los que solamente la carne es afectada por el mal, que perecen por la destrucción de los órganos de la vida carnal. Así, los que mueren, como Luis XIV, de gangrena; los tuberculosos, los enfermos que mueren, como Pons, de la fiebre, como la señora de Mortsauf del estómago, o como los soldados de las heridas que les sorprenden en plena vida, éstos gozan de esta sublime lucidez y tienen muertes asombrosas, admirables; mientras que los que mueren de enfermedades, por así decirlo «inteligenciales», cuyo mal está en el cerebro, en el sistema nervioso que sirve de intermediario al cuerpo para proveer de combustible al pensamiento, éstos mueren del todo. En su caso, el espíritu y el cuerpo se pierden al mismo tiempo. Los unos, almas sin cuerpos, son como una encarnación de los espectros bíblicos; los otros son cadáveres. Aquel hombre virgen, aquel Catón de refinado paladar, aquel justo casi sin pecado, penetró tardíamente en las bolsas de hiel que componían el corazón de la presidenta. Comprendió el mundo cuando estaba ya a punto de abandonarlo. Y así era como, desde hacía unas horas, había tomado alegremente su decisión, como un artista despreocupado para el que cualquier cosa sirve de pretexto para la sátira y la burla. Los últimos vínculos que le unían a la vida, las cadenas de la admiración, los fuertes nudos que ligaban al experto a las obras de arte, se habían roto aquella mañana. Al verse robado por la Cibot, Pons había dicho adiós cristianamente a las pompas y a las vanidades del arte, a su colección, a su amistad con los creadores de tantas cosas bellas, y, a la manera de sus antepasados, sólo quería pensar en la muerte, considerándola como ellos como una de las grandes fiestas del cristiano. En su afecto por Schmucke, Pons intentaba protegerle desde el fondo de su tumba. Esta idea paternal fue el motivo de su elección de la primera bailarina, con objeto de contar con una ayuda contra las perfidias que le rodeaban, y que sin duda no perdonarían a su heredero universal.

Héloïse Brisetout era una de estas naturalezas que siguen siendo auténticas en una posición falsa, capaces de todas las burlas posibles contra los adoradores que pagaban, una cortesana de la escuela de las Jenny Cadine y de las Josépha; pero buena camarada y sin temer ningún poder humano, a fuerza de verlos todos débiles, acostumbrada como estaba a enfrentarse con los agentes de policía en un baile tan poco campestre como el de Mabelle y en el carnaval.

—Si ha hecho dar mi puesto a su protegido Garangeot, aún se creará más obligada a ayudarme —se dijo Pons.

Schmucke pudo salir sin que nadie se fijara en él, gracias a la confusión que reinaba en la portería, y volvió con la máxima rapidez, para no dejar solo a Pons durante demasiado tiempo.

El señor Trognon llegó para el testamento al mismo tiempo que Schmucke.

Aunque Cibot estaba muriéndose, su mujer acompañó al notario, le introdujo en la alcoba y se retiró dejando solos a Schmucke, al señor Trognon y a Pons. Pero, provista de un espejito primorosamente trabajado, se apostó junto a la puerta que dejó entreabierta. De este modo podía no sólo oír, sino también ver todo lo que se decía y ocurría en aquel momento decisivo para ella.

—Señor notario —dijo Pons—, desgraciadamente estoy en plena posesión de mis facultades mentales, ya que siento que voy a morir; y, sin duda por voluntad, de Dios, conozco todos los sufrimientos de la muerte... Le presento al Señor Schmucke...

El notario saludó a Schmucke.

—Es el único amigo que tengo en el mundo —dijo Pons—, y quiero instituirle mi heredero universal; dígame cómo debe redactarse el testamento para que mi amigo, que es alemán y no sabe nada de nuestras leyes, pueda entrar en posesión de mi herencia sin que nadie pueda disputársela.

—Todo es susceptible de provocar pleitos y disputas —dijo el notario—, es el inconveniente de la justicia humana. Pero, en materia de testamentos, los hay que no pueden ser impugnados...

—¿Cuáles...? —preguntó Pons.

—Los testamentos hechos ante notario, en presencia de testigos que certifican que el testador está en plena posesión de sus facultades mentales, y si el testador no tiene ni esposa, ni hijos, ni padre, ni hermano...

—No tengo nada de todo esto, todo mi afecto lo tengo puesto en mi querido amigo Schmucke, aquí presente...

Schmucke lloraba.

—Entonces, si usted sólo tiene parientes colaterales lejanos, la ley le deja disponer libremente de sus bienes muebles e inmuebles, siempre que no los legue en condiciones reprobadas por la moral, ya que ya habrá usted oído hablar de testamentos impugnados a causa de la extravagancia del testador; o sea que, en su situación, un testamento ante notario no puede ser impugnado. En efecto, la identidad de la persona no puede ser negada, el notario ha constatado que está en su sano juicio, y la firma no puede dar lugar a ninguna discusión... Sin embargo, un testamento ológrafo, en debida forma y claro, prácticamente es tan seguro como el otro.

—Por razones que yo conozco, me decido a escribir bajo su dictado un testamento ológrafo, y a confiarlo a mi amigo aquí presente... ¿Puede hacerse?

—Desde luego que sí —dijo el notario—. ¿Quiere usted escribir? Voy a dictarle...

—Schmucke, dame el escritorio de Boulle. Dícteme en voz baja; porque —añadió— alguien puede estar escuchándonos.

—Antes que nada, dígame cuáles son sus intenciones —dijo el notario.

Al cabo de diez minutos, la Cibot, a la que Pons veía por un espejo, vio sellar el testamento, una vez el notario lo hubo examinado mientras Schmucke encendía una vela; luego Pons lo entregó a Schmucke diciéndole que lo guardara en un escondrijo que había en su secreter. El testador pidió la llave del secreter, la ató a una punta de su pañuelo y puso el pañuelo bajo la almohada. El notario, a quien por cortesía se había nombrado albacea, y a quien Pons legaba un cuadro de considerable valor, uno de los obsequios que la ley permite hacer a un notario, salió de la alcoba y encontró en el salón a la señora Cibot.

—¿Cómo ha ido, señor Trognon? ¿Se ha acordado de mí el señor Pons?

—Mi estimada señora, ¿no esperará usted que un notario traicione los secretos que le han confiado? —respondió el señor Trognon—. Todo lo que puedo decirle es que habrá muchas ambiciones que quedarán frustradas y muchas esperanzas que serán en vano. El señor Pons ha hecho un hermoso testamento, muy bien orientado, un testamento patriótico que yo apruebo enteramente.

Puede imaginarse el grado de curiosidad a que llegó la Cibot, estimulada por tales palabras. Bajo a la portería y pasó la noche junto a Cibot, prometiéndose que se haría reemplazar por la señorita Rémonencq y que, de dos a tres de la madrugada, iría a leer el testamento.

LX

El testamento simulado

La visita de la señorita Héloïse Brisetout a las diez y media de la noche, pareció bastante natural a la Cibot; pero tuvo miedo de que la bailarina hablase de los mil francos que le había dado Gaudissart, y la acompañó prodigándole zalemas y adulaciones como a una soberana.

—¡Ah, amiga mía! Está usted mucho mejor aquí que en el teatro —dijo Héloïse mientras subía la escalera—, sobre todo no haga la tontería de dejar su empleo.

Héloïse, a quien había acompañado en coche su amigo del alma, Bixiou, iba magníficamente vestida, ya que luego debía ir a una fiesta que se daba en casa de Mariette, una de las figuras más ilustres de la Ópera.

El señor Chapoulot, el antiguo pasamanero de la calle Saint-Denis, inquilino del primer piso, que volvía del Ambigu-Comique con su hija, quedó deslumbrado, al igual que su mujer, al encontrarse en su escalera con una dama ataviada de aquel modo.

—Señora Cibot, ¿quién es? —preguntó la señora Chapoulot.

—¡Es una cualquiera...! Una perdida que se puede ver casi desnuda todas las noches por dos francos... —respondió la portera al oído de la antigua pasamanera.

—¡Victorine, hija mía! —dijo la señora Chapoulot a su hija—, deja pasar a la señora.

Héloïse comprendió este grito de madre escandalizada y se volvió.

—Señora, su hija debe ser peor que la yesca... ¿tiene miedo de que se encienda al tocarme?

Héloïse miró al señor Chapoulot con expresión agradable y sonriente.

—Al menos fuera del teatro es lo que se dice una real moza —dijo el señor Chapoulot quedándose en el rellano.

La señora Chapoulot pellizcó a su marido hasta hacerle chillar, y le empujó dentro del piso.

—¡Vaya, hombre! —dijo Héloïse—. Un segundo que ha tenido el capricho de ser un cuarto.

—Usted ya debe estar acostumbrada a subir escaleras —dijo la Cibot abriendo la puerta del piso.

—¿Qué hay, hombre? —dijo Héloïse entrando en la alcoba, en la que vio al pobre músico en la cama, pálido y con el rostro demacrado—. De modo que no te encuentras bien... En el teatro todo el mundo está preocupado por ti; pero, ya sabes, aunque se tenga buen corazón, cada cual tiene sus problemas, y no se encuentra un momento para ir a ver a los amigos. Gaudissart cada día dice que va a venir a verte, y luego cada mañana resulta que los asuntos de la administración no le dejan. A pesar de todo, todos te apreciamos...

—Señora Cibot —dijo el enfermo—, haga el favor de dejarme a solas con la señorita, tenemos que hablar de cosas del teatro y de mi puesto de director de orquesta... Schmucke, acompañará a la señora...

Schmucke, a una señal de Pons, puso a la Cibot en la puerta y echó el cerrojo.

—¡Vaya! ¡De modo que ésas tenemos con el alemán! Otro que también se pervierte —se dijo la Cibot al oír este significativo ruido—. Seguro que es el

señor Pons quien le enseña estas jugaditas... Pero, me lo vais a pagar todo, amiguitos —se decía la Cibot, bajando por la escalera—. Al fin y al cabo, si esta perdida de saltimbanqui les habla de los mil francos, les diré que es un chiste de teatro.

Y se sentó a la cabecera de Cibot, quien se quejaba de tener fuego en el estómago, ya que Rémonencq acababa de darle de beber en ausencia de su mujer.

—Hija mía —dijo Pons a la bailarina, mientras Schmucke se libraba de la Cibot—, sólo me fío de ti para indicarme un notario honrado que venga mañana por la mañana, a las nueve y media en punto a redactar mi testamento. Quiero dejar toda mi fortuna a mi amigo Schmucke. Si este pobre alemán fuese objeto de persecuciones, cuento con este notario para aconsejarle, para defenderle. Por esto deseo un notario de prestigio, muy rico, que esté por encima de las consideraciones que hacen doblegar a los hombres de leyes; porque mi pobre heredero debe encontrar un apoyo en él. Desconfío de Berthier, el sucesor de Cardot; y tú que conoces a tanta gente...

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! —dijo la bailarina—. El notario de Florine, de la condesa de Bruel, Léopold Hannequin, un hombre tan virtuoso que no sabe o que es una loreta. Es como un padre adoptivo, un buen hombre que no le deja a una hacer tonterías con el dinero que gana; yo le llamo el padre de las suripantas, porque ha inculcado principios de economía a todas mis amigas. Para empezar, hay que saber que tiene sesenta mil francos de renta, además de su estudio. Y luego lo que pasa es que es un notario como los de antes. Es notario cuando anda, cuando duerme; sólo ha podido engendrar notarios y notaritas... En resumen, que es un señor pesado y pedante; pero que cuando está en sus funciones no se inclina ante ningún poder... No ha tenido nunca la menor distracción, es un padre de familia fósil... Y su mujer le adora y no le engaña, a pesar de ser mujer de notario... ¿Qué más se puede pedir? Como notario no lo hay mejor en todo París, Es un tipo de patriarca; no es que sea tan divertido como lo era Cardot con Málaga, pero éste no es de los que se despiden a la francesa, como el pequeño que vivía con Antonia. Mañana por la mañana, a las ocho, te lo envío. Puedes dormir tranquilo. Además yo espero que te cures y que puedas volver a hacernos música de la bonita; pero, al fin y al cabo, ya se sabe, la vida es triste, los empresarios regatean, los ministros mangonean, los ricos tacañean y los reyes nos desvalijan... Los artistas ya no tienen de esto —dijo señalándose el corazón—, son unos tiempos como para morirse... Bueno, adiós, que te mejores...

—Sobre todo, Héloïse, te ruego la mayor discreción.

—No es un asunto de teatro —dijo—; ésta es una cosa sagrada para una artista.

—¿Con quién andas ahora, pequeña?

—Con el alcalde de tu distrito, el señor Beaudoyer, que es tan tonto como el difunto Crevel; porque supongo que ya sabes que Crevel, uno de los antiguos comanditarios de Gaudissart, ha muerto hace unos días, y no me ha dejado nada, ni siquiera un pote de pomada. Por esto te decía que nuestro siglo me parece repugnante.

—¿De qué ha muerto?

—¡De su mujer! Si hubiese seguido conmigo, aún viviría... Bueno, adiós... Te hablo de fiambres porque dentro de quince días ya te veo paseándote por el bulevar y husmeando nuevas antiguallas; tú no estás enfermo, tienes una mirada más viva que nunca...

Y la bailarina se fue, segura de que su protegido Garangeot conservaría ya para siempre la batuta de director de orquesta. Garangeot era su primo hermano... Todas las puertas estaban entornadas, y en todos los hogares se siguió con la mirada el paso de la primera bailarina. Aquél fue un acontecimiento en la casa.

Fraisier, como estos bulldogs que no abandonan la presa en la que han hincado el diente, permanecía en la portería junto a la Cibot cuando la bailarina pasó bajo la puerta cochera y pidió que le abrieran la puerta. Fraisier sabía que el testamento estaba hecho, y venía a sondear las disposiciones de la portera; ya que maître Trognon, el notario, se había negado a decir ni una palabra sobre el testamento, ni a Fraisier ni a la señora Cibot.

Naturalmente, el leguleyo advirtió la salida de la bailarina, y se prometió sacar partida de aquella visita in extremis.

—Mi querida señora Cibot —dijo Fraisier—, para usted ha llegado el momento crítico.

—¡Ay, sí! —dijo ella—. Mi pobre Cibot... ¡Cuando pienso que no podrá disfrutar de lo que yo pueda tener...!

—Se trata de saber si el señor Pons le ha legado algo; en una palabra, si se ha acordado de usted en el testamento, o si la ha olvidado —siguió Fraisier—. Yo represento a los herederos naturales, y, suceda lo que suceda, usted no tendrá nada de ellos... El testamento es ológrafo, y por consiguiente, muy vulnerable... ¿Sabe usted dónde lo han guardado?

—En un escondrijo del secreter, y él tiene la llave —respondió la portera—; la ha atado a la punta del pañuelo, y ha puesto el pañuelo debajo de la almohada... Lo he visto todo.

—¿Está sellado el testamento?

—Por desgracia, sí.

—Sustraer un testamento y destruirlo es un crimen, pero leerlo no es más que un delito; y, en último término, ¿qué es? Un pecadillo que no tiene testigos. ¿Tiene el sueño profundo nuestro hombre?

—Sí; pero cuando han querido examinarlo todo y tasarlo todo, tenía que dormir como un tronco, y se ha despertado... ¡En fin, ya veremos! Yo iré a relevar al señor Schmucke hacia las cuatro de la madrugada, y si quiere usted venir, podrá tener el testamento en sus manos durante diez minutos...

—Bien, de acuerdo. Me levantaré a las cuatro y llamaré muy flojo.

—La señorita Rémonencq, que me reemplazará al lado de Cibot, ya estará avisada y le abrirá la puerta; pero llame a la ventana para no despertar a naide.

—De acuerdo —dijo Fraisier—; tendrá luz, ¿no? Con una vela me bastará.

A medianoche, el pobre alemán, sentado en un sillón, abrumado por el dolor, contemplaba a Pons, cuyo rostro crispado, como el de todos los moribundos, se distendía, después de tantas fatigas, hasta producir la impresión de que iba a expirar.

—Creo que tendré justo los ánimos para llegar a mañana por la noche —dijo Pons con filosofía—. Mi pobre Schmucke, sin duda mi agonía empezará en la noche de mañana. Cuando se hayan ido el notario y tus dos amigos, irás a buscar a nuestro buen padre Duplanty, el vicario de la iglesia de San Francisco. Él no sabe que estoy enfermo, y quiero recibir los santos sacramentos mañana, al mediodía...

Hizo una larga pausa.

—Dios no ha querido que la vida fuese para mí como yo la soñaba —siguió Pons—. ¡Me hubiese gustado tanto tener una mujer, hijos, una familia...! Ser querido por unos cuantos seres, en un rincón del mundo, era toda mi ambición... La vida es amarga para todos; he conocido a personas que tenían todo lo que yo tanto he deseado en vano, y que no eran felices... Hacia el final de mi vida, Dios me ha hecho encontrar un consuelo inesperado dándome un amigo como tú; tengo que reprocharme el no haberte sabido conocer, el no haberte sabido apreciar, mi buen Schmucke; te he dado mi corazón y toda mi capacidad de querer... No llores, Schmucke, o tendré que callarme... Para mí ¡es tan dulce hablarte de nosotros! Si te hubiera hecho caso, ahora viviría. Hubiera abandonado el mundo y mis costumbres, y no hubiera recibido heridas mortales. Ahora, sólo quiero ocuparme de ti...

—No, Bons...

—No me contraríes, escúchame, querido amigo... Tú tienes la ingenuidad, el candor de un niño de seis años que no se hubiera separado nunca de su

madre; esto es algo muy digno de respeto; creo que Dios debe velar él mismo por los seres que se te parecen. Sin embargo, los hombres son tan malvados que tengo que prevenirte contra ellos. Vas a perder tu noble confianza, tu santa credulidad, esta gracia de las almas puras que sólo tienen los hombres de genio y los corazones como el tuyo. Dentro de poco vas a ver cómo la señora Cibot, que nos estuvo espiando por la rendija de la puerta entornada, vendrá a coger el falso testamento. Supongo que la muy granuja vendrá esta madrugada, cuando te crea dormido. Escúchame bien y sigue mis instrucciones al pie de la letra... ¿Me oyes? —preguntó el enfermo.

LXI

Profunda decepción

Schmucke, abrumado por el dolor, sintiendo como si el corazón le fuese a estallar, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y pareció quedarse desvanecido.

—Sí, de oico... Bero gomo si esduvieras muy lejos te mí... Dengo la impresión te huntirme en la dumba gondigo... —dijo el alemán, vencido por el dolor.

Se acercó a Pons, tomó una de sus manos, la apretó entre las suyas, y dijo mentalmente una fervorosa oración.

—¿Qué murmuras en alemán?

—He bedido a Tios gue se nos lleve fundos... —respondió simplemente, una vez terminada su plegaria.

Pons se incorporó penosamente, ya que sentía en el hígado grandes dolores. Pudo inclinarse hacia Schmucke y le besó en la frente, explayando su alma como una bendición sobre aquel ser comparable al cordero que reposa a los pies de Dios.

—Escúchame, mi buen Schmucke, hay que obedecer a los moribundos...

—De esgucho...

—Tu habitación comunica con la mía por la puertecita de tu alcoba, que da a este cuarto de al lado.

—Sí, bero esdá lleno de guadros...

—Ve ahora mismo a apartarlos, sin hacer demasiado ruido...

—Pueno...

—Sácalo todo para que se pueda pasar fácilmente por este cuarto; luego, dejás entornada tu puerta. Cuando venga la Cibot a reemplazarte (esta madrugada es capaz de llegar una hora antes), tú te vas a dormir como siempre, y dices que te encuentras muy cansado. Procura poner cara de mucho sueño... Cuando ella se siente en el sillón, pasa al cuarto de al lado, y quédate observándolo todo desde detrás de la vidriera (tendrás que apartar un poco la cortina de muselina); fíjate bien en lo que haga... ¿Comprendes?

—Sí, gompreno... Dú grees gue va a guemar el desdamento...

—No sé lo que va a hacer, pero estoy seguro de que, después de esto, ya no volverás a tenerla por un ángel. Ahora tócame algo, por favor, alégrame con alguna de tus improvisaciones... Esto te distraerá, te olvidarás de tus ideas negras, y me llenarás con tus poemas esta triste noche...

Schmucke se sentó al piano. Al cabo de unos instantes, la inspiración musical, estimulada por el dolor y la excitación que le causaba, se apoderó del buen alemán, como solía suceder, transportándole más allá de este mundo. Supo hallar temas sublimes sobre los que bordó caprichos ejecutados ya con el dolor y la perfección rafaelesca de Chopin, ya con el brío y la grandiosidad dantesca de Liszt, las dos visiones musicales que se parecen más a la de Paganini. La ejecución, al llegar a este grado de perfección, en apariencia pone al ejecutante a la altura del poeta, que es al compositor lo que el actor es al autor, un divino traductor de cosas divinas. Pero aquella noche en la que Schmucke hizo oír a Pons anticipadamente las armonías del Paraíso, aquella inefable música que hace caer sus instrumentos de las manos de Santa Cecilia, el alemán fue a un tiempo Beethoven y Paganini, el creador y el intérprete... Incansable como el ruiseñor, sublime como el cielo bajo el que canta, variado, frondoso como el bosque en el que hace resonar sus trinos, se superó a sí mismo y sumió al viejo músico que le escuchaba en el éxtasis que ha pintado Rafael y que puede verse en Bolonia. Aquella poesía fue interrumpida por el tintineo chillón de una campanilla. La criada de los inquilinos del primer piso venía a rogar a Schmucke, de parte de sus amos, que pusiera fin a aquel escándalo. La señora, el señor y la señorita Chapoulot se habían despertado, no podían volver a dormirse y hacían notar que la jornada era lo suficientemente larga como para permitir ensayar la música del teatro, y que en una casa del Marais no se debía aporrear el piano durante la noche... Eran cerca de las tres de la madrugada. A las tres y media, de acuerdo con las previsiones de Pons, quien parecía haber oído la conversación de Fraasier y de la Cibot, apareció la portera. El enfermo dirigió a Schmucke una mirada de inteligencia que significaba: «¿Verdad que no me he equivocado?», y adoptó la posición de un hombre que duerme profundamente.

La Cibot estaba tan persuadida de la absoluta inocencia de Schmucke — éste es uno de los grandes medios y el motivo del éxito de todos los ardides de

los niños— que fue incapaz de sospechar que estaba fingiendo cuando vio que se le acercaba para decirle con un aire a un tiempo doliente y excitado:

—Ha basado muy mada noche... No ha barado de moferse... He denido gue docar el biano bara gue se galmara, hasda gue los fecinos tel brimer biso han brodesdado... Es derrible, borque se dradaba de la fida te mi amico... Esdoy dan gansado de haber docado toda la noche, gue me gaigo te sueño...

—Mi pobre Cibot también está muy mal... Si pasa otro día como el de hoy, no creo que le queden tuerzas ya... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Que sea lo que Dios quiera!

—Diene usded dan puen gorazón, gue si se muere su marido, famos a fifir dodos jundos... —dijo el astuto Schmucke.

Cuando las personas ingenuas y sencillas se ponen a disimular, son capaces de engañar a cualquiera, son igual que niños, cuyas mentiras tienen la misma perfección que muestran los salvajes en sus ardidés.

—Entonces, hijo mío, lo mejor que puede hacer es irse a dormir —dijo la Cibot—; tiene los ojos saltones y encarnados. Mire, lo único que podría consolarme de perder a Cibot, es pensar que acabaría mis días al lado de un hombre tan bueno como usted. No se preocupe, ya me encargaré yo de decirle cuatro frescas a la señora Chapoulot... ¿Desde cuándo una mercera retirada va a venir con estas exigencias...?

Schmucke se trasladó a su puesto de observación, que había dispuesto de antemano.

La Cibot había dejado entornada la puerta del piso, y Fraisier, después de entrar, la cerró suavemente, una vez Schmucke se hubo encerrado en su cuarto. El abogado se había provisto de una vela encendida y de un alambre de latón muy fino para poder desellar el testamento. La Cibot no tuvo ninguna dificultad en sacar el pañuelo con que se había atado la llave del secreter, y que se hallaba debajo de la almohada de Pons, ya que el enfermo había dejado exprofeso que el pañuelo pasara por debajo del travesaño, y se prestaba a la maniobra de la Cibot manteniéndose de cara a la calle y en una posición que le dejaba plena libertad para apoderarse del pañuelo. La Cibot se dirigió inmediatamente hacia el secreter, lo abrió intentando hacer el menor ruido posible, encontró el resorte del escondrijo y corrió, con el testamento en la mano, hacia el salón. Esta circunstancia dejó muy intrigado a Pons. En cuanto a Schmucke, temblaba de pies a cabeza como si hubiese cometido un crimen.

—Vuelva a su lado —dijo Fraisier cogiendo el testamento que le tendía la Cibot—; si se despierta es preciso que la encuentre allí.

Tras romper los lacres con una habilidad que demostraba que no era la

primera vez que lo hacía, Fraisier quedó sumido en un profundo asombro al leer aquel curioso documento:

ÉSTE ES MI TESTAMENTO

Hoy, quince de abril de mil ochocientos cuarenta y cinco, hallándome en plena posesión de mis facultades mentales, como este testamento, redactado de acuerdo con el señor Trognon, notario, lo demostraré; sintiendo que debo morir dentro de muy poco de la enfermedad que me aqueja desde los primeros días del pasado mes de febrero, queriendo disponer de mis bienes, he decidido dictar mis últimas voluntades, que son las siguientes:

Siempre me han consternado los inconvenientes que perjudican a las obras maestras de la pintura y que a menudo conducen a su destrucción. He lamentado que los lienzos más bellos se vean condenados a viajar constantemente de un país a otro, sin poder nunca permanecer de un modo estable en un lugar al que pudieran acudir los admiradores de estas obras de arte para contemplarlas. Siempre he pensado que las páginas verdaderamente inmortales de los maestros más famosos deberían ser propiedad nacional, y exhibirse incesantemente a los ojos de los pueblos como la luz, la gran obra de arte de Dios, sirve a todos sus hijos.

Como yo he dedicado toda mi vida a reunir y seleccionar algunos cuadros que son gloriosas obras de los más grandes maestros, cuadros en los que no se ha hecho el menor retoque ni modificación, pienso con dolor en la posibilidad de que estos lienzos, que han sido la felicidad de mi vida, puedan venderse en una subasta pública; terminar unos en Inglaterra, otros en Rusia, dispersos como lo estaban antes de que yo los reuniese; he decidido pues sustraerlos a este triste destino, a ellos y a los magníficos marcos que los encuadran, todos ellos salidos de los talleres de los artesanos más hábiles.

Así pues, por estos motivos, dono y lego al Rey, para que se incorporen al Museo del Louvre, los cuadros de que consta mi colección, con la condición, en caso de que se acepte el legado, de pasar a mi amigo Wilhem Schmucke una renta vitalicia de dos mil cuatrocientos francos.

Si el Rey, como usufructuario del Museo, no acepta este legado con la condición que lleva aneja, los mencionados cuadros pasarán a formar parte del legado que hago en favor de mi amigo Schmucke consistente en todos los bienes que poseo, con la condición de entregar la Cabeza de mono de Goya a mi primo el presidente Camusot; el cuadro de Flores de Abraham Mignon, en el que figuran unos tulipanes, al notario señor Trognon, a quien nombro albacea testamentario, y de pasar doscientos francos de renta a la señora Cibot, quien se ocupa de mi casa desde hace diez años.

Finalmente, mi amigo Schmucke dará el Descendimiento de la Cruz de

Rubens, esbozo de su célebre cuadro de Amberes, a mi parroquia, para decoración de una capilla, agradeciendo así las bondades del señor vicario Duplanty, a quien debo poder morir como cristiano y católico. Etc.

—¡Es la ruina! —se dijo Fraisier—. ¡La ruina de todas mis esperanzas! ¡Ah, empiezo a creer que la presidenta tenía razón cuando me hablaba de la malicia del viejo!

—¿Qué hay? —vino a preguntar la Cibot.

—Su señor es un monstruo, lo deja todo al Museo del Estado; y contra el Estado no se puede pleitear... No hay modo de impugnar este testamento... ¡Nos han robado, arruinado, despojado, asesinado!

—¿Me deja algo?

—Doscientos francos de renta vitalicia...

—¡Pues sí que está generoso! De todos modos, está dando las boqueadas...

—Vaya con él —dijo Fraisier—; volveré a meter el testamento dentro del sobre.

LXII

Primera catástrofe

Una vez la Cibot le hubo vuelto la espalda, Fraisier con la máxima rapidez sustituyó por una hoja de papel el testamento, que guardó en el bolsillo; luego volvió a sellar el sobre con tanta destreza, que mostró los lacres a la señora Cibot cuando volvió, preguntándole si podía advertir la menor huella de la operación. La Cibot cogió el sobre, lo palpó, sintió por el tacto que estaba lleno y suspiró profundamente. Esperaba que Fraisier hubiese quemado él mismo aquel documento fatal.

—Bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer, mi querido señor Fraisier? —preguntó.

—¡Ah, esto es asunto suyo! Yo no soy heredero; pero si tuviese algún derecho sobre esto —dijo señalando la colección—, ya sé lo que haría...

—Esto es lo que le pregunto —dijo un poco abobadamente la Cibot.

—La chimenea está encendida... —replicó el abogado, levantándose para irse.

—En realidad, sólo usted y yo lo sabremos —dijo la Cibot.

—No hay manera de probar que un testamento ha existido —siguió diciendo el leguleyo.

—¿Y usted?

—¿Yo? Si el señor Pons muere sin testamento, le garantizo cien mil francos.

—¡Ah, sí, sí! —dijo ella—. A una se le promete montañas de oro, pero cuando tienen la cosa y se trata de pagar, entonces se regatea como...

Se contuvo a tiempo, porque iba a hablar de Élie Magus a Fraisier...

—Yo me largo —dijo Fraisier—. Por su propio interés no le conviene que me hayan visto en el piso; la espero abajo, en la portería.

Después de cerrar la puerta, la Cibot volvió junto al enfermo con el testamento en la mano, decidida a arrojarlo al fuego; pero, cuando entró en la alcoba, y avanzó hacia la chimenea, se sintió cogida por los dos brazos... Y se vio entre Pons y Schmucke, que se habían ocultado a ambos lados de la puerta.

—¡Ah! —exclamó la Cibot.

Y se desplomó hacia delante, en medio de terribles convulsiones, reales o fingidas, esto jamás se supo. Aquel espectáculo produjo tal impresión en Pons que sintió un desmayo mortal, y Schmucke dejó a la Cibot en el suelo para volver a acostar a Pons. Los dos amigos temblaban como personas que, al verse obligadas a llevar a cabo una acción que les repugnaba, habían ido más allá de lo que les permitían sus fuerzas. Cuando Pons estuvo acostado de nuevo, y Schmucke se hubo rehecho un poco, el alemán oyó unos sollozos. La Cibot, de rodillas, hecha un mar de lágrimas, tendía las manos a los dos amigos, implorándoles con una pantomima muy expresiva.

—¡Ha sido pura curiosidá! —dijo al ver que era objeto de la atención de los dos amigos—. ¡Pura curiosidá, mi buen señor Pons! ¡Es el vicio de las mujeres, ya lo saben ustedes! ¡Pero no he sabido qué hacer para poder leer el testamento y ahora mismo lo iba a devolver a su sitio!

—¡Fáyase! —dijo Schmucke, irguiéndose sobre la punta de los pies, y pareciendo adquirir más estatura con la grandiosidad de su indignación—. ¡Es usted un monsdruo! Ha indendado madar a mi puen Bons. Él denía razón, es beor gue un monsdruo, es un temonio...

La Cibot, al ver el horror pintado en el rostro del cándido alemán, se levantó orgullosa como Tartufo, dirigió a Schmucke una mirada que le hizo temblar y salió de la habitación llevándose oculto bajo la falda un sublime cuadrito de Metzú que Élie Magus había ponderado mucho y del que había dicho: «¡Es una perla!». La Cibot encontró en la portería a Fraisier, quien la estaba esperando convencido de que había quemado el sobre y el papel en

blanco por el que había sustituido el testamento; quedó muy asombrado al ver a su cliente asustada y con la cara descompuesta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi querido señor Fraisier, lo que ha ocurrido es que, con el pretexto de darme buenos consejos y de dirigirme, ha hecho que perdiera para siempre mis rentas y la confianza de mis señores...

Y se lanzó a uno de sus torrenciales discursos en los que era maestra consumada.

—No gaste saliva porque sí —replicó secamente Fraisier, interrumpiendo a su cliente—. ¡Al grano, al grano! ¡Y de prisa!

—Bueno, pues ha pasado lo siguiente...

Y contó la escena tal como acababa de ocurrir.

—Yo no le hecho perder nada —respondió Fraisier—. Los dos dudaban de su honradez, de lo contrario no le hubieran tendido esta trampa; la estaban esperando, la espiaban... Hay algo que usted me oculta... —añadió el abogado, dirigiendo una mirada de tigre a la portera.

—¡Yo! ¿Que le oculto algo? ¡Después de todo lo que hemos hecho juntos...! —dijo estremeciéndose.

—Muy señora mía... ¡Yo no he cometido ningún acto reprensible...! —dijo Fraisier, manifestando así su intención de negar la visita nocturna que acababa de hacer a casa de Pons.

La Cibot sintió que se le erizaban los cabellos y que la envolvía un frío glacial.

—¿Cómo dice...? —preguntó como alelada.

—Ante un juez, tendría usted todas las de perder... Se le podría acusar de sustracción de testamento —respondió fríamente Fraisier.

La Cibot hizo un movimiento de horror.

—Tranquilícese, yo soy su consejero —siguió diciendo el abogado—. Sólo quería demostrarle lo fácil que es, de un modo u otro, convertir en realidad lo que acabo de decirle. Vamos a ver... ¿Qué ha hecho usted para que este alemán tan ingenuo se oculte en el cuarto para sorprenderla...?

—¿Yo? Nada... Fue lo que pasó el otro día, cuando sostuve al señor Pons que había tenido visiones. Desde aquel día, los dos dieron un cambio radical respecto a mí. O sea que usted es la causa de todas mis desgracias, porque aunque hubiese perdido mi dominio sobre el señor Pons, estaba segura del alemán, que llegó a hablar de casarse conmigo, o de llevarme a vivir con él,

que es lo mismo.

Esta justificación era tan plausible que Fraisier se vio obligado a aceptarla.

—No tenga ningún miedo —dijo el abogado—, yo le he prometido unas rentas, y mantendré mi palabra. Hasta ahora en este asunto todo era hipotético; a partir de ahora, vale billetes de banco... Usted tendrá al menos mil doscientos francos de renta vitalicia... Pero, mi querida señora Cibot, es preciso que obedezca mis órdenes y que las ejecute con inteligencia.

—Sí señor Fraisier —dijo servilmente la portera, completamente amansada.

—Así, pues, de acuerdo. Adiós —dijo Fraisier saliendo de la portería y llevándose el peligroso testamento.

Mientras volvía a su casa, rebosaba de satisfacción, ya que aquel testamento era un arma terrible.

—Tendré un buen argumento —pensaba— para defenderme de la mala fe de la señora presidenta de Marville. Si decidiera no cumplir su palabra, perdería la herencia.

LXIII

Proposiciones engañosas

Al amanecer, Rémonencq, después de abrir su tienda y de dejarla al cuidado de su hermana, acudió, siguiendo una costumbre adquirida en los últimos días, a ver cómo seguía su buen amigo Cibot, y sorprendió a la portera que contemplaba el cuadro de Metz y que se preguntaba cómo era posible que un trocito de madera pintada pudiese valer tanto dinero.

—¡Ah, vaya! —dijo mirando por encima del hombro de la Cibot—. Éste es el único que el señor Magus lamentaba no tener; dice que con esta cosilla ya no le faltaría nada para ser feliz.

—¿Cuánto pagaría? —preguntó la Cibot.

—Veamos, si usted me promete casarse conmigo antes de que se cumpla un año de ser viuda —respondió Rémonencq— yo me encargo de que Élie Magus pague veinte mil francos... Pero si usted no se casa conmigo, de este cuadro no podrá sacar más de mil francos...

—¿Por qué?

—Pues porque se vería obligada a firmar un recibo como propietaria, y

entonces tendría un pleito con los herederos. Si es mi mujer, sería yo quien lo vendería al señor Magus, y a un comerciante sólo se le pide la inscripción en el libro de compras, y allí yo pondría que el señor Schmucke me lo ha vendido. Lo mejor que puede hacer es dejar la tabla en mi casa... Si su marido se muere, puede usted tener muchos conflictos, y nadie encontraría extraño que yo tuviera un cuadro en mi casa... Usted ya me conoce... Además, si quiere, le hago un recibo.

En la situación delictiva en la que había sido sorprendida, la ávida portera aceptó sin pararse a pensarlo esta proposición, que la ligaba para siempre al chamarilero.

—Tiene razón tráigame el recibo —dijo guardando el cuadro en su cómoda.

—Vecina —dijo el chamarilero en voz baja, llevando a la Cibot hasta el umbral de la puerta—, estoy viendo que no vamos a poder salvar a nuestro amigo Cibot; ayer por la tarde el doctor Poulain lo desahució, y dijo que no pasaría de hoy... ¡Qué desgracia tan grande! Pero, al fin y al cabo, éste no es un sitio para usted... Su lugar está en una tienda de antigüedades bien bonita, en el boulevard de los Capuchinos. ¿Sabía usted que en los últimos diez años he ganado cerca de cien mil francos, y que si llega un día en que usted tenga otros tantos, yo me encargo de redondearle una buena fortuna...? Siempre que sea mi mujer... Sería usted una señora... bien, servida por mi hermana, que se encargaría de la casa, y...

El seductor se vio interrumpido por las desgarradoras quejas del sastre, que entraba en la agonía.

—Váyase —dijo la Cibot—, es usted un monstruo de hablarme de estas cosas, cuando mi pobre marido se está muriendo de esta manera...

—¡Ah! —dijo Rémonencq—. Es que yo la quiero, y cuando estoy a su lado pierdo la cabeza y sería capaz...

—Si me quisiera, en estos momentos no me diría nada —respondió ella.

Y Rémonencq volvió a meterse en su tienda, seguro de que llegada a casarse con la Cibot.

Alrededor de las diez, hubo en la puerta de la casa una especie de tumulto, ya que administraban los sacramentos al señor Cibot. Todos los amigos de los Cibot, los porteros y porteras de la calle de Normandía y de las calles adyacentes, llenaban la portería, obstruían la puerta cochera y se estacionaban delante de ésta, en la calle. Debido a esta circunstancia, nadie prestó atención al señor Léopold Hannequin, a quien acompañaba un colega, ni a Schwab y Brunner, que pudieron llegar hasta el domicilio de Pons sin ser vistos por la

señora Cibot. La portera de la casa vecina, a quien se dirigió el notario para saber en qué piso vivía Pons, se lo indicó. En cuanto a Brunner, que llegó junto con Schwab, va había venido en una ocasión a ver el museo Pons, y enseñó el camino a su socio... Pons anuló formalmente el testamento de la víspera, e instituyó a Schmucke su heredero universal. Una vez terminada esta ceremonia. Pons después de haber dado las gracias a Schwab y a Brunner, y de haber recomendado vivamente al señor Léopold Hannequin los intereses de Schmucke, cayó en una postración tal, a consecuencia de la energía que había desplegado en la escena nocturna con la Cibot y en el último acto de su vida social, que Schmucke rogó a Schwab que fuese a llamar al padre Duplanty, va que no quería separarse de su amigo, y Pons reclamaba los sacramentos.

Sentada al pie de la cama de su marido, la Cibot, quien por otra parte va había sido despedida por los dos amigos, no se ocupó para nada de la comida de Schmucke. Pero los acontecimientos de aquella mañana, el espectáculo de la agonía resignada de Pons, que moría estoicamente, había destrozado el corazón de Schmucke de tal modo que no sintió el hambre.

Sin embargo, hacia las dos de la tarde, al no haber visto al viejo alemán, la portera, en parte por curiosidad, en parte por interés, rogó a la hermana de Rémonencq que fuese a ver si Schmucke necesitaba algo. En aquel mismo momento, el padre Duplanty, a quien el pobre músico había hecho su última confesión, le administraba la extremaunción. La señora Rémonencq turbó, pues, esta ceremonia con sus reiterados campanillazos. Pero, como Pons habla hecho jurar a Schmucke que no dejaría entrar a nadie, tal era su temor de que le robasen, Schmucke dejó llamar a la señorita Rémonencq, quien volvió a bajar muy asustada y dijo a la Cibot que Schmucke no le había abierto la puerta. Fraisier tomó buena nota de aquel hecho tan significativo. Schmucke, que era la primera vez que veía morir a alguien, iba a encontrarse con todos los conflictos que tiene un hombre en París con un muerto en la casa, sobre todo cuando carece de ayuda, de servidores y de consuelos. Fraisier, que sabía que los parientes verdaderamente afligidos pierden la cabeza en estos casos, y que, desde aquella mañana, permanecía en la portería en conferencia perpetua con el doctor Poulain, concibió la idea de dirigir el mismo todos los movimientos de Schmucke.

He aquí cómo los dos amigos, el doctor Poulain y Fraisier, se las arreglaron para conseguir este importante resultado.

El pertiguero de la iglesia de San Francisco, un antiguo vidriero llamado Cantinet, vivía en la calle de Orléans, en la casa vecina a la del doctor Poulain. La señora Cantinet, una de las silleras de la iglesia, había sido atendida gratuitamente por el doctor Poulain, a quien naturalmente estaba obligada por la gratitud, y a quien contaba a menudo las desdichas de su vida. Los dos cascanueces, que todos los domingos y días de precepto iban a los oficios de

San Francisco, estaban en buenas relaciones con el pertiguero, el macero y el que daba el agua bendita, es decir, con toda esa milicia eclesiástica que en París se llama el bajo clero, y a la que los fieles terminan por dar pequeñas propinas. La señora Cantinet conocía, pues, tan bien a Schmucke, como Schmucke la conocía a ella. Esta señora se veía abrumada por dos desgracias que permitieron a Fraisier hacer de ella un instrumento ciego e involuntario. El joven Cantinet, apasionado por el teatro, se había negado a seguir el camino de la Iglesia, que podía conducirle al cargo de macero, había debutado como comparsa en el Circo Olímpico, y llevaba una vida desordenada que preocupaba mucho a su madre, cuya bolsa se vaciaba a menudo debido a préstamos forzosos. Por otra parte, Cantinet, entregado al alcohol y a la pereza, se había visto obligado por estos dos vicios a abandonar el comercio. Lejos de enmendarse, aquel desgraciado halló en sus funciones eclesiásticas pábulo para sus dos pasiones: no hacía nada, bebía con los cocheros de las bodas, con los empleados de las pompas fúnebres y con los mendigos que socorría el cura, de modo que a partir del mediodía su rostro se amorataba.

La señora Cantinet se veía condenada a la miseria en la vejez, a pesar, como decía ella, de haber aportado doce mil francos de dote a su marido. La historia de estas desdichas, cien veces repetidas al doctor Poulain, sugirió a éste la idea de servirse de ella para lograr introducir en casa de Pons y de Schmucke a la señora Sauvage, como cocinera y mujer de hacer faenas. Presentar a la señora Sauvage era imposible; ya que la desconfianza de los dos cascanueces se había hecho absoluta, y la negativa de abrir la puerta a la señorita Rémonencq había sido para Fraisier un hecho suficientemente significativo. Pero los dos amigos consideraron evidente que los piadosos músicos aceptarían a ciegas una persona que les fuese presentada por el padre Duplanty. La señora Cantinet, de acuerdo con su plan, iría acompañada de la señora Sauvage; y la criada de Fraisier, una vez allí dentro, sería como el propio Fraisier.

LXIV

Donde reaparece la Sauvage

Cuando el padre Duplanty llegó a la puerta cochera, tuvo que detenerse durante unos momentos, debido a la multitud de amigos de Cibot que iban a interesarse por el más antiguo y el más apreciado de los porteros del barrio.

El doctor Poulain saludó al padre Duplanty, le llevó aparte y le dijo:

—Voy a subir a ver al pobre señor Pons; aún podría salir de ésta; se trata

de convencerle de sufrir la operación de extracción de los cálculos que se le han formado en vesícula; se notan al tacto, y provocan una inflamación que le causará la muerte; y quizás estaríamos a tiempo de intervenir. Usted debería emplear su influencia en su penitente, recomendándole que se sometiera a esta operación: yo respondo de su vida, siempre que durante la operación no se presente ningún contratiempo inesperado.

—Cuando haya dejado la píxide en la iglesia, volveré —dijo el padre Duplanty—, porque el señor Schmucke está en un estado de ánimo que necesita los consuelos de la religión.

—Acabo de enterarme de que está solo —dijo el doctor Poulain—. Parece ser que esta mañana ha tenido un pequeño altercado con la señora Cibot, que hace diez años que les lleva la casa, y se han peleado, sin duda momentáneamente; pero en las circunstancias en las que va a encontrarse, no es posible que no tenga a alguien al lado que le ayude. Ocuparse de él es una obra de caridad... Oiga, Cantinet —dijo el doctor, llamando al pertiguero—, pregunte a su mujer si quiere venir a velar al señor Pons y cuidar al señor Schmucke por unos días, en lugar de la señora Cibot... Además, aunque no hubiera habido esta disputa, la señora Cibot se hubiera visto obligada a buscar una sustituta... Es una mujer honrada —dijo el doctor al padre Duplanty.

—La elección no puede ser mejor —respondió el buen sacerdote—; tenemos toda la confianza en ella, y se encarga de cobrar el alquiler de las sillas.

Al cabo de unos minutos, el doctor Poulain seguía, en la cabecera de la cama, los progresos de la agonía de Pons, a quien Schmucke suplicaba en vano que se dejara operar. El viejo músico sólo respondía a las súplicas del pobre alemán desesperado, con movimientos de cabeza negativos, mezclados a veces con arrebatos de impaciencia. Por fin, el moribundo, reuniendo todas sus fuerzas, dirigió a Schmucke una terrible mirada y le dijo:

—¡Déjame morir tranquilo!

Schmucke estuvo a punto de morir de dolor; pero cogió la mano de Pons, la besó suavemente y la retuvo entre sus dos manos, intentando así comunicarle de nuevo su propia vida. Fue entonces cuando el doctor Poulain oyó llamar, y fue a abrir la puerta al padre Duplanty.

—Nuestro pobre enfermo —dijo Poulain— empieza a entrar en la agonía. Dentro de unas horas habrá expirado; sin duda enviará usted a un sacerdote para velarle esta noche; pero es preciso que el señor Schmucke pueda contar con la señora Cantinet y con una mujer de hacer faenas, porque es incapaz de pensar en nada; yo temo por su estado mental, y en la casa hay cosas de valor que deben ser vigiladas por personas de toda confianza.

El padre Duplanty, sacerdote bueno y digno, sin recelos ni malicia, quedó impresionado por la verdad de las observaciones del doctor Poulain; además, consideraba muy competente al médico del barrio; de modo que, sin trasponer el umbral de la cámara mortuoria, hizo una señal a Schmucke para que se acercara a hablar con él. Schmucke no acababa de decidirse a soltar la mano de Pons, que se crispaba, aferrándose a la suya como si estuviese cayendo en un precipicio y quisiera agarrarse a algo para evitar la caída. Pero ya es sabido que los moribundos son víctimas de una alucinación que les impulsa a aferrarse a todo lo que les rodea, como las personas que, en un incendio, se apresuran a llevarse consigo los objetos más valiosos, y Pons soltó a Schmucke para agarrarse a la colcha y atraerla hacia su cuerpo en un horrible y significativo movimiento de avaricia y de urgencia.

—¿Qué va a hacer usted solo, con su amigo muerto? —preguntó el buen sacerdote al alemán, quien se acercó entonces a escucharle—. No pueden contar con la señora Cibot...

—¡Es un monsdruo que ha madado a Bons! —dijo Schmucke.

—Pero necesita a alguien que le ayude —intervino el doctor Poulain—, porque esta noche habrá que velar el cadáver.

—¡Yo lo felaré, yo rezaré toda la noche! —repuso el inocente alemán.

—¡Pero tendrá que comer! ¿Quién le va a cocinar? —dijo el doctor.

—¡El tolor me ha guidado el abedido! —respondió ingenuamente Schmucke.

—Bueno —dijo Poulain—, pero tendrá que ir a declarar la defunción con testigos, hay que desnudar el cadáver, amortajarlo, ir a las pompas fúnebres a encargar el entierro, hay que dar de comer a la persona que se quede junto al cadáver y al sacerdote que lo vele: ¿Podrá hacer todo esto solo? ¡En la capital del mundo civilizado la gente no se muere como un perro!

Schmucke abrió unos ojos muy asustados, y tuvo como un momentáneo ataque de locura.

—¡Bero Bons no se morirá! ¡Yo lo salvaré!

—Usted, dentro de poco, necesitará dormir... y entonces ¿quién va a reemplazarle? Porque habrá que ocuparse del señor Pons, darle de beber, hacer remedios...

—¡Ay! ¡Es fertat! —dijo el alemán.

—Bueno —siguió el padre Duplanty—, pues yo he pensado hacer que el ayude la señora Cantinet, que es una mujer buena y muy honrada...

El detalle de sus deberes sociales para con su amigo muerto, trastornó de

tal modo a Schmucke, que hubiese querido morir con Pons.

—¡Es un niño! —dijo el doctor Poulain al padre Duplanty.

—¡Es un niño! —repitió maquinalmente Schmucke.

—Bueno —dijo el vicario—, voy a hablar con la señora Cantinet y le diré que venga.

—No se moleste usted —dijo el doctor—, es vecina mía y ahora yo vuelvo a mi casa.

La muerte es como un asesino invisible contra el cual lucha el moribundo; en la agonía recibe los últimos golpes, intenta devolverlos y combate. Pons había llegado a aquel momento supremo y emitió unos gemidos entrecortados por gritos. Inmediatamente, Schmucke, el padre Duplanty y Poulain corrieron junto al lecho del moribundo. De repente, Pons, afectado en su vitalidad por esta última herida que corta los vínculos que unen el alma al cuerpo, recobró por unos instantes la perfecta quietud que sigue a la agonía, volvió a estar lúcido, con la serenidad de la muerte pintada en el rostro, y contempló casi sonriendo a los que le rodeaban.

—¡Ah, doctor! ¡He sufrido mucho! Pero tenía usted razón, ahora me encuentro mejor... Muchas gracias, padre... ¡Ya no veía a Schmucke!

—Schmucke no ha comido desde ayer por la noche, y son las cuatro. Él es la única persona que tiene usted a su lado, y sería peligroso volver a llamar a la señora Cibot...

—¡Esta mujer es capaz de todo! —dijo Pons, manifestando todo su horror al oír el nombre de la Cibot—. Es verdad, Schmucke necesita que le ayude alguien honrado.

—El padre Duplanty y yo —dijo entonces Poulain—, hemos pensado en los dos...

—¡Ah, gracias...! —dijo Pons—. A mí no se me había ocurrido...

—El padre ha propuesto a la señora Cantinet... —dijo el doctor.

—¡Ah, la sillera! —exclamó Pons—. Sí, es muy buena mujer...

—No se lleva bien con la señora Cibot —siguió el doctor— y podrá cuidar al señor Schmucke...

—Dígala que venga, por favor, padre... Ella y su marido... Yo estaré tranquilo. Nadie podrá robar nada...

Schmucke había vuelto a coger la mano de Pons, y la apretaba jubilosamente, creyendo que su amigo recobraba la salud.

—Vámonos, padre —dijo el doctor—. Voy a decir a la señora Cantinet que venga lo antes posible; no creo engañarme; tal vez cuando llegue ya no encontrará vivo al señor Pons.

LXV

La muerte tal como es

Mientras el padre Duplanty decidía al moribundo a tomar por veladora a la señora Cantinet, Fraasier había llamado a su casa a la sillera, y la sometía a su corruptora conversación, y a las tretas de su habilidad de leguleyo, a las que era difícil resistir. Y así fue cómo la señora Cantinet, mujer flaca y amarillenta de dientes grandes, labios fríos, embrutecida por la desgracia, como muchas mujeres del pueblo, y que había llegado a ver la felicidad en los más insignificantes beneficios diarios, no tardó en acceder a tomar como asistenta a la señora Sauvage. La criada de Fraasier ya había recibido órdenes. Había prometido tejer como una tela de hilos de hierro en torno a los dos músicos, y velar por ellos como la araña vela por la mosca que tiene prisionera. La señora Sauvage debía recibir, como premio a sus esfuerzos, un estanco: de este modo Fraasier se desembarazaba de su supuesta nodriza, y ponía junto a la señora Cantinet a un espía y a un gendarme en la persona de la Sauvage. Como el piso de los dos amigos se componía además de un cuarto de servicio y de una pequeña cocina, la Sauvage podía dormir en un catre y cocinar para Schmucke. Cuando las dos mujeres, convocadas por el doctor Poulain, se presentaron en la casa, Pons acababa de exhalar el último suspiro, sin que Schmucke se diera cuenta. El alemán conservaba aún entre sus manos la mano de su amigo, de la que el calor huía progresivamente, e hizo una señal a la señora Cantinet para que no hablara; pero la soldadesca señora Sauvage le sorprendió de tal modo por su aspecto, que no pudo reprimir un movimiento de susto, a lo cual aquella mujer hombruna ya estaba acostumbrada.

—La señora —dijo la señora Cantinet— ha sido recomendada por el padre Duplanty, que responde de ella; ha sido cocinera en casa de un obispo, y es la honradez personificada; ella se encargará de cocinar.

—Oigan, ya pueden hablar en voz alta —exclamó la corpulenta y asmática Sauvage—, el pobre señor ha muerto... Acaba de dar el alma.

Schmucke lanzó un grito penetrante, sintió la mano de Pons helada que se ponía rígida, y permaneció con los ojos fijos en los de Pons, cuya expresión le hubiera vuelto loco a no ser por la señora Sauvage, quien, sin duda acostumbrada a aquella clase de trances, fue hacia la cama con un espejo en la

mano, lo puso ante la boca del muerto, y al ver que no quedaba empañado por la respiración, separó rápidamente la mano de Schmucke de la mano del muerto.

—Es mejor que la deje, luego no podría sacarla; usted no sabe cómo se endurecen los huesos. Los muertos se enfrían pero que muy aprisa. Si no se arregla a un muerto mientras está tibio, luego hay que romperle los miembros...

Fue, pues, aquella terrible mujer quien cerró los ojos al pobre músico que acababa de expirar; luego, con esta destreza de las veladoras, oficio que había ejercido durante diez años, desnudó a Pons, extendió el cuerpo sobre la cama, juntó las manos a cada lado del cuerpo, y le cubrió la cara con el cobertor, exactamente igual que un empleado hace un paquete en una tienda.

—Necesito una sábana para amortajarlo: ¿dónde puedo cogerla...? —preguntó a Schmucke, a quien aquel espectáculo había dejado aterrorizado.

Después de haber visto a la religión procediendo con un respeto tan profundo por la criatura humana, destinada a una nueva vida en el Cielo, aquella especie de empaquetamiento en la que su amigo era tratado como una cosa, le produjo un dolor capaz de paralizar todo su pensamiento.

—Haca lo que guiera... —repuso maquinalmente Schmucke.

Aquel ser inocente veía morir a un hombre por primera vez, y aquel hombre era Pons, su único amigo, el único ser humano que le había comprendido y querido...

—Voy a preguntar a la señora Cibot dónde están las sábanas —dijo la Sauvage.

—Necesitaremos un catre para que duerma esta señora —dijo la señora Cantinet a Schmucke.

Schmucke hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y rompió a llorar; la señora Cantinet dejó tranquilo al desdichado; pero al cabo de una hora volvió para decirle:

—Tendría que darnos dinero para ir a comprar.

Schmucke dirigió a la señora Cantinet una mirada capaz de desarmar los odios más feroces; señaló el rostro lívido, demacrado y afilado del muerto, como la mejor respuesta a todo.

—¡Gójanlo dodo, y téjeme llorar y rezar! —dijo arrodillándose.

La señora Sauvage había ido a anunciar la muerte de Pons a Fraasier, quien tomó inmediatamente un cabriolé para dirigirse a casa de la presidenta y pedirle, para el día siguiente, la procuración que le daba derecho a representar

a los herederos.

—Señor Schmucke —dijo a éste la señora Cantinet, una hora después de su última pregunta—, he ido a ver a la señora Cibot, que es la que conoce mejor la casa, para que me dijera dónde estaban las cosas; pero como acaba de morirse el señor Cibot, me ha soltado un chaparrón de despropósitos... ¡Escúcheme usted, al menos...!

Schmucke miró a aquella mujer, incapaz de sospechar lo cruel que era en aquellos momentos; porque la gente del pueblo está acostumbrada a sufrir pasivamente los mayores dolores morales.

—Necesitamos ropa blanca para una mortaja, dinero para un catre, para que pueda dormir esta señora; también para comprar batería de cocina, fuentes, platos, vasos, porque va a venir un cura a pasar la noche, y esta señora no encuentra absolutamente nada en la cocina.

—Pero escúcheme —insistió la Sauvage—, yo necesito leña, carbón para preparar la cena, y no veo nada... Claro que esto no es de extrañar, porque creo que la Cibot se lo subía todo...

—Ya ve usted —dijo la señora Cantinet señalando a Schmucke, abrazado a los pies del muerto, en un estado de insensibilidad completa—, usted no quería creerme, pero no contesta a nada.

—Bueno, amiga mía —dijo la Sauvage—, voy a enseñarle qué es lo que se hace en estos casos.

La Sauvage abarcó el cuarto con una mirada semejante a la de los ladrones que tienen que adivinar los escondites donde debe hallarse el dinero. Se dirigió derechamente hacia la cómoda de Pons, abrió el primer cajón, vio la bolsa en la que Schmucke había guardado el resto del dinero procedente de la venta de los cuadros, y se la enseñó a Schmucke, quien hizo una señal de consentimiento maquinal.

—¡Aquí está el dinero! —dijo la Sauvage a la señora Cantinet—. Voy a contarlo, y cogeré lo necesario para comprar lo que haga falta... vino, comida, velas... en fin, todo, porque aquí no hay nada... Búsqueme en la cómoda una sábana para amortajar el cadáver. Ya me habían dicho que este pobre señor era muy pobre de espíritu, pero yo creo que es algo peor. Es como un recién nacido, habrá que meterle la comida en la boca...

Schmucke miraba a las dos mujeres y todo lo que hacían, exactamente igual que las habría mirado un loco.

Deshecho por el dolor, inmerso en un estado casi cataléptico, no cesaba de contemplar fascinado el rostro de Pons, cuyos rasgos se afinaban como consecuencia del reposo absoluto de la muerte. Esperaba morir y todo le era

indiferente. Aunque un incendio hubiera devorado la habitación, no se hubiese movido.

—Aquí hay mil doscientos cincuenta y seis francos... —le dijo la Sauvage.

Schmucke se encogió de hombros. Cuando la Sauvage se dispuso a amortajar a Pons, y midió la sábana sobre el cadáver, a fin de cortar la mortaja y coserla, se entabló una horrible lucha entre ella y el pobre alemán. Schmucke parecía un perro que muerde a todos los que quieren tocar el cadáver de su amo. La Sauvage perdió la paciencia, cogió al alemán, le obligó a sentarse en un sillón y le forzó a permanecer quieto gracias a su fuerza hercúlea.

—Adelante, amiga mía, cosa al difunto dentro de la mortaja —dijo a la señora Cantinet.

Una vez terminada la operación, la Sauvage volvió a dejar a Schmucke en su lugar, al pie de la cama, y le dijo:

—¿No lo comprende usted? Había que vestirle de muerto...

Schmucke se echó a llorar; las dos mujeres le dejaron y fueron a tomar posesión de la cocina, que al poco rato llenaron, entre las dos, de todo lo necesario para la vida.

LXVI

La sensibilidad de una veladora

Después de dejar tras de sí una factura de trescientos sesenta francos, la Sauvage se puso a preparar una cena para cuatro personas, ¡y qué cena! Como plato fuerte, el faisán de los zapateros, una oca llena de grasa, luego una tortilla de confitura, legumbres variadas, y la institución que es el cocido, en el que todos los ingredientes se hallaban en una cantidad tan exagerada que el caldo parecía gelatina de carne. A las nueve de la noche, el sacerdote enviado por el vicario para velar a Pons, llegó junto con Cantinet, quien traía consigo cuatro cirios y dos candeleros de iglesia. El sacerdote encontró a Schmucke tendido en la cama, y fuertemente abrazado al cuerpo de su amigo. Fue precisa toda la autoridad de la religión para lograr que Schmucke se separara del cadáver. El alemán se arrodilló y el sacerdote se instaló cómodamente en el sillón. Mientras el sacerdote leía sus oraciones y Schmucke, arrodillado ante el cadáver de Pons, imploraba a Dios que hiciese un milagro que le permitiese reunirse con Pons y poder ser enterrado en la misma fosa que su amigo, la señora Cantinet había ido al Temple a comprar un catre y un juego de cama

completo para la señora Sauvage; ya que la bolsa de mil doscientos cincuenta y seis francos se vaciaba a toda prisa. A las once de la noche, la señora Cantinet fue a preguntar a Schmucke si quería comer un bocado. El alemán contestó por señas que le dejaran tranquilo.

—La cena está servida, padre Pastelot —dijo entonces la sillera al sacerdote.

Schmucke, al quedar solo, sonrió como un loco, que puede por fin satisfacer un antojo comparable al de las mujeres encinta. Se arrojó sobre Pons y una vez más volvió a abrazarle estrechamente. Hacia las doce volvió el sacerdote, y Schmucke, después de ser reprendido, se separó de Pons y volvió a ponerse a rezar.

Al amanecer, el sacerdote se fue. A las siete de la mañana, el doctor Poulain, apenas llegar, se acercó afectuosamente, a Schmucke y quiso obligarle a comer; pero el alemán se negó.

—Si no come ahora, cuando vuelva tendrá hambre —dijo el doctor—, porque tendrá que ir a la alcaldía con un testigo para declarar el fallecimiento del señor Pons y hacer que den constancia oficial...

—¿Yo? —exclamó el alemán horrorizado.

—¿Quién pues, si no? No puede usted excusarse, ya que es la única persona que le ha visto morir...

—Las biernas no me llefan... —respondió Schmucke, implorando la ayuda del doctor Poulain.

—Tome un coche —respondió suavemente el hipócrita doctor—. Yo ya he firmado el acta de defunción. Pida a alguien de la casa que le acompañe. Durante su ausencia, estas dos señoras vigilarán el piso.

Nadie puede figurarse lo que son estas coacciones de la ley obrando sobre un dolor auténtico. Es algo como para hacer odiar la civilización, como para hacer preferir las costumbres de los pueblos salvajes. A las nueve, la señora Sauvage ayudó a bajar a Schmucke, sosteniéndole por los sobacos, y una vez en el fiacre el alemán se vio obligado a rogar a Rémonencq que le acompañara a la alcaldía para certificar el fallecimiento de Pons. Sin embargo —y esto ocurre en todas las cosas—, en París salta a los ojos la desigualdad de las situaciones, en este país ebrio de igualdad. Esta inmutable fuerza de las cosas se advierte hasta en las consecuencias de la muerte. En las familias ricas, un pariente, un amigo, un representante legal, evitan estos dolorosos trámites a los que lloran; pero en esto, como en la distribución de los impuestos, el pueblo, los proletarios sin ayuda sufren todo el peso del dolor.

—¡Ah, no le faltan motivos para echarle de menos! —dijo Rémonencq en

respuesta a una lamentación que se le escapó al pobre mártir—. Era muy buen hombre, un hombre tan honrado, y que deja una colección de obras de arte preciosa; pero, usted que es extranjero, tiene que saber que va a encontrarse en un buen lío, porque todo el mundo dice que es el heredero del señor Pons.

Schmucke no le escuchaba: se hallaba sumido en un dolor tal, que lindaba con la locura. El alma tiene su tétanos como el cuerpo.

—Lo mejor que podría hacer es tener alguien que le aconsejara, que le representase un abogado, un hombre de leyes...

—Ein hompre te leyes... —repitió Schmucke maquinalmente.

—Ya verá usted como necesitará a alguien que le represente. Yo, si estuviera en su lugar, contrataría a un hombre de experiencia, un hombre conocido en el barrio, un hombre de confianza... Yo, en mis pequeños negocios, utilizo a Tabareau... el escribano. Y si da poderes a su primer oficial, no tendrá que preocuparse de nada.

Esta insinuación, apuntada por Fraisier, acordada entre Rémonencq y la Cibot, se grabó en la memoria de Schmucke; porque, en los momentos en que el dolor inmoviliza, por así decirlo, el alma, interrumpiendo las funciones, la memoria conserva todas las huellas que imprime allí el azar. Schmucke escuchaba a Rémonencq con una mirada tan completamente desprovista de inteligencia, que el chamarilero no le dijo nada más.

—Si se queda imbécil como ahora —pensó Rémonencq—, podré comprarle todo lo del piso por cien mil francos, si es que es suyo... Ya hemos llegado, esto es la alcaldía.

Rémonencq se vio obligado a sacar a Schmucke del fiacre y a cogerle por los sobacos para conseguir llevarle hasta la oficina de registro del estado civil, en la que Schmucke se encontró con una boda. Schmucke tuvo que esperar su turno, ya que, por una de estas casualidades bastante frecuentes en París, el empleado tenía por registrar cinco o seis actas de defunción. El pobre alemán debió sufrir una pasión semejante a la de Jesús.

—¿El señor Schmucke? —dijo un hombre vestido de negro, dirigiéndose al alemán, que quedó estupefacto al oírse llamar por su nombre.

Schmucke le miró con el mismo aire ausente que tenía cuando repuso a Rémonencq.

—Sí —dijo el chamarilero al desconocido—, ¿qué quiere usted? Déjele tranquilo, ¿no ve cómo está sufriendo?

—El señor acaba de perder a su amigo, y sin duda se propone honrar dignamente su memoria, ya que es su heredero —dijo el desconocido—. Sin duda el señor no va a regatear unos francos; va a comprar un terreno a

perpetuidad para su sepultura. ¡El señor Pons amaba tanto las artes! Sería una gran lástima no reunir en su tumba a la Música, la Pintura y la Escultura... Tres bellas figuras de pie, llorosas...

Rémonencq hizo un gesto de auvernés para alejar al hombre, y éste respondió con otro gesto, por así decirlo, comercial, que significaba: «Déjeme hacer mis negocios», y que el chamarilero supo interpretar.

—Represento a la casa Sonet y compañía, de monumentos funerarios — siguió diciendo el agente, a quien Walter Scott hubiese apodado el joven de las tumbas—. Si el señor quisiera hacernos un pedido, nosotros le evitaríamos las molestias de ir a la ciudad a comprar el terreno necesario para la sepultura del amigo que han perdido las artes...

Rémonencq inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y apretó el codo de Schmucke.

—No hay día en que no nos encarguemos, por deseo de las familias, de ir a cumplir todas las formalidades —seguía diciendo el comisionista, alentado por el gesto del auvernés—. En el primer momento de dolor, a un heredero le es muy penoso ocuparse por sí mismo de estos detalles, y nosotros tenemos la costumbre de hacer todos estos trámites en nombre de nuestros clientes. Nuestros monumentos están tarifados a tanto el metro, en piedra tallada o en mármol... Nosotros cavamos las fosas para las tumbas familiares... Nos encargamos de todo, a los precios más módicos. Nuestra casa ha hecho el magnífico monumento de la bella Esther Gobseck y de Lucien de Rubempré, que es uno de los ornatos más magníficos del Père-Lachaise. Contamos con los mejores artesanos, y yo aconsejaría al señor que desconfiara de las pequeñas empresas... que no hacen más que chapucerías —añadió viendo acercarse a otro hombre vestido de negro que se proponía hablar en nombre de otra casa de marmolería y escultura.

LXVII

Donde se pone de manifiesto que los muertos son los únicos a quienes no se atormenta

A menudo se ha dicho que la muerte era el final de un viaje, pero nadie sabe hasta qué punto este símil es real en París. Un muerto, sobre todo un muerto importante, es acogido en la sombría orilla como un viajero que desembarca en el puerto, y a quien abruman con sus recomendaciones todos los mozos de los hoteles. Nadie, a excepción de algunos filósofos o de ciertas familias seguras de vivir que se hacen construir tumbas del mismo modo que

tienen palacios, nadie piensa en la muerte y en sus consecuencias sociales. La muerte siempre llega demasiado pronto; y, por otra parte, un sentimiento muy comprensible, impide a los herederos suponerla posible. Y así es como casi todos los que pierden a sus padres, a sus madres, a sus esposas o a sus hijos se ven inmediatamente asaltados por estos corredores o comisionistas que aprovechan la turbación en la que sume el dolor para arrancar un pedido.

Hace unos años, las agencias de monumentos funerarios se hallaban agrupadas en los alrededores del célebre cementerio del Père-Lachaise, donde formaban una calle que debería llamarse Calle de las Tumbas, y asaltaban a los herederos en las proximidades de la tumba o a la salida del cementerio; pero insensiblemente, la competencia, el genio de la especulación, les ha hecho ganar terreno, y hoy han invadido la ciudad y rondan por las alcaldías. A menudo se ve incluso a comisionistas que penetran en la casa mortuoria con un plano de la tumba en la mano.

—Estoy tratando de negocios con el señor —dijo el agente de la casa Sonet a su rival que se acercaba.

—¡Difunto Pons! ¿Dónde están los testigos? —dijo el empleado.

—Acérquese, señor —dijo el comisionista, dirigiéndose a Rémonencq.

Rémonencq rogó al comisionista que le ayudara a levantar a Schmucke, que permanecía en su banco, como una masa inerte; entre los dos le llevaron hasta la balaustrada detrás de la cual el encargado de redactar las actas de defunción se protege contra los dolores públicos. Rémonencq, la providencia de Schmucke, fue ayudado por el doctor Poulain, quien proporcionó las informaciones necesarias sobre la edad y el lugar de nacimiento de Pons. El alemán sólo sabía una cosa, que Pons era su amigo. Una vez firmados los papeles, Rémonencq y el médico, seguidos del comisionista, metieron al pobre alemán en el coche, en el que también se introdujo el obstinado comisionista, empeñado en conseguir su pedido. La Sauvage, que estaba de guardia en el umbral de la puerta cochera, subió a Schmucke casi desvanecido en sus brazos ayudada por Rémonencq y por el agente de la casa Sonet.

—¡Va a desmayarse...! —exclamó el comisionista, decidido a toda costa a concluir el trato que había iniciado.

—¡No me extraña! —respondió la señora Sauvage—. Hace veinticuatro horas que está llorando, y no ha querido tomar nada. La pena es lo que más activa el estómago.

—¡Pero, mi querido cliente! —le dijo el agente de la casa Sonet—, tómese al menos un caldo. Tiene tantas cosas que hacer... Tiene que ir al ayuntamiento a comprar el terreno necesario para el monumento que quiero elevar a la memoria de este amigo de las artes, y que debe testimoniar su

gratitud...

—Esto no tiene pies ni cabeza —dijo la señora Cantinet a Schmucke, acercándosele con caldo y un poco de pan.

—Ya que está tan débil —intervino Rémonencq—, lo mejor sería que se hiciese representar por alguien, porque usted no sabe la cantidad de problemas que va a tener; habrá que encargar el entierro; no querrá que su amigo sea enterrado como un pobre.

—¡Vamos, vamos! —dijo la Sauvage, aprovechando un momento en que Schmucke tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón.

Y metió en la boca de Schmucke una cucharada de sopa, y casi a pesar suyo se la hizo tragar como a un niño.

—Ahora, señor Schmucke, sea usted razonable; ya que quiere entregarse totalmente a su dolor, contrate a alguien para que represente sus intereses...

—Desde el momento en que el señor —dijo el comisionista— tiene la intención de elevar un magnífico monumento a la memoria de su amigo, sólo tiene que encargarme de todas las gestiones, yo me encargaré de todo con mucho gusto...

—¡A ver, a ver! ¿Qué quiere usted decir? —dijo la Sauvage—. ¿Le ha encargado algo el señor? ¿Usted quién es?

—Estimada señora, represento a la casa Sonet, la empresa más importante de contratistas de monumentos funerarios —dijo sacando una tarjeta y entregándola a la enérgica Sauvage.

—Bueno, bueno... Cuando nos parezca bien ya le iremos a buscar; pero ahora no hay que abusar del estado en que se encuentra el señor. Ya ve usted que el señor Schmucke no tiene cabeza para nada.

—Si usted pudiera arreglárselas para conseguirnos este pedido —dijo el comisionista de la casa Sonet al oído de la señora Sauvage, mientras la llevaba hasta el rellano—, estoy autorizado a ofrecerle cuarenta francos...

—Bueno, deme su dirección —dijo la señora Sauvage, humanizándose.

Schmucke, al verse solo y encontrándose mejor después de haber tomado la sopa de pan, volvió rápidamente a la alcoba de Pons, donde se puso a rezar.

Se hallaba sumido en los abismos del dolor, cuando le sacó de su profundo anonadamiento un joven vestido de negro que le repitió por undécima vez un «¡Caballero!» que el pobre mártir oyó por fin al sentirse sacudido por la manga.

—¿Gué ogurre ahora?

—Caballero, la ciencia debe al doctor Gannal un descubrimiento sublime; nosotros no negamos su gloria, sabemos que ha renovado los milagros de Egipto; pero su técnica puede perfeccionarse, y hemos obtenido resultados sorprendentes. O sea, que si desea usted volver a ver a su amigo, tal como era en vida...

—¡Folferle a fer...! —exclamó Schmucke—. ¿Bodrá haplarme?

—No, eso no; sólo le faltará hablar —repuso el agente de embalsamamiento—. Pero quedará por toda la eternidad tal como usted le verá embalsamado. La operación exige muy poco tiempo. Una incisión en la carótida y la inyección bastan; pero el tiempo apremia... Si usted tarda en decidirse un cuarto de hora más, ya no podrá tener la dulce satisfacción de haber conservado el cadáver...

—¡Páyase al tiablo! ¡Bons es eine alma...! ¡Y su alma esdá en el cielo...!

—Este hombre es un ingrato —dijo el joven comisionista de uno de los rivales del célebre Gannal, al pasar bajo la puerta cochera—. ¡Se niega a hacer embalsamar a su amigo!

—¡Qué quiere usted! —dijo la Cibot, que acababa de hacer embalsamar a su marido—. Ha heredado, lo ha heredado todo. Una vez tienen el dinero, para ellos el difunto ya no significa nada.

LXVIII

Donde nos enteraremos de cómo se muere en París

Al cabo de una hora, Schmucke vio entrar en la alcoba a la señora Sauvage, seguida de un hombre vestido de negro que parecía un obrero.

—Señor Schmucke —le dijo—, Cantinet ha tenido la amabilidad de enviarle a este señor, que es el proveedor de ataúdes de la parroquia.

El proveedor de ataúdes se inclinó con aire de conmiseración y de condolencia, pero con una actitud de hombre seguro de su cometido y que se sabe indispensable; dirigió al cadáver una mirada de entendido.

—¿Cómo lo quiere el señor? ¿De madera de pino, de madera de encina sencillo, o de madera de encina forrado de plomo? El de madera de encina forrado de plomo, sin duda alguna es el más digno. Me han dicho que el cuerpo tiene las medidas corrientes ¿no?

Palpó los pies para medir el cadáver.

—¡Un metro setenta! —añadió—. Sin duda el señor piensa encargar las

exequias en la iglesia, ¿verdad?

Schmucke dirigió a aquel hombre una de estas miradas que tienen los locos antes de cometer una atrocidad.

—Señor Schmucke —dijo la Sauvage—, debería usted buscar a alguien que se ocupara de todos estos detalles en lugar suyo...

—Sí... —dijo por fin la víctima.

—¿Quiere usted que vaya a buscarle al señor Tabareau, porque va a tener muchos problemas de estos que resolver? No sé si sabe que el señor Tabareau es el hombre más honrado del barrio.

—¡Sí, el señor Dapareau! Ya me han hablado de él... —respondió Schmucke, vencido.

—Bueno, el señor va a quedar tranquilo y podrá entregarse a su dolor, después de tener una conversación con su representante legal.

Hacia las dos, el primer oficial del señor Tabareau, un joven que aspiraba a seguir la carrera de escribano, se presentó modestamente. La juventud tiene asombrosos privilegios, no asusta. Aquel joven, llamado Villemot, se sentó junto a Schmucke, y esperó el momento oportuno para hablarle. Esta reserva impresionó mucho a Schmucke.

—Señor Schmucke —le dijo—, soy el primer oficial del señor Tabareau, quien me ha encomendado la misión de velar por los intereses de usted, y encargarme de todos los detalles del entierro de su amigo... ¿Está usted de acuerdo?

—No me salvarán la fida, borgue ya no me queda mucho que fificar, bero ¿me tejarán en baz?

—Desde luego, no tendrá usted ninguna molestia —repuso Villemot.

—Pueno. ¿Qué hay que hacer para eso?

—Firmar este documento en el que nombra su mandatario al señor Tabareau, en lo concerniente a todas las cuestiones que afecten a la herencia.

—Pueno... Teme... —dijo el alemán, queriendo firmar inmediatamente.

—No, no, primero tengo que leerle el documento.

—¡Pueno, lea...!

Schmucke no prestó la menor atención a la lectura de aquella procuración general, y la firmó. El joven recibió las órdenes de Schmucke para el entierro, la compra del terreno, donde el alemán quería tener su tumba, y para las ceremonias religiosas, y le dijo que no volvería a tener ninguna molestia, ni

nadie le volvería a pedir dinero.

—Bara gue me tejen dranguilo, taría dodo lo gue boseo —dijo el infortunado, que se arrodilló de nuevo ante el cadáver de su amigo.

Aquello era el triunfo de Fraasier; el heredero ya no podía escapar del círculo en el que le había encerrada gracias a la Sauvage y a Villemot.

No hay dolor que no pueda ser vencido por el sueño. Y así fue como, al terminar el día, la Sauvage encontró a Schmucke tendido a los pies de la cama en que yacía el cadáver de Pons, y durmiendo; le levantó, le acostó, le arrebujó maternalmente en la cama, y el alemán durmió hasta el día siguiente. Cuando Schmucke se despertó, es decir cuando terminada esta tregua, volvió a ser consciente de su dolor, el cadáver de Pons se hallaba expuesto bajo la puerta cochera, en la capilla ardiente a la que daba derecho el entierro de tercera clase; buscó pues en vano a su amigo en el piso, que le pareció inmenso, y en el que no encontró más que horribles recuerdos. La Sauvage, que mandaba en Schmucke con la autoridad que tiene una nodriza sobre un niño de pocos años, le obligó a comer antes de salir para dirigirse a la iglesia. Mientras aquella pobre víctima se forzaba en comer, la Sauvage le hizo notar, con lamentaciones dignas de Jeremías, que no tenía ningún traje negro. El guardarropa de Schmucke, alimentado por Cibot, había llegado, antes de caer enfermo Pons, al igual que la comida, a su más simple expresión: ¡dos pantalones y dos levitas!

—¿Quiere ir tal como va al entierro del señor? Sería una atrocidad que nos avergonzaría ante todo el barrio...

—¿Y gomo guiere gue faya?

—¡Pues de luto!

—¿Te ludo?

—El decoro...

—¡El tegoro! ¡Me río yo te totas esdas donderías...! —dijo el infeliz en el último grado de desesperación al que el dolor puede llevar a un alma de niño.

—¡Es un monstruo de ingratitud! —dijo la Sauvage, volviéndose hacia un hombre que apareció inesperadamente en el piso, y que hizo estremecer a Schmucke.

El funcionario, magníficamente vestido de paño negro, con calzones negros, medias de seda negra, puños blancos, decorado con una cadena de plata de la que pendía una medalla, con una irreprochable corbata de muselina blanca y guantes blancos; este tipo oficial, acuñado uniformemente para los dolores públicos, llevaba en la mano una varita de ébano, insignia de sus funciones, y bajo el brazo izquierdo, un tricornio con una escarapela tricolor.

—Soy el maestro de ceremonias —dijo este personaje, con voz suave.

Habituado por sus funciones a dirigir todos los días entierros, y a visitar todas las familias sumidas en una misma aflicción, real o fingida, aquel hombre, al igual que todos sus iguales, hablaba en voz baja y con suavidad; era digno, cortés, correcto por su oficio, como una estatua representando al genio de la muerte. Esta presentación provocó en Schmucke un temblor nervioso, como si hubiera visto al verdugo.

—¿El señor es tal vez el hijo, el hermano, el padre del difunto...? —preguntó el hombre oficial.

—¡Soy dodo esdo y más aún...! ¡Yo soy su amico...! —dijo Schmucke en medio de un torrente de lágrimas.

—¿Es usted el heredero? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¿El heretero...? —repitió Schmucke—. No hay nata en el munto gue me imborte.

Y Schmucke volvió a adoptar la actitud que reflejaba su sombrío dolor.

—¿Dónde están los parientes, los amigos? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¡Aguí esdán dodos! —exclamó Schmucke, señalando los cuadros y las obras de arte—. Ésdos nunga han hecho suvrir a mi puen Bons... ¡Esdo es dodo lo gue él guería, además te mí...!

—Ya ve que está loco —dijo la Sauvage al maestro de ceremonias—. Es inútil que le hable.

Schmucke se había sentado, y había vuelto a adoptar su aire de idiota, mientras se secaba maquinalmente las lágrimas. En aquel momento apareció Villemot, el primer oficial de maître Tabareau. Y el maestro de ceremonias, al reconocer a la persona que había ido a encargar el entierro, le dijo:

—Bueno, caballero, ya es hora de salir... Ya ha llegado el coche; pero yo en mi vida había visto un entierro como éste. ¿Dónde están los parientes, los amigos?

—No hemos tenido mucho tiempo —respondió Villemot—; el señor está sumido en un dolor tan profundo, que no tiene cabeza para nada; no hay más que un pariente...

El maestro de ceremonias miró a Schmucke con aire compasivo, ya que aquel experto en dolor distinguía perfectamente el verdadero del falso, y se acercó a Schmucke:

—¡Vamos, caballero, tenga ánimo...! Piense en honrar la memoria de su

amigo.

—Nos hemos olvidado de enviar las esquelas, pero yo ya me he cuidado de enviar un propio al señor presidente de Marville, el único pariente de quien le hablaba... No tiene amigos... No creo que vengan los del teatro en el que el difunto era director de orquesta... Pero, si no me equivoco, el señor es el heredero universal...

—En este caso, tiene que presidir el duelo —dijo el maestro de ceremonias—. ¿No tiene usted traje negro? —preguntó al reparar en la indumentaria de Schmucke.

—Yo foy te negro por tendro... —dijo el pobre alemán con voz desgarradora—. Dan te negro gue siendo la muerde en mí... Tios me oirá y me unirá en la dumpa a mi amico...

Y juntó las manos.

—Yo ya lo había advertido a mis superiores, que han introducido tantos perfeccionamientos —dijo el maestro de ceremonias, dirigiéndose a Villemot—; deberíamos tener un vestuario y alquilar trajes de heredero... Es algo que cada día se va haciendo más necesario... Pero ya que el señor hereda, tiene que ponerse la capa de luto, y ésta que yo he traído lo cubrirá todo y nadie se dará cuenta de que lleva una ropa tan inadecuada... ¿Sería usted tan amable de levantarse? —dijo a Schmucke.

Schmucke se levantó, pero se tambaleó al temblarle las piernas.

—Sosténgale —dijo el maestro de ceremonias al primer oficial—; al fin y al cabo, usted es su representante ante la ley.

Villemot sostuvo a Schmucke, cogiéndole por los sobacos, y mientras el maestro de ceremonias cogió esa amplia y horrible capa negra que se ponen los herederos para seguir al coche fúnebre desde la casa mortuoria hasta la iglesia, y se la ató bajo la barbilla, mediante unos cordones de seda negra.

Y Schmucke quedó ataviado de heredero.

LXIX

El entierro de un solterón

—Ahora, se trata de resolver un grave problema —dijo el maestro de ceremonias—. Tenemos que atribuir las cuatro cintas del féretro... Si no ha venido nadie, ¿quién va a llevarlas? Ya son Las diez y media —dijo consultando su reloj—, en la iglesia nos estarán esperando.

—¡Ah, ya está aquí Fraisier! —exclamó imprudentemente Villemot. Pero nadie podía recoger aquella confesión de complicidad.

—¿Quién es este señor? —preguntó el maestro de ceremonias.

—¡Oh! Es la familia.

—¿Qué familia?

—La familia desheredada. Es el representante legal del señor presidente Camusot.

—¡Bueno! —dijo el maestro de ceremonias con aire satisfecho—. Al menos ya tenemos dos cintas atribuidas, una a usted y otra a él.

El maestro de ceremonias, contento de tener dos cintas atribuidas, fue a buscar dos magníficos pares de guantes blancos de piel de ante, y entregó uno a Fraisier y otro a Villemot con un aire cortés.

—De modo que se hacen ustedes cargo de dos cintas del féretro... —dijo.

Fraisier completamente vestido de negro, ataviado con cierta pretensión, la corbata blanca, el aire oficial, hacía estremecer. Contenía cien legajos de causas criminales.

—Con mucho gusto —dijo.

—Sólo con que vinieran dos personas más —dijo el maestro de ceremonias — ya tendríamos atribuidas las cuatro cintas.

En aquel momento llegó el infatigable comisionista de la casa Sonet, seguido del único hombre que se acordó de Pons, que pensó en tributarle un último homenaje. Aquel hombre era un mozo del teatro, el encargado de poner las partituras sobre los atriles de la orquesta, y a quien Pons daba todos los meses una moneda de cinco francos, ya que le sabía padre de familia.

—¡Ah, Dobinard (Topinard)! —exclamó Schmucke al reconocer al joven—. ¡Dú sí gue guieres a Bons...!

—Señor Schmucke, he venido todos los días, por la mañana, para saber noticias del señor...

—¡Dodos los tías! ¡Bopre Dobinard! —dijo Schmucke estrechándole la mano.

—Parece ser que me tomaban por un pariente, porque no podían recibirme peor. Yo ya decía que trabajaba en el teatro y que venía a saber cómo se encontraba el señor Pons, pero me contestaban que ya conocían estos trucos. Yo pedía que me dejaran ver al enfermo, pero nunca me permitieron subir.

—¡La invame Cipod! —dijo Schmucke apretando contra su corazón la

callosa mano del mozo del teatro.

—Era bueno como el pan el pobre señor Pons. Cada mes me daba cinco francos... Sabía que estaba casado y que tenía tres hijos. Mi mujer está en la iglesia.

—¡Yo gombardiré mi ban gondigo! —exclamó Schmucke exultando de alegría por tener a su lado a un hombre que quería a Pons.

—¿Quiere el señor hacerse cargo de una de las cintas del féretro? —dijo el maestro de ceremonias—; así ya tendremos las cuatro.

El maestro de ceremonias había decidido fácilmente al corredor de la casa Sonet a aceptar una de las cintas sobre todo al mostrarle el hermoso par de guantes, que, según la costumbre, debía quedar de su propiedad.

—¡Las once menos cuarto! Hay que bajar inmediatamente... Nos esperan en la iglesia —dijo el maestro de ceremonias.

Y las seis personas empezaron a bajar la escalera.

—Cierren bien el piso y quédense dentro —dijo el atroz Fraasier a las dos mujeres que permanecían en el rellano—. Sobre todo si quiere usted ser guardiana, señora Cantinet. ¡Piénselo bien, son dos francos por día!

Por una de estas casualidades que en París no tienen nada de extraordinario, había dos catafalcos bajo la puerta cochera, y por lo tanto dos entierros, el de Cibot, el difunto portero, y el de Pons. Nadie acudía a tributar un testimonio de afecto al suntuoso catafalco del amigo de las artes, y todos los porteros de la vecindad afluían y rociaban los restos mortales del portero con un hisopo. Aquel contraste de la multitud que seguía el entierro de Cibot y de la soledad en la que quedaba Pons se produjo no sólo en la puerta de la casa, sino también en la calle, donde el ataúd de Pons sólo era seguido por Schmucke, a quien sostenía un sepulturero, ya que el heredero desfallecía a cada paso. De la calle de Normandía a la calle de Orléans, donde se halla situada la iglesia de San Francisco, los dos entierros avanzaron entre dos hileras de curiosos, ya que, tal como se ha dicho, en aquel barrio todo es un acontecimiento. Llamaba la atención la suntuosidad del carruaje blanco del que pendía un escudo en el que se había bordado una P mayúscula, y cuyo cortejo estaba formado por un solo hombre; mientras que el sencillo carruaje, el de la última clase iba acompañado con una inmensa muchedumbre. Afortunadamente, Schmucke, atontado por la muchedumbre de las ventanas y por la hilera que formaban los mirones, no oía nada y sólo veía aquella masa de personas a través del velo de sus lágrimas.

—¡Ah, es el cascanueces...! —decía uno—. El músico, ¿sabe?

—¿Quiénes son los que llevan las cintas?

—¡Bah! ¡Unos cómicos!

—¡Mira, el entierro del pobre Cibot! ¡Un trabajador menos! ¡Qué fiera trabajando!

—¡En su vida salía de casa!

—Nunca había hecho fiesta el lunes.

—¡Cómo quería a su mujer!

—¡La pobre!

Rémonencq iba detrás del coche mortuorio de su víctima y recibía pésames por la pérdida de su vecino.

LXX

En París la muerte permite vivir a no pocas personas

Estos dos entierros llegaron a la iglesia, donde Cantinet, de acuerdo con el pertiguero, cuidó de que ningún mendigo hablase con Schmucke, ya que Villemot había prometido al heredero que le dejarían tranquilo, y atendía a todos los gastos velando por su cliente. El modesto ataúd de Cibot, escoltado por una comitiva de sesenta a ochenta personas, fue acompañado hasta el cementerio por toda esta multitud. A la salida de la iglesia, el entierro de Pons disponía de cuatro coches; uno para el clero, y los otros tres para la familia; pero sólo se necesitó uno, ya que el corredor de la casa Sonet, durante la misa, había ido a prevenir al señor Sonet de la próxima llegada del entierro, a fin de que pudiese presentar el esbozo y el presupuesto del monumento al heredero universal, a la salida del cementerio. Fraisier, Villemot, Schmucke y Topinard cupieron en un solo coche. Los otros dos, en vez de volver a la administración, fueron de vacío al Père-Lachaise. Este inútil viaje de coches vacíos se produce a menudo. Cuando los difuntos no gozan de ninguna celebridad, no atraen a muchas personas, siempre sobran coches. Los muertos tienen que haber sido muy queridos en su vida, para que en París, donde todo el mundo quisiera encontrar una vigésimaquinta hora que añadir al día, la gente se tome la molestia de seguir el cortejo de un pariente o de un amigo hasta el cementerio. Pero los cocheros, si no cumpliesen su cometido, perderían su propina. Y así, llenos o vacíos, los coches van a la iglesia, al cementerio, y vuelven a la casa mortuoria, donde los cocheros reclaman la propina. Nadie puede figurarse la cantidad de personas a quienes la muerte permite vivir. El llamado «bajo clero» de la iglesia, los mendigos, los sepultureros, los cocheros, los enterradores, naturalezas esponjosas que después de sumergirse en un ataúd,

se retiran de él hinchadas y saciadas. Desde la iglesia, donde el heredero, al salir, fue asaltado por una turba de mendigos, rápidamente dispersados por el pertiguero, hasta el Père-Lachaise, el pobre Schmucke fue como los criminales iban desde el Palacio de Justicia hasta la Plaza de Grève. Como si asistiese a su propio entierro, apretando con su mano la de Topinard, el único hombre que había sentido sinceramente la muerte de Pons. Topinard, muy impresionado por el honor que se le había concedido confiándole una de las cintas del féretro, y contento por ir en coche y por verse dueño de un par de guantes, empezaba a considerar el entierro de Pons como uno de los días más señalados de su Vida. Abismado en su dolor, confortado por el contacto de aquella mano que representaba un corazón, Schmucke se dejaba llevar exactamente igual que los pobres terneros se dejan llevar en una carreta hasta el matadero. En los asientos delanteros del coche iban Fraisier y Villemot. Quien ha tenido la desgracia de acompañar a muchos de los suyos hasta el lugar de su último reposo, sabe que en el coche cesa toda hipocresía, durante el trayecto, que a menudo es bastante largo, de la iglesia hasta el cementerio del Este, el cementerio parisiense donde se dan cita todas las vanidades, todos los lujos, el más rico en monumentos funerarios suntuosos. Los indiferentes inician la conversación, y los más apenados terminan por escucharles y distraerse.

—El señor presidente ya había salido para la audiencia —decía Fraisier a Villemot—, y no me ha parecido necesario ir al Palacio de Justicia para distraerle de sus ocupaciones; de todos modos, hubiese llegado demasiado tarde. Como a pesar de ser el heredero natural y legal, ha sido desheredado en favor del señor Schmucke, he creído que bastaba que hiciese acto de presencia su representante ante la ley...

Topinard aguzó el oído.

—¿Quién era el tipo que sostenía la cuarta cinta? —preguntó Fraisier a Villemot.

—Es el corredor de una casa de monumentos funerarios y que está empeñado en conseguir el pedido de una tumba donde quiere esculpir tres figuras en mármol, la Música, la Pintura y la Escultura, llorando sobre el difunto.

—No es mala idea —repuso Fraisier—. El infeliz se lo ha merecido; pero este monumento va a costar de siete a ocho mil francos.

—¡Oh, sí, al menos!

—Si el señor Schmucke hace el pedido, este dinero no puede salir de la herencia, ya que un gasto así podría mermarla mucho...

—Bueno —siguió Fraisier—, él verá lo que hace. Sería una buena jugada para los del monumento —dijo Fraisier al oído de Villemot—. Porque si el

testamento se anula, de lo cual yo respondo... o si no hubiese testamento, ¿quién iba a pagarles?

Villemot soltó una risita simiesca. El primer oficial de Tabareau y el abogado siguieron hablando en voz baja y al oído. Pero a pesar del traqueteo del coche y de todas sus precauciones, Topinard, acostumbrado a adivinarlo todo en el mundo de entre bastidores, comprendió que los dos hombres de leyes tramaban algo para poner en un apuro al pobre alemán, y finalmente acabó por oír el significativo nombre de Clichy. A partir de aquel momento, el digno y honrado servidor del inundo cómico, decidió velar por el amigo de Pons.

En el cementerio, donde gracias a la gestión del corredor de la casa Sonet, Villemot había comprado tres metros de terreno al Ayuntamiento, anunciando que tenía intención de construir un magnífico monumento, Schmucke fue guiado por el maestro de ceremonias a través de una turba de curiosos, hasta el borde de la fosa en la que iba a sepultarse a Pons. Pero al ver aquel hueco rectangular sobre el que cuatro hombres sostenían con unas cuerdas el féretro de Pons, mientras el clero rezaba las últimas oraciones, el alemán sintió un dolor tan intenso que se desvaneció.

LXXI

Para abrir un testamento se cierran todas las puertas

Topinard, ayudado por el corredor de la casa Sonet y por el mismo señor Sonet, llevó al pobre alemán hasta el interior del establecimiento del marmolista, donde la señora Sonet y la señora Vitelot esposa del socio del señor Sonet, le prodigaron los cuidados más solícitos. Topinard se quedó a su lado, ya que había visto a Fraisier, cuyo aspecto le parecía patibulario, conversar con el corredor de la casa Sonet.

Al cabo de una hora, hacia las dos y media, el pobre e inocente alemán recobró el sentido. Schmucke, desde hacía dos días, creía vivir en sueños. Pensaba que iba a despertarse y que encontraría vivo a Pons. Le pusieron tantas toallas empapadas sobre la frente, le hicieron respirar tantas sales y vinagres, que volvió a abrir los ojos. La señora Sonet obligó a Schmucke a tomar una taza de caldo muy graso, ya que en la casa de los marmolistas aquel día tenía cocido.

—Eso sí que no ocurre a menudo, atender a clientes que se lo toman tan a pecho; una vez cada dos años y gracias...

Por fin Schmucke habló de volver a la calle de Normandía.

—Caballero —dijo entonces Sonet—, aquí tiene el dibujo que Vitelot ha hecho exprofeso para usted; ¡ha estado trabajando en él toda la noche! Pero no puede decirse que le ha faltado la inspiración... ¡Será algo muy hermoso!

—¡Uno de los más hermosos del Père-Lachaise! —dijo la menuda señora Sonet—. Pero debe usted honrar la memoria de un amigo que le ha dejado toda su fortuna...

Aquel proyecto, supuestamente hecho exprofeso, había sido concebido para la tumba del famoso ministro De Marsay; pero la viuda había querido confiar el monumento a Stidmann; el proyecto de los marmolistas fue entonces rechazado, ya que se consideró con horror la posibilidad de un monumento de pacotilla. Las tres figuras representaban pues primitivamente las tres jornadas de Julio, en las que tomó parte tan importante aquel gran ministro. Posteriormente, con algunas modificaciones, Sonet y Vitelot, habían convertido las tres gloriosas, en el Ejército, la Finanza y la Familia, para el monumento de Charles Keller, que también terminó siendo ejecutado por Stidmann. Desde hacía once años el proyecto había sido adaptado a todas las circunstancias familiares; y ahora, calcándolo, Vitelot había transformado las tres figuras en las de los genios de la Música, la Escultura y la Pintura.

—Esto apenas da idea de los detalles y del trabajo material; pero en seis meses estará listo —dijo Vitelot—. Caballero, aquí tiene el presupuesto y el pedido... siete mil francos, sin contar la desbastadura.

—Si el señor quiere mármol —dijo Sonet, que era más específicamente marmolista—, serán doce mil francos, y el señor se immortalizará junto con su amigo...

—Acabo de enterarme de que el testamento será impugnado —dijo Topinard, al oído de Vitelot— y de que los herederos acabarán por quedarse con la herencia; vaya a ver al presidente Camusot, porque este pobre inocente no percibirá ni un céntimo...

—¡Siempre nos trae clientes así! —dijo la señora Vitelot al comisionista, iniciando una disputa.

Topinard acompañó a Schmucke, a pie, hasta la calle de Normandía, ya que los coches de la comitiva se les habían anticipado.

—¡No me teje...! —decía Schmucke a Topinard.

Topinard quería irse, después de haber dejado al pobre músico en manos de la señora Sauvage.

—Son las cuatro, mi querido señor Schmucke, tengo que ir a comer... Mi mujer es acomodadora, y no va a saber lo que me ha pasado... Ya sabe usted, en el teatro abren a las seis menos cuarto.

—Sí, ya lo sé... Bero biense gue esdoy solo en el munto, sin ein amico... Usded gue ha llorato a Bons, agonséjeme, me siendo igual gue en metio te eine noche osgura, y Bons me había ticho gue esdaba roteado te cranujas...

—¡Y que lo diga, ya me he dado cuenta! Si no intervengo, iba usted a parar a Clichy.

—¿Glichy? —exclamó Schmucke—. No gombrendo nata...

—¡Pobre hombre! En fin, tranquilícese, que yo volveré. Adiós.

—¡Atiós! ¡Hasda bronto! —dijo Schmucke, dejándose caer en un sillón, extenuado.

—¡Adiós, señor! —dijo la señora Sauvage a Topinard, en un tono que llamó la atención al joven.

—¿Con que éstas tenemos, amiguita? —le dijo burlonamente Topinard—. ¿Le gusta hacer de traidor de melodrama?

—¡El traidor lo será usted! ¿Quién le ha dado vela en este entierro? ¿O es que quiere meterse en los asuntos del señor y sacar tajada?

—¿Sacar tajada? ¿Qué dice esta sirvienta? —repuso altivamente Topinard—. Yo no soy más que un pobre empleado de teatro, pero tengo algo de artista, y entérese que nunca he pedido nada a nadie. ¿A usted se le ha pedido algo? ¿Le debo algo, o qué, eh?

—De modo que trabaja en el teatro y se llama... —preguntó aquel marimacho.

—Topinard, para servirle...

—Recuerdos a la familia —dijo la Sauvage— y mis respetos a la señora, si es que el señor está casado... Esto es todo lo que quería saber.

—¿Qué le ocurre, amiga mía? —dijo la señora Cantinet, que llegó en aquel momento.

—Ocurre que se va usted a quedar aquí vigilando la comida, y yo voy en un brinco a casa del señor...

—Está abajo, hablando con la pobre señora Cibot, que llora como una magdalena —respondió la Cantinet.

La Sauvage bajó la escalera con tal celeridad, que los peldaños retemblaron bajo sus pies.

—Señor... —dijo a Fraasier, atrayéndole a unos pasos de distancia de la señora Cibot.

Y señaló a Topinard, en el momento en que éste pasaba, orgulloso de haber

pagado su deuda con su bienhechor, impidiendo por un ardid inspirado por el ambiente de entre bastidores, en el que todo el mundo tiene algo de pícaro, que el amigo de Pons cayera en una trampa. Y se prometía proteger al músico de su orquesta contra los lazos que tenderían a su buena fe.

—¿Ve este desgraciado que pasa? Es un sujeto empeñado en meter las narices en los asuntos del señor Schmucke...

—¿Quién es? —preguntó Fraisier.

—¡Oh! ¡Es un don nadie!

—En los negocios, no hay don nadie...

—Verá —dijo ella—, es un empleado del teatro que se llama Topinard...

—¡Magnífico, señora Sauvage! Siga como hasta ahora y tendrá usted su estanco.

Y Fraisier siguió su conversación con la señora Cibot.

—Le estaba diciendo, mi querida cliente, que usted no ha jugado limpio con nosotros, y que, tratándose de un socio que nos engaña, nos consideramos desligados de todo compromiso para con él.

—¿Y yo en qué les he engañado? —dijo la Cibot, poniéndose en jarras—. ¿Se cree que me va a hacer temblar con esta mirada de víbora y sus aires de hielo? Está buscando excusas para no cumplir sus promesas, y todavía dice que es un hombre honrado. ¿Sabe usted lo que es? ¡Un canalla! ¡Sí, sí, ya puede despistar...! ¡Pero encaje ésta!

—Es inútil hablar y enfadarse, amiga mía —dijo Fraisier—. Escuche. Usted ya ha sacado su tajada... Esta mañana, durante los preparativos del entierro, he encontrado este catálogo, con copia, todo él escrito de puño y letra del señor Pons, y, por casualidad, he leído esto:

Y leyó, abriendo el catálogo manuscrito:

N.º 7. Magnífico retrato, pintado en mármol, por Sebastián del Piombo, en 1546, vendido por una familia que lo sustrajo de la catedral de Terni. Este retrato, que hacía juego con el de un obispo, comprado por un inglés, representa a un caballero de Malta en oración, y se hallaba encima de la tumba de la familia Rossi. De no ir fechada, esta obra podría atribuirse a Rafael. La pintura me parece superior al retrato de Baccio Bandinelli, del Museo, que es un poco seca, mientras que este caballero de Malta es de una frescura que se debe a la conservación de la pintura sobre LAVAGNA (pizarra).

—He ido a mirar en el lugar número 7 —siguió Fraisier—, y he visto el retrato de una dama, firmado Chardin, sin número 7... Mientras el maestro de ceremonias completaba su número de personas para sostener las cintas del

féretro, he estado comprobando los cuadros con el catálogo, y hay ocho lienzos ordinarios y sin número que sustituyen a otras tantas obras consideradas como capitales por el difunto señor Pons y que no aparecen por ningún lado... Finalmente, falta también un cuadro sobre madera, de Metzu, al que se alude como una obra maestra...

—¿Es que yo era guardiana de los cuadros? —dijo la Cibot.

—No, pero era usted la mujer de confianza de la casa, la que cuidaba del piso y de todo lo que pertenecía al señor Pons, y se trata de un robo...

—¡Un robo! ¡Sepa usted que los cuadros fueron vendidos por el señor Schmucke, cumpliendo órdenes del señor Pons, para atender a sus necesidades!

—¿A quién?

—A los señores Élie Magus y Rémonencq...

—¿Por cuánto?

—¡De esto ya no me acuerdo!

—Escúcheme, mi querida señora Cibot; usted ya ha hecho su agosto, no le ha ido mal, precisamente —siguió Fraisier—. No voy a perderla de vista, la tengo cogida... ¡Sírname y me callaré! Sea como sea, ya comprenderá usted que no puede esperar nada del señor presidente Camusot, desde el momento en que por su cuenta y riesgo ha decidido expoliarle.

—Ya sabía yo, señor Fraisier, que lo que tenía que tocarme, iba a quedar en agua de burrajas —respondió la Cibot, amansada por las palabras: Me callaré.

LXXII

Sobre el peligro de meterse en los asuntos de la justicia

—¡Vaya! —dijo Rémonencq, que llegó en aquel momento—. Veo que esta usted buscando camorra a la señora. Esto no está bien. La venta de los cuadros se hizo por un acuerdo entre el señor Pons, el señor Magus y yo, que estuvimos tres días antes de llegar a un acuerdo con el difunto, que deliraba hablando de sus cuadros... Tenemos recibos en toda regla, y si, siguiendo la costumbre, hemos dado unas monedas de cuarenta francos a la señora, esto no es más que lo que damos en todas las casas burguesas cuando se cierra un acuerdo. ¡Ah, señor mío, si creía usted que iba a poder engañar a una mujer indefensa, no va a salirse con la suya! ¿Se entera usted, señor intrigante? El señor Magus es el dueño de la plaza, y si usted no se porta bien con la señora,

si no le da lo que le prometió, ya verá lo que le ocurre cuando subasten la colección, ya verán lo que pierden ustedes si tienen en contra al señor Magus y a mí, que sabremos calentar los cascotes a los marchantes... En vez de setecientos u ochocientos mil francos, no van a conseguir ni doscientos mil...

—¡Bien, bien, ya veremos! O no venderemos —dijo Fraisier— o venderemos en Londres.

—Conocemos Londres —dijo Rémonencq—, y allí el señor Magus es tan influyente como en París.

—Usted lo pase bien, señora, voy a dedicarme a curiosear en sus asuntos —dijo Fraisier—; a menos que me obedezca ciegamente —añadió.

—¡Fullero!

—Cuidado con las palabras —advirtió Fraisier—; voy a ser juez de paz.

Se separaron profiriendo amenazas cuyo alcance apreciaba perfectamente una y otra parte.

—¡Gracias, Rémonencq! —dijo la Cibot—; para una pobre viuda, es una gran cosa encontrar un defensor.

Alrededor de las diez, aquella noche en el teatro, Gaudissart llamó a su despacho al mozo de la orquesta. Gaudissart, de pie ante la chimenea, había adoptado una actitud napoleónica, costumbre que había adquirido desde que dirigía a toda una turba de comediantes, bailarinas, comparsas, músicos y tramoyistas, y desde que trataba con autores. Generalmente introducía su mano derecha en el chaleco hasta sujetar el tirante izquierdo, y mantenía el rostro medio ladeado, con la mirada perdida en el vacío.

—¡Ah! ¿Es usted, Topinard? ¿Tiene usted rentas?

—No, señor director.

—Entonces ¿busca usted un empleo mejor que el que tiene ahora? —preguntó el director.

—No, señor... —respondió Topinard palideciendo.

—¡Qué diablos! Tu mujer es acomodadora en los estrenos... He querido respetar en su persona a mi predecesor en desgracia... Te he dado el empleo de limpiar los quinqués de entre bastidores durante el día; y además te encargas de las partituras. ¡Y no acaba aquí la cosa! Tienes unos pluses de un franco para hacer los monstruos y dirigir los demonios cuando hay infiernos. Tienes una posición que envidian los demás empleados, te tienen celos, amigo mío, aquí en el teatro tienes enemigos.

—¡Enemigos! —dijo Topinard.

—¡Y tienes tres hijos! Y el mayor hace los papeles de niño con pluses de cincuenta céntimos...

—Señor director...

—¡Déjame hablar! —dijo Gaudissart con voz de trueno—. Si estando como estás quieres dejar el teatro...

—Señor director...

—Quieres meterte en negocios y complicarte la vida con herencias... ¡Desgraciado, van a aplastarte como a un gusano! Yo tengo por protector a Su Excelencia el señor conde Popinot, hombre de talento y de mucho carácter, a quien el rey ha tenido el buen acierto de hacer formar parte de su consejo... Este estadista, este gran político (estoy hablando del conde Popinot), ha casado a su primogénito con la hija del presidente de Marville, uno de los hombres más importantes y más considerados entre los altos cargos jurídicos, una de las lumbreras de los tribunales en el Palacio de Justicia. ¿Has estado en el Palacio de Justicia? Bueno, pues esta persona es el heredero de su primo Pons, nuestro antiguo director de orquesta, a cuyo entierro tú has ido esta mañana. Yo no te reprocho el que hayas ido a rendir un último homenaje a aquel pobre hombre... Pero no creo que conserves tu empleo si sigues metiéndote en los asuntos del bueno del señor Schmucke, a quien deseo toda la suerte del mundo, pero que va a encontrarse en una situación muy tirante con los herederos de Pons... Y como este alemán cuenta muy poco para mí, y el presidente y el conde Popinot cuentan mucho, te recomiendo que dejes que el buen alemán se las apañe solito como pueda. Los alemanes tienen un dios particular para ellos solos, y tú estarías muy mal en el papel de vicediós... Ya ves, lo mejor es que sigas siendo mozo del teatro... Sería la decisión más sensata.

—¡Por favor, señor director! —dijo Topinard, profundamente herido.

Schmucke, que esperaba volver a ver a la mañana siguiente al pobre mozo del teatro, el único ser que había llorado a Pons, perdió así el protector que el azar le había enviado. Al día siguiente, el pobre alemán sintió al despertar la inmensa pérdida que había tenido al encontrar vacío el piso. La víspera y la antevíspera, los acontecimientos y los trastornos que origina la muerte, habían producido a su alrededor esta agitación, este movimiento que distrae los ojos.

Pero el silencio que sigue a la partida de un amigo, de un padre, de un hijo, de una mujer amada, para la tumba, el opaco y frío silencio del día siguiente es terrible, es glacial. Empujado por una fuerza irresistible hacia la alcoba de Pons, el pobre hombre no pudo soportar su aspecto, retrocedió, volvió a sentarse en el comedor donde la señora Sauvage servía el desayuno.

Schmucke se sentó y no pudo comer nada.

LXXIII

Aparición de tres hombres negros

De repente sonó un agudo campanillazo, y aparecieron tres hombres vestidos de negro, a quien la señora Cantinet y la señora Sauvage dejaron pasar. El primero era el señor Vitel, el juez de paz, seguido de su señor relator. El tercero era Fraisier, más seco, más áspero que nunca, después de haber sufrido la decepción de un testamento en toda regla que anulaba la poderosa arma, tan audazmente robada por él.

—Caballero —dijo suavemente el juez de paz a Schmucke—, venimos a poner los sellos...

Schmucke, a quien aquellas palabras sonaban como griego, miró asustado a los tres hombres.

—Venimos a petición del abogado señor Fraisier, mandatario del señor Camusot de Marville, heredero de su primo, el difunto señor Pons... —añadió el relator.

—Las colecciones están ahí, en el salón grande y en la alcoba del difunto —dijo Fraisier.

—Bien, pues vamos allá... Perdón, siga usted desayunándose, por favor —dijo el juez de paz.

La invasión de aquellos tres hombres vestidos de negro había helado de terror al pobre alemán.

—El señor —dijo Fraisier, dirigiendo a Schmucke una de aquellas miradas venenosas que magnetizaban a sus víctimas como una araña magnetiza a una mosca—, el señor que ha sabido conseguir que se hiciera en beneficio propio un testamento ante notario, ya debía suponer que la familia ofrecería resistencia. Una familia no se deja expoliar por un extraño sin combatir, y ya veremos quién saldrá triunfante, si el fraude y la corrupción o la familia... Como herederos, tenemos derecho a solicitar que se pongan los sellos, los sellos serán puestos, y yo voy a velar por que este acto de garantía sea ejecutado con el máximo rigor, y así será.

—¡Tios mío, Tios mío! ¡Gué he hecho yo al Cielo! —dijo el inocente Schmucke.

—Se habla mucho de usted en la casa —dijo la Sauvage—. Mientras dormía ha venido un joven todo vestido de negro, un mequetrefe, el primer

oficial del señor Hannequin, y quería hablar con usted costara lo que costase; pero como usted dormía, y estaba tan cansado de la ceremonia de ayer, le he dicho que usted había firmado poderes al señor Villemot, el primer oficial de Tabareau, y que, si se trataba de negocios, que fuese a hablar con él. «¡Ah, mejor!», ha dicho el joven, «con él me entenderé mejor. Vamos a depositar el testamento en el tribunal, después de haberlo presentado al presidente». Entonces yo le he pedido que nos enviara al señor Villemot lo antes posible. Esté tranquilo, señor Schmucke —dijo la Sauvage—, tendrá usted quien la defienda. No van a esquilmarle. ¡Ya verá usted a alguien que sabe sacar las uñas! ¡El señor Villemot va a cantárselas claritas! Yo ya me he puesto hecha una furia con esta perdida de Cibot, una portera que se atreve a juzgar a sus inquilinos, y que sostiene que usted ha birlado esta fortuna a los herederos, que secuestró al señor Pons y que le hizo hacer lo que quiso, porque él estaba loco de atar. Ahora que yo le he hecho tragar la lengua a esa malvada; voy y le digo: «¡Usted lo que es es una ladrona y una canalla, y la llevarán a los tribunales por todo lo que ha robado a sus señores...!». Y ha tenido que cerrar el pico.

—Caballero —dijo el relator, que entró buscando a Schmucke—, ¿quiere usted estar presente cuando pongamos los sellos en la cámara mortuoria?

—¡Hacan lo que guieran! —dijo Schmucke—. ¿No fan a tejarme morir dranguilo?

—Siempre se tiene el derecho de morir —dijo el relator riendo—, y por eso los asuntos que más tratamos son los de herencias. Pero he visto pocas veces a los herederos universales seguir a la tumba a los testadores.

—Bues yo seré uno te esdos —dijo Schmucke, que, después de tantos golpes, sentía unos intensos dolores en el corazón.

—¡Ah, aquí está el señor Villemot! —exclamó la Sauvage.

—¡Señor Fillemod! —dijo el pobre alemán—. Rebreséndeme usded...

—Para eso he venido —dijo el primer oficial—. Vengo para informarle de que el testamento está en toda regla, y sin duda alguna será homologado por el tribunal, que le confirmará en la posesión de la herencia. Tendrá usted una bonita fortuna.

—¿Yo, una ponida vorduna? —exclamó Schmucke, desesperado de que se pudiera sospechar de la rectitud de sus intenciones.

—Entonces —dijo la Sauvage—, ¿qué hace allí el juez con sus velas y sus cintas de hilo?

—¡Ah! Pone los sellos... Venga usted, señor Schmucke, tiene derecho a asistir al acto.

—No, fayan usdedes...

—¿Pero por qué tienen que poner sellos si el señor está en su casa y todo es suyo? —preguntó la Sauvage, que interpretaba el derecho al modo de las mujeres, que suelen todas aplicar el Código según sus gustos.

—Señora mía, el señor no está en su casa, está en casa del señor Pons; sin duda todo le pertenecerá, pero cuando se es heredero, sólo se puede poseer aquello de lo que se compone la herencia por lo que llamamos un auto de posesión. Y esta disposición emana del tribunal. Ahora bien, si los herederos desposeídos de la herencia por voluntad del testador se oponen al auto de posesión, se entabla un pleito... Y como se ignora a manos de quién irá a parar la herencia, todos los valores se sellan, y los notarios de los herederos y del legatario proceden al inventario en el plazo exigido por la ley... Esto es todo...

Al oír por vez primera en su vida este lenguaje, Schmucke perdió de todo la cabeza, y la dejó caer sobre el respaldo del sillón en que estaba sentado, ya que la sentía tan pesada que le era imposible sostener su peso. Villemot fue a hablar con el relator y el juez de paz, y asistió, con la sangre fría de los habituados, a la operación de poner los sellos, que, cuando no está presente ningún heredero, transcurre siempre entre algunas bromas y comentarios sobre las cosas que se encierran de este modo hasta el día del reparto. Finalmente, los cuatro hombres de leyes cerraron el salón y volvieron al comedor, donde se instaló el relator. Schmucke miraba hacer maquinalmente la operación, consistente en sellar con el lacre del juez de paz una cinta de hilo sobre cada hoja de las puertas, cuando son de dos hojas, o de sellar el resquicio de los armarios o de las puertas sencillas, lacrando los dos bordes.

—Pasemos a esta habitación —dijo Fraisier, señalando la alcoba de Schmucke, cuya puerta daba al comedor.

—¡Pero si éste es el cuarto del señor! —dijo la Sauvage, precipitándose a interponerse entre la puerta y los representantes de la justicia.

—Aquí está el contrato del piso —dijo el atroz Fraisier—, lo hemos encontrado entre los documentos, y no está a nombre de los señores Pons y Schmucke, sino sólo a nombre del señor Pons. Por lo tanto este piso forma parte de la herencia. Y, además —dijo abriendo la puerta de la alcoba de Schmucke—, mire, señor juez de paz, está llena de cuadros.

—En efecto —dijo el juez de paz, quien dio inmediatamente la razón a Fraisier.

Los frutos de Fraiser

—¡Un momento, caballeros! —dijo Villemot—. ¿Creen ustedes que van a poner en la calle al heredero universal, calidad que hasta ahora nadie disputa al señor Schmucke?

—Está usted en un error —dijo Fraiser—, nos oponemos a que entre en posesión de la herencia.

—¿Con qué pretexto?

—¡Ya lo sabrá, amiguito! —dijo burlescamente Fraiser—. Por el momento no nos oponemos a que el heredero retire de esta habitación lo que declare que le pertenece; pero el cuarto será sellado. Y el señor irá a alojarse donde mejor le parezca.

—¡No! —dijo Villemot—. ¡El señor se quedará en su habitación!

—¿Cómo lo conseguirá?

—Voy a emplazarle a un recurso de urgencia —repuso Villemot—, y demostraré que somos inquilinos a medias de este piso, y no logrará echarnos... Llévase los cuadros, separe lo que era del difunto, pero lo que es de mi cliente se queda aquí... amiguito...

—¡Guiero irme! —dijo el anciano músico, que recuperó su energía al oír aquella atroz discusión.

—¡Es lo mejor que puede hacer! —dijo Fraiser—. Así se va a ahorrar gastos, porque no ganaría el recurso. Los términos del contrato de arrendamiento son concluyentes...

—¡El contrato, el contrato! —dijo Villemot—. ¡Es una cuestión de buena fe!

—Que no se probará, como en los casos criminales, con testigos... ¿Se va usted a meter en peritaciones, verificaciones... en juicios interlocutorios y en un pleito?

—¡No, no! —exclamó Schmucke, asustado—. Me muto, me foy...

Sin saberlo, Schmucke llevaba una vida de filósofo cínico, hasta tal punto era sencilla y austera. Sólo poseía dos pares de zapatos, un par de botas, dos trajes completos, doce camisas, doce pañuelos de garganta, doce pañuelos de bolsillo, cuatro chalecos y una magnífica pipa que le había regalado Pons con una bolsa para el tabaco bordada. Entró en la alcoba, sobreexcitado por la fiebre de la indignación, recogió todos sus bártulos y los puso sobre una silla.

—¡Dodo esdo es mío! —dijo con una sencillez digna de Cincinato—. El

biano dampián es mío...

—Señora... —dijo Fraisier a la Sauvage—, busque quien le ayude, lléveselo y deje este piano en la calle.

—También es usted demasiado duro —dijo Villemot a Fraisier—. El señor juez de paz es quien debe dar órdenes, él es la máxima autoridad en estos momentos.

—Aquí también hay cosas de valor —dijo el relator, señalando el cuarto.

—Además —hizo notar el juez de paz—, el señor se va por voluntad propia.

—¡En mi vida había visto un cliente como éste! —dijo Villemot indignado, revolviéndose contra Schmucke—. ¡Es usted más blando que la manteca!

—¡Gué imborta tónde muere uno! —dijo Schmucke, saliendo—. Esdos hombres dienen garas de digres... Ya haré gue regojan mis bobres enseres...

—¿Adónde va el señor?

—¡Tonde Tios guiera! —repuso el heredero universal, haciendo un gesto sublime de indiferencia.

—Hágamelo saber —dijo Villemot.

—Síguele —dijo Fraisier al oído del primer oficial.

La señora Cantinet fue nombrada guardiana de los sellos, y, del dinero que se había encontrado, se le atribuyó una provisión de cincuenta francos.

—La cosa marcha —dijo Fraisier al señor Vitel, una vez Schmucke se hubo ido—. Si quiere usted dimitir en favor mío, vaya a ver a la señora presidenta de Marville, ya se entenderá con ella.

—Ha topado usted con un hombre que es manteca pura —dijo el juez de paz, señalando a Schmucke, que, desde el patio, contemplaba por última vez las ventanas del piso.

—Sí, asunto concluido —respondió Fraisier—. Puede usted casar sin ningún miedo a su nieta con Poulain; será médico en jefe de los Quinze-Vingts.

—¡Ya veremos! Adiós, señor Fraisier —dijo el juez de paz con un aire de camaradería.

—Es un hombre de recursos —dijo el relator—. ¡Llegará lejos, el muy tuno!

Para entonces eran las once de la mañana, y el anciano alemán tomó maquinalmente el camino que solía seguir con Pons, pensando en Pons; le veía

sin cesar, le creía a su lado, y llegó ante el teatro de donde salía su amigo Topinard, que acababa de limpiar los quinqués de todos los portantes, pensando en la tiranía de su director.

—¡Ah, éśda será la solución! —exclamó Schmucke, deteniendo al pobre mozo—. Dobinart, ¿fertat gue dú dienes eine gasa?

—Sí, señor Schmucke.

—¿Ein hocar?

—Sí, señor Schmucke.

—¿Me acebdas a bensión en du gasa? ¡Oh, de bagaré pien!, denco nofeciendos vrancos de renda... y no foy a fifir mucho diempo... No de gausaré nincuna molesdia... Gomo te dodo... Mi único gapricho es fumar en biba... Y yo de guiero, borgue dú has sito el únigo gue ha llorato a Bons gonmigo...

—Señor Schmucke, por mí encantado. Pero, figúrese usted que el señor Gaudissart me ha pegado un rapapolvo de ahí te espero...

—¿Ein rababolvo?

—Quiero decir que me ha soltado un broncazo.

—¿Qué es un prongazo?

—Que me ha reñido por haberme interesado por usted... O sea que si usted viene a mi casa, tendría que ser con mucha discreción... Pero dudo mucho que quiera usted quedarse, porque aún no sabe lo que es el hogar de un pobre diablo como yo...

—Brefiero fifir en eine gasa bobre te un hombre te gorazón gue ha llorato a Bons, gue en las Duillerías, gon hombres gue dienen gara te digre... En gasa te Bons agabo te fer a digres gue fan a teforarlo dodo...

—Pues venga usted —dijo Topinard—, y verá si le interesa quedarse... En fin, hay un desván... Hablaremos con mi mujer.

Schmucke siguió como un cordero a Topinard, quien le condujo hasta una de estas horribles zonas que podrían llamarse los cánceres de París. El nombre que suele dársele es el de barrio Bordin. Se trata de un pasaje estrecho, bordeado de casas construidas como se construye por especulación, que desemboca en la calle de Bondy, en esta parte de la calle que domina el inmenso edificio del teatro de la Porte-Saint-Martin, una de las verrugas de París. Este pasaje desciende y termina en una cuesta, en dirección a la calle de los Mathurins-du-Temple. La zona se completa con una calle interior, que la cierra dándole forma de una T. Estas dos callejas, así dispuestas, contienen una treintena de casas de seis a siete pisos, cuyos patios interiores, e incluso los

mismos pisos, albergan almacenes, industrias y fábricas de todo género. Es el Faubourg Saint-Antoine en miniatura. Allí se hacen muebles, se cincela el cobre, se cosen vestidos para los teatros, se trabaja el vidrio, se pinta la porcelana, en una palabra, se fabrican todas las fantasías y las variedades del artículo París. Sucio y productivo como el comercio, este pasaje, siempre lleno de gente, de carretas y carretones, tiene un aspecto repelente, y los seres humanos que hormiguan allí están en armonía con los lugares y las cosas. Es el pueblo de las fábricas, pueblo inteligente en los trabajos manuales pero cuya inteligencia queda absorbida por estas labores. Topinard habitaba en este barrio floreciente desde el punto de vista comercial, a causa del bajo precio de los alquileres. Vivía en la segunda casa, a la izquierda, según se entra. Desde la altura de su sexto piso, dominaba toda esta zona de jardines que subsisten aún y que dependen de tres o cuatro residencias señoriales de la calle de Bondy.

El piso de Topinard constaba de una cocina y de dos habitaciones. La primera de estas dos estancias era para los niños. Allí había dos camitas de madera blanca y una cuna. La segunda habitación era la alcoba de los esposos Topinard. Comían en la cocina. La casa tenía además un desván, de unos seis pies de altura, con tejado de cinc, y una lumbreira de buhardilla. Al desván se subía por una escalera de madera blanca, llamada, en el argot de la familia, escalera de desembarco. Esta dependencia, considerada como cuarto de servicio, permitía anunciar la casa de Topinard como un piso completo, y tasarlo a cuatrocientos francos de alquiler. En la entrada, para disimular la cocina, había un vestíbulo abovedado, iluminado por un tragaluz que daba a la cocina, y formado por la reunión de la puerta de la primera habitación y por la de la cocina, o sea, en total, tres puertas. Aquellas tres estancias, embaldosadas de ladrillo, con las paredes recubiertas de un horrible papel de a treinta céntimos el rollo, decoradas con las chimeneas llamadas «a lo capuchino», pintadas con una pintura vulgar color madera, albergaban a una familia de cinco personas, tres de ellas niños. O sea, que el lector puede imaginarse los profundos arañazos que hacían los tres niños en las paredes a la altura a que llegaban sus brazos.

LXXV

Un interior poco confortable

A los ricos les costaría imaginar la sencillez de la batería de cocina, que consistía en un hornillo de hierro, un caldero, unas parrillas, una cacerola, dos o tres cafeteras de hojalata y una sartén. La vajilla, de loza blanca y marrón,

valía sus doce francos. La mesa servía a la vez de mesa de cocina y de mesa de comedor. El mobiliario consistía en dos sillas y dos taburetes. Debajo del horno acampanado se hallaba la provisión de carbón y de leña. Y en un rincón se veía el balde donde se enjabonaba, a menudo durante la noche, la ropa sucia de la familia. El cuarto destinado a los niños, cruzado por unas cuerdas para tender la ropa, estaba decorado abigarradamente con carteles del teatro y grabados recortados de periódicos o procedentes cíe prospectos de libros ilustrados. Evidentemente, el primogénito de la familia Topinard, cuyos libros de la escuela se veían en un rincón, se hallaba encargado de las faenas domésticas, cuando a las seis de la tarde, el padre y la madre empezaban su trabajo en el teatro. En muchas familias de la clase baja, cuando un niño llega a la edad de seis o siete años, hace las veces de madre para con sus hermanas y hermanos.

Como puede verse por este ligero esbozo, los Topinard eran, según la frase ya proverbial, pobres pero honrados. Topinard tenía unos cuarenta años, y su mujer, que había sido primera corista y, según se decía, amante del director en quiebra a quien había sucedido Gaudissart, debía de tener treinta años. Lolotte había sido muy guapa, pero las desgracias de la administración precedente habían influido de tal modo en su vida, que se había visto en la necesidad de contraer con Topinard lo que se llama «un matrimonio de teatro». Ella no dudaba de que cuando la familia se viese con ciento cincuenta francos en el bolsillo, Topinard cumpliría sus juramentos ante la ley, aunque sólo fuera para legitimar a sus hijos, a quienes él adoraba. Por la mañana, en sus ratos libres, la señora Topinard cosía para el almacén del teatro.

La valerosa pareja ganaba de este modo, a costa de un ingente trabajo, novecientos francos al año.

—¡Un piso más! —decía desde el tercero Topinard a Schmucke, quien ni sabía siquiera si subía o bajaba, hasta tal punto estaba absorto en su dolor.

En el momento en que el mozo del teatro, vestido de blanco como suelen ir los que efectúan este tipo de trabajos inferiores, abrió la puerta de la habitación, se oyó a la señora Topinard que gritaba:

—¡Niños, a callarse! ¡Ya ha llegado papá!

Y como sin duda los niños hacían lo que querían de papá, el mayor continuó dirigiendo una carga, en recuerdo del Circo Olímpico, montado en el mango de una escoba, el segundo siguió soplando en un pífano de hojalata, y el tercero siguiendo lo mejor que podía al grueso del ejército. La madre cosía un traje de teatro.

—¡A callar —gritó Topinard con voz de trueno— o habrá golpes! Siempre hay que estar diciéndoles esto —añadió en voz muy baja a Schmucke—. Mira,

querida —dijo el mozo a la acomodadora—, te presento al señor Schmucke, el amigo del pobre señor Pons; no sabe dónde ir, y quisiera quedarse con nosotros; yo ya le he dicho que no estábamos muy boyantes, que vivíamos en un sexto, que sólo podíamos ofrecerle un desván, pero él insiste...

Schmucke se había sentado en una silla que la mujer le había tendido, y los niños, confusos por la llegada del desconocido, formaban un grupo, para entregarse a este examen profundo, mudo y muy rápido, que caracteriza a la infancia, acostumbrada, como los perros, más a olfatear que a juzgar. Schmucke se puso a contemplar aquel grupo tan lindo, del que formaba parte una niña de cinco años, la que soplabla en la trompeta, y que tenía unos magníficos cabellos rubios.

—¡Barece una alemanida! —dijo Schmucke, haciéndole señas de que se le acercara.

—El señor estará muy incómodo —dijo la acomodadora—. Si no tuviese que tener cerca de mí a los niños, yo le ofrecería nuestro cuarto.

Abrió la alcoba e hizo pasar a Schmucke. Aquella habitación era todo el lujo del piso. La cama de caoba estaba adornada de colgaduras de calicó azul y rodeada de flecos blancos. El mismo calicó azul, formando visillos, adornaba la ventana. La cómoda, el secreter, las sillas, aunque de caoba, mostraban un aspecto muy digno. Sobre la chimenea había un reloj y unos candelabros, que evidentemente habían sido un regalo del antiguo director, cuyo retrato, un horrible retrato de Pierre Grassou, se hallaba encima de la cómoda. Los niños, a quienes se prohibía la entrada en aquel lugar, intentaron lanzar miradas curiosas.

—El señor estaría bien aquí —dijo la acomodadora.

—No, no —respondió Schmucke—. Yo no fifiré mucho diempo, y sólo guiero un ringón bara morir.

Una vez cerrada la puerta de la alcoba, subieron a la buhardilla, y cuando Schmucke la vio, exclamó:

—¡Esdo es lo gue necesido! Andes de esdar gon Bons, nunga hapía denido una hapitación mejor gue esda...

—Bueno, pues sólo hay que comprar un catre, dos colchones, un travesero, una almohada, dos sillas y una mesa. No es como para arruinar a nadie... puede salir por unos cincuenta escudos, incluyendo la jofaina, el orinal y una alfombrita para la cama.

Se cerró el trato. Sólo que faltaban los cincuenta escudos. Schmucke, que estaba a dos pasos del teatro, pensó naturalmente en ir a reclamar su sueldo al director, al ver la miseria de sus nuevos amigos... Fue inmediatamente al

teatro, y allí se entrevistó con Gaudissart. El director recibió a Schmucke con la cortesía un poco distante que solía mostrar para con los artistas, y quedó sorprendido ante la petición de un mes de salario que le hizo Schmucke. Sin embargo, una vez hecha la verificación, se vio que la reclamación era justa.

—¡Diablo, amigo mío! —le dijo el director—. Los alemanes siempre saben llevar bien sus cuentas, incluso en medio de las lágrimas... ¡Yo creía que con aquella gratificación de mil francos! ¡Era como todo un año de sueldo, y pensé que así quedábamos en paz!

—Nosotros no hemos gozado nada —dijo el buen alemán—; y si hoy me tirijo a usted, es porque estoy en la galle y sin ein céntimo... ¿A quién tiene usted la gratificación?

—¡A su portera...!

—¡La señora Cipod! —exclamó el músico—. Ella es la que ha madado a Bons, y ha ropado y ha mendido... Quería guemar su desdamento... ¡Es eine cranuja, es ein monsdruo...!

—Pero, mi apreciado amigo, ¿cómo es posible que esté usted sin un céntimo, en la calle, sin un techo, siendo heredero universal? Esto no es lógico, como suele decirse.

—¡Me han buesto en la galle...! Yo soy extranjero, no sé nada de las leyes...

—¡Pobre hombre! —pensó Gaudissart, entreviendo el probable fin de una lucha desigual—... Escuche —dijo—. ¿Sabe lo que tiene que hacer?

—¡Dentro ein representando legal!

—Bien, pues transija inmediatamente con los herederos; ellos le entregarán una suma, tendrá una renta vitalicia y vivirá tranquilo...

—¡No quiero otra cosa! —repuso Schmucke.

—De acuerdo, deje que yo le solucione el asunto —dijo Gaudissart, a quien el día anterior Fraasier había comunicado su plan.

LXXVI

Donde el Gaudissart se muestra generoso

Gaudissart pensó que podía hacer méritos ante la joven vizcondesa Popinot y su madre, por la conclusión de aquel sucio asunto, y se dijo que llegaría el día en que sería al menos consejero de estado.

—Le toy boderes...

—Perfectamente; y ahora veamos. Para empezar, tenga —dijo el Napoleón de los teatros de bulevar—, aquí tiene cien escudos...

Sacó quince luises de su bolsa y se los tendió al músico.

—Esto es suyo, son sus seis meses de sueldo; luego, si usted deja el teatro, ya me los devolverá. ¡Vamos a hacer cuentas! ¿Cuánto gasta al año? ¿Qué necesita para ser feliz? ¡Vamos, dígalo, organícese una vida de Sardanápalo!

—Sólo necesito un draje de infierno y odro de ferano...

—¡Trescientos francos! —dijo Gaudissart.

—Zabados, guatro bares...

—Sesenta francos.

—Metias...

—¡Doce pares! Pongamos treinta y seis francos.

—Seis gamisas...

—¡Seis camisas de calicó, veinticuatro francos, y otras tantas de hilo, cuarenta y ocho! O sea, setenta y dos. Llevamos cuatrocientos sesenta y ocho, pongamos quinientos con las corbatas y los pañuelos, y cinco francos de lavandera... ¡Seiscientas libras! Otra cosa: ¿qué necesita para vivir? ¿Tres francos por día?

—¡No! ¡Esdo es temasiado!

—Bueno, además necesitará sombreros... Digamos mil quinientos francos y quinientos francos de alquiler, dos mil. ¿Quiere usted que le consiga dos mil francos de renta vitalicia... seguros?

—¿Y mi dapaco?

—¡Dos mil cuatrocientos francos! ¡Ah, papá Schmucke! ¿A eso le llama usted tabaco? De acuerdo pues, tendrá usted su tabaco. Lo dejamos pues en dos mil cuatrocientos francos de renta vitalicia, ¿eh?

—¡No es eso dodo! ¡Guiero además eine gandidad al gondado!

—¡Ah, ya! ¡Los afileres! ¡Estos alemanes! ¡Y luego dicen que son unos ingenuos! ¡Éste es un Robert Macaire en viejo! —pensó Gaudissart—. ¿Qué quiere usted? —repitió—. Pero nada más, ¿eh?

—Es bara saltar una teuda sacrada.

—¡Una deuda! —se dijo Gaudissart—. ¡Menudo pillo! ¡Éste es peor que un hijo de familia! ¡Ahora va a inventar letras de cambio! ¡Esto hay que

acabarlo en seco! Este Fraasier no sabe a quien tiene delante. ¿Y qué deuda es ésta, amigo mío? Dígame...

—No ha hapido más que ein hombre que haya llorado a Bons gonmigo... Y diene eine hijida gon unos gabellos marafillosos... A mí me ha barecido esdar fiendo el genio de mi bobre Alemania, que yo no hupiera denido que tejar nunga... Barís no es pueno bara los alemanes... se purlan te nosodros... —dijo haciendo un leve movimiento con la cabeza, como un hombre que cree ver claro en las cosas de este bajo mundo.

—¡Está loco! —se dijo Gaudissart.

Y, compadeciéndose de aquel inocente, el director sintió humedecerse los ojos.

—¡Ah, usted me gomprende, señor tirector! Sí, el badre te esda niñida es Dobinart, el mozo tel deadro que enciente los guingués; Bons le quería y le sogorría, y sólo él ha agombañado a mi únigo amico en el endierro, y ha ito a la iclesia y al cemenderio... Guiero dres mil vrancos bara él y dres mil vrancos bara su hijida...

—¡Pobre hombre! —se dijo Gaudissart.

Aquel feroz advenedizo se emocionó ante aquella nobleza y aquella gratitud por una cosa insignificante a los ojos del mundo, y que, a los ojos de aquel cordero divino, pesaba, como el vaso de agua de Bossuet, más que las victorias de los conquistadores. Gaudissart ocultaba bajo sus vanidades, bajo su brutal avidez de medrar y de elevarse hasta la altura de su amigo Popinot, un buen corazón, un buen fondo. De modo que reaccionó olvidando los juicios temerarios sobre Schmucke, y poniéndose de su parte.

—Tendrá usted todo esto. Y aún haré más, mi querido Schmucke. Topinard es un hombre honrado...

—Sí, agapo te ferle en su bobre hocar, tonte es veliz gon sus hijos...

—Le daré la plaza de cajero, porque el viejo Baudrand me deja...

—¡Ah! ¡Gue Tios le pendiga! —exclamó Schmucke.

—Bueno, mi buen amigo, venga esta tarde a las cuatro a casa del notario señor Berthier. Todo estará dispuesto, y usted tendrá todas las necesidades cubiertas hasta el fin de sus días... Cobrará sus seis mil francos, y aquí seguirá con el mismo sueldo, y hará con Garangeont lo que hacía con Pons...

—¡No! —dijo Schmucke—. Ya no fifiré mucho diempo... No denco canas de fifir... Me siendo cerga te la muerde...

—¡Pobre cordero! —se dijo Gaudissart, despidiendo al alemán, que se retiraba—. Al fin y al cabo, vivimos de chuletas. Y como dice el sublime

Béranger:

¡Pobres corderos, siempre se os va esquilando!

Y canturreó esta opinión política, para sobreponerse a su emoción.

—¡Que traigan mi coche! —dijo a su empleado.

Bajó y gritó al cochero:

—¡A la calle de Hannover!

Reaparecía el ambicioso; se veía en el Consejo de Estado.

LXXVII

Cómo recuperar una herencia

En aquellos momentos Schmucke estaba comprando unas flores, que llevó casi jubiloso, junto con unos pasteles, a los hijos de Topinard.

—¡Traigo unos recalos...! —dijo con una sonrisa.

Aquella sonrisa era la primera que acudía a sus labios desde hacía tres meses, y quien la hubiera visto, se hubiese estremecido.

—Bero gon eine gondición...

—Es usted demasiado bueno, señor Schmucke —dijo la madre.

—Gue la niña me pese y se bonga las flores en el belo, y se haga unas drenzas, gomo las niñas alemanas...

—Olga, hija mía, haz todo lo que te diga el señor —dijo la acomodadora, adoptando un aire de severidad.

—No riña a mi alemanida... —exclamó Schmucke, que veía a su querida Alemania en aquella niña.

—Todo el jaleo se carga sobre tres empleados —dijo Topinard entrando.

—¡Ah, amigo mío! —dijo el alemán—. Denca tosciendos vranco baro bagarlo dodo... Diene ustet eine mujer muy puena... ¿fertat gue se gasará con ella? Yo le toy mil esgudos... La niña dendrá eine tote te mil esgudos gue ustet bondrá a su nombre. Y ustet ya no será mozo; será el gajero tel deadro...

—¿En la plaza de Baudrand?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El señor Cautissart.

—¡Oh, es como para volverse loco de alegría! ¿Has oído, Rosalie? ¡Lo que van a rabiarse en el teatro! Pero... ¡esto no es posible! —añadió.

—Nuestro bienhechor no puede alojarse en una buhardilla...

—¡Pah! ¡Bor unos bocos tías que me quedan te fida —dijo Schmucke—, ya esdá bien! ¡Atiós!, ¡me foy al cemenderio... a fer gué han hecho te Bons... y a engargar flores bara su dumba!

La señora Camusot de Marville estaba muy alarmada. En casa de esta dama, Fraisier celebraba una reunión con Godeschal y Berthier. El notario Berthier y el procurador Godeschal consideraban que el testamento hecho por dos notarios, en presencia de dos testigos, era inatacable, a causa de la precisión con que lo había redactado Léopold Hannequin. Según el honrado Godeschal, Schmucke, aun en el caso de que su actual consejero lograra engañarlo, terminaría por saber la verdad, aunque sólo fuera por uno de estos abogados que, para destacar, recurren a actos de generosidad desinteresada. Los dos letrados se despidieron, pues, de la presidenta, recomendándole que desconfiara de Fraisier, sobre quien, naturalmente, se habían informado. En aquellos momentos, Fraisier, a su regreso de la ceremonia de sellar el piso, redactaba una citación judicial en el despacho del presidente, en el que la señora de Marville le había hecho entrar, a ruegos de los dos letrados que veían el asunto demasiado sucio para que se metiera en él un presidente, y que habían querido dar su opinión a la señora de Marville sin que Fraisier les oyera.

—Señora presidenta... ¿dónde están aquellos caballeros? —preguntó el antiguo procurador de Mantes.

—Se han ido... diciéndome que renunciara al asunto —respondió la señora de Marville.

—¡Renunciar! —con un acento de rabia contenida—. Escuche esto, señora presidenta...

Y leyó el siguiente documento:

«A petición de... etc. (Paso por alto toda la hojarasca.)

»Considerando que ha sido depositado en manos del señor presidente del tribunal de primera instancia un testamento redactado por maîtres Léopold Hannequin y Alexandre Crottat, notarios de París, acompañados de dos testigos, los señores Brunner y Schwab, extranjeros domiciliados en París, testamento por el cual el difunto señor Pons dispuso de su fortuna en perjuicio del demandante, su heredero natural y legal, en beneficio del señor Schmucke, de nacionalidad alemana;

»Considerando que el demandante se compromete a demostrar que el testamento es la consecuencia de una odiosa maquinación y el resultado de maniobras reprobadas por la ley; que se probará por personas eminentes que la intención del testador era dejar su fortuna a la señorita Cécile, hija del arriba citado señor de Marville; y que el testamento, cuya anulación solicita el demandante, ha sido arrancado abusando de la debilidad del testador, cuando se hallaba en plena demencia;

»Considerando que el señor Schmucke, para poder ser heredero universal, tuvo secuestrado al testador, impidiendo que su familia se acercara hasta el lecho de muerte, y que, una vez obtenido este resultado, se ha entregado a notorios actos de ingratitud que han escandalizado a toda la casa y a las gentes de la vecindad, que, casualmente, fueron testigos de ello, por haberse reunido para tributar un último homenaje al portero de la casa en la que ha muerto el testador;

»Considerando que hechos aún más graves, cuyas pruebas está reuniendo el demandante en estos momentos, serán debidamente explicados ante los señores jueces del tribunal;

»Yo, el escribano abajo firmante, etc., etc., emplazo al señor Schmucke, etc., a comparecer ante los señores jueces que componen la primera cámara del tribunal, para demostrar que el testamento redactado por maîtres Hannequin y Crottat, siendo el resultado de una coacción evidente, debe ser considerado como nulo y sin ningún efecto; ítem, recuso la calidad y capacidad de heredero universal que pudiera asumir el señor Schmucke, oponiéndose el demandante por su solicitud, datada de hoy, y presentada al señor presidente, a que se dicte el auto de posesión requerido por el susodicho señor Schmucke, dejándole copia de la presente, cuyo coste es de...». Etcétera.

—Conozco a nuestro hombre, señora presidenta, y sé que cuando lea todos estos piropos va a transigir. Consultará con Tabareau. Y Tabareau le dirá que acepte nuestra oferta. ¿Está usted dispuesta a dar mil escudos de renta vitalicia?

—Desde luego, ya quisiera estar pagando el primer plazo.

—Lo hará antes de tres días... La citación le sorprenderá en el primer aturdimiento de su dolor, porque el infeliz hecha mucho de menos a Pons. Ha tomado su muerte muy en serio.

—En caso necesario ¿podría retirarse la citación? —preguntó la presidenta.

—Desde luego, siempre se puede invalidar por renuncia.

—De acuerdo pues, siga adelante —dijo la señora Camusot—. ¡Siempre

adelante! La recompensa de tantos esfuerzos vale la pena. Ya he arreglado lo de la dimisión de Vitel, pero tendrá que pagar sesenta mil francos a Vitel, de lo obtenido de la herencia Pons... De modo que, ya ve que hay que triunfar...

—¿Tiene usted su dimisión?

—Sí; el señor Vitel tiene toda la confianza en el señor de Marville...

—Señora presidenta, le he ahorrado sesenta mil francos que yo había previsto que deberíamos dar a aquella innoble portera, la señora Cibot. Pero insisto en tener el estanco para la señora Sauvage y el nombramiento de mi amigo Poulain para la plaza vacante de médico en jefe de los Quinze-Ving.

—Esto era lo convenido, todo está arreglado.

—Bien, entonces no hay más que hablar... Todo el mundo está de su parte en este asunto, hasta Gaudissart, el director del teatro; ayer fui a verle y me prometió que pararía los pies al mozo que podría estropear nuestros planes.

—¡Ah, sí, ya me lo imagino! El señor Gaudissart es un hombre muy fiel a los Popinot.

Fraissier se fue. Desgraciadamente no se encontró con Gaudissart, y la fatal citación siguió su curso.

Todas las personas codiciosas comprenderán, como las honradas execrarán, el júbilo de la presidenta, a quien, al cabo de veinte minutos de haberse ido Fraissier, Gaudissart vino a informar de su conversación con el pobre Schmucke. La presidenta lo aprobó todo y agradeció infinitamente al director del teatro que disipara sus escrúpulos con unos comentarios que encontró muy adecuados.

—Señora presidenta —dijo Gaudissart—, mientras venía, iba pensando que este pobre diablo no sabría qué hacer de su fortuna. ¡Es un hombre de una sencillez de patriarca! ¡Es todo ingenuidad, es un alemán, como para conservarlo y ponerlo en una hornacina como a un Niño Jesús de cera! O sea que, en mi opinión, ya se siente un poco molesto con sus dos mil quinientos francos de renta, y que usted le empuja a la disipación...

—Es propio de un corazón muy noble —dijo la presidenta— pensar en enriquecer al hombre que ha llorado a nuestro primo. Yo lo que lamento es la insignificante rencilla que motivó el enfado entre el señor Pons y yo; si hubiera vuelto a visitarnos, todo se le habría perdonado. ¡Si usted supiera cómo mi marido le ha echado de menos! El señor de Marville no se consuela de no haberse enterado de su muerte, porque para él los deberes familiares son sagrados, hubiera asistido al entierro, hubiese ido a la iglesia... y yo misma también hubiese ido a la misa...

—Bien, señora mía —dijo Gaudissart—. Tenga usted a bien hacer preparar

el documento; a las cuatro yo le traeré al alemán... Le ruego que me recomiende a la benevolencia de su encantadora hija, la vizcondesa Popinot; que ella recuerde a mi ilustre amigo, su excelente padre, este gran estadista, hasta qué punto soy fiel a todos los suyos y que siga otorgándome su precioso favor. Debo la vida a su tío, el juez, y a él le debo mi fortuna. Desearía que usted y su hija me tuvieran en la alta consideración que se concede a las personas poderosas y bien situadas. Quiero dejar el teatro y convertirme en un hombre serio.

—¡Caballero, usted ya lo es ahora! —dijo la presidenta.

—¡Es usted adorable! —replicó Gaudissart, besando la seca mano de la señora de Marville.

Conclusión

A las cuatro, se hallaban reunidos en el despacho del notario señor Berthier, en primer lugar, Fraisier, redactor del texto de la transacción, luego Tabareau, representante legal de Schmucke, y finalmente el propio Schmucke, a quien Gaudissart había llevado hasta allí. Fraisier había cuidado de poner en billetes de banco los seis mil francos pedidos, y seiscientos francos para el primer plazo de la renta vitalicia, sobre el secreter del notario a la vista del alemán, quien, deslumbrado al ver tanto dinero, no prestó la menor atención al documento que se le leía. El infeliz, sorprendido por Gaudissart al regreso del cementerio, donde había estado conversando con Pons y le había prometido reunirse con él, no gozaba de todas sus facultades mentales, ya un tanto maltrechas después de tantos acontecimientos. No prestó, pues, atención al preámbulo del documento, en el que se le consideraba representado y aconsejado por maître Tabareau, escribano, y donde se recordaban las causas del pleito iniciado por el presidente en beneficio de su hija. El alemán hacía un triste papel, ya que al firmar el documento daba la razón a los horribles asertos de Fraisier; pero estuvo tan contento de ver el dinero para la familia Topinard, fue tan feliz de poder enriquecer, según su estrecha visión, al único hombre que había querido a Pons, que no ovó ni una palabra de aquella transacción que resolvía un pleito.

En plena lectura, entró en el despacho un empleado del notario.

—Señor —dijo a su patrón—, hay un hombre que quiere hablar con el señor Schmucke.

El notario, a un gesto de Fraisier, se encogió significativamente de hombros.

—¡Le tengo dicho que no nos moleste nunca cuando estamos firmando un documento! Pregunte el nombre de este... ¿Es un hombre o un señor? ¿Es un acreedor?

El empleado volvió a entrar y dijo:

—Insiste en que tiene que hablar con el señor Schmucke...

—¿Su nombre?

—Se llama Topinard.

—Ya salgo. Firme tranquilamente —dijo Gaudissart a Schmucke—. Termine; voy a ver qué es lo que quiere.

Gaudissart había comprendido a Fraisier, y ambos olfateaban un peligro.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —dijo el director a su mozo—. Estás empeñado en no ser cajero, ¿eh? El primer mérito de un cajero es la discreción.

—Señor...

—Vuelve a tus asuntos, nunca serás nada si te entremetes en los de los demás.

—¡Señor director, prefiero no comer un pan que no podría pasarme por la garganta! ¡Señor Schmucke...! —gritó.

Schmucke, que ya había firmado y que tenía el dinero en la mano, acudió al oír la voz de Topinard.

—Edo es bara la alemanida y bara fosodros...

—¡Ay, señor Schmucke, ha enriquecido usted a unos monstruos, a una gente que quieren deshonorarle! He llevado esto a casa de un hombre honrado, un procurador que conoce a este Fraisier, y dice que debe usted castigar tanta maldad aceptando el pleito, que ellos se echarán atrás... Lea...

Y el imprudente amigo le dio la citación enviada a Schmucke al barrio Bordin. Schmucke cogió el papel, lo leyó, y al verse tratado de aquel modo, ignorando el amable estilo en que suelen redactarse estos documentos, recibió un golpe mortal. La arenilla le obstruyó el corazón. Topinard recibió a Schmucke en sus brazos; se hallaban los dos bajo la puerta cochera del notario. Acertó a pasar por allí un coche, Topinard metió dentro al pobre alemán, que sufría los dolores de una congestión serosa en el cerebro. Tenía la vista nublada. Pero el músico aún tuvo fuerzas para tender el dinero a Topinard. Schmucke no sucumbió a aquel primer ataque, pero ya no volvió a recobrar la razón; no hacía más que movimientos involuntarios; no comía nada. Murió al cabo de diez días sin quejarse, porque ya no volvió a hablar.

Fue cuidado por la señora Topinard, y se le enterró oscuramente, al lado mismo de Pons, gracias a los desvelos de Topinard, la única persona que siguió el entierro de aquel hijo de Alemania.

Fraisier, nombrado juez de paz, es un amigo íntimo de la casa del presidente, y persona muy estimada por la presidenta, que no ha querido consentir que se casara con la hija de Tabareau; la dama promete algo infinitamente mejor al hombre tan hábil, a quien, según ella, debe no sólo la adquisición de los prados de Marville y la casa de campo, sino también la elección del señor presidente, nombrado diputado en la reelección general de 1846.

Sin duda todo el mundo deseará saber qué ha sido de la heroína de esta historia, por desgracia demasiado verídica en sus detalles, y que, superpuesta a la precedente, de la que es hermana gemela, demuestra que la gran fuerza social es el carácter. Ya adivináis, ¡oh, aficionados, entendidos y marchantes!, que se trata de la colección de Pons. Bastará con asistir a una conversación sostenida en la casa del conde Popinot, que, hace pocos días, enseñaba su magnífica colección a unos extranjeros.

—¡Señor conde! —decía un extranjero de gran posición social... ¡Posee usted tesoros!

—¡Oh, milord! —dijo modestamente el conde Popinot—. En materia de cuadros, nadie, no diré sólo en París, sino incluso en Europa, puede vanagloriarse de rivalizar con un desconocido, un judío llamado Élie Magus, un viejo maniático, el rey de los coleccionistas. Ha reunido más de cien cuadros que son como para desalentar a los aficionados de iniciar una colección. Francia debería sacrificar siete u ocho millones y adquirir esa galería a la muerte de ese ricachón... Por lo que respecta a objetos de arte, mi colección es lo suficientemente bella como para que se hable de ella...

—Pero ¿cómo es posible que un hombre tan ocupado como usted, que inició su fortuna tan honradamente en el comercio...?

—... de droguería —dijo Popinot— ha podido continuar tratando en drogas...

—No se trata de eso —siguió el extranjero—. Pero ¿de dónde saca usted el tiempo para buscar objetos de arte? No son ellos los que vienen a usted, ¿verdad?

—Mi padre —dijo la vizcondesa Popinot— tenía ya el núcleo de la colección, era muy aficionado al arte, a las cosas bellas; ¡pero la mayor parte de estas riquezas proceden de mí!

—¿De usted, señora? ¡Tan joven! ¿Ya tenía usted estos vicios? —dijo un

príncipe ruso.

Los rusos son tan imitadores que todas las enfermedades de la civilización repercuten en su país. La coleccionomanía hace furor en San Petersburgo, y, como consecuencia del entusiasmo natural en este pueblo, los rusos han originado en el artículo como diría Rémonencq, un aumento de precios que hará imposible las colecciones. Y aquel príncipe había ido a París únicamente para aumentar su colección.

—Príncipe —dijo la vizcondesa—, este tesoro llegó a mis manos gracias a la herencia de un primo que me quería mucho y que había pasado más de cuarenta años, desde 1805, reuniendo en todos los países, y sobre todo en Italia, todas estas obras maestras...

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó el milord.

—¡Pons! —dijo el presidente Camusot.

—Era un hombre encantador —siguió la presidenta, con su vocecilla aflautada—, lleno de ingenio, original y además con un gran corazón. Este abanico que está usted admirando, milord, y que perteneció a Madame de Pompadour, me lo regaló él una mañana, diciéndome una frase galante que usted me permitirá que no repita...

Y miró a su hija.

—Díganos la frase —rogó el príncipe ruso—, señora vizcondesa.

—Una frase hermosa como el abanico —respondió la vizcondesa, que repetía este comentario en todas las ocasiones favorables—. Dijo a mi madre que ya era hora de que lo que había estado en manos del vicio, pasase a manos de la virtud.

El milord contempló a la señora Camusot de Marville con un aire de duda extremadamente halagador para una mujer tan mustia.

—Comía tres o cuatro veces por semana en mi casa —siguió diciendo—... ¡Nos quería tanto! Nosotros sabíamos apreciar su talento, y los artistas se sienten a gusto con los que saben valorarles. Además, mi marido era su único pariente. Y cuando esta herencia fue a parar a manos del señor de Marville, que no podía estar más lejos de imaginárselo, el señor conde prefirió comprarlo todo en bloque antes de dejar vender esta colección en una subasta pública; y también nosotros preferimos venderla así; porque ¡es tan triste ver cómo se dispersan unas cosas tan bellas que habían sido la alegría de nuestro querido primo! Élie Magus fue el tasador; y así fue, milord, cómo pude tener la casa de campo construida por el tío de usted, y en la que nos hará el honor de visitarnos.

El cajero del teatro, cuyo privilegio, cedido por Gaudissart, ha pasado

desde hace un año a otras manos, sigue siendo el señor Topinard; pero el señor Topinard se ha vuelto sombrío, misántropo, y habla poco; la gente dice que ha cometido un crimen, y los bromistas más crueles del teatro pretenden que la causa de su estado de ánimo es el haberse casado con Lolotte. El nombre de Fraasier produce un sobresalto al honrado Topinard. Quizá parezca singular que la única alma digna de Pons sea la de este hombre que trabaja en un rincón de un teatro de los bulevares.

La señora Rémonencq, que no olvida la predicción de la señora Fontaine, no quiere retirarse a vivir en el campo, y sigue en su magnífica tienda del bulevar de la Madeleine, otra vez viuda. En efecto, el auvernés, después de haber hecho estipular en el contrato matrimonial que los bienes comunes serían heredados por el cónyuge superviviente, dejó al alcance de su mujer un vasito de vitriolo, contando con un error; y como su mujer, con la mejor de las intenciones, cambió de sitio el vaso, Rémonencq se bebió el contenido. Esta muerte, digna de aquel malvado, testimonia en favor de la Providencia, a la que, según se les acusa, olvidan los pintores de costumbres, quizá a causa de los desenlaces de los dramas que abusan de ella.

Excusad las faltas del copista.

París, julio 1846 — mayo 1847

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es